

863.59

M385Z

G6

1930

UNIV. OF ARIZONA
863.59 M385Z G6 1930
Gomez de la Serna, Ramon/Azorin



3 9001 03944 5880



S. E. L. E.

Hortaleza, 89 y 91 - MADRID

12503

UNIVERSITY
OF
ARIZONA
LIBRARY



*This Volume
Presented to the Library
by*

MRS. FRANCES DOUGLAS DE KALB
1963

59/

Received April 1-1931

Pay 1.1 5-0

A Z O R Í N

POR RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

ÍNDICE EDITORIAL DE ESTE VOLUMEN

	<u>PÁGINAS</u>
Características de la edición.....	3
Propiedades y derechos.....	4
Noticia del Editor.....	5
Colección de autores españoles.....	6
Biografías La Nave.....	7
Serie décimotercera a la que corresponde..	8
Índice literario.....	9
Índice de ilustraciones.....	10
Portada.....	11
Fecha y lugar de nacimiento de Azorín....	12
Prólogo.....	13
Los Contemporáneos de Azorín (Cronología)	327

A Z O R Í N

POR RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

*Edición de 3.000 ejemplares,
con y sin ilustraciones, con
retrato y autógrafo de
A z o r í n.*

P r e c i o

de cada volumen encuadernado:

<i>Ed. económica.. Tela</i>	<i>Ptas.</i>	<i>7,00</i>
<i>— ilustrada .. —</i>	<i>—</i>	<i>11,50</i>
<i>— lujo marroquí... —</i>	<i>—</i>	<i>14,50</i>
<i>— gran lujo..... —</i>	<i>—</i>	<i>20,00</i>

según detalle:

1

V o l u m e n

Rama Ptas. 6,00

Ilustraciones Ptas. 4,00

E n c u a d e r n a c i o n e s

c a d a t o m o

Tela inglesa Pesetas 1,00

Tela hilo corte dorado Ptas. 1,50

Marroquí corte dorado Ptas. 4,50

Piel gran lujo Pesetas 10,00

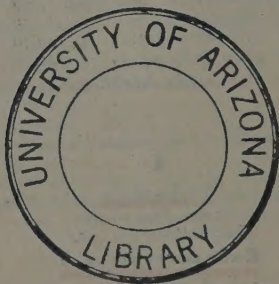
P U B L I S H E D I N S P A I N

E D I C I O N E S L A N A V E

NÚMERO 17.

*Es propiedad. - Queda registrado y
hecho el depósito que marca la
ley. - Reservados los derechos
para todos los países.*

*Copyright 1930 by
Ramón Gómez de la Serna.*



1930

MADRID

PRIMERA EDICIÓN

863.59

M385Z

G6

1930

Noticia del Editor.

"La Nave" se propone regular sus publicaciones por trimestres. Todos los volúmenes irán claramente impresos, encuadernados, con retratos, autógrafos, ilustraciones y cubierta en colores. Los precios marcados en catálogo indican el valor de la rama y cada tomo puede tener por ilustraciones y encuadernaciones los suplementos que se detallan en página 3 de los nuevos volúmenes.

Colecciones.—A. Autores españoles modernos y contemporáneos.—B. Autores extranjeros modernos y contemporáneos.—C. Clásicos.—D. Biografías.—E. Monografías. F. Microcosmos.—G. Obras varias.—H. Obras escogidas y obras completas.

Series.—1.^a Filosofía y Ciencias.—2.^a Ensayos y Crítica.—3.^a Clásicos.—4.^a Poesía.—5.^a Teatro.—6.^a Ficción, Novela, Cuentos.—7.^a Historia.—8.^a Viajes.—9.^a Varia.—10.^a Eclesiástica.—11.^a Grandes figuras históricas.—12.^a Los grandes artistas.—13.^a Los grandes escritores.—14.^a Los grandes pensadores.—15.^a Vidas de Santos.—16.^a Monografías de la Historia.—17.^a Monografías de las Bellas Artes.—18.^a Monografías de la Literatura.—19.^a Monografías de Filosofía y Ciencias.—20.^a Monografías eclesiásticas.

Grupos.—1. Vidas de Santos y Padres de la Iglesia.—2. Los más preclaros filósofos.—3. Los más profundos investigadores.—4. Teatro: Los grandes creadores.—5. Los más ilustres poetas.—6. Los novelistas máximos.—7. Los músicos excelsos.—8. Los más esclarecidos pintores.—9. Los más fuertes escultores.—10. Grandes figuras históricas.—11. Los más ávidos viajeros.—12. Hombres de aptitudes y letras varias.

A los suscriptores de la serie les serán remitidos los volúmenes contra reembolso de su importe más los gastos, o previo envío de su importe, franco de todo gasto.

EDICIONES LA NAVE

AUTORES ESPAÑOLES MODERNOS Y CONTEMPORÁNEOS



R A M A (*)
PESETAS

Publicados últimamente:

R. Gómez de la Serna. — <i>Goya</i>	6,00
E. Giménez Caballero. — <i>Hércules jugando</i>	3,50
J. M. ^a Salaverría. — <i>Loyola</i>	5,00
Ad. Salazar. — <i>La Música contemporánea</i> ..	9,00
R. Gómez de la Serna. — <i>Azorín</i>	6,00

En prensa:

E. Díez-Canedo. — *Azorín*, estudio crítico.
Ad. Salazar. — *Falla*.

En preparación:

D. Humanes. — *El Doctor Paul Carton*.
E. Díez-Canedo. — *Sala de retratos*.
E. Díez-Canedo. — *Benavente*.
R. Gómez de la Serna. — *El Rastro*.
Ad. Salazar. — *Beethoven*.
E. Díez-Canedo. — *Rubén Dario*.
R. Gómez de la Serna. — *Ramón*.

(*) Para toda clase de datos referentes a precios y suplementos de cada edición, nos remitimos a la página 3 de cada nuevo volumen y a los dobles de su cubierta.

EDICIONES LA NAVE BIOGRAFÍAS



RAMA (*)
PESETAS

Publicados:

Goya, <i>por Ramón Gómez de la Serna</i>	6,00
Loyola, <i>por José María Salaverría</i>	5,00
Azorín, <i>por Ramón Gómez de la Serna</i>	6,00

En prensa:

Nietzsche, *por Daniel Halévy*.
Azorín, *estudio crítico, por E. Diez-Canedo*.
Falla, *por Ad. Salazar*.

En preparación:

El Doctor Paul Carton, *por D. Humanes*.
Bernard Shaw, *por G. K. Chesterton*.
Benavente, *por E. Diez-Canedo*.
Eleonora Duse, *por E. A. Rheinhardt*.
Rubén Darío, *por E. Diez Canedo*.
Beethoven, *por Ad. Salazar*.
Ramón, *por Ramón Gómez de la Serna*.

(*) Para toda clase de datos referentes a precios y suplementos de cada edición, nos remitimos a la página 3 de cada nuevo volumen y a los dobles de su cubierta.

SERIE DÉCIMOTERCERA

LOS GRANDES ESCRITORES



R A M A (*)
PESETAS

Publicado:

Azorín, por Ramón Gómez de la Serna.... 6,00

En prensa:

Azorín, estudio crítico, por E. Díez-Canedo.

En preparación:

Bernard Shaw, por G. K. Chesterton.

Benavente, por E. Díez-Canedo.

Ramón, por Ramón Gómez de la Serna.

Rubén Darío, por E. Díez-Canedo.

(*) Para toda clase de datos referentes a precios y suplementos de cada edición, nos remitimos a la página 3 de cada nuevo volumen y a los dobles de su cubierta.

A Z O R Í N

POR RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

INDICE LITERARIO DE ESTE VOLUMEN

	PÁGINAS
<i>Prólogo</i>	13
<i>Primera edad</i>	59
<i>Azorín en Madrid</i>	66
<i>El espaldarazo</i>	71
<i>Aire del 98</i>	78
<i>La generación del 98</i>	87
<i>Azorín y el 98</i>	97
<i>Ramón del Valle Inclán</i>	105
<i>Pío Baroja</i>	116
<i>Ramiro de Maeztu</i>	129
<i>Silverio Lanza</i>	134
<i>Año de agonía</i>	171
<i>Ganivet, el excéntrico del grupo</i>	176
<i>Nuevo siglo</i>	187
<i>Viaje a Toledo y nobles manifestos</i>	193
<i>Primeros avances</i>	202
<i>«El Globo» y el descubrimiento de la Chelito</i>	212
<i>Momento álgido</i>	217
<i>Las casas cerradas y las despedidas</i>	226
<i>Nuevos avatares</i>	230
<i>Luchas y rebeldías</i>	240
<i>Vida formal y política</i>	247
<i>El banquete de Aranjuez</i>	256
<i>Entrevista con Azorín en 1916</i>	258
<i>Su amistad por Francia</i>	267
<i>Los membretes de la Academia</i>	269
<i>El rejuvenecimiento de Azorín y el teatro</i> ...	278
<i>Azorín y Pombo</i>	294
<i>Últimos alcances</i>	309
<i>Colofón</i>	323

A Z O R Í N

POR RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

	<u>Frente a</u> <u>la página</u>
II. 1.—Gómez de la Serna y Azorín.....	11
» 2.—D. Isidro Martínez, padre de Azorín	21
» 3.—D. ^a Luisa Ruiz, madre de Azorín...	28
» 4.—La Iglesia de Monóvar.....	48
» 5.—Azorín colegial.....	53
» 6.—Azorín a los catorce años.....	60
» 7.—El matrimonio Azorín.....	80
» 8.—Azorín en 1917.....	96
» 9.—Azorín en El Escorial.....	101
» 10.—Azorín en su casa. 1927.....	108
» 11.—Azorín y Pío Baroja	112
» 12.—Azorín en el homenaje a Querol.	128
» 13.—Azorín en la redacción de «El Globo»	144
» 14.—Azorín y su médico.....	160
» 15.—Azorín en Zaragoza	176
» 16.—Azorín, Grandmontagne y Urgoiti.	192
» 17.—Banquete en honor de Azorín	208
» 18.—Lerroux, jefe político de Azorín...	224
» 19.—El primer editor de Azorín.....	229
» 20.—El matrimonio Artigas en Old Spain	236
» 21.—«Comedia del Arte» Acto 2. ^o	240
» 22.—«Comedia del Arte» Acto 3. ^o	256
» 23.—Intérpretes de «Angelita».	272
» 24.—«Angelita». Acto 1. ^o , cuadro 1. ^o	288
» 25.—«Angelita». Acto 2. ^o	304
» 26.—Unamuno en Hendaya. Fot. Azorín.	320

Ilustración 1.



Azorín y Gómez de la Serna. 1930.

Ramón Gómez de la Serna Azorín

LOS GRANDES
ESCRITORES



AZORIN

por
RAMON
GOMEZ de la SERNA



MADRID

EDICIONES LA NAVE

A Z O R Í N

nació

en

Monóvar

(Provincia de Alicante)

el

8

de Junio de

1873.

en

plena

República.

(Siglos XIX y XX.)

P R Ó L O G O

Desde hace muchos años deseaba hacer una biografía panda y amplia de Azorín.

Azorín ha sido mi mayor admiración literaria, así como mi mayor admiración ideológica ha estado dedicada a Ortega y Gasset.

“Al justo y trágico Azorín—escribí hace muchos años en la dedicatoria de mi obra El Rastro—, que es el hombre que más me ha persuadido de ese modo grave, atónito y verdadero con que sin malestar ni degradación ni abatimiento sólo creí poder estar persuadido secretamente de mi vida, le dedico este libro con el oficioso y tímido deseo de consolarle de vivir entre gentes inconfesas y de estar dedicado al más agudo y al más disimulado de los sarcasmos en el centro de seriedades inauditas y aclamaciones extrañas.”

Sólo hubo un momento en la mañana de la adolescencia en que, iracundo con lo que entonces no comprendí de su veleidad política, me encaré con él en el rincón de una obra. No quiero ocultar esa falla cuando cantó el gallo de una de aquellas madrugadas. Pero a diferencia del que no perdió nada de su fervor por el Maestro, yo sólo fué una vez cuando le negué, con pedrada de chico de la morería, de la morería que es cada generación adolescente de España.

Hoy al fin puedo realizar la trasposición completa y verídica de su vida, y para eso he contado con su consentimiento, pues he llegado a merecer su trato personal, lo que fué el recóndito deseo ilusorio de mi infancia literaria. Para mí es, pues, esta biografía como haber llegado a poseer la fortuna a que aspiraba, dar publicidad entera a la adivinación de un ser superior y contar sus instantes como contemporáneo suyo.

Azorín, con una fuerza de reserva, de restricción, de vida alerta, en una hora decisiva, ha sostenido el concepto literario de España sobre el nivel del mar, consiguiendo ese milagro que salva a los continentes de esos lapsos de tiempo en que desaparecen, como perdiendo sus salientes.

Su ironía, que no ha sido brillante ni dura, es lo que le ha hecho transparente y acuoso. Se nota en su obra que no ha dejado nunca de conmoverse con recrudecimientos disimulados en una serenidad exterior, humillándose hasta la desesperación y la entereza, rehuyendo el ingenio en que incurrían sus contemporáneos. Se ha contenido como nadie en un arte depurado, escueto y trágico hasta donde la tragedia es austeridad, dignidad, y limita ya con la declamación, que es al fin y al cabo el balbuceo de nuevo. Quizá es incalculable lo dentro de sí mismo que está Azorín, lo triste y transverberado de su arte y lo dueño que es de secretos que no expresa, sino que muestra, vivos en su silencio, en su entona-

ción, en su sordera y en su exclusivismo. Su locuacidad va hasta donde es posible, hasta el despeñadero, del que se debe hacer sentir el vértigo, pero no la caída mortal estéril y estúpida.

Su arte enjuto, pantomímico sobre todo, ha hablado por las cosas, por los paisajes, por los efectos de luz y sombra, más que por las palabras; se podría decir que con su predilección por todo lo inerte o lo que tiene una expresión materializada, ha puesto en ello esa fuerza que los espiritistas, concentrándose, desenvuelven en el maderamen de las mesas giratorias; ese flúido que impera y que da una lección casi sobrenatural y misteriosa, operando sin elocuencias complicadas.

Con Azorín se entra en un medio neutral, indiferente y sensacional, como le es al viajero el del panorama, tan real, tan pintoresco, tan angustioso, tan dilatador del alma, tan dado al gusto superior, apretado, supremo, que parece tener el yermo o la umbría por que se pasa, que aparta a un lado al viajero dándole una lección tremenda y haciéndole rico de esa riqueza insuperable que es el desconsuelo, ese desconsuelo nobilísimo de que está llena la obra de Azorín.

Se presiente en Azorín una adolescencia enconada, queriendo meter la cabeza por los muros macizos que ni después, ni quizás nunca, podrán agujerarse.

El patio del colegio es patio de primera y dolorosa cárcel para Azorín, pero el mundo tiene muy

preparadas sus medidas de encierro, porque sabe que hay muchos niños que quieren rebelarse porque es en la niñez cuando se sienten más infinitas ansias de rebeldía.

Tiene el gesto mejor para quien ha de recoger la suprema versión de la vida; es un "pasmado".

Es ese chico que no comprenden los profesores nunca y que se reserva y calla y tiene un gesto infulado y superior al que le consiente su aplicación y su éxito en clase.

Azorín se presenta ya como aturdido de realidades, lacónico, empavado, verdadero pasmarote que observa. Allí se hacen en él las entrañas de su cachaza observadora y de su genial ponderación de la realidad.

Allí se cuaja en sacristán y organista de pueblón español, que es de lo más verdadero que se puede ser en la vida, siendo ya un verdadero milagro escapar del pueblo hacia mejores avatares sin dejar de ser ambas cosas serias y verdaderas.

Azorín, con realidad del más permanente tipo de los pueblos jondos, viene a Madrid a troquelar su rostro en el ambiente.

Se le ve desde el primer momento con acusados perfiles.

Corbata de seminarista alrededor de una simple tirilla, Azorín iba descubriendo los contornos del pueblo rebullente en inconsciencia.

Un alma confusa, llena de tópicos y sonsonetes, ofuscaba a la capital de las Españas, que estaba sumida en una niebla de sol y orgullo.

Esta visión de su sacristanismo se va especificando, se va agrandando, y un día llega a ser como sacristán de toda España, con las llaves de sus sacristías y tesoros, completándose la idea con un título—conllevado muchas veces por los sacristanes—, el título de organista máximo.

(Tan es así su figura, que en los días en que su efigie adquiere mayor compensación, se parece al organista antiguo que hay en el Museo del Prado, debido al pincel de Van-Dyck.)

La sensación de la voz de Azorín es que tiene la boca llena de palabras y que, por entre todo ese buche de palabras, pasa la palabra más perentoria, la que le obliga a decir la ocasión, pero que no es la más escogida y pura, que reserva en su mente, con respeto a lo que escribe.

No olvidaré esa palabra premiosa del maestro, detrás de un bardal de palabras y sol, apelmazada de sumurmujos, emborrizada de harina de verbo concentrado.

Ninguna erguidez como la de Azorín—no da lo mismo decir apostura o esbeltez—, enseñando a andar con su solo ejemplo a todos los españoles de su tiempo, más melodramáticos, con Baroja, o más reminiscentes de la literatura mundial, con el Valle-Inclán de entonces.

El no camina enredado en géneros y sugerencias, sino como nuevo primer poblador de España, pero ahora saturado, dueño de todas sus facultades, creador de su estilo.

El consejero mayor de Castilla pasaba de incógnito en aquel Azorín admirable.

Azorín pone las manos sobre cualquier bastón como sobre un cayado, mano sobre mano frente al cruce de los caminos, mirando hacia lo lejos desde el banco que hay junto a la crmita de las afueras como primera señal del pueblo.

En un café, en un escaño, en el sillón de un aristócrata, Azorín se sienta con atención para lo lejos, con esa fijeza del que ve en detalle las cosas lejanas.

Azorín está siempre viendo ascender nubes y venir rebaños.

Azorín es un pascante por los valles de España, un habitante agravado, un ciudadano máximo. No involucra las cosas, ni con retórica, ni con excesiva filosofía. Sólo pugna por aclarar la vida y señalar su presencia de provinciano viajero, gracias a la persuasión y a la primera prueba de realidad directa del estilo, sin que la novela sea tercera persona entre el lector y el escritor, sino primera persona entre uno y otro.

No quiere más hipocresía de referirlo todo a otras personas y a un tiempo neutro y escenificado, que no sea el paladeado por el escritor.

Este hombre vagoroso, este refundidor de pasados y presentes, este peraltador lapidario de las escenas más resumantes de la vida breve, vive en la alta casa de huéspedes de la calle de Mesonero Romanos, con una maleta y un baúl por todo atrezzo.

A veces mira a la maleta, que es más simpática



D. Isidro Martínez, padre de Azorín.

que el baúl, y la pregunta: "¿Qué, nos vamos?" La maleta responde: "Estoy siempre pronta."

Pero él espera aún, revuelve en ella, saca un libro, saca un chaleco de lana, la cierra y la abre como un tesoro.

Con sólo su maleta gris y ese baúl, este hombre es la historia contemporánea, el alma de su tiempo.

Azorín es el conmovedor literato de las primeras casas de huéspedes. Permanece en la pobreza y en el albur literario. No hace oposiciones, no busca en la carrera consular, como Ganivet, defensa contra el medio difícil y los despidos de los periódicos que aún no sabían sostener a los hombres de espíritu frente a los más antiespirituales y frente a su propia marejada de fondo.

Azorín prueba este Madrid de paseantes en Cortes, de indecisos, de vividores de un patriotismo fácil, de tipos que, por ser invitados a la mesa de los arrieros en la posada, les prestan su conformidad y halagan sus pasiones brindando como ellos quieran brindar.

Azorín quería distinguir un ideal, pero sin la dureza pedagógica de maniaco que ya monotonizaba el alma de Ganivet en casas de huéspedes muy parecidas.

El era más pensativo y más individual encerrándose en sí mismo al volver de las excursiones entre los comparsas.

Lllaman a la puerta de Azorín periodistas que son como condiscípulos que no le comprenden y vienen a hacer perder la tarde al escritor.

La casa de huéspedes es de todos. No puede tardarse en abrir esa puerta de tablillas sucias.

Azorín mueve su silla flaca, de patas que se están viendo flaquear bajo el peso de la excesiva labor, y abre el cerrojo, que había echado para creerse libre del mundo, lejano a toda sorpresa demasiado campechana.

¡Otra tarde de estar cogido en ese periodismo de los que no se sabe cómo desaparecen, pero que desaparecen constantemente, otra tarde de no poderse dedicar a la labor lenta, sosegada, escalfando la vista en cielos de mareo!

Conoció ese gran agobio, y sufrió el no ser comprendido y padeció el ser equiparado con los que tienen un ideal variable, dispuesto a todas las advenedizidades, ligero de intenciones, perdidoso de tiempo.

Le arruinaron, durante aquella época, entrándosele en el despacho de la casa de huéspedes, pero él miraba un pueblecito lejano para resistir la compañía de los correccaminos.

Se concede él mismo el título de "Pequeño filósofo", título precioso y que no compromete a nada; título modesto, y en el que palpita con fuerza el orgullo sumo de vivir y de sentirse dueño de sí mismo.

Pequeño filósofo un poco enlutado siempre; no se intranquiliza frente a los ataques, y sólo confía en el camino largo que suponen sus paseos de todos los días, siempre integérrimo, buscando la justicia en la idea, corroborando la realidad hasta sabérsela de memoria.

Es un ser humano con la categoría de seriedad, mezclada de ironía, que hace primer hombre de un tiempo, primer morador del mundo, con el dolor y la consciencia de esa nueva aparición sobre la faz de la tierra.

Azorín encara el mundo con justeza admirable, y como descubre también su tiempo, comprende los descubrimientos de otros tiempos, tanto que se podría decir que descubre bellezas dormitadas, emocionando con las adquisiciones de los muertos.

Azorín avizora reunido lo nuevo y lo antiguo—¡no es nada realizar esa acción entre millones y millones de almas ciegas!—, y así adquiere el valor de lo raro, de lo inencontrable, de lo que tiene resplandor propio.

El recuerdo de aquellos atardeceres es como si una avería en la fábrica de gas hubiera hecho imposible encender los faroles, y el atardecer y el anochecido fuesen larguísimos.

Azorín era en aquella lobreque, lobreque—para que sea más pegajosa la palabra—, el hombre sensato, el comentarista racional, el que cuenta sus pasos para no vivir de un modo sordo.

Los otros vivían en cualquier tiempo. El presente resultaba de su franqueza en el decir, pero no eran conscientes de la tragedia del minuto presente y de cómo hace temblar todo de modo distinto el hecho de que un escritor escapado a las generalidades y a las abstracciones de siempre se complazca en subrayar su momento. En este Azorín, como en Goya, triunfan con perennidad los artistas momentáneos.

Midió por sí mismo lo que no se medía sino con grandes aparatos de medición. Sólo con ese procedimiento diáfano, nítido y concretado en rotundo atrevimiento echó los resones de una nueva colonización personal de la realidad.

Clavó en tierra, como una señal de explorador, su paraguas rojo, y donde lo clavó continúa puesto para respeto y admiración de los que no quieren ser usurpadores y llevan escrita la cronología de las invenciones.

Azorín midió con metro humano lo que llegaba a su espíritu y le dió la mezquindad maravillosa.

Basta recordar cómo Azorín sorprendió con su presencia en aquel presente para darle todo el valor que ha tenido, un valor de hombre tenaz, cachazudo, que fué sombra fantasmagórica de la vida española.

Los minutereros crecieron y los graves acentos con que están señalados los minutos en los relojes tomaron importancia capital.

La práctica aceptación del tiempo, su adaptación al corazón no había sido aún hallada. La calle, como la historia, como el gran tiempo, nos dejaban huérfanos de nosotros mismos. Lo elegíaco de la época era esta falta de temperancia en el tiempo, este no haber hallado el modesto ritmo personal.

Azorín, con la sencillez con que se descubre lo que estaba dentro de los ojos, encuentra el contento de ir viviendo según el ritmo breve del corazón.

El afán de Azorín, el bataneo constante de su angustia, es porque quiere verse retrospectivo en lo

futuro, avanzar cien, doscientos, mil años, para verse viejo en lo pasado, reconocible en lo pretérito, probando la térmica de la inmortalidad.

Lo que tiene de místico español en el fondo de su ser es lo que alimenta esa obsesión y hace que sus ojos den vueltas en su órbita.

Siente como nadie el vacío que ha de quedar tras sí.

¿Quién abrirá esta puerta? ¿Quién se asomará a esta ventana? ¿Quién, dentro de cien, doscientos, mil años, se sentará en este sillón de piedra desde el que se ve tan bella puesta de sol?

Ha vivido, sin perder nunca su hora actual, horas diferentes y profundas, y, mientras las vivía, ha ido anotándolas en la pauta para que también nosotros las viviésemos.

También ha vivido vidas diferentes en un ejercicio de vocación más estrechamente ligado a la vida que el ejercido por escritores anteriores. Así hemos vivido la vida del anacalo, del apañador, de un sabio que retrata Vives, de esos escritores españoles tan singulares como Carlòs Rubio y que viven en infinita desidia. Azorín, en todas estas realizaciones, tomaba a la realidad más en su mano que nadie, era más directo su dominio.

Esa mixtión y confusión de tiempos a que se dedica Azorín, esa mezcla del pasado en el presente, esa gran turbación del reloj vital que padece el maestro, ha sido admirablemente vista por Ortega:

“Cuando Azorín dice “he estado”, en lugar de “estuve”, “me he levantado”, en lugar de “me le-

vanté", "he llamado", en lugar de "llamé", no procede de manera caprichosa. La vida activa, la vida que se mueve, se mueve hacia la muerte. El movimiento es un hijo del tiempo, un hijo que se alimenta de sangre paternal. El movimiento es la vida gastándose, es el disfraz de la muerte entrando astuta en la vida."

Quiere perpetuar, y para eso quiere que nada pase, volviéndole a encontrar el sentido Ortega cuando dice:

"El mundo que Azorín suscita con el rumor cristalino de sus palabras tiene un aroma de quietud patética y asombrada. La inactividad le salva de la corrupción como a los yogas de la India."

Pero cuando el magno exégeta llega a mejor conclusión, y le trae su alcón el secreto, es cuando añade aún: "En Azorín—veremos si así me explico—no es el pasado quien finge presencia y actualidad, sino el presente quien se sorprende a sí mismo como habiendo pasado ya, como siendo un haber sido."

A vueltas con el tiempo le busca el revés, y todo en su obra está impregnado de tiempo, intentando ya esa identificación de espacio y tiempo, que es la más reveladora doctrina actual.

Pinta habitaciones, pero lo que sobrepasa ese realismo es que mete en ellas tiempo, ingrediente casi inédito en literatura.

Azorín ha querido buscar las vueltas al dolor de vivir y pasar, ha querido verle desde una imposible perspectiva de impasibilidad.

En rápidas contramarchas del relato, en ese quedarse atrás de sí mismo y esconderse, en un constante y veloz darse esquinazo, Azorín ha logrado algo de lo que se propuso, es decir, ver el dolor de vivir y de pasar desde la indiferencia que no reconoce dolores y alegrías, alentando las almas de esa manera.

Otra de las notas esenciales de Azorín, conseguida por este camino de identificación de tiempos y espacios, es la sensación directa. La descripción puede ser como la de un clásico, pero de pronto, después de decir que hay una tinaja con una tapadera de palo, y un pequeño lebrillo puesto en un soporte que está clavado en el centro de un pintoresco cuadro de azulejos, añade, poniendo el quid moviente y vital en la descripción, que hay en la habitación: "una toalla limpia que cuelga de la pared y flamea al viento que se cuela del patio".

Otra vez dice: "Este viejo tiene un bigote blanco, recortado, como un pequeño cepillo", y vemos a un tipo de viejo español, con algo típico de cepillo humano.

Otra vez acerca tanto a nosotros el rumor de lo sucedido, que asistimos a otro presente además de nuestro presente: "Hoy han tocado a la puerta: tan, tan... Azorín ha creído que era el viento."

Quizás con sólo decir que Ganivet llevaba "una corbata un poco traspillada", lo acerca más que nadie, como si en ese detalle estuviese el sésamo.

Para elevar esta "sensación directa", se deja atraer por las nubes y las estrellas.

De las estrellas habla constantemente en su obra, sin hacerlas nunca juguetes. "Contemplo—dice en una ocasión—el parpadeo misterioso de las estrellas—eternidad, arcanidad."

Las estrellas son su escape supremo, y son la esencia poética de su obra, la mirada a lo alto que lanza en medio de la amargura del pasar.

Ese afán suyo por las estrellas que se tallan en la tierra, ha llegado en su última producción dramática, Comedia del arte, a saturar toda la obra con una sola frase, que dice frente al lucro de la mañana un personaje de la comedia: "¿Verdad que parece una bolita llena de agua viva?"

Cuando apareció Azorín, las tiendas de estampas se quedaron tristes como casas en que ha habido luto. Una repugnancia letal nos hizo comprender el mucho engaño que hay en las estampas.

Pasábamos como ante tiendas de coronas y lápidas, ante las tiendas de marcos y cuadros.

Azorín nos arrancaba a los tópicos sentimentales de los grabados señores de la vida. Por primera vez se nos presentó en duelo la estampería.

Buscábamos aún grandes temas de novela de palacios, e historias, y lo que más impresionaba a nuestra infancia eran los grandes asuntos de la vida, lo que aspirábamos a atrapar mirando por la puerta entreabierta de las puertas traseras de los jardines sombríos de la aristocracia, grandes puertas de hierro con la verja muy alta.

Ilustración 3.



Doña Luisa Ruiz, madre de Azorín.

Nos desplazaba la vida. Buscábamos su picaresca o su tragedia, fuera, en las carbonerías, donde el borrón podía ser todas las historias.

Azorín—y Valle también, siempre un poco aparte—es llamado asistente de esas tertulias en que todo se involucra, y lo literario se mezcla a otros conceptos petardistas, fatuos, que lo hibridecen.

Azorín no mezcla su ideal, no entra en las altiveces y snobismos en que el grupo se mueve. Él es austero, recto y está ordenado literato.

Cuando todos tienen cierto frenesí de vanidad de grupo y redacción, Azorín se torna solo a su camino, y vuelve a su austeridad.

No tiene esa especie de trascendencia que han de tener las cosas en España, y por lo que Baroja hay momentos en que parece que va a adelantarse a lo que dice Azorín.

Él dice lo que dice para que permanezcan las cosas, pero no para que malbaraten el momento, y hagan caer la cabeza al ruido de la explosión, y los levantiscos crean que se trata de camaradería en sus ideas.

Azorín mantiene la actitud fervorosa, la vocación, la liturgia de lavarse con tierra, lo que estaba perdido en otros seres retóricos, resecos, carretones—venga andar y andar por los caminos asendereados.

Esa cosa insana y vesánica que hay en casi todo talento español, no está en Azorín.

Sigue su camino ahondándose, procurando hacer justicia, benevolente en los descansos.

Acompaña a veces a los tracamundanos, pero no se le pega nada de ellos.

No suele contestar a ningún insulto, viviendo como en nubes de sí mismo, en casas de profundo interior, sordo a toda la enemistad ambiente.

Azorín tiene más amarrado su ideal y, además, es más bondadoso que sus contemporáneos.

Es el amigo silencioso al que le es grata la compañía con los otros, pero que no toma parte en sus fugacidades de intención.

Él tiene un destino literario, y los otros, en las penas de la bohemiada, apenas saben lo que quieren, ni lo sabrán nunca.

Tienen talento, desean divertir los días, suben unos y otros a los desvanes que se prestan para pasar la tarde y allí pasan revista a todo lo posible y realizable.

Azorín, mientras, halla la ley de su constancia intelectual.

Otros importan, escogen, encuentran, se pierden, vuelven a encontrar. Azorín, no. Desde el principio halló una ley de sí mismo variada en sus aspectos, pero con paso y vereda segura en su continuidad.

Al verle andar por las calles se siente que Azorín anda en línea recta, sin torcer, sin mirar hacia atrás, mirado por todos los escaparates, atraído por un paisaje nuevo en su monotonía.

Es albacea de esa fortuna literaria que no pertenece a la Academia, sino a los predilectos y a los que son de nuevo únicos. (La fortuna antigua que

permite improvisar lo nuevo y añadir valor y renta a lo antiguo.)

Azorín, encargado de su deber de albacea, pasea su categoría por la ciudad. Es indudable que es la categoría más importante de las que se suceden en la capital, pero todos se hacen los disimulados como imbéciles, quizás porque la única categoría que humilla a quien no es inocente es la que es verdadera y que en su desinterés es de las que no dejan esperar nada material.

En la calle madrileña pone una gran sombra la larga visera de los aleros. El atardecer comienza temprano y tiene vuelillo de mantilla sobre el sol.

Azorín pasa por las calles y ve el deseo que tienen de redimirse las aguafuertes agarradas a las verjas como gatos desesperados, con hambre de muerte.

El escritor ve en el fondo de los portales, tintero de sus aguafuertes, sombras fecundas, pelambrería de líneas.

No podremos renegar nunca de nuestro entusiasmo por Azorín, que obedecía en gran parte también a que daba el espectáculo del único hombre que tenía consciencia en un país insensato, cuyas cabezas eran negros cocos.

Por eso la turbación con que leíamos aquellas obras en que el mismo hablaba de Azorín, ser viviente, pensante, cierto de su soledad, inapetente de los grandes prejuicios, escéptico de casi todo.

Todo era declamatorio a su alrededor, hasta los

hombres de valía eran tragi-épicos, y sólo él asumía el valor de arquetipo.

Era personaje único del cinematógrafo del tiempo.

Hubo un momento en que Azorín llenaba el espacio de mi Madrid como un fantasma inmenso, como el espectro literario que sirve de fondo a la ciudad inútilmente real.

Azorín escalonaba y perspectivaba la ciudad, iba señalando sus calles, era como farol sin luz que sirve de guía en cada calle.

¿Llevaba sombrero de copa? Sí, llevaba sombrero de copa y pasaba altivo, notarial de sus pasos, timbrando con el regatón de su paraguas rojo las losas públicas y poniendo como un sello de reflejo el redondel luminoso de su monóculo en las fachadas a las que dirigía el espejuelo de sus miradas, el reloj de su ojo derecho.

No olvidaré—no se puede olvidar—esa puntuación del mundo sencillo que trajo Azorín como primer arribador de nuevo a sus playas.

Hoy todo ha entrado en la afable comprensión nueva, pero entonces nada había entrado aún en ese sector de luz. Azorín fué el primer inventarista serio, el que nos regaló de nuevo la realidad, el que puso una atención nueva en el teatro de España.

Azorín, mudo, vestido de negro, testigo mágico, sin otras grandes alharacas que la de la iniciativa, doblaba las esquinas dejando sencillamente endosada la dramática vida, volviendo a crearla sólo con la

inspección de su alma de pequeño observador y pequeño filósofo. ¡Estábamos tan cansados en España de grandes y abrumadores embrollones!

Azorín era un pseudónimo breve y sonante que vibraba en el fondo de la realidad, dándole una sonoridad que no tenía. ¡Sólo con el rodorín de Azorín comenzó a sonar!

El gesto sencillito de aquel Azorín era el de mostrar las cosas y así dejarlas especificadas de un modo dramático. No las tocaba casi, sino que usaba la varita mágica de uno de aquellos palilleros largos en cuya punta se engarzaba la lanceta de acero de una pluma.

Azorín, en aquel Madrid de entonces, era un caballero casi sin categoría que, no obstante eso, formaba la ciudad, la denunciaba, la daba relieve con su figura de visitador de cementerios.

Señalaba en sus crónicas cualquier itinerario y todos los itinerarios de la ciudad se reconfortaban de seriedad y de naturalidad.

Azorín, con sombrero, de copa, paraguas rojo, monóculo y unas botas un poco grandes, estaba pegado en todos los parajes de la ciudad como nuevo sistema de entrecomillado, como acusación de la vaguedad descuidada de la realidad anterior.

No porque la hipocresía del tiempo meta en olvido las cosas hemos de olvidar este aire de Azorín en medio de la realidad española envuelta en una retórica densidad.

Le veíamos como a un avizorador de cada plaza y oíamos sus monólogos, verdadero género del anda-

riego, el verdadero hablar del recalador de realidades.

"Señor Azorín", "Azorín ha estado ayer aquí", "Azorín ha dicho...", "Azorín ha dirigido su pequeño catalejo a lo lejos", "Azorín ha ocupado su butaca en el teatro del Príncipe", "Azorín ha entrado en esa librería sobrecalada de mares de pensar", "Azorín ha entrado en ese café sombrío y se ha sorbido los refrescos del fresco del tedio", "Azorín ha visto en el andén de la estación a los tres viejos que representan otra época", "Azorín ha dado en la noche esos pasos que la conceden el vistobueno y en que las suelas se van pegando a las aceras y sueñan a pegadas y despegadas".

No sabría cómo recordar de qué manera se repetían las alusiones a Azorín en la vida, pero todo le aludía. Esto es justo recordarlo con la magnitud con que sucedió. Los otros escritores de su tiempo daban una visión demasiado literaria y naturalista de aquella realidad.

"Azorín ha pasado por aquí", se pensaba al transitar por la calle en que todos los escaparates estaban bien vistos y con relieve y carácter.

Azorín era el único contraste de aquel momento, el verdadero Doctor que lo asistía, el acusador privado de sus sornas.

—Señor Azorín...

—Señor Azorín...

—Señor Azorín...

Constantemente se le llamaba in mente porque con sensatez resolvía los conflictos.

Azorín me dió confianza en el porvenir con su figura de gran probidad literaria y su papel de senador en el senado de la vida.

“Ha estado Azorín”—me decía yo al mirar el espejo del perchero de mi casa, en donde se bañan todos los días los que estuvieron y los que no estuvieron, pero cuya obsesión es tan viva como una visita. Azorín había llegado a casa de quien no conocía por milagro del descubrimiento literario revelaba las presencias ajenas y propendía a tipos de mayor interés.

Mi sensación, al pensar en Azorín, es que cada tiempo ha sido descubierto por un escritor, con todo simulacro, sin poder decir cómo, sobre todo a los que entran en ese tiempo recién descubierto, como en una evidencia habida desde siempre.

El tiempo anterior a Azorín era un tiempo menos hallado, pero como hoy está hallado hasta más allá, no se comprende la importancia de aquellos subrayados, que han quedado flotando como rayas de lápiz en la lección que ya se aprendió, que ya no tiene dudas y, por lo tanto, no se sabe qué problema pudieron suponer.

Entonces no había casi anuncios en las vallas, ningún Charlot había aparecido jamás con su silueta oscura y su sombrero corriente sobre las paredes de la vida, nadie hacía consigo mismo de gran sello de mucho sobre las tapias; pero Azorín consiguió todo eso por prestigio propio y porque era la novedad del nombre que aparece más en primer término que los demás.

Lo mágico, lo mayormente mágico del caso, era que aquel hombre que no discurseaba y que escribía en una lengua parca y como dando una lección detenida y desmenuzada del solfeo de la vida, era el que iba imponiendo la realidad, el que sonsacaba la ciudad, el que profundizaba y solemnizaba los ambientes, el que silueta los hombres.

Farolero de sombras, enmendador de contornos, afirmador de la sala de espera en la estación que esperaba este porvenir que hoy es presente, Azorín iba imponiendo sus manos en las cosas y rehaciéndolas, si no multiplicándolas.

Nadie le daba la enhorabuena diaria que merecía —hasta hoy se le escatima—, y representaba esa vuelta del gran milagrero que sucede a través del tiempo y en que es el mismo el que vuelve, aunque se disfrace de modesto escritor y lleve monóculo, sombrero de copa y paraguas rojo.

Baroja, a lo más, era un cuentista inconcuso, y Valle Inclán un retórico de elegancias nuevas. Sólo Azorín en aquel momento tenía el don profético y lograba la imposición de manos que cura la realidad y la multiplica.

Azorín testificaba toda la época, y en sólo un eco metía todo el vivir del ir viviendo, que caracterizaba la España de ese momento.

La España solemne y en éxtasis que encuentra Azorín después de los últimos cansancios y las últimas ilusiones, es una España que sólo da los buenos días, las buenas tardes y las buenas noches, una España que está de visita en los gabinetes sordos.

Sólo con su presencia logra Azorín poner de relieve y en contraste todas aquellas cosas y espolea de ironía la vida remolona y estática de España. Sin ir a la alharaca ni a la proclama del artículo de fondo, ni de la crónica zumbadora de reconvenciones, Azorín emula las ciudades y los pueblos y los presenta afligidos de su realidad, afónicos de sí mismos.

Azorín es el elegante de los solares, el médico de los faroles, el revelador de las esquinas, el diputado de las horas, el fantoche de los atrios, el magistrado de los objetos, el marino de su cobijo en su piso alto, el cronista de las campanadas, el repetidor de los relojes.

Toda la multitud española le ignoraba, y por eso era grato encontrarle en la calle de la Montera como montado en toda la multitud y llevando el estandarte invisible.

Azorín iba biselando el espejo de la vida, o sea añadiendo el mejor sesgo de confrontación a la vida, el mejor collar para realzar el espejo fatal.

Iba mirando lo que quería sin que nadie parase sus miradas. El aire de lo que él escribía tenía algo de escamoteo del argumento del drama de la vida y por eso resultaba paliativo de sus rudezas.

A Azorín no se le puede por eso agrupar ni comparar. El llena su misión de contrastador de una época con cierta inquietud atisbadora de otra.

Azorín parecía volver siempre de un entierro, un poco pálido por lo que ha visto, pero acucioso de lo que vaya habiendo.

Azorín alto, enlutado, apoyado en un bastón ne-

gro de perceptivo regatón, era el testigo de los días y reunía esa aglomeración de muchas tardes en la pureza de una sola tarde. El elegía, y por haberla elegido él, era la mejor.

Si no se hubiese sido tan visitada de él, que hacía de la ciudad el propileo de su casa de huéspedes, hubiéramos ido a su casa para preguntar por "el señor Azorín" y oír su mayor realidad a esa doncella que da por supuesta su absoluta presencia al decir: "Pase usted y haga el favor de esperar."

Azorín pasaba por la calle del Príncipe y esa calle provinciana tenía cambiantes de gran ciudad y deseos de vender los libros que sólo se han vendido quince años más tarde.

Azorín iba saturando su oscuro traje de importancia y reunía en él toda la trascendencia que en Francia era asumida por un cenáculo.

Su propio silencio, la propia discreción de su paso, la ponderación de su lógica, las medias palabras de su estilo, el dije de su yo, le daban tipo de ese único personaje novelesco que da animación a la Historia de España, uno sólo, Don Quijote, Azorín, Ortega y Gasset.

Quisiera yo llegar al delirio de aquella figura oscura de Azorín con un monóculo que era el escándalo de las calles y plazuelas, el monóculo más peligroso que se ha arrostrado en el mundo, el monóculo que iba poniendo claraboyas en las paredes.

Los escaparates del Madrid de aquel tiempo—quisiera guardar la fotografía exacta—le miraban asombrados, como si descubriesen a su primer descubri-

dor, como si enfocasen al duende. El gran monóculo cuadrado de su luna observa con concentración a Azorín, el primer fijador de las cosas.

Azorín, nos repetíamos invocándole para la imposición de la vida, para la aseveración, para que llevase todo un vistobueno contrastador.

El escritor de vocación, el Zaconni de las calles, el político del programa de la levita, el crítico de teatros que conoce los pueblos que están detrás de las escenas, el transeúnte callejero que sorprende el tráfico y los pregones de la ciudad, hacen de Azorín ese ente profundo, ese seminarista de sí mismo y ese adolescente bobo que da fe inesperada a lo que tiene una vida pasada como decoración de fondo de la figura de pantomina lóbrega que es Azorín.

Deseo de saludarle nos acudía siempre:

—Querido Azorín, querido maestro, ¿cómo está usted?

—Bien.

Bastaba. Era constatación de un mundo que hasta entonces había sido involucrado hacia lo abstracto y hacia el cuento sentimental.

Era como el sereno de los días en aquel Madrid naciente, verdadera época colonial de entonces, Buenos Aires de antaño también.

Lo que importaba era el fantasma ingente, aquel tipo que había venido a repetir la entonación real de la vida y a imponer la personalidad presidencial del escritor, su actitud de testigo, su conciencia de los minutos, su desinterés en el mirar.

Hasta Azorín sólo había habido periodismo, polí-

tica y grandilocuencia. Azorín, con aticidad, atildamiento y entrecomillado comenzó a asistir a la vida. Como primer momento del suceso, las palabras y las ideas y la emoción de las cosas tenían esos guioncillos subdividores de los catones en que se aprendió a leer. Había en aquel momento que comenzar a silabear la realidad como saludo e inventiva del escritor testigo.

Los escaparates de los ópticos admiraban sobre todo a aquel tipo monocular que había venido de Monóvar a Madrid y que era el paleta que se asombra de todo, pero con tiento, sin aspavientos, modelando con la mano y la pausa cada cosa descubierta. (No hay nada que admiren tanto esos escaparates como al dandy de los cristales, al que usa monóculo.)

¿Veis esos caballeros con capa y sombrero de copa que suele pintar Alonso sobre los caserones soleados del Buenos Aires antiguo? Pues Azorín fué en aquel Madrid ese implantador y, por lo tanto, las memorias de sus obras tienen todo el encanto de un levantamiento y del poseer la conciencia primera del dominio particular y civil de la ciudad por los que la vieron por primera vez y por primera vez dominaron el tiempo y el espacio, mezclándolos en su estilo y haciendo pasar el verbo por la clepsidra esencial, por el corazón independiente y personal.

Tenía toda acera un fondo de soportal donde se adunaba la vida y caminaba como bajo una espesa casamata.

Azorín descontó ese soportalismo angosto de la

vida española y la ofreció su rescate en fiestas y luces. Quiso que ella se viese refleja y así escapase a la tradición, que se tragaba lo espontáneo, lo feliz, lo que alguna vez quería vivir libre.

Nos redimió a España en gran parte, porque la desentetricó de sus temas y obsesiones.

Azorín baja por la calle de la Montera—el rasgo más cortesano que se podía tener entonces—y se le ve, sobrenadante, en medio de esa atmósfera de otro siglo, andando como con zancos por un mundo nuevo, convertido en superaudición de lo que el porvenir quería decir ya. El iba como por otro mundo y como por otro espacio, consintiéndole más esa idea el remontarse sobre todos, que es bajar una cuesta muy pronunciada.

Aquella calle de la Montera era el foco de un lugar común de ciudad. Sus transeuntes no habían levantado la vista de sobre sí mismos, y todos iban ofuscados por el ambiente casero y cerrado en que vivía Madrid.

¡Tristeza de las primeras máquinas Singer, en que la máquina sólo se movía para el pespunte, teniendo tanta ansiedad el mundo de movimiento y maquinismo!

El Madrid de entonces estaba lleno de regalos de bodas y de regalos para los directores generales de Ultramar, jarrones, figuras, escribanías hechas con un bronce triste, mezclado de una perversa aleación de estaño.

Olía a manchas y a charcos de petróleo por todas partes.

El candil de pueblo aún imperaba en Madrid.

Había entonces calles que perturbaban todo Madrid—aún no dominado por plazas y grandes vías.

La calle del Horno de la Mata—un mito indescriptible ya—lo subvertía y amargaba todo.

Los caserones en que aquellos jóvenes manipulaban, con el deseo de encontrar la máquina de la inmortalidad y del movimiento continuo, estaban sitos en otros lugares de la ciudad, pero yo hoy los veo reunidos en la calle del Horno de la Mata, calle de Centros republicanos, tahonas, librerías y casas de prostitución que alargaban el placer, guiando por largos portales y corredores al que lo anhelaba.

Esos poderes radioactivos de una calle son difíciles de explicar porque hay misterio en ellos, pero en aquellos alrededores vivieron y jugaron todos los que desvarían en esa época, Ganiwet, los Baroja y todos aquellos cuyo nombre es un arabesco suelto.

Azorín se salvó a la horrida calle; Valle Inclán, llevado por lo angélico del arte, también; los Baroja aún transitan por allí.

Ganiwet se suicidó en recuerdo de la calle del Horno de la Mata, y por ahí andan almas en pena, enlepradas.

Y sin embargo—contradicciones de la vida—, era fatal su influjo para todo espíritu un poco superior de aquel tiempo, pero en las liquidaciones de tiempo a tiempo no se tienen en cuenta éstos, sin embargo.

Desde luego, Azorín, con su paraguas rojo, no quería ser un invitado corriente en la vida social, y se

distanciaba, disconforme con la mayoría de las almas.

Tuvo paso sosegado de quien sólo se preocupa de llegar todo lo tarde que el espíritu necesite.

Este paso rápido y arribista de muchos literatos de hoy, no lo tuvo jamás. Por eso su figura se destaca creada, y muchas figuras de las que hoy corren son increadas, y permanecerán en la misma increación, pues no es nada la cinemática; el todo lo será siempre la personalidad que no corrió alguna vez, que hizo pruebas para llegar tarde.

"Yo dejo mi paraguas rojo en el perchero..." Y se veía toda la consternación del mueble burgués, que retenía, entre temblores, el paraguas de Azorín.

"Yo tomo mi paraguas rojo..." Y se le veía llevándose detrás la mirada de extrañeza de la multitud, inquietada, un poco por lo menos, por el que no compartía sus ideas.

La mayor admiración que me ha quedado de mi adolescencia literaria, era ver pasar a Azorín.

Nunca tuvo paraguas rojo, pero lo llevaba, como una bandera de protesta, envarillada, disimulada en paraguas, llevada al ras del suelo, pero bandera de rebeldía.

En la tradición de los paraguas los hubo rojos, y se ven cuadros hasta de Ortego, en que el paraguas rojo cobija al hombre embufandado que pasa. Un día, sin saber por qué, se pusieron todos los paraguas de luto.

Pero así como nunca tuvo paraguas rojo—aunque haya algunos que aseguran haberle visto con él—, sí tuvo un verdadero monóculo.

Se atreve a llevarle como un añadido explosivo en combinación con el paraguas rojo, dando así el mayor escándalo que podía realizarse en la España de rostros temerosos del qué dirán, lívidos de miedo a la opinión de los demás.

Aquel monóculo de Azorín le distanciaba mucho de las cosas, poniendo entre él y ellas la suficiente impasibilidad. Con él consiguió la objetividad suprema, y con él fué a los primeros estrenos teatrales, encontrando esa lejanía del escenario que iba muy bien a su espíritu perspectivista.

Con su silencioso monóculo ponía brillos de mirador insobornable en el paisaje a que se asomaba, y su resguardado mirar tenía el profundo alcance que sólo logran los nichos con cristal.

Detrás de su monóculo tenía su trasvisión una agoniosa y aferrada tesitura de enterrado vivo.

Se lo puso como cristal de féretro y hornacina para ver la España de entonces con más carácter, inmunizándose detrás del cristalito, burlándose desde el único resguardo contra persecuciones y supersticiones, desde el nichal del ojo.

En ese momento de España hay una tregua entre el hombre y la vida, que en seguida suplantará de nuevo la vida moderna, con olas de cosas, invenciones y velocidades, que han caído sobre los hombres y les han envuelto.

¿Cuándo se dará otra tregua como la que aprovechó Azorín?

Valle se envuelve en nuevas teorías de arte; Baroja se dedica a transmutar la realidad en una reali-

dad más ruda y revuelta de trompazos. Azorín no pierde la serenidad, espera la alta marea de la realidad española en peñón que no se sumerge y nos devuelve la inspección de los mares extáticos de Castilla, como un descubridor de pampas y pueblos señeros.

Pero la mayor conquista de Azorín es la del concepto de Castilla.

Castilla parece inextricable. En ella han nacido los concentradores de la Península, y en su paramera ha habido luz de dominación y luz de heroicidades. ¿Qué tiene Castilla de decisivo, de profundo, de esencial?

A veces un gallego o un andaluz la motejan de pobre, de monótona, de triste, en plena incompreensión de su tesoro ponderativo, señorial y depurado.

Los catalanes y los vascos, más certeros, la reconocen como una fuerza enemiga, brillante, triunfadora, y la dedican la agresión y la recusación.

Pero Castilla, con esos ingredientes misteriosos que nadie comprende, se produce sola, vence, refina el verbo, crea la aventura.

Azorín se da cuenta del valor de Castilla y comienza a definir ese algo incomprensible y muy ingenioso que la caracteriza, y encuentra la manera de dar publicidad al ritmo silencioso, esfíngico y supremo de Castilla.

No es de Castilla de donde más ha escrito Azorín, y, sin embargo, se le ve cabalgar siempre a lomos de

esas tierras aradas que se extienden por su alta meseta. (Alta meseta, que quiere decir muy sobre el nivel del mar, sin el alarde de estar sobre la montaña para presumir de eso.)

Azorín comprende la grandeza que hay en esa autoridad y sobriedad de Castilla, y va pronunciando sus horizontes con maravillosa dicción, encontrando su belleza tendida y sin pelambre de sus suaves lomas, de sus pueblos, en que sólo se medita, pero se medita bien.

No buscó un efectismo histórico o convencional, sino hacer justicia escuetamente a esta condición de Castilla.

Es un levantino que viene de tierras ricas, exúberas, empalmeradas, y, sin embargo, se extasía frente al páramo de concentración máxima, de inindistraidó sentido de la vida, lo último en salvarse cuando con fácil paso las aguas cubran otros litorales.

La tierra que no ha hecho sino producir hombres, producir hechos, ordenar conjunciones, dirigir imperaciones y sonreír de los orondos viajeros que la consideraban flaca, sin conocer sus misteriosas condiciones de supervivencia, ha sido entendida por Azorín, que ha encontrado en sus parajes el equilibrio más estable y más profundo del ser y del no ser.

Peregrino de Castilla Azorín, comprende el cielo y oye la flauta de una estrella, y agudiza el oído hasta oír la clepsidra de la helada que cae en Castilla con finura suma.

El ritmo de la vida, sin ruido de color ni de san-

gre campesina, se oye sólo en Castilla, que por eso es la encantadora de las almas más complejas.

El sentido de la heroicidad y del sacrificio, el sentido no engañado del morir, la clara persuasión del "después de todo" y de "al fin y al cabo", está en esa llanura que los burdos no comprenden, y menos que nadie, los que se creen que todo se debe al fruto y al verdor.

Azorín descubre lo que de centro nervioso tiene Castilla, establecida, como tesón del hombre, en paisaje lunar, desengañados los hombres en su pura voluntad de dominio o de prevalectión, de todo engaño de paisaje y de toda limitación de músicas, donde todo el que entra se sorprende de sí mismo, se encuentra al fin, se afina, pierde el paletismo.

Castilla, en esa sobriedad suya, siente las ideas extensas, las vastitudes obligadas en la competencia de unos pueblos con otros, y ve todos los peligros con honda conciencia, sin ofuscación de orfeones, embriagueces e hiperborismos ablandadores.

Azorín, que es el espectador máximo, contempla esta austeridad de Castilla, esta elevación sobre todo vicio regional, esta diafanidad metida en diamantes, y se especializa en esa perspectiva desde la cumbre señera.

Adiestrado en la lengua, como el lenguaje castellano es de Castilla, Castilla es la que brota nítida, conmovedora y tremolante de la prosa de Azorín.

Muchas veces, los paisajes de Levante se convierten en paisajes de Castilla, y a Azorín se le ve por campos de Carrión de los Condes, por caminos en

que la verdad de la tierra no se ve suplantada por alarde de montañas o de arboledas y jardines, caminos en que adiestrarse en la concepción del mundo, con rotundidad horra de majezas, gitanerías y cursiladas.

Ni regalones, ni humedecidos y blandos, ni oliváceos—con vena de aceite—, sino duros, apretados en la turquesa de la helada, metidos en pueblos sin escándalo, sostenidos todos en un espíritu eremítico de primera categoría, conminados a la heroicidad desinteresada, que no les importa que acabe en antiheroica.

Azorín, justo con Castilla, la refleja en espejos de brújula, hallándola madre de la orientación, sin seducciones en su éter, sin enervaciones ni lirismos, geológico pedestal de la estrella, sin languidez de Mediodía ni bruma del Norte.

Sin que de la hegemonía saque partido ni riqueza, Castilla comprende la tenacidad que logra crear una raza y fraguar un idioma, y es que en ese paisaje y en esos austeros poblados que lo animan, y en el decir de sus moradores, se piensa con nitidez sin igual y se comprende el deber fatal del nucleolo. Sirve a ese cometido el que la naturaleza no debilita ni distrae el alma de Castilla con exuberancias, ternezas o sentimentalismos.

Azorín, desde esta terraza telúrica de Castilla, contempla toda la historia de España, y va encontrando y situando sus torres.

Comprendiendo que algún secreto había de tener Castilla para su preponderancia, lo encuentra en su



La Iglesia de Monovari

rapada condición de calvero central y en su cualidad de cerealista de la lengua, imbalbuciente, inceceante, ingangueante e inaltitonante.

Ve a Castilla tratada injustamente por todo el mundo, vilipendiada hasta en Portugal, por haber tenido que llevar el estandarte primero, y encuentra que sobre el egoísmo de sus hombres—que no tienen ninguno—tiene una cosa de crisol, de cristales lúcidos, porque fija las ideas al permanecer en sus obligados votos de pobreza, de ausente de engañosos paisajes, de silenciosa de mares, verdadero crisol racial, sitio de examen espiritual, claustro de ejercicios, de ayunos, de libertad de inspiraciones sobre la más ancha e iluminada mesa de llanuras.

Ese silencio premonitor que recorre y atiesa la tierra castellana, esa disposición adusta para algo así como la preparación al dorado a fuego del pensamiento, ese frío álgido—calor también por su algidez—en que se reconforta y se atuenda el alma fraguadora, son elementos que acrisolan esta cosa de matriz cabecera que tiene Castilla.

A Azorín no le duelen prendas y acata la grandeza de lo que se proyecta en sus anchuras luminosas, como sobre la base del cráneo de la Península, en secretos de materia gris.

El gran hombre de naturaleza pasmada sufre el pasmo de Castilla, enhiesta sin estar aparentemente enhiesta, capaz de todas las suposiciones, porque su materia cerebral las puede atisbar. Con horizontes imperturbados, siendo extensos como los del mar.

En el seminario gracioso de Madrid, en la luz de

patio formativo que tiene la Corte, se entusiasma de futuros y adquiere el estilo de los alrededores, compulsándolo en su recio tronco levantino, saturado de soles, ofuscado de resol.

Esa camada de panteón de hombres ilustres en que cae Madrid en sus afueras, le sugiere ese deseo de inmortalidad de todos los momentos del espíritu, dándoles realidad imperecedera, esqueleto que los mantenga en pie.

Es Castilla lago de sutilezas y diafanidades, sitio en que se hace la materia de los ojos y de los cerebros, solar vario de experimentaciones, paramera sólo florida de sacrificios, órbita para ver lo que no se ve en amontonamiento de carnes, de frutos o de fabrilidades.

Las chimeneas de sus fábricas paradas son telescopios, sin empañarse en humo, de los cielos puros.

¡Qué difícil era, y sigue siendo, el comprender todo eso!

La química de Castilla es química de derribos de casillas del agua, de las que se perdió la llave; de casas que nadie cuida, de castillos rotos, siendo todo eso clarificador de la vida, elemento entrevaciado, con resquicios de luz, con tregua de excesos, con discontinuidad clarividente.

Azorín encontró el paso rítmico de Castilla, la manera sagaz de encontrar su indistraída sensación del tiempo y del sencillo devenir.

En Azorín, primero que en nadie, encuentra fotografiación una realidad inconfesada, una realidad sólo visible en su aspecto de madre severa y gober-

nadora, de la que sólo los lerdos no saben de dónde le viene la autoridad.

Ve a esos castellanos con aspecto de resucitados, ante los que Chesterton dijo: "¡Qué cultos son estos analfabetos!", y comprende la razón suficiente, la actitud con secretos de tumba y con desengaño de la vida en que todos perviven.

Ejerce la magistratura de hacer justicia a Castilla, y se me aparece como el hombre en el que se rompe el cascarón de una época y de un decir, quedando en su obra ese rompimiento calizo, ese mérito para ser devorado por la ingratitud, cascarón roto del que brotó una nueva adolescencia del ver, con nuevas dimensiones, el valle primero para la nueva ciudad del jazz.

Ha encorajado la melancolía de España, cuando las nubes cárdenas caen sobre los pueblos, estando junto al lecho inmenso y demostrando que comprende todo el dolor y toda la escena.

Esa seriedad profunda de Azorín; ese aire dominante y enlutado; esa fe que pone en las palabras y que hace que se quede lívido en cuanto habla con pasión.

Donde estuvo su presencia el comicio literario fué digno, pues él es sobre todo un literato y vive como literato todos los momentos.

Sobre Azorín pasan las nubes como sobre el hombre primitivo, pues él ha procurado rehacer la nescititud de esa emoción, añadiendo a esa emoción genuina y primitiva, un profundo raciocinio nuevo. ¡Enorme espectáculo! ¡Piedras de efemeridad!

En resumen, hay que reconocerle azarosamente genial y libertador que ha hecho más por la libertad de los espíritus que todo el liberalismo y republica mismo español.

A lo que dió siempre mayor importancia Azorín fué a la propiedad inmueble que le producía su gran visión de España, esa propiedad que se tiene cuando más cándidamente se asoma uno al balcón de la tarde de los campos, cuando se siente que la muerte está detrás y la vida delante.

No sólo se vive el pasado al pasar por los mismos sitios que Cervantes pasó, sino el porvenir. Hay una mañana idéntica, una tarde de sol llena de certezas.

Azorín pasa como una viva evocación por el Rastro, asumiendo su sentido con verdadera ponderación, sonriendo cuando debe y trasluciendo una intensa perplejidad ante lo que de sí es trágico, corrigiendo en él ese gran defecto—en que abundan todos más o menos, como dados a un pintoresco juego de despropósitos—de reír de lo trágico, de lo que debe suspender los ojos y el corazón atónitos, sobrecogidos, compadecidos, y de llorar, enseriarse y lamentarse de lo que debía hacerles sonreír.

Esta evocación de Azorín brota de una simpatía electiva—por decirlo de algún modo—que hay por él en el Rastro seducido, convencido, por tan fino, ático, abnegado e irónico observador. Lo que hay de castizo, de indígena, de substancialmente nacional en el Rastro devuelve como por una reciprocidad sin-

Ilustración 5.



A z o r í n C o l e g i a l .

cera esa figura que tan bien comprendió el alma terrena de la península. Nosotros somos los mediadores de esa equidad que brota de la tierra, de los elementos y del fondo histórico del Rastro representando a un hombre.

Es grato verle por aquí, pudiente, ileso, resistente en este lugar en que todos los demás contemporáneos y coetáneos perecen, se anonadan, se enflaquecen, están completamente olvidados y se ahilan, se ahilan lamentablemente. Es que Azorín no ha hecho renuncia del acervo aparentemente trivial de cosas, de ardites pequeños, de momentos personales, de arenisca de tiempo que todos desperdician y pierden, y que es lo que es la sutileza, la espiritualidad, la supervivencia del Rastro. Poder encontrarse con un hombre, no en la casualidad en que se encuentra uno a todos, sino en momentos supremos y en ambientes más conscientes, más densos y más desgarradores, es algo extraordinario y definitivo. Encontrarse aquí a Azorín, es como si en la ciudad más extranjera de las que hemos recorrido hubiésemos hallado, no para importunarle, sino para verle pasar, para cerciorarnos con su silencio, a un hombre tan ibérico como Azorín, en cuyo aprecio sensato por la ciudad hubiésemos podido tener entera confianza. Es un caso así este porque el Rastro es un lugar extranjero en medio de todo, aun en medio de su compatriotería.

¿A qué más puede aspirar un hombre sino a que se vea que es real en la soledad del campo o en otras vastas soledades, condensándose en esa realidad, nutriéndose en ella, resistiéndola vigorosamente, vién-

dola bien? No sé pensar en una apología más práctica, menos superflua, más admisible.

Aquí donde toda literatura se disgrega, la de Azorín tiene una cohesión particular, porque sus palabras, en competencia con las palabras espontáneas de todo, neutralizan el ataque disociador con que las realidades combaten la literatura, y así se salva esa literatura enmudeciendo en la persona inconfundible de Azorín.

Y es que Azorín es lo suficiente amigo de sí mismo, lo suficiente decente consigo mismo, lo suficiente acorde consigo mismo, para sostener su densidad personal, intransfrible, poseída, gravosa para él, con un peso indeclinable y conmovedor.

Y es que Azorín, bajo ese gran esfuerzo que hace sobre sí para no ser vano, bajo esa sobriedad que es un claro sacrificio, revela una encarnadura trágica, palpable, mórbida, ardiente, y enseña las llagas de sus manos, los estigmas nobles.

Y es que en Azorín se transparenta la batalla, la efusión, la efervescencia interior de la sangre a través de esa indecible clarividencia que hay en su obra, como a través de un pecho abierto.

Y es que en Azorín no se disimulan los conflictos humanos, que hacen simpatizar estrechamente con el escritor y en él se ve el encarnizamiento del clasicismo, del tópico, de la moralidad con lo otro, "lo otro", que es todo lo vivo, lo presente, lo que campa aquí por sus respetos, lo que cruza por nosotros en ráfagas alternadas, contradictorias e irresistibles, lo inesperado, lo reformador, lo increíble. En Azo-

rín, bajo esas mismas insinceridades que a veces obliga la vida a tener, se aprecia en un solo rasgo, en un leve tic de su estilo, su originaria sinceridad emulada siempre, siempre seducida por una sinceridad mayor, que se acrecienta en él, que abate su corazón y que cede sólo ante el tiempo, que le hace más abnegado aún, hasta permitirle ver lo accesorio de su valor, eterno, incalculable sólo por el espacio y el tiempo que desaloja.

Azorín pasa sencillamente por el Rastro como buen campesino que soporta la aridez de la vida y sabe sacar de esa aridez admirables recursos para su alma. Va lento, avizor, como sonriendo, pero sin sonreír, con ese rictus suyo tan sumido, tan sufrido, tan comedido. Camina un poco de puntillas, cómodo—porque la perfección espiritual es sobre todo comodidad—, las manos tranquilas metidas en los bolsillos del alma. El noble pánico que dignifica a toda su obra y da interés a su estilo, vive en su mirada, una mirada lívida, eterna, atónita, de cuadro de sí mismo, uno de esos cuadros en que los personajes miran sin amaneramiento, sin ningún estrabismo espiritual, porque en los largos silencios de los sitios en que han estado colgados han visto puramente el tiempo y han sentido discretamente su pavor, su deslumbramiento, su anonadamiento, su transformismo.

Azorín, al pasar junto a los puestos del Rastro, mira las cosas con la consideración, con la benevolencia que merecen, y comparte con la lontananza sus miradas llenas de largueza, llenas de claror, llenas

de ambiente. Aquí es donde únicamente se pone ya su monóculo omnisciente. Se ve con confianza su trato con las cosas, recordando que su obra está llena de sentida asiduidad por ellas, más que por las mujeres y los hombres. Las justipreciará porque está bien persuadido de ellas. Y hay una apoteosis para él en este maremágnum, que por lo comprensible y lo idóneo que es en él le acepta en pleno con una suave benevolencia también, con una amistosa hilaridad, con una sensata convicción. ¡Apoteosis inestimable, morigerada, digna, sostenible, verdadera, única apoteosis concienzuda!

A Z O R Í N

Primera Edad.

Nace Azorín en Monóvar, pequeña villa de la provincia de Alicante, en sus montañas, el domingo 8 de Junio de 1873, día de la Trinidad, a las tres de la tarde.

La calle, en cuyo núm. 9 nace, se llamaba de la Cárcel, después pasa a llamarse de San Andrés y por fin se llama hoy de Azorín.

El padre de Azorín se llamó D. Isidro Martínez Soriano, natural de Yecla y fué abogado.

Su madre se llamó doña Luisa Ruiz Maestre de Petrel, natural de Alicante y descendiente de una familia de propietarios agrícolas. Uno de sus antecesores fué familiar del Santo Oficio.

Del matrimonio nacen numerosos hermanos: don José, doña María, D. Amancio, D. Luis, D. Ramón, doña Consuelo, doña Mercedes, doña Amparo y doña Pilar, de los que sólo murió D. Luis a corta edad, viviendo actualmente todos los restantes.

Su madre (muerta hace años, como su padre) llevaba con escrupulosidad el libro verde de la familia y a su muerte dejó varios cuadernos en que están consignados todos los menudos sucesos y detalles de la casa, de tal modo, que se podría escribir con ellos la historia de la familia española, algo al modo de las monografías de Federico Le Play.

En esos cuadernos, por ejemplo, están consignados los siguientes curiosos datos: que la primera vez que le cortaron el pelo a Azorín fué el 28 de Noviembre de 1874; que la primera vez que fué a la escuela, fué el

lunes 21 de Octubre de 1878, y que le pusieron de pantalón el 8 de Diciembre de 1878, día de la Concepción.

En uno de sus abuelos, en su bisabuelo paterno, don José Soriano García, ya palpita la idea del tiempo que trasgride a Azorín, viva en él obsesión lagartera de la inmortalidad con que mira a los más altos soles.

D. José Soriano García escribió varias obras de Teología y Metafísica, que dejó inéditas y sólo publicó un libro impreso en Alcoy, que tituló castellanísimamente *El Contestador a una carta*, que se quiere suponer escrita por el (ahora) Príncipe Tayllerand al Sumo Pontífice Pío VII.

Todo el libro es una epístola persecutoria, en que D. José Soriano sigue de cerca las herejías del Príncipe, con lógica aplastante de español que todo lo pesca con maza.

«La eternidad es un atributo de la Divinidad, y por lo tanto en ella no puede haber sucesion—dice en uno de los rincones del libro el bisabuelo de Azorín—. La eternidad es una vida interminable y de tal condicion que se reúne en un punto, por decirlo así, toda ella; en la que todo es presente y no hay pasado ni futuro. Si no fuese así, Dios nunca sería eterno en el acto; porque en cualquier punto de la eternidad habría que esperar la otra eternidad que se le seguía; si esta eternidad fuese sucesiva, habrían ya pasado infinitos siglos á los cuales cada día se añadirían infinitos números, verificandose así que lo infinito se aumentaba; en una palabra, la eternidad no es ni puede ser sucesiva; así como el tiempo jamás puede ser eterno. Nuestra imaginacion por un error nos representa el tiempo como un trozo de la eternidad, siendo así que éste, según la recta y sana metafísica, es, como ha dicho un sabio profundo, eterogéneo á la eternidad, y su idea se forma mediante la aplicacion que hacemos de la succe-

Ilustración 6.



A z o r í n a l o s 1 4 a ñ o s .

sion de nuestras ideas á la ecsistencia y duracion de los objetos: prestan estos, sí, un fundamento para la formacion de esta idea, y es la continuacion de su ecsistir de un modo que representa ya uniformidad, ya variedad, ya interrupcion en sus relaciones generales ó particulares; y lleva consigo para nuestro entendimiento la marca de la sucesion. Presupuestos estos principios se hace evidente que nunca puede decirse que la materia fue creada *ab æterno* ni pudo serlo, porque la ecsistencia de la materia bajo cualquier forma que te la imagines, no lleva ni puede llevar consigo la simultaneidad; esto es, no puede embever en un punto lo pasado, lo presente y lo futuro, sino que por necesidad ha de llevar consigo la sucesion».

En tal entraña de maximeces mete la cabeza Azorín desde pequeño, pero ¡qué indignación hubiera producido en su bisabuelo con su deseo persistente de inmortalidad, aspirando a alcanzar todos los tiempos reuniéndolos en uno con agonía perpetua!

D. José Soriano García conquistó con su libro una buena fama de filósofo que se había atrevido con todo un príncipe orgulloso y lo había pulverizado. Su tipo en las calles del pueblo fué el de un contrapríncipe gallardo y parsimonioso."

Azorín brota en un pueblo levantino y de esta familia sensible y preocupada por la realidad. El sol aprieta duramente en las cabezas y por eso es difícil que haya quien se pare a pensar y sienta en lo que consiste la distribución sutil de las percepciones mezcladas al verbo.

Se necesita que el sol hiera la cabeza como el sable que hirió la de Nietzsche y la torne genial o que esta decisión nazca de la recóndita entraña del literato en combinacion con esa influencia de soles despertadores.

En la bella explicación autobiográfica que es su libro *Impresiones de un pequeño filósofo*, Azorín sintetiza la emoción de este primer encuentro de él mismo, consigo mismo. Azorín siente la emoción de esos viejos parientes o amigos imponentes que encuentran también la emoción y el valer de sus congéneres; así ese Pascual Verdú, que en la confidencia que Azorín me ha hecho de quiénes fueron algunos personajes de sus obras, resulta ser D. Miguel Amado y Maestre.

Las cartas que le escribe ese Pascual Verdú son tétricas cartas españolas de siempre enfermos.

«Querido Antonio: He leído en *La Voz de Monóvar* que acabas de llegar a esa. ¡Qué malo que estoy, hijo mío, y cuánto me alegraría de poder abrazarte!

Te espero mañana en el correo.

El mal del cerebro ha apretado, y *todo se pierde*. No tengo ilusión de nada. ¿Qué han hecho de mí?

Tu infortunado tío».

A Azorín siempre le causa escalofríos la visión de un hombre que vive fracasado en un pueblo y, sin embargo, es digno del mayor triunfo. El siente que va a pasar por ese albur en un pueblo tan injusto y eso agrava su melancolía.

Azorín ha comprendido la vida de un grande hombre en un pueblo. Le ha satisfecho pintar al grande hombre asomándose a su huerta, pero él no sabe dejar la gran ciudad. Esa es la tragedia de su espíritu, esa es su diabetes perenne.

Así uno de los mejores capítulos de Azorín es el que relata la vida de Castelar en Sage (Alicante), en un cuarto pequeñito lleno de libros, dedicado sólo a sus correspondencias para América. (¡Ingrata y navajeante España!).

En 1888 está en Valencia, donde vive en una casa de huéspedes de la Plaza de las Barcas.

Escribe sus primeros artículos a la par que estudia Derecho.

Es cuando llegan a Valencia las noticias de la Exposición de Barcelona, publicadas por Ríus y Taulet.

Recomendado a Teodoro Llorente, director de *Las Provincias*, también escribe en este diario y después en *El Pueblo* y por fin a *El Mercantil*, donde hace crítica de teatros, crítica amable.

Visita la librería de viejo de Sempere, al que siempre recordara con su noble bata blanca.

Azorín se lleva los libros que llegan a *El Mercantil*, esos libros heteróclitos que se van amontonando en las redacciones.

Le gusta pasear por la Huerta después de las clases que le dan D. Eduardo Soler y D. Juan Antonio Bernabé y Herrera.

Le molestaba la carrera de Derecho, como en realidad le hubiera molestado cualquier otra carrera, pues en puridad sólo le gustaba leer libros y escribir.

Por aquella época llegó a Valencia Salmerón en viaje de propaganda política, y Azorín recordará siempre su discurso trompetero, aglomerador de multitudes, doblegador de las torres.

Los grandes hombres republicanos contaban en provincias con una gran admiración y respeto.

Escribe en *El Pueblo* unos artículos ateos y materialistas.

Leía cada vez más y por entonces encontró *Las Flores del Mal*, de Baudelaire, que, según su propia confesión, es el libro que más ha influido sobre él, deján-

dole, según sus propias palabras, «completamente abstraído».

El profesor D. Eduardo Soler, colaborador de don Francisco Giner, le hace caminar más audacioso hacia el porvenir.

Le atraen los sitios más pintorescos de la península y el teatro le emociona vivamente, impresionándole mucho Vico, que pone *Juan José* en el Apolo valenciano.

Un día el crítico de teatros provinciano va a sorprender al gran actor avezado al teatro, ofreciéndole *La Intrusa*, de Mæterlink, pero Vico desacostumbrado, con sus pupilas puestas sobre los grandes fondos del teatro, no acaba de ver el sentido de aquella producción y le dice que el público no va a entender aquello.

Sigue yendo al teatro y ve a Novelli en *Hamlet* y a Ricardo Calvo en *La de San Quintín*.

La carrera de Derecho se le tuerce y entonces Azorín busca la Universidad de Granada, más lírica y bondadosa.

Allí vive en la Puerta Real, en un último piso que da a las montañas nevadas, visión fortalecedora para un espíritu en ese momento indeciso y difícil.

En su vida de estudiante en Granada influyen en él, quedan en su recuerdo, D. Francisco de Paula Valla-dor, historiador, Manjón y Torres Campos.

Compra nidos de ruiseñores, porque quiere tener uno en su cuarto.

Sigue visitando las librerías de viejo y adquiere numerosas comedias antiguas en la biblioteca de D. José Salvador y Salvador, que salió a subasta por entonces.

Ese es el momento en que el gitano «escupe-juncos» estaba de guía de la Alhambra, luciendo su calañés, su traje corto y su media lengua pintoresca.

Iba al saloncillo del Suizo, donde hacía ganas de inmortalidad.

Después de esa estancia en Granada, durante el 94, se va a Salamanca, donde conoce a Dorado Montero, con el que había tenido correspondencia. Lo encuentra ensordidado por la provincia española, siempre trabajando, muy enfermo, neurasténico.

Vive en una casa vieja, en un interior de patio, desde el que veía la torre de la Catedral vieja.

Persiste en su carrera de Derecho, de la que le faltaran siempre unas asignaturas, como valladar a cualquier derivación por el camino leguleyo en uno de esos momentos en que la vida cierra todos los caminos.

Vuelve a Valencia cada vez más impaciente por comenzar su vida literaria.

Publica su versión de *La Intrusa*, de Mæterlink.

El otoño se acerca. La fuerza centrífuga de Madrid le atrae. Prepara sus maletas. Toma billete para la Corte.

Azorín e n M a d r i d.

La entrada de Azorín en Madrid, según las primeras páginas de *Charivari*, es interesantísima.

25 Noviembre 1896. — Llego a la Corte y Villa, o viceversa, a Madrid, que, como dice Calderón—¡ah, los clásicos de mi estante!—

... es el centro
y es la esfera de toda la lindura.

27 Noviembre. — A las diez de la noche he ido a la redacción de *El País*. En el salón, sentado a la gran mesa del trabajo común, la mesa redonda del periódico, como si dijéramos, he visto a un señor ni viejo ni joven, un señor de una Edad Media, que diría Eduardo del Palacio.

—¿Don Ricardo Fuente?

—Servidor de usted.

Le he entregado la tarjeta de Bonafoux, que dice poco más o menos (debí copiarla a la letra, porque estas cosas son curiosas, después... cuando el tiempo pasa):

«Querido Fuente: Le recomiendo fraternalmente al notable escritor y buen amigo mío Sr. Martínez Ruiz. Relaciónese con el mundo del periodismo madrileño. Creo que simpatizarán ustedes.»

Fuente, al pronto, no me ha conocido, y me miraba algo *interloqué*, sin saber lo que decirle a este «notable escritor», aunque muchacho, que se le venía encima desde el fondo de una provincia. Pero después ha caído en la cuenta de que yo era el Martínez Ruiz que escribía folletos sobre literatura y cuestiones sociales. Precisamente días antes había escrito él en *El País* una nota bibliográfica de mi traducción de *Las Prisiones* de Kropotkine, en que me llamaba no sé cuantas cosas, todas sumamente halagadoras.

—¡Pero sí yo creía que usted era un viejo! Formal... Me lo figuré un señor de edad, metido en su pueblo tranquilamente, y saboreando todos los libros nuevos que aparecen, y escribiendo lo que le salía de los c... ¡Me c... en Dios! ¡Es una verdadera sorpresa! Aquí hemos leído sus folletos... *Literatura... Literatura...* ¿No se llama así uno de sus folletos? Pues lo hemos leído en alta voz en Fornos, y lo hemos comentado... Dícen-ta lo sabe.

Me ha parecido Fuente muy simpático... expansivo, franco, generoso. Yo no recordaba de él más que unos artículos publicados en *El Resumen*—hace mucho tiempo—, sobre *El Avispero*, de Bonafoux. No tenía de él hecho, por tanto, concepto claro, definido; no vivía en mí, como viven otros a quienes he venido leyendo años y años.

Me ha presentado al director, Alejandro Lerroux, quien igualmente ha elogiado mis folletejos (¡sí creo que hasta estas cuartillas huelen a incienso!). También he tenido el gusto de estrechar la mano a los demás redactores.

He quedado con Fuente en que mañana nos veremos a las dos en la redacción.

Desde lo alto de la escalera, cuando ya me había despedido de él, me ha gritado:

—¡De usted es el porvenir!... ¡Usted será la educación de mi voluntad!

No estoy muy seguro de lo que quiere decir la frase, *mais... passon!*

28 Noviembre.—A las dos, este cura, que se precia de ser más puntual que un monarca, ya estaba en *El País*. Fuente no había llegado. Pasa media hora... pasa una hora... pasa hora y media... pasan dos horas... y *pas de Fuente*. Por fin, al cabo de dos horas y media, que he pasado sentado en un diván, divirtiéndome por dentro, con mis propias ideas, ha llegado Fuente.

Hemos dado un paseo.

—Vencer aquí—habla Fuente—es fácil, con un poco de talento que se tenga. Créame; esto es una república literaria de nulidades. ¡Si aquí no hay nadie que piense! ¡Pero absolutamente nadie!... Usted tiene independencia, tiene usted originalidad... y será usted algo dentro de poco entre todos estos memos.

Me ha preguntado si tenía en proyecto algún libro.

—¿No prepara usted ningún tomo?

—Sí, uno de cuentos.

Entonces él me ha dicho que me será fácil publicarlo.

—Aquí hay un editor que es un melón, créame usted... Un maestro albañil que ha ganado muchos millones ¡y se ha metido a editor! Sin duda, por continuar «haciendo obras»... Yo le conozco; me ha hecho algunas cosas, y veré lo de usted. Me parece facilísimo... ¡Y se lo pagará a usted! Yo me encargo de ello...

30 Noviembre.—Continúo yendo todas las noches por *El País*. Esta noche estaba escribiendo Fuente un artículo acerca del proceso anarquista de Barcelona... Me ha dicho que le ayudara y he escrito unas cuartillas. ¡Mi debut en el periodismo madrileño!

1 Diciembre.—Alguna tontería debí escribir anoche, porque hoy en el periódico he visto completamente rehecho, *de fond en comble*, lo que vertí sobre las albas cuartillas. Fuente me ha dicho que le dispense, porque... ¡especiosidades!

5 Diciembre.—He visto a Unamuno en la librería de Fe, el judío y Zaragüeta. Le conocía ya de Salamanca.

Ha tomado un libro de uno de los estantes y, enseñándolo a los concurrentes, ha dicho con cierto mohín de desdén:

—Aquí tienen ustedes *El Señor Feudal*.

Era una novela de Onhet, *La Grand...* no sé qué.

Miguel de Unamuno me es simpático; entre él y yo encuentro semejanzas de vida. Él frío, retraído, alejado del trato social en su retiro de Salamanca, leyendo montañas de papel, escribiendo como una máquina; yo... ¿Me voy a contar a mí mismo cómo he vivido?

Pero hay en Unamuno cosas que no me gustan; no me gusta su nebulosidad, su incerteza de ideal filosófico, su vaguedad de pensamiento... Para ser socialista, como él pretende serlo—no socialista-revolucionario, que no llega a tanto a pesar de su colaboración en *Ciencia Social*—, para ser socialista hay que mirar más alto, y ver más en concreto, tener más fe, tener más tesón del que Unamuno tiene.

8 Diciembre.—Sale en *El País* mi artículo *El ocaso de una gloria*, es decir, de Antonio Vico, el actor que se está poniendo, con todo su arte grandilocuente (!!) que los gacetilleros acéfalos le atribuyen un día y otro. Vico es un comediante de la antigua escuela: un declamador. No dice, canta. Y si esto pudo pasar allá en los remotos tiempos del Sr. Echegaray, hoy ya no satisface a nadie; mucho menos después de las dos o las tres temporadas de Novelli en Madrid, en España. ¡Ese sí

que es actor! ¡Qué manera de hacer *Hamlet*, y *Luis XI*. y *Otelo*... Otelo, cuando se da el tajo aquel en la garganta, y expirante, escapándosele la vida por la ancha herida, sube tras mil esfuerzos las gradas del lecho de Desdémona, y cae después muerto rodando! Cuando yo le ví morir así, las señoras de los palcos y butacas volvían la cabeza. ¡Qué realidad tan asombrosa!

Además, Novelli es un crítico, áigámoslo así. Conoce la época en que vive en escena; sabe de indumentaria, de arqueología, de mueblaje... Conoce la ciencia de la fisonomía—ciencia después de los trabajos de Lavater, Piderit, Mantegazza, Duchesne, etcétera—, cosa que no les sucede a los actores españoles, y a Vico, que es un solemne lego en estas materias, menos que a nadie. Nuestros cómicos, los pobrecillos, parecen testigos en procesocriminal: «no saben nada». Ni se cuidan de los detalles del traje y del medio—la escena—ni se preocupan del gesto, ni de la entonación, ni de la mirada.

De todos los que he visto—¡y he visto tantos!—quien más me ha satisfecho ha sido Ricardo Calvo. Era un actor completo: cómico y trágico. En *Don Alvaro* hacía sentir la emoción de lo patético, y en *Zaragüeta*, que en Madrid no ha hecho, llegaba donde puede llegar el mejor actor cómico; Novelli, por ejemplo, en *Le sorprese del divorzio*.

20 Diciembre.—Los dependientes del teatro de Nove-dades, el corralón de la plaza de la Cebada, donde Vico trabaja, o hace como que trabaja, me han armado un escándalo terrible por mi artículo. Me querían pegar, pero afortunadamente la cosa no ha pasado a mayores. Entre el coro de los ovacionantes estaba un señor Mela, profesor en el Conservatorio, comediante raté, autor silbado de no sé qué infames abortos.

El espaldarazo.

Entre tristuras y desconciertos aparece el año 1897, año dolido de imparidad y con aire visperal de ruina. Final de un siglo en que acaba el rumbo de una nacionalidad pujante y adherida de posesiones e islas.

Sin embargo, en los primeros días de ese año le sucede a Azorín el hecho bautismal, según escribe en su diario «charivaresco» el 11 Enero:

Un amigo me dice:

—¿Ha leído usted *La Saeta*, de Barcelona? *Clarín* habla de usted en su *Palique*.

Salgo a comprar *La Saeta*.

Efectivamente, Leopoldo Alas habla de mis artículos de *El País*, no en son de censura, sino de elogio. Agradezco profundamente al maestro sus palabras y le escribo manifestándoselo así. Ha sido ésta una de las emociones más gratas de mi corta vida de periodista.

15 Enero.—Carta de Leopoldo Alas.

«...Nada tiene usted que agradecerme. He escrito lo que sentía.

«Mucho celebraré que usted continúe por el camino de las buenas letras, a que creo está usted llamado. Y Dios le preserve de buscar originalidad, que, para ser verdadera, ha de ser espontánea; y más, de buscarla en la falta de respeto, y en la afectación de ir contra la corriente, *porque sí*, en gustos, ideas, sentimientos y actos. Como observa bien Tarde, en un reciente estu-

dio filosófico, es un modo moderno de ser vulgar el empeño de ser de la minoría, de ser excepción, de ser oposición.»

El *Palique* de *Clarín* aparece después de un artículo de Azorín en *El País* que se titulaba «Mi crítico» y era la pintura de un crítico teatral de puro criterio.

Numerosas veces se ha citado ese *Palique* que fué el espaldarazo de Azorín, pero desde aquel día lejano no se ha publicado completo.

Como es base del éxito de Azorín que adelanta su triunfo en el tiempo, merece ser reproducido íntegro:

«PALIQUE.—De Martínez Ruiz habría mucho que hablar, y hablaré en otra ocasión. Por hoy vaya esto, en resumen: Martínez Ruiz es un anarquista literario; sus doctrinas son terribles; pero él es un mozo listo, listo de veras. Entre las pocas cosas que respeta está el castellano: escribe con corrección y facilidad, y eso de *Charivari* es un capricho que no crea el lector que anuncia una colección de galicismos. Lo que siento en el alma es que, siendo Martínez Ruiz amante del idioma y de los clásicos, como él ha declarado, diga los horrores que dice de Pereda y de Balart. Niega que yo admire sinceramente a Balart. Pues está usted muy equivocado: le admiro de todo corazón, y más cada vez, y lo juro.—También está mal este joven despierto y muy ilustrado con la familia, según es, y con el cristianismo, etc., etc.—Pero no me asustan estas ideas. He visto el retrato de Martínez Ruiz; es casi un niño. Además él mismo confiesa que padece de los nervios... Pasará el sarampión, que acaso es *salud*, y quedará un escritor original, independiente y mucho más avisado que esos *Nominavitos* que andan por ahí parodiando a Menéndez y Pelayo.—Sin embargo, yo no me he

atrevido a escribir un prólogo para su libro *Pasión*, próximo a publicarse. González Serrano lo va a escribir. Veremos cómo sale mi querido maestro del compromiso de presentar al público a un hombre que estampa las enormidades morales, sociológicas, religiosas, etc., que se le ocurren a Martínez Ruiz.—Hoy por este *refractario* es un autor *vitando*, dicho sea con toda formalidad —¡Pero se ve tan claramente que es un corazón de oro y una inteligencia clara, noble!—Le falta el equilibrio... y huir de las *malas compañías*. ¡Esos bohemios recalentados son nauseabundos!, créame usted, simpático joven. No se junte usted con la gente nueva; busque, busque a la *novísima*.»

Todo eso que va entre comillas (y perdone el Marqués piadoso tan irreverente pacotilla) lo he copiado de alguna parté. Pero no es plagio... porque es mío. Era el final de cierto artículo que salió, sin ese final, en otra parte. No era oportuno publicar eso, donde iba a publicarse, el día mismo en que la autoridad, según leí en *Urrecha*, recogía *Charivari*; y cuando, por causa de las atrocidades que el autor se atreve a estampar, se suscitaban disgustos de carácter privado.

No podía publicarse lo entrecomado... sin añadir algo, y como no era tiempo de añadir nada, mejor fué recoger velas interinamente, y dar a luz ahora todo lo dicho... añadiendo esto que falta:

Soy el primero en censurar todo eso que en el libro de Martínez Ruiz ha sido objeto de universal escándalo. Aparte de ciertas *inauditas*, que he leído con espan-

to, pero que no me han llegado al corazón, porque se trata de personas a quien no trato, hay en *Charivari* errores y apreciaciones injuriosas referentes a hombres para mí sagrados, porque son algo más que maestros, como *padres espirituales* de los más hondos sentimientos artísticos de mi alma. Ojalá ellos no sepan de tan desventurados pasajes; pero no menor que su indignación sería, si de ellos supieren, fué la mía al leer tales absurdos.

Mas yo invoco la caridad real, de que sé a ciencia cierta, de los ofendidos, y me atrevo a preguntarles:

¿Se puede, en todo caso, gritar *hombre al agua*? Cuando uno muere en un barco... *al agua*. Pero, ¿y si el muerto... no está muerto?

Suponiendo lo peor, que *lo hecho* por Martínez Ruiz sea un *crimen*... literario, por lo menos ¿se le ha de tratar como a un perro, hemos de *lincharlo*?, ¿no se le ha de conceder lo que se concede a los procesados por *delitos* comunes, siquiera?

Es muy fácil gritar: un náufrago; hombre al agua; está perdido.

No; Martínez Ruiz no está perdido, porque su libro mismo revela, *quam même*, un hombre de talento, y todos los escritos del, para mí, extraviado escritor, hablan, aun entre impiedades y absurdos sociológicos, de un corazón sano en el fondo.

Es un caso de patología... literaria.

Se le ha sorprendido con una bomba cargada de tinta explosiva... pero no es un malvado.

Es un escritor de talento y un hombre honrado... que no sabe el mal que ha hecho.

Le ha defendido, entre necesarias explicaciones, Urrecha; y ha hecho bien.

Le ha defendido, entre censuras indispensables, un discreto colaborador de *La Voz Cantabria*, y ha hecho bien.

Le defiendo yo, en el sentido que se va viendo... y cumplo con lo que me manda la conciencia.

Extraviado, sí; *desahuciado*, no.

Andan por ahí hienas correctas y mansuefactas, ortodoxas y de guante blanco, que causan mucho más daño y que son enfermos de malicia, incurables.

Martínez Ruiz ha cometido *la locura* (otro más orgulloso en el fondo no me perdonaría esta palabra; él, que estoy seguro que penetra mi buena intención, espero que sí), la locura de poner en letras de molde el *virus* miserable que otros muy prudentes van llevando de corrillo en corrillo, de café en café.

Lo que no puede imprimirse, piensan muchos que es lo que ha impreso Martínez Ruiz; sin reparar que es además *lo que no debe decirse ni pensarse*.

Ha sido un *enfant terrible*.

Si reincidiera, ¿quién se atrevería ya a defenderle?

Pero si no reincide, como tiene talento y en la parte del alma no *literaria*, *salud espiritual*, según creo, se puede esperar que sus trabajos futuros, sin ningún escándalo, sin horrores religiosos ni morales, contengan el cumplimiento de lo que hasta hoy ha prometido el anarquista casi infantil, en punto a buenas cualidades.

Trabajos enteros hay de Martínez Ruiz en que nada de tal impiedad y demás horrores se advierte.

Por eso yo alabé en *La Saeta*, de Barcelona, un artículo en que M. Ruiz pintaba de mano maestra al *chico de la prensa*, crítico de teatros.

No podía yo sospechar que quien escribía aquello

(lo primero suyo que yo leía) iba después a blasfemar y a... ¡demonio de muchacho!

Resumen; si a condenar fuéramos, por lo vitando de todas estas cosazas de *Charivari*, yo sería el burgués más indignado, el inquisidor más *flamígero*.

Pero no quememos el libro, aunque lo merezca; porque dentro hay una honra literaria que no merece el fuego; y que tal vez un día, si hoy se le hace justicia verdadera, esto es, caritativa, nos dé un escritor talentado, templado, noble, que será el primero a condenar estas... atrocidades de ahora. Si la crítica estuviera en *estado de sitio*, no escapaba Martínez Ruiz sin *los cuatro tiritos*.

Pero, como no lo está, no hay que ser *sumarísimos*.

Ya se yo que este criterio mío disgustará a muchos cristianos que imitan al *Divino Pastor* en lo de ir con el cayado tras la oveja descarriada. Sólo que el *Pastor* divino volvía con la oveja entre brazos, y estos *rabadanes* le tiran el cayado a la cabeza, o por lo menos la dejan perniquebrada.—Clarín—(*Madrid Cómico*—8 mayo 1897.)

A raíz de aquel artículo surge la correspondencia de Azorín con Clarín, principio de una gran amistad.

Clarín le escribe a la Redacción de *El Progreso*, Montera, 51, y en el sobre pega un sello de un rey niño y chato en que no se reconoce la época actual, aunque las fechas no son lejanas.

Todo en las cartas se podría defender de envejecer; puede haber un papel que no llegue a muy amarillo, puede suceder que la matadura de correos haya perdido la fecha; pero bastará el sello para que se vayan muy atrás en el tiempo.

Siempre hay consejos en ellas:

«No escriba usted en Bonafoux que es, en definitiva, un chisgarabís, ni lea exclusivamente anarquistas, filósofos de segunda mano. Hábleme usted de sus estudios académicos y privados; cómo y por qué escribe y con prisa y por qué libros estudió usted y qué estudió. Noto en usted grandes disposiciones y una gran anarquía intelectual. En el mundo interior hay mucho más de lo que usted por su edad y modo de vida puede haber visto hasta ahora. *Horas desabridas* las tenemos todos, pero bajo un freno de disciplina moral e intelectual que las hace inofensivas.

He oído ¡que hubiera sido de los mejores santos! Métese usted de veras en el estudio de los grandes prohombres, filósofos, y de la verdadera filosofía actual y verá qué *orden*, qué *prudencia* y qué *consuelo*.

Más *anarquista* que yo, por instinto, no lo es usted, y aquí me tiene ahora completamente *disciplinado*.»

Aire del año 98.

Comienza el año 1898 y los periódicos dicen adiós al 97 con coletillas como ésta: «Se ha despedido el 1897—¡Vaya en mal hora con dos mil de a caballo!—de la manera natural y propia de quien tan pésimamente se portara y tantos quebrantos, pesadumbres y desastres ha presidido».

El año 98 es un año lóbrego, espeso de probabilidades y de pulmonías nacionales, en que resulta más admirable el despertar a la rebeldía y a la viveza de la razón de esos cuatro jóvenes heroicos que se mantuvieron firmes, aunque los temblores de tierra sacudían España.

El año 98 es un año que parece ser el necrologizado en ese libro de «Silverio Lanza», que se titula *El año triste*, título muy de aquel año, que pasa bajo el paraguas, hecho una lástima, de la patria.

Bajo la nube cárdena que gravita sobre ese año se especifican y aclaran, como incipientes monumentos en piedra blanca, las figuras de estos escritores del 98, que habían de llenar después, con su obra y los comentarios a su obra, más de la mitad de un siglo.

Escuálidos rebaños del mal año pasan por ese 98 en dirección al derrumbe histórico y a la propiciación, para que lleguen otros años luminosos en que se rehaga la historia de España.

La proporción del año 98 es vasta como un quinquenio, y sus voces, sus ecos y sus soflamas suenan

como en uno de esos palacios de cristal en que todos los cristales están rotos y las telarañas han puesto ojiles de tuertez en todos los rotos; uno de esos palacios de cristal que contuvieron la última Exposición Universal de una raza heroica, a la que, el 98, le llegó la hora de venir a menos precipitadamente. Toda la casa llena de papeletas de empeño caducadas, y sus manirroto pobladores preparados a resistir con vana heroicidad a los agentes ejecutivos de su ruina.

Todas las casas están faltas de revoco, pero como se pasa por una época de pignoraciones y atrasos, el ayuntamiento no puede ordenar que se monten andamios para sonrosar las fachadas.

Todo Madrid tiene un tono de patio sobre el que han caído sacudimientos del polvo doméstico de innumerables días. Algún desconchado muestra el picado de martillo albañil, con que se preparó la fachada anterior para que recibiese el reciente del nuevo estuco, que ya adolece de viejo y cae en cometas de caspa.

El abono de los teatros a los *Lunes* y los *Viernes* se opone a toda obra de arte y los críticos reaccionan en vano contra él.

Sube el pan, lo único intangible para el español «la libreta». El murmullo contra los panaderos inquieta al gobernante que sabe que la caridad del pan es intangible.

En el papel de color hueso y en los caracteres de tinta corrida de aquellos periódicos, se denuncian pozos negros «que son una amenaza para la población en el centro mismo de Madrid».

En ese Madrid de la baratería, de la improvisación, de la literatura chabacana, sucede por esos días de sobreexcitada majeza, que «el Gavira», torero ídolo de la multitud, al pasar por la calle del Príncipe cuestiona con un policía de la *Secreta* al que amenaza con una

navaja y éste le pega un tiro con el pesado secante del revólver. «El Gavira» muere de peritonitis en el Hospital General a los pocos días.

A mediados de Enero aparece, regleteada y en largas columnas, la noticia de un motín en La Habana. Todo marcha a la carrera como la bola en esos billares romanos, cuyo plano inclinado lleno de clavos, apenas opone resistencia a la miga de barro que baja precipitadamente en busca de cualquier casillero.

Ese motín lo originan unos cuantos oficiales españoles que asaltan la redacción de *El Reconcentrado* y rompen todo lo que pueden y se dirigen a otras redacciones con el mismo propósito, rompiendo los cristales de los que se parapetan detrás de sus cancelas.

El Reconcentrado es el periódico cubano que se ampara bajo un título que proyecta la fisonomía de aquel pueblo vejado, hambriento, sin derechos. Ya que no pudieron poner a su periódico el título de rebelde, le pusieron el de «reconcentrado» que a los psicólogos libres — que palpitaban ya en Azorín y en algunos otros españoles — les hubiera dado toda la sensación de hepatismo agudo y de tristeza honda, de esas tristezas que se vuelven separatistas si no se medicina la irritación con el mayor de los cuidados.

Al decir «el reconcentrado», se ve el rostro del hijo desafecto que ha encontrado madrastra en vez de madre.

¿Y cuál fué el motivo del lance? Un suelto en que *El Reconcentrado*, ya harto de sufrir, despedía con palabras duras a uno de aquellos jefes de historia sanguinaria que los cubanos habían tenido que sufrir durante algún tiempo.

En esos primeros días del 1898 se quieren hacer barcos rápidamente y los astilleros crujen y machamartillean.



El matrimonio Azorín en la época de sus esponsales.



La guerra va a ser declarada dentro de unos días y se quiere improvisar una escuadra.

Parece un teatro en el que se quiere llegar a una mutación rápida de las decoraciones y cambiarlo todo en un abrir y cerrar de ojos.

Se quieren enviar tropas con disimulo hacia la Isla de Cuba, diciendo que son el cupo, y parten 7.186 hombres, pequeño número de la Lotería Nacional.

En los alrededores de ese 1898 ha sido relevado Weyler—tardío relevo—, pero devuelto a la Península va a tener el desplante máximo, lo que señalara con una raya de sable la hora en que la guerra con Norteamérica va a estallar.

Se acoge el general a una apariencia efectista, de valiente temerario, de hombre que da la primera bofetada, perdición en las cuestiones de España, rasgo que lleva al pueblo detrás.

Se estrena *La Guardia Amarilla*, de Luceño y Arniches.

Aún colea el asunto Dreyfus, asunto de nombre triste y de tipo mísero.

Hay hambre en Cuba, y como no hay tacto político, un envío que hacen los filadelfianos socorriendo a los necesitados, no es declarado libre de derechos en el puerto español.

En París se grita contra Zola.

La gracia de Taboada estaba llena de chacota, una cosa que no es humorismo, ni sentimentalismo ni guasa.

A Jaurés le pegan una bofetada en el parlamento francés.

El «Maine» se mueve hacia La Habana.

En los periódicos se lee un «Desde Manzanillo» que crispa de tristeza la parte telegráfica.

En Lara se estrena *Pedro Ximénez*. En el Circo

de Colón hay grandes bailes. En el Real se representa *Orfeo*.

En Apolo se estrena *La Revoltosa*.

En el Príncipe Alfonso *Urganda la desconocida* y *Roncar despierto*.

Se anuncia un Salón Pedal (Alcalá, 71), con carreras de ciclistas, y un Salón Sport (Príncipe, 12), con tiro al blanco por distinguidas señoritas.

Doña Clotilde Gispert, inquilina del cuarto 4.º del n.º 8 de la calle de Lista, abre un boquete en el suelo de su habitación y se entretiene en arrojar inmundicias a los vecinos del 3.º

Weyler lanza un manifiesto contra Sagasta en que supone que el ejército español aparece atropellado en el mensaje de Mac-Kinley.

Se recoge *El Nacional*, y Romero Robledo, aquel político tertuliero al que no le importaba nada el país, apoya la bulla.

Ya es inútil que se hagan cosas para arreglar el asunto de Cuba y que se nombre un gobierno autonomista allí lejos, y que se haga el censo de las islas.

Al cabecilla Ríos Rivera se le esposa en cuanto llega a Barcelona y él protesta diciendo: «Lo que se hace conmigo es una iniquidad. Yo he sido absuelto en Cuba y no entiendo por qué se me sujeta esposándose».

Es absuelto Weyler de la cuestión del manifiesto.

El Doctor Garrido lanza una proclama a propósito de sus bodas de plata y hace un resumen lóbrego del estado de España, anunciando después su farmacia.

Aparece constantemente en los periódicos lo de «Tropas a Cuba».

La suscripción por los soldados heridos llega en *El Imparcial*, en su 166.^a lista, a 1.006.476,90 pesetas, y a ella han ido «títulos de aduanas», «sellos de correos» y

hasta el importe líquido de la venta de cuatro ejemplares de la obra *Cuba española*.

El martes 15 de Febrero estalla el *Maine*.

Repercute la explosión en España como una agoreña, como un colmo en la desgracia, como un motivo de cuestión definitiva, y todo se precipita de tal manera, que el 20 de Abril pide sus pasaportes en Wáshington el embajador Polo Bernabé, el 21 el gobierno español remite los suyos al embajador Woodford de los EE. UU. y el 25 las Cámaras yanquis aprueban el *bill* de declaración de guerra a España.

El Refugio parecía recoger cuando llega el atardecer a la España en éxodo de pobreza, que es preámbulo de las rotas.

Angustia de gran Refugio como puente para pasar sólo de una noche a otra, tenía todo Madrid.

Un inválido —cojo requetecojo de muleta de palo— abría un puesto de libros sobre una angarilla, y yo, que lo observaba desde mi balcón, lo veía entretenerse en hacer y deshacer el solitario de los libros, para no vender ni uno a través de todo el día.

Las fuentes, cuando una nación está en guerra, lloran en vez de echar agua práctica.

Ya de por sí fuentes enanas tomaron una extraña tristeza esquínera por aquel tiempo.

¿Qué escalón preparado había en el año 98?

Se presentía ese aire de liquidación que desgarró las banderas que hace flamear con violencia.

«Sí, sí—se decía—, Norteamérica es grande, grande como una gran tinaja de barro, pero España es fuerte como una pequeña orza de hierro».

«¡Piaras de cerdos!», se decía de los norteamericanos.

Así era lanzado al despedacen un pueblo que aún sangra en nuestros días, un pueblo que no forma

nunca su composición de lugar, que en la lucha de periódicos se olvidara siempre del que le haya sido más querido y deja ir a Riego al cadalso y asiste impertérrito y olvidadizo a todo y consagra al matón que luce ante él sus impertinencias y... y... y... y... y... y... y... y todos las íes posibles.

Al atardecer caían sobre Madrid unas sombras especiales, como de persianas descompuestas, de cortinas que no rigen bien y adelantan el anochecido, de banderas caídas, a media asta, como párpados corridos.

Y la guerra contra la nación más boyante del mundo se hacía desde en medio de estas casas apeñuscadas, que había que derribar—que hoy ya están derribadas—, apiñadas como en junta de rabadanes ilusos.

Se tenía la idea de que el poder mágico de los ministerios y del Banco de España, estaban preparando la victoria, y por el Prado salían batallones vestidos de rayadillo, calzados con alpargatas de tiras blancas y negras, sandalias de expatriados, que daban un aspecto tétrico y herido a los pies. ¡Todos iban contentos porque les habían regalado unas cajetillas para el viaje!

¡Qué inconsciencia la del Madrid de entonces!

¡Que se diga que no importa la inconsciencia literaria! ¡Pues por tener inconsciencias de esas se es cadáver inútil en las guerras a las que lleva la inconsciencia general!

La guerra es como una exhalación, y gracias a haber estado asomado al balcón una tarde de aquel 1898, subido con nerviosidad de niño suicida al tramo de hierro de la balaustrada, me acuerdo tanto del 1898, pues aquella tarde fué cuando se encendieron los magnesios sobre mi visión acelerada y sobreabierta.

Parecerá un alarde a *posteriori*, pero confieso que el día de la derrota decisiva de España, el día de la caída de las nubes a la realidad, varias horas antes de que

apareciesen los suplementos de los diarios contándola, yo tuve el presentimiento desgarrador de lo que había sucedido, herido mi corazón.

Veía apoyado y encaramado al rail para asomarse del balaustre del balcón, los aros vacíos de las macetas del piso de abajo.

Estaban las persianas echadas como en señal de confesión en el confesionario interior. Eran aquellas persianas en que los listones de ripia estaban enjaretados de alambre. Por entre aquellos párpados entornados se veía lo que sucedía en la calle, llena de caballos entonces.

Era un piso tercero y las gentes se veían como en luz y sombra de siesta, puesta en la cabecera la clavija de la comunicación con el hilo directo de Cuba.

Recuerdo que asomado en el balcón que dejaba libre la persiana de flejes de madera, con la corazonada telepática en todo mi ser, produje un ruido de enorme abanico entornado nerviosamente y entré gritando en el despacho de mi padre con angustia de niño que acaba de ver estrellarse a un hermanito: ¡Papá, papá, ha perdido España!

Mi padre achacó aquella explosión mía a vesanía de pobre niño embriagado por las pasiones y tensiones de los mayores; pero después, cuando los extraordinarios propalaron la noticia, me miró con marcada extrañeza.

En aquel rato de estar asomado al balcón aquel día del 1898, retraté en mi alma aquel Madrid pardo, en que el alma central adolecía de sombrosa, de tétrica, de engañada.

Yo aún no sabía nada de teoría, pero aquella tarde probablemente también, aquellos jóvenes que estaban en sazón de asumir la etapa nueva, se decidieron a propugnar con traspuesto brío el valor de la intelligen-

cia en la pobreza, el cultivo del único tesoro que le queda al depredado, el cultivo de la conciencia.

¡Qué bien ha estado Ortega y Gasset al bautizar a esa generación, generación del 98!

El también, un poco menos niño que yo, pero adolescente junto a los hombrecitos del 98, debió estar asomado a su balcón a aquella hora y por eso ha sabido fijar el valor de límite del año aquél.

El espectáculo de España aquel otoño del 98, influye intensamente en el ánimo de Ángel Ganivet, que, camino de Riga, busca la muerte en el río Duina.

Tenía unos cuantos años más que los jóvenes Azorín y Baroja, y en él el mastodontismo español era más acendrado y pesimista. Por eso no se pudo consolar y se suicidó.

La generación del 98.

En años anteriores a esa generación triunfan Eche-
garay, Campoamor que entonces promueve escepticismos y finos atrevimientos y Galdós que trae trenes de mercancías de realidad española, lo que faltaba en aquella literatura de abstracciones y una especie de realidad hipertrofiada que no era realidad.

En el bloc entraron también Pereda, Palacio Valdés.

En su mayoría son grandes paletos que vienen de la provincia y encuentran en el escribir un camino. Eran los opositonistas de Madrid que encuentran un arbitrio en el escribir.

No tuvieron vocación, no vivieron el medio literario de su tiempo. Fueron espantajos de parsimonia, perfeccionadores de malas y vulgares fábulas, insinuadores de halagos a las pasiones y fantasías triviales de la mesocracia.

¿Pueden ser estos escritores los que influyen en esa generación? Casi nada. Lo que influye en ella como en toda generación nueva son los libros que no han tenido éxito, los libros impares y los escritores que ya preconizaban el porvenir y cuyos consejos sueltos y cuyas tentativas rotas sirven más que nada a los que las han de perfeccionar.

Un libro que a la sazón inquieta en las tertulias es el de Pompeyo Gener titulado «Herejías» y donde ya se habla de la decadencia nacional, para cuyo arreglo

propone Gener dos cosas: «una dictadura y una descentralización», «una dictadura científica ejercida por un Cromwell darwinista injerto en Luis XIV.»

Quizás un ejemplar de Nietzsche que poseía uno de los amigos del grupo Smith, y que éste leía en voz alta a alguno de ellos, en especial a Baroja, influyó en aquellos jóvenes vivaces, ansiosos de protesta y demolición.

Pero a mi juicio el primer influyente, y al que por eso dedicaré un largo capítulo próximo, es Silverio Lanza.

De los poetas franceses influyen en ellos Gautier descubriendo a España antes que nadie. Barbey d'Aurevilly, Poe, D'Annunzio y Baudelaire, «ensayado» ya por *Clarín*.

Sin embargo con todo eso esa generación se siente sola, completamente sola; esta juventud del 98 quiere hacer resistencia a toda insensatez nacional, y desde los rinconcillos de sus periódicos, y en pequeños libros y en proclamas breves, refleja su opinión, adversa a la avalancha.

Nacida en ese 98 imponente de grisura y de gripe nacional, esa generación, en que comenzó a alentar la conciencia nacional, no determina ninguna hecatombe patria—como alguien ha insinuado—, sino que las previene todas, y si hubiera tenido asumida la autoridad que la debieron, las hubiera quizá evitado.

La generación del 98 fué una invención esforzada, barrenesca, con la que se cometen injusticias quizás porque es imposible imaginar en el tiempo subsiguiente la berroqueña sombra del tiempo anterior. ¿Y esa influencia de Ganivet sobre ellos?

Están estos jóvenes en las mismas casas de huéspedes de Pío Cid, le han tenido en cuenta, pero ellos tienen, si no más fe que Ganivet, más esperanza.

¿Ha influido en ellos Ganivet? Desde luego, pero

para huir de él y para despejarse de su recalcitrancia, logran dar supremo valor al arte a lo que sino es «diario» de conversaciones o de cartas tristes.

Si Ganivet no fuese estéril por una condición especial de su espíritu, difícil de explicar, veríamos más influencia de él en los del 98.

Todos los gestos de ese momento tienen que ser inacabados, presurosos, malos.

Fundan un día una breve revista de la que sólo queda un número, «Mercurio», y en ella todos dicen su tema mas escandaloso, siendo el más perseguido Cristóbal de Castro, que escribe un artículo titulado: «Venus Prisionera».

En realidad coexistieron dos grupos:

Uno formado por Azorín, Baroja, Maeztu, José Ignacio Alberti, Gandía—el del sombrero de copa con las alas planas—, Cornuty y otro grupo un poco más aparte formado por Valle Inclán, Benavente, Manuel Bueno y algunos corifeos.

Benavente, aunque a veces vaya con ellos, es un poco chisgarabís y eso le aparta del grupo crédulo, menos fácil que él, más hondamente preocupado.

Hubieran querido ir con el grupo más literario; pero Benavente señoritea y ya le notaban dominado por lo que podríamos llamar fuerzas centrípetas y alejadoras.

Con el ardite de radio de su ingeniosidad cómica y sentimental, que sabe contra qué pasiones hay que reaccionar y qué cuentos hay que contar al alma multitudine en su ansia de adormilarse, sabe acabar la obra en los veladores de la tregua y el resto del tiempo lo dedica a sonreír, a hablar, a refacerse, a ir de un lado a otro, poliprobando la vida.

Estos hombres, prematuramente severos, no tienen vicios y Benavente hasta se permite el lujo de tenerlos.

La buena voluntad del grupo hubiera querido acompañarle, pero Benavente raudo, sin importarle muchas cosas que a ellos les importaban, enjareta obras, tira buscapiés divertidos—y con un poquito de peligro para hacerlos más divertidos—en los salones de los escenarios.

Ni Valle mismo tenía grandes relaciones con Benavente.

Les interesaba pero había cierto recelo entre unos y otros y una pugna mayor quizás contra el grupo de Azorín.

De todos modos, unos se comunicaban con otros como a través de una especie de montaña rusa.

Con ellos va también Camilo Bargiela, que aparece con un pequeño bastón y un librito titulado «Luciérnagas» parejo del que, con el nombre de «Estrofas», publicó Candamo por entonces.

Tomás Orts Ramos y Palomero engrosan el grupo de aquella bohemiada.

Dando calor a los cursos que pasan, se desenvuelve en el Ateneo una viva discusión sobre el anarquismo, en la que toma parte el gran tipo del Dr. Madinaveitia, quijotesco anarquizante al que espera en la puerta un coche con dos caballos.

Estaban desconcertados. Iban al Retiro por la tarde y por la noche se reunían a primera hora de la noche, en el Café de la Carrera de San Jerónimo frente a la calle de la Victoria.

Cornuty no faltaba nunca y Alejandro Sawa iba alguna vez, llevando en su frente el beso que Víctor Hugo le dió en París y cuya huella no se lavó nunca, asombrándoles con grandes noticiones sidéreos o apareciendo con un extraño pedrusco de hierro que mostraba a todos, diciendo:

—Es «du fer»... «du fer».

Cornuty es el héroe de la legión, el que grita incessantes ferocidades, el que no les deja ceder.

Corunty es el que en el estreno de *La Comida de las Fieras* de Benavente, al ver que los aristócratas de los palcos no aplaudían con bastante entusiasmo, o se distraían en sus charlas de caramelo, grita con voz afrancesada:

—¡M... para la aristocracia española!

Cornuty en aquel estreno estaba nervioso y repitió al oído de Azorín lo que repetía en el paseo de coches, cuando pasaban los coches de la aristocracia:

—Parece que sienten por nosotros un desvío inexplicable...

En casa de Baroja que entonces vive en la Plaza de las Descalzas—se celebran las nochebuenas en compañía de algunos de aquellos extraviados en la noche pobre de Madrid.

Frente a las nochebuenas académicas del Marqués de Molíns se oponen las nochebuenas del comedor de Baroja, donde el padre, comprensivo liberal, Mecenaz de cigarrillos, alberga a los Azorín y a los Alberti.

Azorín hace visitas a los hombres que están en su sector de sombra y de libertad.

Va a ver a González Serrano, que vive a la sazón en la calle de Fomento.

Toma consejo de aquel reflexivo hombre de izquierdas, profesor de filosofía en el Instituto de Filosofía.

Visita a «Fray Candil», que entonces tiene tipo de muy innovador.

Pero sus visitas capitales, las que le dan una emoción de grandeza, sencilla pero verdadera, son las que hace a Pi y Margall en la calle del Conde de Aranda.

Iba los grandes domingos.

Era Pi y Margall el hombre de incólume prestigio a quien consagrar el día santifical.

Guerrillero de Lerroux entonces, Azorín propendía al presidenciable Pi y Margall, viejecillo en el que se concentraba lo sibilesco de un partido siempre sibilar.

—¡Qué fuerza tenía el republicanismo entonces!— exclama Azorín, abriendo un arco de luz en el nublado que da al horizonte, que quedó en el remoto pasado.

—¡Qué prestigio y qué ola de respeto levantaban en provincias los jefes republicanos!—insiste Azorín. Me acuerdo que yo estaba en Valencia cuando fué Salmerón.

Entremos en casa de Pi y Margall. El portal era ancho y el piso noble con la media luz justa. Le salía a abrir la esposa del maestro.

Pi y Margall le recibía afable, con tiempo, dispuesto a divagar sobre el porvenir y a regalarle esperanzas, y a darle confianza en la vida. Sólo el día visperal de la salida de su periódico, se aislaba y escribía su severo artículo de fondo, aliento y continuidad de un partido.

A propósito de aquellas visitas he preguntado a Azorín:

—¿Y usted no escribió nada en aquel semanario?

—Nada.

Azorín, aunque ha respondido «nada», hace memoria empinándose sobre el nada, y sonríe con esa sonrisa *infraganti* de Azorín, esa sonrisa en que se confiesan las diabluras y se desenmascara la ironía (¡cómo ha podido decirse que Azorín es gélido! Azorín siempre es afable, comunicativo, amistoso. Sólo necesita para eso, lo que está justificadísimo y es imprescindible, tener antigua amistad en el amigo con quien charla, saberle leal a través de los años, encontrar en él la veneración que merece).

Azorín, después de esa sonrisa con que se desenmascara bondadosamente, dice:

—He mentido al decir que nada... Le envié una vez

una silueta amable de Lerroux, y Pi y Margall me la devolvió, diciéndome que su periódico era un periódico austero en que no se admitían alabanzas personales de nadie.

Deseando saber más de aquellas visitas a Pi y Margall, le pregunto:

—Pero ¿no le dijo nunca alguna cosa curiosa, alguna ver adera confidencia?

Azorín hace memoria, y después contesta:

—Lo único que recuerdo, es que un día me explicó por qué no sería él académico jamás.

—¿Por qué?

—Porque él no admitiría el cargo sino siendo elegido por unanimidad y porque no quería rezar la oración que hay que orar al principio de cada sesión.

—Pero ¿es verdad eso de la oración?

—Ya lo creo... Según el reglamento es un rezo que debe dirigir un prelado académico y que, por eso, ahora estará a cargo del Obispo de Madrid, que acaba de ser elegido.

—¿Y qué dice esa oración?

—Azorín se levanta y requiere un librito, en cuya página 66, se lee:

ARTICULO 49

«Las Juntas ordinarias se inaugurarán siempre con la antifona y oración siguientes:

ANTIFONA

*Veni, Sancte Spiritus, reple tuorum corda fidelium,
et tui amoris in eis ignem accenden.*

Y Emitte Spiritum tuum, et creabuntur.

R: Et renovabis faciem terrae.

OREMUS

Actiones nostras, quaesumus, Domine, aspirando praeveni, et adjurando proseguere, ut cuncta nostra oratio et operatio a te semper incipiat, et per te caepta finiatur. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

Después de levantar la sesión, se termina con el siguiente rezo:

Ÿ *Benedicamus Patrem et Filium cum Sancto Spiritu.*

R *Laudemus et superexaltemus eum in saecula.*

ORACION

Agimus tibi gratias, omnipotens Deus, pro universis beneficiis tuis, qui vivis et regnas in saecula saeculorum. Amen.

Pi y Margall—había algo así como un misterio de la Encarnación Civil en su apellido—siempre se estaba frotando y batiendo las manos aun en el buen tiempo.

Tenía sobre sus rasgos españoles de pura originalidad, el matiz de emigrado que había estado en París y había tratado a Conte, del que recibió cánones laicos.

Azorín sigue sus visitas y escarceos junto a Pi y junto a los hombres solitarios, porque él ha de ser también el que se quede solo.

Se reúne ahora en un café de más rumbo, en el Café de Madrid, donde hoy está el Crédit Lyonnais, café con fuentequita de surtidor en el centro; más cercano al triunfo de la Puerta del Sol.

La tertulia se integraba de nuevos jóvenes alrededor de los maestros.

Manuel Buenó, Ruiz Castillo, Martínez Sierra aparecían por la tertulia.

Un día Manuel Bueno, que todos los días era blanco de la ironía de Valle Inclán, enarboló su bastón y manejándole con los tres tiempos del que quiere dar un golpe definitivo, lo proyectó sobre el gran escritor, que salvó su cabeza protegiéndola con el brazo que se rompió como una astilla. Entre los amigos llevaron a la casa de socorro a D. Ramón y desde allí a su domicilio, donde, a los dos días, el médico comunicó a los amigos que aquello se gangrenaba y había que cortar el brazo inmediatamente. Los amigos prepararon a D. Ramón y éste dijo: «Bueno. Que lo corten». El médico le cloroformizó y lo cortó. D. Ramón al despertar dijo a Benavente: «Cómo me duele aquí» y señaló hacia la mitad del brazo que ya no tenía. Benavente sólo le contestó: «No, Valle, el brazo ya no». «Ah, sí, es verdad» dijo D. Ramón con una serenidad estoica.

D. Ramón preguntaba qué día estaría curado, porque quería matar de un tiro a Manuel Bueno. Los amigos conciliadores y serios, buscaron a Manuel Bueno que, hombre de valentía probada, subió, noblemente emocionado, las escaleras de la casa de D. Ramón, y en aquella alcoba, llena de olor a yodoformo, hubo una lacónica y magnífica reconciliación. *

Valle Inclán pocas veces alude a esta desgracia y sólo dice haber echado de menos el brazo perdido cuando vió muerta a su hija y no pudo abrazarla como hubiera deseado.

A veces Don Ramón habla de su peso y lo encuentra optimista porque añade al total que arrojan las básculas los «diez y ocho kilos» del brazo que le falta,

* Véase mi libro *Muestrario* (Biblioteca Nueva. Lista 66.) donde figuran «Las cincuenta maneras cómo perdió el brazo D. Ramón del Valle Inclán».

excesivo peso para un brazo pero que él da por normal con una asombrosa naturalidad.

El poeta lejano a esos hombres, el que escribe desde las provincias luminosodoradas, pero el que va con ellos, es Juan Ramón Jiménez.

La evolución en poesía tiene que ir mas lejos. Juan Ramón toca horizontes insospechados y traspasa toda bruma. Ya su sutileza es exquisita y si se hubiera llevado a la prosa hubiera dado toda la prosa moderna.

Los Machado son mas parejos de la generación del 98 y responden en poesía al mismo procedimiento de clavar la realidad presente en vez de con clavos de hierro, como los de los prosistas, con clavos de cabeza dorada.

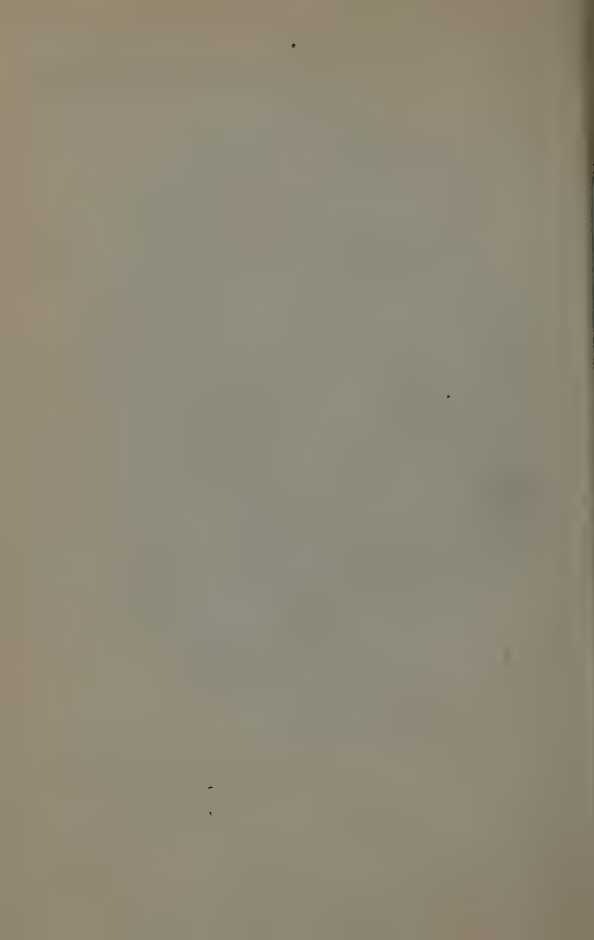
No aparece en esos tiempos ningún Mecenaz ni tienen relación con ningún torero.

Viven «en contra» y como son los primeros que viven «en contra» su contra es verdadero y fuerte. (Hoy el vivir en contra es convivir con lo que se contradice.)

Viven en el verdadero aledaño de la vida y van por veredas de monte. De ahí que después, cuando llegan a andar por poblado se les nota una rusticidad de quienes estuvieron echados, en otro mundo, en otra jurisdicción.



A z o r í n e n 1 9 1 7 .



Azorín y el noventa y ocho.

Por entre la falanje de los del 98 hemos visto deambular a Azorín, pero ahora, gracias a su libro «Charivari», aparecido con gran escándalo un año más tarde, vamos a reconstruir, valiéndonos de su viva testificación, su paso personal por ese año. Violó él mismo su diario íntimo y sincero para contárnoslo.

Vivía Azorín en la calle de Mesonero Romanos, junto al *Imparcial*, olfateando de cerca el vaho que esparcían las hojas del gran periódico al imprimirse en la tinta de olor subido.

Veía desde su alcoba el despacho de Ortega Munilla, con envidia de su posición, viéndole purear hasta la madrugada, dictando ley al día siguiente.

Ya soñaba Azorín, al asomarse a aquella ventana de un cuarto interior, con hacer una visita al periodista que fué capaz de ser el primero en admitir a los nuevos.

Ruiz Contreras, que ha fundado la *Revista Nueva*, va también con ellos. Contreras es el hijo de un hombre de carrera, de un ingeniero, y tiene algunos posibles. Con vocación a la literatura—que le hace abandonar los estudios de ingeniero de montes—les congrega a todos, quiere imprimir el *Monitor* valiente, que sea rompehielos de la gran masa que envuelve en desiertos a los intelectuales.

Fundada la *Revista Nueva* separa la redacción de la administración con un cordel que divide en dos una habitación espaciosa.

Se hacen diabluras, se disparan tiros con pistolas de desafío en conatos de duelo, se tiran los libros malos por los balcones a trueque de matar transeuntes, se pide papel al amigo medio pudiente—que ha comprado unas resmas y las guarda en el sótano de su casa—y de allí sale el papel para el *Charivari* de Azorín.

Ruiz Contreras piensa a veces que no ha cenado alguno de sus más dignos contertulios, le insta a que se quede, pero el altivo contertulio no acepta ni los días de más hambre.

A veces todos se dirigen a el caserón de Baroja, donde con fórmulas de *Alrededor del Mundo*, se quieren inventar ya grandes zeppelines.

Todos sienten la alegría de las suscitaciones, de las utopías, de los proyectos inverosímiles y juegan en la vacación de su Jueves sin fin.

Los detalles de sus andanzas los va extendiendo Azorín en su *Charivari*. Leamos su vivir:

«Se habla de la inteligencia y lealtad del perro.

—Al perro—dice Gil Parrado—para ser el mejor amigo del hombre sólo le falta llevar dinero.

De *El Sastre del Campillo* ha dicho:

—*El Sastre del Campillo*, que escribe de balde y pone el ripio.

La bohemia del café discute la poesía parnasiana; se habla de Mallarmé, y mientras unos rien, otros lo toman en serio. Palomero se exaspera oyendo a los admiradores de la poesía «delicuescente»; y para probar que «eso lo hace cualquiera», saca el lápiz y escribe rápidamente los siguientes versos, que le dedica a Valle Inclán, defensor de los parnasianos:

¿Oyes, Oyes la campana,
 mi querido Valle Inclán?...
 Ya ha llegado la mañana,
 y en la ermita más cercana:
 tan, tan, tan.
 ¡Oh!

Qué contento vivo yo
 cuando el eco sibilino
 me detiene en el camino,
 y en la piedra que me siento,
 si me canso,
 condenado por el viento,
 mi querido Valle Inclán,
 de la ermita más cercana
 ecos trae la campana:
 tan, tan, tan.

Palomero, como Dicenta, es un desordenado. Abusa del espíritu, él que tiene tanto; no trabaja con método; lleva una vida febril, precipitada, *au jour le jour*, buscando afanosamente en el artículo, en la zarzuela, en la novela por entregas, las pesetas diarias para el pan... y el vino.»

Marzo de 1898.

«—Ruiz Contreras—me decía un amigo—es, entre toda la generación nueva, el más laborioso, el que toma más en serio el arte, el más formal en cumplir los compromisos de la amistad, el más serio.

Es verdad. Yo no admiro a Ruiz Contreras como literato; yo no le digo que es un crítico profundo, que es un novelista portentoso (y después le pido cinco pesetas). No le adulo; en otra parte—Ruiz Contreras lo sabe—he tenido ocasión de decir lo que me parece su modo de pensar y hasta qué punto me gusta su prosa; pero sin admirarle, declaro que pienso como mi amigo.

Porque *Palmerín de Oliva*—como familiarmente le llaman sus amigos... y se llama él, o se llamaba *in illo*

tempore—es ante todo un obrero, un hombre que tiene lo que falta a la juventud bohemia: voluntad, entusiasmo, fe.

Y tener voluntad, es decir, amor al trabajo, cariño a realizar toda idea grande, generosa, vale hoy tanto como tener genio.

No conozco escritor que trabaje más que el autor de *Los Vencidos*. Publica cuentos, obras de crítica, folletos de polémica... todo por «amor al arte». Porque Ruiz Contreras, más que *profesional*, es un *dilettante* que no se preocupa ni tiene por qué preocuparse (¡feliz mortal!) del público que paga, y de ahí su escasa popularidad a pesar de sus muchas obras.

—Como este folleto—decía a propósito de *Tres moradas*—pienso publicar uno todos los meses, hablando de literatura, de arte, de asuntos de actualidad, de mil cosas.

Y lo publicará.

Ruiz Contreras encuentra placer escribiendo... a su gusto. Tiene una gran biblioteca—más por lo bueno que por lo *mucho*—; escribe en un confortable estudio lleno de cuadros, armas, curiosidades artísticas—las cuartillas de *Juan José*, ediciones preciosas, autógrafos—; lee las más famosas revistas del extranjero; compra los libros nuevos que le gustan... ¿Qué más puede pedir un amante de las letras? Rodeado de tales comodidades, no es extraño que uno sienta el amor al trabajo, y escriba, como Ruiz Contreras, volumen tras volumen, que él tiene la dicha de editarse, de ser su auto-editor, que diría mi amigo Verdes Montenegro.

De ese modo, hasta Ricardo Fuente, a quien Ruiz Contreras ha llamado... *Voluntad*, se siente un Tostado.

—¡Pero cómo no quieren ustedes que uno no sea laborioso aquí! ¡Pero me... (aquí su deposición usual) si



Azorín en el Escorial. 1923. Fotografía N. M.^a Urgoiti.

yo soy capaz de escribir así veinte tomos sin preposiciones de ablativo!

Lo de las preposiciones lo dice Fuente por Valle Inclán, el autor de *Epitalamio*, publicado estos días—un verdadero jefe de obra de estilo (Palomero *dixit*).

Y Valle Inclán se pone furioso, y dice que Paul-Luis Courier es un melón, y que Balzac es otra hortaliza por el estilo; y entonces Fuente descuelga de una panoplia un trabuco y le fusila simbólicamente.

Porque esto pasa en los *miércoles* de Ruiz Contreras; reuniones bohemias en que se habla de todo, y se exponen programas de estética, y se lanzan anatemas. Uno defiende la idea, la idea sola, original, vigorosa, potente; otro está por las filigranas de estilo, por la prosa cincelada, elegante, sonora.

Y de éstos el autor de *Femeninas*.

—¡Cuatro preposiciones de ablativo seguidas!—grita leyendo un artículo del *Heraldo*.—«Las estatuas de piedra de los reyes de la plaza de Oriente...» ¡Qué escándalo! ¡Horroroso!

Y efectivamente, son un escándalo las preposiciones de ablativo, pero lo es todavía mayor el que la juventud no se «una», no haga algo expresivo, no dé muestras de lucha colectiva frente a los viejos que le cierran el paso, y frente al público ganoso de cosas nuevas.

Ruiz Contreras desea más que nadie esa unión, y más que nadie ha trabajado por crearla. Hizo una revista—la *Revista Crítica de Historia y Literatura españolas*—que si no llenó el vacío que debió llenar, el de ser el órgano de la *Joven España*, no fué por culpa de él, que abomina de las grandes firmas y se pone nervioso cada vez que lee la lista de los colaboradores de una nueva publicación—Núñez de Arce, Balart, Pardo Bazán, etc., etc.

El, *Palmerín*, fué quien hizo aquí de Rodolfo Salis,

fundando una especie de *cabaret* artístico, modesto *Chat-Noir* mantenido a su costa, y que se vió abandonado completamente por los bohemios, tan abandonado, que el autor de *Historias Cruelles* no consiguió que la perezosa juventud—amigos y compañeros—fuese a su taberna, donde encontraba servicio gratis.

Ultimamente Ruiz Contreras trata de fundar una revista, otra revista, pero de jóvenes, independiente, batalladora, en la que entre todo el que sienta y piense con originalidad, y en la que llamarse Juan Particular o Pedro Desconocido no sea obstáculo para publicar un trabajo hermoso.

Yo no sé si *Palmerín* conseguirá su noble propósito. Mucho me temo que tenga que continuar publicando, solo, sus folletos mensuales.

Tres moradas es el primero de ellos. Pinta en él Ruiz Contreras las casas de Galdós, Pereda y Menéndez Pelayo, en Santander. No es una crítica literaria, ni se las echa Ruiz Contreras en tal trabajo de pontífice de una estética; es una obra discreta, entretenida, agradable. El autor en prosa correcta, ni magistral ni anodina, pinta cómo viven los indicados literatos, y descubre a través de todas las páginas su admiración por todos ellos.

Yo acompaño a Ruiz Contreras en admirar a Galdós y a Menéndez Pelayo (con reservas), pero en cuanto a D. José María, opino con *Gil Parrado*.

¡Banquete en contral!

En 1898 escribe en su diario *Azorín*:

«Me han presentado en el café Inglés—cenáculo ahora de la bohemia—a Jacinto Benavente, el autor de *Gente conocida*.

Benavente ha tenido la desgracia de publicar sus *Cartas de mujeres* después de las *Cartas de Prevost*—y

por eso se habla de *pastiche*—y de estrenar *Gente conocida* después de *La Meule*, de Abel Hermant.

Zeda, ese periodista que parece que lleva dentro «un cochon triste», según la frase de Bourget, ha dicho que Benavente es «mefistofélico», y tiene razón Villegas. En Benavente hay mucho de Mefistófeles; es mefistofélica su sonrisa burlona, su sonrisa ligera, delicada, que ilumina su cara cada vez que dispara una frase sangrienta, un chiste en que sacrifica a un amigo; es mefistofélico en su aspecto, en el brillo de su mirada... Escribo esto y me lo figuro sentado ante el blanco mármol del café; con sus bigotes de guardamano, que él atusa de cuando en cuando; el cigarro entre los dedos índice y anular, sacudido nerviosamente para que caiga la ceniza...

Benavente es artista de veras. Hombre cultísimo, de selecta y variada lectura, tiene ingenio espontáneo, percepción para coger al vuelo el detalle, la *nuance*, la frase que caracteriza al personaje. Posee el arte de decir las cosas más crudas en la forma más candorosa. Si se me permitiera hacer una frase, diría que su obra es una horizontal en traje de primera comunión. *Gente conocida*—superior en mucho a la comedia de Hermant—es una pintura delicada, *profunda*, de la «buena sociedad» madrileña, del «todo Madrid». Y Benavente ha tenido tal discreción perversa que, burla burlando, con la sonrisa en los labios, ha hecho que los abonados de la Comedia aplaudan su propio retrato... un retrato de las deliciosas monstruosidades y encantadoras aberraciones del gran mundo.

Ya lo he dicho: la característica de Benavente es la sátira delicada, la ironía elegante, si se puede hablar así.

Una tarde en el café, un desdichado poeta se fué al *indispensable*, y como tardara mucho en salir y los amigos extrañasen la tardanza, Benavente dijo:

—No se asombren ustedes... Se *habrá dormido sobre sus laureles*.

Toda la prensa ha publicado las frases ingeniosas de *El marido de la Téllez*, comedia estrenada no hace mucho en Lara.

Las comedias de Benavente, por sus observaciones sagaces, por su finura, y más que todo por su crudeza velada, me recuerdan las de Aretino, en especial *El Mariscalco*.

El Mariscalco, viejo aristócrata de la corte de no sé qué príncipe, es un solterón empedernido; no se casa ni a tiros. Pero el príncipe y los cortesanos quieren hacerle que tome estado; y tales son sus empeños y esfuerzos que al fin lo consiguen.

El Mariscalco va al altar; se casa, es decir lo casan. Y llega la noche, la famosa noche de novios... y cuando va el hombre a poner en práctica el precepto de la Escritura, se encuentra con que su mujer no es mujer, les un paje disfrazado!

Los cortesanos se ahogan de risa, estallan en carcajadas, conteniéndose el abdómen con las manos. Pero el socarrón del *Mariscalco*, lejos de enfurecerse con el cambio, se alegra de ello... ¡Como unas pascuas!

Y los cortesanos embromadores desfilan cabizbajos.»

Todo *Charivari* está lleno de ágiles primeros términos. Fué sensacional en su hora y Azorín me decía no hace mucho refiriéndose a ese libro:

—Yo he tenido siempre el sino de promover escándalo con mis cosas.

Ramón del Valle Inclán.

En dos capítulos diferentes que es imposible que abarquen las figuras de entrambos porque cada uno necesita un libro, voy a ocuparme de los otros dos escritores que se destacan en esta trimurti, componiendo entre los tres una especie de suero trivalente que levantó a la literatura nacional de aquel momento, necesitada de antitoxina (Azorín) de realidad para acabar con la realidad chabacana, antitoxina (Baroja) de cursilería prolija y antitoxina (Valle) de la poética mala de la mala prosa.

Todos discutían, temblaban de innovarse y sólo ellos siguieron nadando, siendo como los únicos supervivientes de una generación de millones que se quedaron al otro lado, mientras a ellos tres les damos la mano en esta orilla.

Dos siluetas he hecho de Valle Inclán y no voy a repetir aquí nada de lo dicho en ellas; queda la más fantasmagórica en mi libro *El Alba* * y la otra en un capítulo de *Muestrario* ** donde cuento las mil y una maneras de cómo perdió el brazo D. Ramón.

* Saturnino Calleja, editor.

** Editorial Biblioteca Nueva.

Las palabras dedicadas a Valle Inclán merecen pesarse en balanza de platero, porque es el más difícil tipo de artista español que se conoce.

En esta generación del 98 Valle Inclán es el artista perdido, en aventura de tesoros de arte siempre, cruzado de aventurero y de mal genio; pero es que el artista necesita lanzarse a verdaderas intemperancias.

Valle es un hipertiroideo del arte y está quemado y enjutado en fuego de su tiroides, en carburación de su alma.

El va más allá que sus compañeros de promoción, él ama la forma en su voluntad y el ensueño en su capitel.

A Valle Inclán le tienen un gran respeto estos jóvenes que le ven llegar con luengas barbas y luengas guedejas del fondo hiperbóreo de las apariciones celtas, medio señorito hidalgo, medio uno de esos espectros envueltos en una sábana que se presentaban con tipo de Valle Inclán a los *mediums* fotográficos.

Escribe *Femeninas*, obra elegante en que las damas toman ya cocktails en sus sillas altas, sillas de los niños con los brazos cortados (las sillas, no los niños).

A Valle Inclán en mi infancia se le veía por la biblioteca del antiguo Círculo de Bellas Artes, asomándose a ella después de la charla en los salones del tresillo con los artistas en época de delirio. Allí repasaba las Ilustraciones: con predilección la Italiana.

Siempre Valle Inclán propendiendo a los artistas, en la raya de la prosa con el verso y con el arte orfebrista, coloreante y suntuario.

Colindando con la calle novelesca y sin embargo emplazado en una de esas *logettas*, soportal es para las obras de arte que así no están ni en los museos ni tampoco en medio de la calle.

Adora la retórica con amor rebelde y no va por un

pedazo de la fantasmagoría, si no por toda, y si es preciso la cortará la cabeza y huirá con ella.

No comprendieron bien a su alrededor la propensión de Valle, la comprendieron menos que la de Azorín y la de Baroja, pero él se había propuesto el sacrificio invicto y por el camino del arte continuó.

Vive días de ayuno de peregrino—hacia el Santiago ideal siempre—, pero todo lo encubre con su gesto osado y desdeñoso.

En aquella pobretona y roñosa calle de Alcalá yo recuerdo a Valle Inclán como el que vestía de lujo la ciudad.

En el principio de siglo era eso, pero ya podía resarcir a aquel hombre hostigado por las miradas y las risas, el que produjese tal miraje en un niño y que el espíritu mísero de la calle se recamase y se llenase de interés, gracias a su pasaje de ser envarado, en corsé de armería real, orgulloso de su melena entre merovingia y gauchesca.

¡Cuánto orgullo requemado debió almacenar entonces! Pero de él sale este arte espléndido de ahora, recalentado en esa hulla de rencores antiguos.

No se me olvidará aquel paso de Valle Inclán por la calle de Alcalá, llena de empleomanía sórdida, muy envuelto en sus mangas, muy ceñido, como bandera de procesión que se vuelve sola a casa.

Todo lo maravilloso que se contaba entonces, eran historias de aquel pobretón que pasaba como un paraguas triste de puño agorero.

Se contaban sus lances, aquellos lances en que el aristócrata contrincante ponía como condición para que se celebrase el desafío el que Valle se cortase la melena, cosa a la que no accedió el poeta, aunque tuvo que anudársela, tomando así un aspecto más engrifado y extravagante.

Valle Inclán en medio de todas aquellas gentes y aquellos periodistas era el más allá, el intento bravío, el no ceder, el alcanzar los últimos alardes.

Después penetra en las sonatas, como en retiro de oración, como en vacaciones de poeta, dejando que pase el tiempo, el tiempo que ahora ha llegado para sus nuevas maneras ya presuponibles en sus *Femeninas* y también en la niñez de aventurero de su Malpocado.

Era él el que caminaba en aquellas etapas y jornadas de camino, era él el que veraneaba, primaverizaba, otoñaba e invernaba en sus sonatas, pero no iba a ser el super-él hasta esta obra de no hace mucho de la que yo veo ya la propensión en aquel gesto de entonces.

Valle Inclán está más cerca de las demás artes que Azorín y Baroja, y por eso merece más el nombre de artista. Está en ese límite en que el paisaje es aún poético, nemoroso, hiperbóreo y en que la poesía, la música, la escultura orfebral y la pintura, van a descender al valle de la prosa y a los desiertos de la aventura novelesca.

Valle Inclán fué el regente del arte literario cuando se quedó niño y destronado en una larga época llena de grisura, de mediocridad y de generalizaciones descriptivas.

Intransigente y altivo pasó el vado de una época a otra, y hay que reconocer que fué el que llevó en la mano el tesoro, el que no lo soltó y eso que no tenía más que una mano con que agarrarlo.

El único que recoge la lejana lección de Leonardo es Valle.

Su autobiografía es interesante y debe ser transcrita:

«Este que veis aquí, de rostro español y quevedesco, de negra guedeja y luenga barba, soy yo: D. Ramón María del Valle Inclán.

Ilustración 10.



A z o r í n e n s u c a s a 1 9 2 7.

Estuvo el comienzo de mi vida lleno de riesgos y azares. Fuí hermano converso en un monasterio de cartujos, y soldado en tierras de la Nueva España. Una vida como la de aquellos segundones hidalgos que se enganchaban en los tercios de Italia por buscar lances de amor, de espada y de fortuna. Como los capitanes de entonces, tengo una divisa, y esa divisa es como yo, orgullosa y resignada: «Desdeñar a los demás y no amarse a sí mismo».

Hoy, marchitas ya las juveniles flores y moribundos todos los entusiasmos, divierto penas y desengaños comentando las *Memorias amables* que empezó a escribir en la emigración mi noble tío el marqués de Bradomín. ¡Aquel viejo cínico, descreído y galante como un cardenal del Renacimiento! Yo, que en buena hora lo diga, jamás sentí el amor de la familia, lloro muchas veces, de admiración y de ternura, sobre el manuscrito de las *Memorias*.

Todos los años, el día de Difuntos, mando decir misas por el alma de aquel gran señor, que era feo, católico y sentimental. Cabalmente yo también lo soy, y esta semejanza todavía le hace más caro a mi corazón.

Apenas cumplí la edad que se llama juventud, como final a unos amores desgraciados, me embarqué para Méjico en *La Dalila*, una fragata que al siguiente viaje naufragó en las costas de Yucatán. Por aquel entonces era yo algo poeta, con ninguna experiencia y harta novelaría en la cabeza. Creía de buena fe en muchas cosas que ahora pongo en duda, y, libre de escepticismos, dábame buena prisa a gozar de la existencia. Aunque no lo confesase, y acaso sin saberlo, era feliz: soñaba realizar altas empresas, como un aventurero de otros tiempos, y despreciaba las glorias literarias.

A bordo de *La Dalila*—lo recuerdo con orgullo—asesiné a Sir Roberto Yones. Fué una venganza digna

de Benvenuto Cellini. Os diré cómo fué, aun cuando sois incapaces de comprender su belleza; pero mejor será que no os lo diga; seríais capaces de horrorizaros. Básteos saber que, a bordo de *La Dalila*, solamente el capellán sospechó de mí. Yo lo adiviné a tiempo, y confesándome con él pocas horas después de cometido el crimen, le impuse silencio antes de que sus sospechas se trocasen en certeza, y obtuve, además, la absolución de mi crimen y la tranquilidad de mi conciencia.

Aquel mismo día la fragata dió fondo en aguas de Veracruz y desembarqué en aquella playa abrasada, donde desembarcaron antes que pueblo alguno de la vieja Europa los aventureros españoles. La ciudad que fundaron, y a la que dieron abolengo de valentía, espejábase en el mar quieto y de plomo, como si mirase fascinada la ruta que trajeron los hombres blancos. Confieso que en tal momento sentí levantarse en mi alma de hidalgo y de cristiano el rumor augusto de la historia. Uno de mis antepasados, Gonzalo de Sandoval, había fundado en aquellas tierras el Reino de la Nueva Galicia. Yo, siguiendo los impulsos de una vida errante, iba a perderme como él en la vastedad del viejo imperio Azteca, imperio de historia desconocida, sepultada para siempre con las momias de sus reyes, entre restos ciclópeos que hablan de civilizaciones, de cultos, de razas que fueron y sólo tienen par en ese misterioso cuanto remoto Oriente.

*Después abrid Santillana
un paréntesis aquí,
y poned en él de mí
cuanto más os diere gana.»*

Así acabó su autobiografía D. Ramón.
Sobre lo que él legendiza, hay hechos de su vida que

le pintan, pero desconcierta también en él ese desdén por la literatura que como Baroja confiesa paladinamente. Quizás de eso procede ese tono castigador y acerbo que se nota entre lo buído de su arte.

D. Ramón nace en Puebla del Deán, en Galicia, en 1870, y estudia en Santiago la carrera de abogado, no sacando nunca el título.

En Madrid vive en una casa de huéspedes, como santón de las sobremesas y providencia de los montantes, hasta que al ver lo mala que es la literatura que se escribe a su alrededor, en 1902 lanza su primer libro *Epitalamio*, y Ortega Munilla le publica su primer artículo en *El Imparcial*, donde después han de aparecer las sonatas.

En medio de eso, se hace buscador de minas, y en una excursión de esa búsqueda se le dispara la pistola, se hiere en un brazo y una pierna y vuelve a Madrid herido.

Se va a Méjico y allí es militar, colmando sus ansias de guerrillero, ya insaciables en España, porque el carlismo, que profesa, ha sido vencido en los últimos facciosos.

Vuelve a España, perora en los cafés, encuentra sus *Sonatas* escritas en más almas, prepara la boda de un Marajá con una bailarina, influye en la inspiración de los espectáculos.

Numerosas anécdotas son de esa época, unas pendencieras como ese gran cuento que sucedió cierta tarde en una tertulia madrileña.

Valle comenzó a hablar pestes de un conocido político. Su voz chillona vibraba en el salón, y los contertulios regocijábanse, como siempre, ante tantas ocurrencias agresivas.

En eso, un joven que estaba en una mesilla cercana, y que, desde hacía rato, al escuchar a Valle Inclán da-

ba muestras de violencia e indignación, poniéndose de pie, se encaró con el novelista:

—¡Usted es un infame! ¡Le prohíbo que se exprese en semejante forma, al hablar de esa personal!...

Valle Inclán, haciendo una pausa, le pregunta chispeantes los ojos tras los quevedos:

—¿Por qué?

—¡Pues porque el hombre de quien usted tan mal habla es mi padre!

Cambio en la actitud de Valle Inclán, y luego, pausada, casi dulcemente, esta pregunta:

—¿Está usted seguro, joven?

Ama la danza, como el compendio de todas las artes, y las corridas de toros, sosteniendo que las corridas de toros son la única educación que tenemos aquí, siendo lo más hermoso que cabe imaginar, sobre todo por su condición transfiguradora, que hace que Belmonte, que lejos del toro es feo y contrahecho, frente al toro se transforme en un tránsito y en una armonía de contrarios, que son meteoros supremos.

Valle, con constancia de papa viejo, pontifica noche tras noche y venga con la alarma la falta de libertad de España:

—Ya zabrán uztedes lo que zuzede...—comienza a decir con misterio y después lanza el *canard* del día.

Va a visitar las trincheras durante la guerra francesa y se viste de carlista, tomando un aire de soldado alpino que hace que le confundan con el general Gouraud, también manco como él.

Un día de marcha un oficial le salva de caer en una zanja, y dice cuando explica el suceso:

—Lo más extraño de este señor es que pesa menos que una pluma.

Mauricio Barrés dió una comida en su honor. A la salida, D. Ramón, hizo los debidos elogios de Barrés.



Azorín y Pío Baroja a principios de siglo.

—Y su persona, ¿qué impresión le ha causado a usted?—le preguntó alguien.

—Parece un cuervo mojado—fué la respuesta de Valle Inclán.

Le sonríen luces de compensación, escribe más que nunca y antes de trabajar numera las cuartillas, pues sabe que no ha de rehacer ninguna y que su camino de peregrino lleva señalados los kilómetros.

Las barbas de Valle Inclán han tenido épocas diferentes y precisas, desde aquellas barbas compactas y endrinas hasta las que hoy rafaguean en su rostro.

Siempre han sido barbas orgullosas, de las que él podría decir lo que el Cid Campeador dijo llevándose la mano a las suyas durante su altercado con Garci Ordóñez:

«¡Oh, loado sea el señor Dios que manda en los cielos y la tierra! Si ésta es larga, es porque fué criada con regalo; ¿qué tenéis vos, conde, que achacarle a mi barba? Desde que nació fué criada con regalo. Que nunca me la ha mesado hijo de mujer, moro ni cristiano, como yo a vos, conde, en aquel castillo de Cabra. Cuando tomé a Cabra, y también a vos por las barbas, no hubo rapaz que no mesara su pulgarada. La que yo os arranqué todavía no se os empareja, que aquí la traigo alzada en mi bolsa».

En esta última época, las barbas de D. Ramón se han adelgazado y se han atenuado, convirtiéndose en un cendal de esos que flotan en las cumbres al amanecer.

A través de estas últimas barbas de Valle Inclán se trasparece su garganta, de poderosa nuez, y se deja ver que no lleva la golilla supuesta, quedando en cierta desnudez la gárgola de su elocuencia.

De tanto deshilarlas con el cardar constante de su única mano, en un gesto de eterno lencero de la pala-

bra, parece que ha ido sembrando de hebras el tiempo.

Quizá ha llegado en su viaje a esas regiones hiperbóreas y altas en que los trenes que aparecen en la nueva madrugada se embarban de vedijas flotantes, última ráfaga de ensueño de la noche del septentrión.

Tal importancia tiene la barba de Valle, que un día apareció en su tertulia, en asechanza de sus guedejas, un joven callado y extraño que dejó escamados a todos los asiduos.

—Yo creo que es un «camarrupa»—decía uno.

—Yo creo que es un «antofagasta»—decía otro.

Todos le asignaban título de fantasma real y apocado, que se había metido en el vagón del café por pura casualidad.

Valle Inclán lo colocaba a su lado en la zona de silencio y de olvido, donde la neblina de las barbas no deja ver al que ocupa ese sitio tan inmediato.

El espía de otras tertulias de pueblo, el ordinario sin misión, callaba siempre y sólo atendía al genial viejorro de barba huracanada, con rayos entre sus vedijas.

D. Ramón, cuando va a dictar leyes estéticas, apaña bien la su barba como con un gesto de ritual que juramenta lo que dice.

«¿Pero ese quién es?», se preguntaban unos a otros, sin que nadie pudiese contestar.

El caballere de desconocido, que sólo había traído una maleta estrecha a su casa de huéspedes, era el emisorio de un rico admirador de Valle Inclán, perdido en un remoto pueblo de España, y había venido a Madrid con el objeto de llevarle un pelo de las barbas de don Ramón.

El mozalbón vigilaba los gestos de D. Ramón, viendo cómo no cae en un momento de sosiego en que no esté sobre sí y sobre su barba como si atendiese una

central telefónica y en cada hebra fuese un hilo de comunicación con lo remoto.

Viejo Cronos que asiste al juicio oral de las noches, espanta a los merodeadores en la viña del Arte y oculta en la manga la navaja empalmada y serpentina de los mancos implacables, la mano viva puesta siempre sobre lo que pilla, como si temiese que se lo llevasen aprovechando que no tiene más que una mano.

Pío Baroja.

Baroja es entre ellos el capitán aventurero. No tiene vocación pero tiene el deseo muy español de ser justiciero, de ser Justicia de Castilla. Su propio descuido, su desgaire de persona que va a la literatura sin querer ser literato, le da un pintoresco barroquismo por la fuerza en que se confunde el estilo del testigo que quiere decir la verdad.

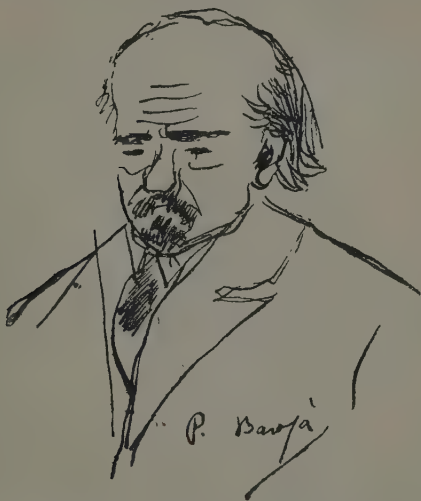
Baroja es el más rudo hombre de los tres—el leñador novelista—, y de ahí que todo su ademán literario sea crudo, a salga lo que salga, a endilgar verdades próximas con teorización de lazo corto, a coger por las patas la sinceridad salvaje que huye, que merece volver a irse, dándola salida después de haberla atrapado. Baroja ya no la suelta y la obliga a domesticidad editorial en sus libros.

Se les solidariza en una superior amistad de que ellos dudan, porque el español no puede verse en grupo. Baroja dice sin comprender esa superior alianza: «La única cosa común fué la protesta contra los políticos y los literatos de la Restauración».

Yo no quiero hacer nada por crear una verdad histórica—nativa siempre—, sino que dejo en una confusión informe a estos hombres jóvenes, animosos, andantes, sin temblor al pasar por los puentes sin pretil.

Con su cabeza de bola de pasamanos, fontanela de

deas inquisitivas y castigadoras es Baroja un falso ruso nacido para flagelo de sus personajes, denostador de la vida, que parece figurar como hijo de Tolstoi, o



Autoretrato y autógrafo de Pío Baroja.

sobrino por lo menos, en el cuadro de la familia del escritor ruso.

Tan compadre es de Azorín que Ortega dice de ellos con certitud admirable:

«Unidos por la mitad dos poetas de musa contraria—Azorín y Pío Baroja—, id al anochecer por la calle de Alcalá arriba, y los descubriréis entre la muchedumbre vespertina practicando lo que alguien llamaría una simbiosis deambulatoria. Baroja ha escrito veinte volúmenes, que son otros tantos ensayos para tropezarse con un tema heroico. Sus personajes aspiran a no tener costumbres; por eso ha tenido que buscarlos entre gentes de malas costumbres, que existen al margen de la normalidad y viven cada día una catástrofe.»

Azorín es el primero que acoge con beneplácito su primer libro y el que le lleva de crítico de teatros a *El Globo*.

«Los compañeros de Baroja —escribe Azorín que en 1902 no pensaba subir a un escenario—quisimos que el escritor vasco se encargase de la crítica de teatros. Conocíamos la independencia inflexible de Baroja y deseábamos que en la crítica de teatros—tan sumisa frecuentemente a diversas influencias—se ejercitase el libre criterio de nuestro compañero».

Baroja enzarza a *El Globo* con casi todos los teatros y con casi todos los autores. De los Quintero escribe:

«Hay siempre en sus comedias y sainetes un fondo de moralidad burguesa, un vuelo de fantasía tan corto que molesta. Así como la corriente íntima que anima las obras de los señores Quintero me parece pobre y sin alientos, así también la parte exterior, la pintoresca, me resulta muy agradable y entretenida.»

Ante una obra de Dumas se le ocurre:

«La obra resulta ya algo vieja, como casi todas las de Dumas, hijo. A mí no sólo me parece vieja, sino mezquina. Todo lo de Dumas me produce un buen efecto mientras lo veo representar; cuando pienso en

ello, ahora, por ejemplo, mientras escribo, se me antoja estrecho, ahogado.»

Con cierta guasa dice Pío Baroja que la generación del 98 es una sociedad secreta y que se disolvió porque todos eran espías en el fondo.

Para Baroja una generación es siempre desinfectante para la que le precede e infecciosa para la que le sigue.

Para demostrar su aserto, habla de esos viajeros que vienen a sustituir a otros viajeros iguales a ellos y que son sustituidos después por otros, siendo invariable el calificativo de cerdos para los viajeros anteriores.

Pío Baroja es, en medio de la trimurti, un ser cavernoso y admirable, hiperclorhídrico y eufórico, que tiene para sus personajes contestaciones o críticas que les baldan, resultando para ellos como una especie de jefe de cárcel.

Es el hombre que si los dioses formasen un Parque Zoológico y en él quisieran meter a un tipo de oseño español, lleno de instintos personales y acusados, meterían en él a Baroja. (Con sus brazos cortos a la espalda ¿no parece ya encerrado en una jaula y paseándose en ella con aire resignado pero sin haber perdido su antigua fiereza?)

Para completar la figura de Baroja hay que verle, como a Azorín, en el Rastro.

Menos fundamental que Azorín, menos refinado, menos penetrado de todo, menos lleno de ternura, más encarnizado, Baroja no sintetiza el mundo en una tragedia interior, suspensa, serena, como Azorín. La tragedia que él muestra es más exterior, más indómita, más descompuesta, menos substanciada en él, aunque haya en ella la gravedad insólita que en los cuadros de Holbein, o más que en los de Holbein en los de Durero. Hay en sus páginas un amontonamiento de geometrías aparatosas en un espacio reducido y

triste, esas cosas historiadas, secretas, con algo de ídolos que han herido su atención como la atención de un niño. Hasta brotan muchas veces las novelas de Baroja de un ambiente de cosas que él forma ante todo como emulación de la novela.

Baroja no solamente mira las cosas, sino que las revuelve, busca en los cajones oscuros, anda con cuidado en el fondo de los puestos, donde se amontonan y se interponen las cosas, como quien busca cangrejos, porque en estos pedregales revueltos la cosa que se busca se oculta como un cangrejo, se soterra bajo las cosas menos interesantes que nos dan la cara en primer término. Baroja pone una gran avidez en esta rebusca, porque aquí, indudablemente, encontró alguna de sus novelas, entre todas, *Las inquietudes de Santi Andía* y *Las memorias de un conspirador*. Se para ante los manuscritos, esos manuscritos con la primera página rota al sesgo y todas las puntas rizadas, que ni siquiera figuran entre los libros ni tienen un puesto de orden entre las cosas, y recoge del suelo esos papeletos escritos, que por apatía, por cortedad de genio no recogemos todos. Ante las máquinas, ante estos artilugios incomprensibles, que abundan en el Rastro, es ante los que más medita y recapacita Baroja, buscándoles el sentido que quizás no tienen, practicando así esas ideas de una diabólica mecánica, absurda, arbitraria y primitiva que hay en él, de antiguo, de pequeño.

Frente a Baroja el último sentimiento que se experimenta es otra vez el primero, es el de esperar que un día, puesto que en él hay todos los elementos para que esto se realice, aprenda en esta suave paz del Rastro la decadencia—la perfección de una última decadencia será el ideal final, el final del mundo—que le conviene, y goce de ver llegar a sus libros a la desfloración mental y dulce, deshojándose, desgranándose, ya que lo

más culminante que debe haber en los libros, lo que les salva de su error social, es una facultad de desfallecer, de ceder, de llegar a la hora fácil, silenciosa y máxima, en que su sensualidad muere en un acto verdaderamente libre. En Baroja el libro, el pensamiento es demasiado acerbo, está demasiado sobrecoigido, no se decide al goce decadente y expansivo, siendo, como es él, tan libre, tan sensato, tan bondadoso, tan lleno de corduras conmovedoras. Se ve que sólo necesita sincerar consigo mismo a la gran inmoralidad de su alma, la inmoralidad que ve, que aviva, que cultiva, pero a la que es reacio en último término. Sin embargo, aunque se niegue a arrostrar la última y disolvente consecuencia de su modo de ser, es lo suficientemente decente para que le veamos como compañía y ejemplo en la soledad absoluta que se siente en el Rastro.

Baroja es una recrudescida criatura, incrédulo, indeciso, crédulo, decidido, luchando consigo mismo, arrastrado por sus pensamientos—entre los que hay primeros pensamientos al lado de últimos pensamientos—, sorprendido por sus hallazgos, asombrado por sus palabras, amigo de dejarse llevar por la mano del azar en excursiones de las que vuelve con verdaderas sorpresas y cosas anodinas, necesitado de que algo se ablande en él, necesitado de una ironía más suave, menos dura, menos ensañada, que se dejase ceder más a sí misma. Pobre necesitado, estupendo necesitado cuyas necesidades se ven todo lo francamente, todo lo altivamente que en los pobres que van medio desnudos, un poco indispuesto consigo mismo, aunque se ve que al fin y al cabo todo le sale por una friolera—decisivo «al fin y al cabo» que sedimenta el alma—, doble actitud en él, pues si a veces se le ve divertirse con estrambote y llegar a la catástrofe con impasibilidad, exagera esto a veces tanto, que se ven pasar por él hondos temores de

beata, desconfianzas de palurdo, vagas y arredradoras ideas de beber, temblores un poco pueriles que, aunque contradice en seguida, aunque se resiste violentamente a su miedo hablando alto, respondiéndose a voz en grito como el que canta por matar el pavor de los caminos de la noche, dan estas cosas a su temperatura esa destemplanza que se nota en su obra, ese contraste tan humano que en él es asombrosa y admirable flaqueza por lo franco, por lo extraordinario que es en medio de todo.

Este Pío Baroja, tan infraganti, cuyo nombre resalta por lo certero que es su disparo, por lo metido en sí que se muestra, por lo redondo y decisivo, por lo parapetado en sus dos ojos, en sus dos O O llenas de gravedad, de observación y de individualidad, está desastradamente bien.

Cargado de espaldas como si un centenar de libros le pesasen en ellas, como un hombre de mar que no sabe andar bien por tierra, con una profunda elegancia de insubordinado, le veo bajando la cuesta del Rastro refrenándose, temiendo por sus pies lamentables—que ahora le hacen asistir de *smoking* y con zapatillas a las reuniones de la aristocracia—. Parece un buen hombre que va a comprar una herramienta o que busca una mesa. Su sombrero tiene el color del tiempo. Nunca parece nuevo, parece proceder de un baratillo de estos y le está pequeño, quizás porque no había más que ese en el puesto de cosas viejas, quizás porque así lo eligió expresamente, pues vascongado, le gustan los sombreros chicos como a sus paisanos las boinas indefectiblemente chicas. Baroja no cede a la calma ambiente de este barranco, guarda sus ojos bajo sus cejas, hay en su fisonomía como en su espíritu ese dramático contraste peculiar que luce lo claro, lo infantil, lo ingenuo, lo voluntarioso bajo una inflexibilidad pa-

ternal pero tiránica (una mirada de un azul aldeano y un negro avieso, desconfiado, en el fondo de esa misma mirada). ¿Por qué se penitenciará tanto Baroja? ¿Por qué siendo tan absurdo y tan liberal tendrá esa cantidad fiera que considera enemigo el concepto tenue, blando, absurdo, voluptuoso y dichoso de la vida? ¿Por qué siendo íntimamente arbitrario, no recoge el fruto íntimo, sazonado e indivisible de la arbitrariedad habiéndolo merecido tanto? ¿Por qué es a la vez que el rebelde alegre con ese regocijo ingenuo, infantil, sin mujer, de los rebeldes, el que expulsa al rebelde de los sitios de orden, resultando así un poco el expulsado por sí mismo? ¿Por qué esa crueldad al lado de su imitable bondad?

Esa cosa de escritor *per accidens* se nota en él, como algo de megaterio ibérico, al que no le parece bastante tremebundo lo que hace y predica el deber de la ciencia, como si ese, en vez de ser un deber individual que se está cumpliendo siempre, fuese un deber colectivo y todos debiesen ser investigadores e inventores.

Baroja nace en San Sebastián el día de Inocentes del 72.

De chico presencia el bombardeo de los carlistas y ve pasar, camino del patíbulo y rodeado de curas y disciplinantes, un pobre hombre vestido de una hopa llameante. Son dos cosas que le revuelven contra la sociedad durante toda su vida.

Hace la carrera de médico en medio de suspensiones y ejerce dos años como médico municipal de Cestona.

Después viene a Madrid a ponerse al frente de la panadería de Capellanes, que era de un tío suyo, y publica *Vidas Sombrias* y *La Casa de Aizgorri*, hasta que *Camino de Perfección* las destaca.

Su ambición, confiesa algún día, es sólo la de publicar un montón de novelas en que poder sentarse.

Abandona la política cuando el fusilamiento del fogonero del *Numancia*. «Entonces me convencí—ha dicho él—de que el partido republicano no iba a ningún lado».

Odia el republicanismo español porque es un amaneramiento, una retórica vieja con la matriz estéril; odia el socialismo obrerista que desprecia a los intelectuales y a la inteligencia; pero se hace germanófilo, y su antimilitarismo sentimental y palabrero es aplacado en ese snobismo de admiración a la fortaleza, típico caso de una de esas oposiciones cerriles con que desconcierta el español libre, partidario de pronto—loco inesperado—de coger una maza y asestar un golpe brutal a sus compañeros de libertarismo.

¿Cómo pudo ser germanófilo este hombre que dice que quisiera quedarse en su aldea bajo un lema tan encantador como este: «Ni monjas, ni frailes, ni carabineros»?

Una parte de su ferocismo es rudeza de paleta, y, sin embargo, él no se conoce y aspira a que su estilo, que ha comenzado en la sencillez, acabe en la elegancia.

Usa esa barba, que más que barba con decisión de barba es barba de no afeitarse, barba barbechera que le da un tipo ralo, de hombre de pueblo que sólo ha venido unas horas a Madrid, porque él cree, según dice, «que a los escritores se les califica por la barba».

Opera las cosas como un médico que es y las corta y las raja y las mete algodones con yodo y lo lava todo con sublimado irritante y con aquella gran mano de árnica con que chapuzaban los médicos antiguos.

Este hombre, que odia los aplausos, que les oye tabletear de un modo «que es como si hubiesen arrojado un baúl por una escalera», no ama la popularidad y

eso da a sus palabras sequedades que un día no podrá ya regir con justicia. Estos hombres que no tienen porosidad y gula de algo, estos hombres que ni siquiera se permiten la voluptuosidad, son de un fanatismo laico tan seco como el religioso.

Baroja figura en el censo como «cesante» quizá por ironía de la suerte, quizá para no pagar una gran cédula.

Con cierta tristeza dice: «Está visto que no seré diputado, ni académico, ni caballero de Isabel la Católica, ni caballero de industria, ni concejal, ni chanchullero, ni tendré una buena ropa negra».

Su mejor condición es la de liberalote, de constante librepensador. Eso le da el tipo de aquellos antropólogos o médicos que se distinguieron por una rebeldía ejemplar y, sin embargo, no predicaron «los mitos aduladores de la democracia», esa democracia que un día apedrea la panadería barojiana. (El día en que Ricardo Baroja, rompiendo la unidad de la huelga, reparte pan por los pisos.)

También influye en su literatura el que es antireligioso, y en esta tierra de miedos católicos eso da aliento a muchos corazones perdidos entre breñas y silencios.

Ese mismo alardear de una doctrina incierta y en bruto le hace más veraz, pues, como él ha dicho: «el positivismo no es una doctrina cerrada y dogmática, como lo es el catolicismo, y naturalmente tiene menos resistencia que él».

Lo injerta todo como puede y por lo menos dice algo sobre la verdadera libertad de conciencia.

Le ha faltado a Baroja ser más periodista e interesarse por lo que desproblematiza los problemas hondos e inenarrables del interior del corazón.

En esa continuidad de ser periodista y revistero — en la acepción de reavivado escritor de Revistas — se consigue una despereza de los anodinos conflictos.

Quizás en aquel tiempo Baroja no pudo ser periodista, porque el periodismo era una cosa infecta que hoy tiende a evolucionar. De aquel periodismo le ha quedado a Baroja una idea del periodista que conviene orear para acabar con los últimos recalcitrantes periodistas de «patas».

En una notícula llena de rudas verdades asegura Baroja que en los oficios intelectuales no es lo intelectual lo más apreciado y así al periodista se le aprecia por sus pies.

«Los periodistas, en mi tiempo—continúa—, se dividían en tres clases:

Primera. Articulistas.

Segunda. Periodistas de mesa.

Tercera. Periodistas de patas.

Había también periodistas de callo, de los que mandaban telegramas y que, a fuerza de apretar con el lápiz sobre tres o cuatro papeles de calco, al mismo tiempo se les hacía un callo en la mano. Este callo en la mano correspondía al que ellos producían en el cerebro de los lectores.

Entre las tres clases de periodistas los más apreciados y simpáticos en las redacciones eran los periodistas de patas. Los articulistas, según ellos, eran unos pedantes que querían lucirse diciendo tonterías desde su casa; los periodistas de mesa eran unos gangueros, que se aprovechaban del trabajo del periodista de patas. Este era el que valía, el sacrificado, el chico de la Prensa, el que iba a preguntar a las porteras qué había hecho el criminal el día de autos. Yo supongo que el homenaje al periodista desconocido, pensando actualmente, será un homenaje al periodista de patas. El homenaje será grande, pero si llega a haber una cuarta clase, el periodista de pezuña, entonces el homenaje sería inmenso».

Tiene una cosa de destripacuentos y sin embargo es aficionado a contar cuentos de miedo.

Quebrantahuesos de afición, escarba donde cree encontrar entrañas enterradas.

En una época tan burlona e incrédula como esta ¿se pueden seguir escribiendo cuentos de miedo?

Quizá sólo los leerán con verdadero gusto los que escucharon cuentos así durante su primera infancia.

Tradicional en su vida familiar, su casa es una de esas casas a las que nunca han dejado de ir condiscípulos, nuevos condiscípulos, interminables condiscípulos. La madre los pasa en seguida a la habitación del inacabable estudiante, con aire condiscipular más que de poeta dado a su única inspiración, tipo de quien va pasando la vida y sólo encuentra motivos para que ese tránsito se note menos y descarrile menos veces.

Sigue reaccionando siempre en sus conversaciones. «Figúrese usted—le dice no hace mucho a Giménez Caballero—lo que es para un pueblo como el nuestro que ha atravesado los Andes y las Pampas, si no resulta ridículo y absurdo hablar ahí, en Marruecos, de si se ha llegado al kilómetro 74 o 75.»

La aristocracia tiene curiosidad por este gran oso vasco, y Baroja se hace un *smoking*, que en diferentes pruebas no le acaba de sentar, con indignación del sastre, porque el novelista no quiere despojarse de la faja de labriego español que ha usado toda su vida, la faja que le da cincuenta vueltas.

De su hermano Ricardo hay que decir dos palabras, porque él explica a veces con mayor decisión que Pío, esa clase de almas disconformes, discontinuas y acerbadas, que poseen los dos hermanos, tanto que las aguafuertes de Ricardo son como páginas novelescas de Pío en confusa y engarbitada dibujación.

A Ricardo Baroja le dediqué, con dedicatoria impresa, uno de los dramas que publiqué hace años: *El Laberinto*. «A Ricardo Baroja, el de gesto de aviador»—decía aquella dedicatoria impresa.

Ricardo Baroja, que tiene la carrera de archivero-bibliotecario, me escribió una carta en la que me decía que no acababa de agradecer mi dedicatoria, porque él no entendía bien el arte de mi drama, ni el arte nuevo, ni él tenía gesto de aviador. Aquella carta me defraudó un poco; pero como la dedicatoria había sido en mí una actitud noble, y que acababa en sí misma, me quedé tranquilo, y me consoló más del percance el que supe que ya los amigos le llamaban: «el del gesto de aviador». Además, para aseverar más mi dicho, se dedicó después durante una temporada a la creación de un aparato pendular para conseguir la estabilidad de los aeroplanos. Intento que fracasó.

Ricardo, con la misma intemperancia de su hermano, dice en su hora autobiográfica que lo que él hubiera querido hacer es un soneto, que por un soneto hubiera dado toda su obra pictórica, llegando a decir más tarde en la revista *Europa* que «todo lo que es uno capaz de hacer es despreciable».

Escribe un libro sobre las aventuras de un submarino fantástico y, combinado con él, una novela pornográfica titulada: *De tobillera a cocotte*.

Estrena unos dramas melodramáticos, con los que busca al público.

Propugna la fotografía como arte superior a la pintura.

Mientras Pío lleva una trayectoria cada vez más tranquila y solitaria y no ha vuelto a jugar en el desván tétrico a poner en movimiento los ferrocarriles de juguete, Ricardo espera un nuevo invento, un nuevo desplante, una nueva disidencia.



Ramiro de Maeztu.

No una generación sino varias de ese tiempo no han dejado más rastro que la gloria de esos hombres, sus dichos, sus paradojas, sus me da la gana. Otros me da la gana, otras paradojas, otros dichos, otras obras han querido implantarse en ese tiempo y no lo han conseguido. Otros hombres, con fama privada, han sido antologistas de las ideas del siglo, quizás alguno ha hecho un comentario que no estuvo mal a los nuevos que iban pasando, pero nadie afrontó la competencia lográndose destacar como esos hombres que son flor de varios millones de hombres, por lo tanto superhombres, y no temamos lanzar esa palabra, cuando vemos tan grandes multitudes de tipos que no llegan a tener la altura de esos hombres.

Azorín, Baroja, Valle Inclán, Maeztu, son seres excepcionales a los que reúne en medio del campo la llanura que congrega en la lejanía los pocos árboles que se levantan sobre ella.

Maeztu nace en Vitoria en 1874, de padre cubano, antecedente que influye en él porque va a Cuba muy joven y comprueba los aires de fronda que ya se notaban allí, siendo los primeros artículos que le destacan los que consagra a la previsión de lo que ha de suceder.

Hay un momento en que llega la ruina a la familia Maeztu, pero los arruinados se proponen no emigrar, aunque usaran en la propia vida española el mismo

arte adaptable, maleable, variable y político de la emigración.

Maeztu parece que se dedica hasta a la albañilería en algún momento de su vida, ansioso de ser el hombre de acción, el ingeniero literario, el cabecilla de las columnas de periódico, el contradictor que batiría el record de la contradicción en Ateneos y cafés.

Maeztu era el paradójico progresivo. «No creo en la música—decía a lo mejor—. Yo siendo muchacho rompí a hachazos un piano de cola. Lo hice astillas».

El es el que propuso, cuando se estrenó *Electra*, que había que ir a ver el drama con revólver, y por eso Azorín, que ante aquel drama se crispa artísticamente, riñó con él y le fué a esperar a la puerta de un café para desafiarle.

Era el Baudelaire que contaba en las tertulias cosas atroces de sus mismos parientes. Es el que «epata» al burgués y al literato incipiente.

«Mi padre, que no me dejó más que un látigo de montar a caballo, acostado en lo alto del perchero.»

Tiene un talento bohemio de primera clase, pero no se decide por correr todos los albuces de la bohemia. Late en él un deseo vivaz de triunfo y confort.

Ramiro de Maeztu tiene a través de toda su vida momentos de total conocimiento del pueblo que le rodea. Cada mil artículos, surge un artículo de este hombre contradictorio, en que está la verdad de España.

Ramiro de Maeztu ha enjuiciado la obra del 98 varias veces, pero entre esas varias veces, en el rincón de una correspondencia desde Londres pinta a la generación del 98 a raíz de la catástrofe, y dice:

«Rápidamente se fué dibujando ante nuestros ojos el inventario de lo que nos faltaba. No hay escuelas, no hay justicia, no hay agua, no hay riqueza, no hay industrias, no hay clase media, no hay moralidad ad-

ministrativa, no hay espíritu de trabajo, no hay, no hay, no hay... ¿Se acuerdan ustedes? Buscábamos una palabra en que se comprendieran todas estas cosas que echábamos de menos. «No hay un hombre», dijo Costa; «No hay voluntad», Azorín; «No hay valor», Burguete; «No hay bondad», Benavente; «No hay ideal», Baroja; «No hay religión», Unamuno; «No hay heroísmo», exclamaba yo, pero al siguiente día decía: «No hay dinero», y al otro: «No hay colaboración».

Nuestras palabras se contradecían, se anulaban. A veces, nos dolíamos meramente de la falta de gloria, de fuerza, de bienes materiales. A veces, de la falta de méritos. La tierra no es rica; los hombres no son grandes. Unas veces nos rebelábamos contra la tienda hereditaria; otra, contra los tenderos. Faltaba la pregunta de: ¿qué es lo central, qué es lo primero, qué es lo más importante?

Al cabo ha surgido la pregunta. Al cabo España no se nos aparece como una afirmación ni como una negación, sino como un problema. ¿El problema de España? Pues bien, el problema de España consistía en no haberse aparecido anteriormente como problema, sino como afirmación o negación. El problema de España era el no preguntar.

Ese es siempre el problema. Todavía los más de los españoles, políticos e intelectuales, inclusive, no quieren preguntar. Unos dicen dogmáticamente que todo se arreglaría con arrojar a los descontentos de la tienda. Otros preferirían pegar fuego a la tienda, en la confianza de que espontáneamente se alzaría de la tierra otra mejor. Los pocos hombres interrogativos que son en España suelen irritarse con las soluciones tajantes de esos hombres, y desearían limpiar la tienda de dogmáticos, también de un solo tajo. Pero no, ¡no! Si la solución al problema de España consiste en ha-

cer subir la conciencia española a la región de las cosas problemáticas, los medios para realizar esta ascensión han de ser igualmente problemáticos. ¿Sabe alguno de ustedes la manera de conseguir que no se hallen tan seguros de sí mismos los españoles de buena voluntad?»

Es un político inglés sin arte política y sin nacionalidad inglesa.

Es el fantasma incongruente y de vaga divagación.

No posee una concreta observación de la inteligencia ni de la realidad, y durante varios años nos pareció que hacía el mismo artículo en la *Correspondencia*.

Tiene, sin embargo, una cosa simpática: «la actitud inesperada».

Parece el cura anglicano que serviría para casar a las parejas de las películas.

¡Combina las cosas humanas de tan extraña manera!

¡Encuentra tan estrambóticos móviles a todo, que sin darlo cualidad divina lo quita la cualidad humana!

Confecciona algo así como letra de sopa, una sopa trascendental y a veces alimenticia. Quizás fabrica toda esa letra para sustentarse él mismo.

Maeztu merecía ser un cuadro anónimo. Su encarnación será un cuadro anónimo, uno de esos cuadros que miran, que no se sabe quien son, y que tienen tipo empacado e interesante.

Desquicia toda cuestión. Sus brindis son célebres. Después de ensimismarse mucho y de un introito lleno de devoción se refieren a otro que a aquel a quien se festeja, y parece como si se hubiese equivocado de banquete. Hace un sermón religioso de los «quietistas», con una voz que saca de la nuez o quizás del fondo cavernoso de las muelas carreadas, voz de enfermo de la voz, una voz como una tos bronca.

¿Qué ha dicho? ¿Qué dice? ¿Para qué cierra los ojos?
¿Por qué pone esa sonrisa torcida?

Viaja constantemente por el extranjero; pero en cuanto está en España una temporada se vuelve un poco chulo. El que tiene tanta prevención a lo chulo necesita dejarse influir del ambiente, y entonces es cuando se ve que Maeztu ha equivocado su camino dirigiéndose hacia lo hipotético, lo religioso y lo abstracto, canjeos en los que es algo así como un merodeador confuso que no comprende ni aclara nada.

La sensatez de Azorín es digna de su superhombría. Sonríe a lo tonto y a lo ladino y no inventa ningún nuevo fanatismo.

Maeztu, perdido por la paradoja, que tiene montañas y puntos de vista pintorescos, ha caído en el paisaje más lóbrego de la paradoja. Tan emparadojado como está no se da cuenta y ya bordea las paradojas más difíciles.

Ahora siente una veneración increíble por el dinero.

Cree que un pecado misterioso del que se habla en la Biblia y que va contra el Espíritu Santo, es el pecado del despilfarro, el pecado contra el dinero.

Cree que el Espíritu Santo tiene concomitancias con el oro, y así le ofuscan esos espíritus santos de brillante metal que presiden los pulpitos.

Esa vida inacabable del dinero, ese principio radioactivo del dinero, esa renta que se superpone siempre a la renta, eso que atrae a algunos judíos y a algunos calvinistas, es para él como divino atributo de radioactividad y superorganización.

En su afán de lujo y poder pactó con la dictadura y fué ministro de España en Buenos Aires, gracias a ese pacto.

De vuelta de allá agravará la vida española, hará más cavernosos los problemas.

Silverio Lanza.

En el profundo silencio de lo nuevo, de lo columbrante del porvenir, de la selva aún no abierta, Silverio Lanza es para esos jóvenes que despuntan, sobre todo para Azorín y Baroja, el ejemplario vivo.

Hay influencias importantísimas que son apenas mera presencia, mera referencia vaga, la actitud personal de un ser.

Los precursores son así; su sola presencia, sus primeros dislates crean un género, varían la faz del periódico, etc., etc.

De jóvenes desinteresados es devolver a los precursores su puesto. Cuando yo no había cumplido veinte años, ya me afanaba por restituir a Silverio Lanza el culto merecido.

Lanza fué el primer inventor fantástico, el que primero inquieta la literatura con un deseo de invención, y por eso los inventores que hay en las obras de Baroja proceden del gran Silverio Lanza.

No fueron los hombres que estuvieron más en medio los que más influyeron en las nuevas épocas de la literatura; un Poe, un Aloysius Bertrand, un Lautreamont, un Rimbaud, un Saint-Poul-Roux, perdidos y como habiendo pasado sin estela.

Sólo muy tarde y para historiadores de alma pura, desinteresada e imparcial, esas influencias son decisivas.

Silverio Lanza, más por lo que dibuja en el aire con

su mano elocuente, que con lo que escribe, influye en aquellos jóvenes.

Es el único que sugiere una nueva posibilidad, un juicio irónico y crudo de la vida, algo que nunca hubo en Galdós.

Por esa importancia decisiva de Silverio Lanza en Azorín, bautizándole para la imparidad, confirmándole para lo singular, debe ir una biografía completa del maestro como capítulo principal de la biografía de Azorín.

Hay que fijar, ante todo, una fecha: la de 1883, cuando publicó su primer libro *El año triste*.

Sólo fijando bien esta fecha, mirando entre qué alrededores nace, se verá que en el año aquel, año triste, ramplón, indeciso y resignado, su nota es la violencia que rompe los hielos, que precipita las cosas, que de un modo vidente, con cierta cosa de taumaturgo y de hombre completamente solo, descubre a toda la tripulación mediocre, desconfiada, mezquina, que navegaba con él por el tiempo, el nuevo mundo de la sinceridad y un modo de ver la vida muy rudo y muy ingenuo, pero con virajes deslumbradores hacia las verdades intensas, descuidadas, desusadas, casi ocultas. Entre otras cosas que descubrió, la mejor fué la verdad de la casta, una mayor realidad de la tierra española.

Después de lanzado su gesto, después de dado ese paso, ¿cómo no iba a ser más fácil y más brillante el continuar su obra llena de entereza? Otros hombres que no habían gastado las energías de él para iniciar, que no habían sufrido la insubordinación y la desconfianza de todos frente al descubridor, tendrían más reservadas las energías para metodizar, ordenar y elevar al cubo sus indicaciones valerosas.

Silverio Lanza, con sinceridad trágica, con experien-

cía imperiosa de crítico literario de la patria y en medio del adocenamiento y del carácter mortecino de todos, se reveló, quizás con torpeza, con brusquedad, con tosquedad; pero la más suprema justicia de la admiración es el admirar más que a nadie a un hombre intenso por torpe que haya sido, admirándole a pesar de ser el hombre más torpe, si es que en su torpeza se adivina uno de esos intentos que tienen que brotar revueltos, envueltos en opacidad, estrangulándose en su propio impulso de desenlazarse, defendiéndose más que de nada, de eso que, consiguiendo una explicación brillante y ática, ciega el vislumbre.

Hay que apreciar bien, hablando de Silverio Lanza, toda la resistencia del ambiente [en época anterior a Azorín], y suponer lo que hubiera sido si no le hubiese embotado el medio, y saturados de esa suposición decir valientemente y superándonos, *que fué*, *que fué* lo que no fué por entero. En aquellos tiempos, más que en éstos, era necesario para escribir, el eufemismo, el tropo, el apólogo. El temor, la imposibilidad, hacían que el escritor tuviese que conducirse por debajo de tierra. Una fuerza intensa le impulsa, pero él se deshace en disculpas, en cortesías, en neutralizaciones, diciendo, como el Apóstol: «Rodearemos la montaña, si ha de sernos más dulce la pendiente». Así estatuye un sentido del arte que quiere hacer algo de libertad, aunque no pueda realizarla toda, un sentido del arte que se podría titular el sentido «de dar una vuelta».

«Uno de mis críticos—ha dicho él explicando este fenómeno—escribió una vez: «¡Yo quisiera saber adónde va Silverio Lanza!»

Pasó mucho tiempo, y un hermoso día de otoño vi a mi crítico en la calle de Alcalá.

—¡Hola, don Silverio!

—Buenas tardes, amigo mío.

—¿Dónde va usted?

—A dar una vuelta.

No comprendió que yo respondía a su artículo, y que mi respuesta era una síntesis filosófica; y cuando veo gente joven siento ansias de gritar:

—¡Eh, muchachos! ¡Aprovechad la ocasión y dar una vuelta!»

¿No es de un atrevimiento insuperable esa síntesis de Silverio Lanza?

De pronto, cansado de disimular las verdades, las decía y se sobrepasaba. Iba más allá de sí mismo muchas veces, sobre todo cuando se dirigía a la juventud. «Habéis hallado la cuarta dimensión, porque desplazáis vuestros trazos y vuestras ideas como se desplazan las generatrices de las superficies gauchas, sin que pueda determinarse cómo pasan de una proyección a otra; como si se refiriesen también a un cuarto plano de proyección que aún no hemos concebido». ¿No es este ya el primer indicio escrito del cubismo? En otra ocasión, también dirigiéndose a la juventud, le dice palabras que no son las cortesanas palabras de los que se amparan de su generosidad, sino de los que la comprenden y la penetran: «El modernismo—dice—que es obra de la juventud actual, exclusivamente vuestra, aunque os lo quieran robar o imitar los viejos, es la aristocratización del arte. Mis predecesores y mis coetáneos hacían arte para que les entendiesen y les admirasen los brutos, y vosotros hacéis arte para que le entiendan y lo admiren los artistas. En arte habéis prescindido de los bestias que forman la mayoría del censo electoral; habéis prescindido de la democracia; os habéis aristocratizado».

Así era este hombre solitario en medio de una sociedad mezquina. No sabía qué hacer. Se pasó dando vueltas alrededor de su cuarto toda la vida. Tenía la

figura de la epopeya, pero le faltó lo que la figura necesita a su alrededor para encumbrarse, lo que de circundante, de nacional, de público y social necesita. El ambiente había fracasado a su alrededor, pero no él. Vivía entre temores e incomprendiones, vivía rebajado por lo bajo y por lo alto, de un valor, que si presumiendo de altura era también un bajo valor, lo sublime, que entonces estaba en auge y que es lo más vacío que nada, algo que ya sólo tiene una explicación retórica en los ridículos libros de Retórica y Poética. Tenía la inquietud de la persecución, de la inseguridad del mañana, de la conspiración de la vecindad contra el vecino íntegro, y por eso escribió: «Todo lo grande es hueco. Sería posible que algo muy grande fuese macizo si se hiciese en completo reposo». Pero el reposo falta en este país, donde todo hay que hacerlo de un modo atrabancado y urgente.

Solitario, independiente, avergonzado, pasó su vida dialogando como los ventrílocuos. Aquí el ideal es ser un perfecto y tranquilo ventrílocuo, que gracias a esa estratagema consiga esa vida de relación que es imposible.

No fué de esos hombres desvergonzados que pegan su candidatura en las esquinas deshonrando las fachadas.

Parece mentira, pero el comentario diario le estuvo vedado. A los hombres para los que fué creado el periódico, les faltó el periódico. El periódico solía tener a los que se ofrecen, a los que se agarran a él, a los que engañan a los propietarios, a los parasitarios.

Ante todo se veía en su presencia que era la de un hombre lleno de honor, de un honor viril, enjundioso,

dependiente de la equidad y de la gran razón que hay en los buenos instintos humanos.

Después se iba viendo su figura de la que trascendía—como un perfume discreto que hubiese echado en su pañuelo—una cortesía abundante, interminable, como un lujo de millonario.

Su frente... Pero oigámosle a él: «Mi frente es una frente estrecha, plana, rectangular, que parece una tablilla anunciadora sin ningún anuncio». Su frente era así, pero por ejemplo tenía también la condición de entrar en lo que él decía y de imponer con tozudez sus ideas. En el empuje de su frente se veía un impulso de pensamiento que iba más lejos que sus pies pesados y lentos.

Su frente se comunicaba con su calva, una de esas calvas centrales que en los pensadores son calvas de cráneos en ignición cuyas ideas han quemado la vegetación del pelo, consiguiendo así que la calva vea el cielo y en la cabeza entre una aclaradora luz cenital. Era también una de esas calvas que se podría decir con plena libertad que era calva «peinada hacia atrás».

Sus ojos ¿cómo eran sus ojos? Ya lo he olvidado aunque me es inolvidable su mirada, su mirada de hombre que ve por entero al hombre, una mirada como si sus ojos fuesen tan grandes como aquello a lo que mirasen. Su mirada era como un salón, su mirada era como un gran espejo que no engañaba. Reproducía lo que miraba en su magnitud y en su calidad. Yo a lo más, veo un gran marco, la profunda cuenca humana de mirada recta que miraba dramáticamente el fondo de la habitación y lo que hay detrás de todo.

Su nariz—«¡Hermosa nariz!», como ha dicho él—era imperante y bondadosa, gran nariz de barro amacotado.

Su boca... Oigámosle otra vez a él: «boca de labios

muy delgados cuyas comisuras apenas son perceptibles: ¡el hábito de callar!». Era verdad, tanto, que ahora tampoco veo su boca, sólo la oigo, y la oigo como si me hubiese hablado siempre por las ideas más que por las palabras.

Sus barbas sí las recuerdo, unas barbas próceres, puntiagudas aunque anchas; barbas pobladas de ironía, de transigencias, de bondad; barbas llenas de experiencia, entrecanas, nobles, muy cuidadas como recién peinadas constantemente por ese peinecito que las pone en lógico orden. Sus barbas, aunque blandas y francas, se veía que podían ser fieras en los momentos en que hubiese que arrostrar el peligro o la lucha.

Sus orejas eran diminutas como lo son las del que oye lo sutil, las del que oye lo que habla en voz baja, las del que oye el silencio.

Su cuello era ancho, apoplético como el de Costa y usaba cuellos cortos y redondos, tirillas de cura, alrededor de las que tan bien se ajustan las corbatas, que en él eran chalinas pomposas y románticas.

Eran esas chalinas de Silverio Lanza como chalinas de crespón con que adornaba la digna melancolía de su vida en el destierro de Getafe, en el que estaba como arrojado de un país injusto.

Sus hombros eran anchos como con grandes hombreras y charreteras de militar antiguo, y, por lo tanto, eso quiere decir que su pecho era amplio, como atorado de dignidad, como lleno de abnegación, acogedor de todo lo que se presenta en la vida con buen impulso o con inocente realidad. También su observación, su goce de la realidad, las cosas de los pueblos, los panoramas de las ciudades, las perspectivas de los campos entraban en su pecho. Por ese pecho tenía como la nuda propiedad de todo lo que había acogido en él de los vastos campos y de los vastos caseríos.

Por el bloque de su cabeza cuadrada y predominante, en la que todo estaba resuelto de un modo cuadrado y rotundo, y por sus barbas, su pecho ancho y su estatura, que aun siendo gallarda resultaba cuadrada por influencia de su cabeza y de su pecho, parecía un ruso, un ruso como Tolstoy, mejor dicho, un español como el ruso Tolstoy.

Sus manos eran limpias, perfectamente limpias, manos de doctor que al cabo del día se ha lavado muchas veces en aguas templadas y con jabones de olor y se ha secado en numerosas toallas limpias. Aún veo, aún distingo aquellas manos de color singular, como cuando la carne de las manos se coloca frente a una luz; y las veo no sólo limpias de aseo, sino limpias de no haber escrito nunca ni firmado nada alevoso, ni haber tomado simoníacamente dinero infamante, ni haber usado esos bastones de la autoridad cuyo puño ensucia. El gran orgullo de sus manos sobre su limpieza y su calor cordial era el anillo de la alianza que esplendía en ellas, más aurífera que ninguna de las que he visto.

Sólo otra joya brillaba a la vista del visitante. Una cadena de oro, de eslabones como hechos por un orfebre japonés, cadena sutil rematada por una muletilla, la cadena de áncora, la que parece que ancla al hombre como a un barco. Parece que amarrándole a su vida, a su destino y a la tierra.

Parecía un general, cabecilla de una insubordinación magna, ¡y no había sido nunca general!; parecía un gran presidente de república *destronado* después de una contrarrevolución; ¡él, que no había creído en el entusiasmo de los republicanos, ni habría sido presidente!; parecía un emperador como Maximiliano, un emperador fusilado como aquél, ¡y no había sido nunca emperador ni había sido fusilado!; parecía uno de esos

mueritos ilustres que dieron nombre a una época, crearon una pléyade de originales espíritus y dejaron su estatua, la estatua de más ancho y alto pedestal de un país, ¡y, sin embargo, no había ni siquiera comenzado a ser ese muerto! Tenía el prestigio y no tenía el fuero.

Era el hombre cabal, el tipo del nuevo Adán, primitivo al mismo tiempo que moderno, con huesos de piedra como armazón, y alrededor de esos huesos, dotados de su pristina fuerza, toda la blandura y la transigencia del hombre moderno. ¿Con esa constitución se necesitaba tener una estética nueva o haber llegado a realizar una obra literaria perfecta? No, aunque por añadidura escribiese su obra.

Parecía siempre rematado por un sombrero de copa, copudo, bien conservado a través del tiempo, lleno de esperanzas en su gran fondo, preparado siempre para la gran hora de la justicia y del triunfo unánime que no le llegó, un sombrero de copa que, según me contó un ahijado suyo, se ponía él cuando lo paseaba por Madrid, diciéndole: «llevo este sombrero por si te pierdes, para que me veas entre la multitud». Yo hubiera pedido para su cadáver una caja mucho más larga para enterrarle con ese sombrero de copa misterioso, guardado y esperanzado, con el que en definitiva debía entrar en la ciudad de mando equitativo.

¿Por qué había elegido Getafe para retirarse? No se sabe.

Quizás por lo que él dice en la biografía al escribir estas palabras:

«*Oculto tu vida*, dijo Epicuro.

No está bien oculto quien se esconde, sino quien vive desconocido entre las gentes.

De Epicuro y de su defensor, Quevedo, supieron siempre los mentecatos que Epicuro fué un liviano deleitoso de la carne; y que fué Quevedo un desvergonzado contador de chascarrillos obscenos como sacristán desaprensivo.

Todos los grandes hombres ocultan su vida. De Jesús no sabemos nada (salvando los respetos que merecen los Evangelios y sus detractores); de Nerón, lo sabemos todo.

El hombre discreto oculta sus bondades, la mujer discreta oculta sus pechos. Estos pudores son atormentados por quienes buscan popularidad entre la plebe; y escriben *semblanzas* tan inexactas como tendenciosas.»

Getafe era el pueblo indeterminado, gris, insignificante, perdido como por un raro espejismo de desierto. Por eso lo eligió Silverio Lanza, como queriendo ocultarse bien, y un día vendió una casa que tenía en Madrid en la calle de San Roque y adquirió su casa de Getafe.

Así pareció desaparecer Silverio Lanza, que, como todos los verdaderos grandes hombres de aquí, llevó la vida perdida e inencontrable, que hace que muchos ratos, ante sus interminables ausencias, parece que todos los hombres buenos y destacados se han suicidado. La cabeza sensible, y que se da cuenta, resulta como machacada por todo lo que pasa, y por eso en esta España trituradora es tanto más maravilloso que alguien logre salvar algo de lo que ha pensado, ¡una heroicidad admirable!

No le pidamos *todo* como lo piden aviesamente los que no han dado nada, los que han vivido sólo de su discreción o de su disimulo, o de su política o de su insidia o de sus fáciles acusaciones.

Era en Getafe un hombre, un personaje de la vida, más admirable y más seriamente protagonista que esos

hombres de Ibsen que se pasean por una habitación, solitarios, sin afeitar, teatrales. El tenía sobre ellos en Getafe el que por demasiado gran hombre, por tener admirablemente tomadas sus medidas, se descomponía en él lo teatral.

Allí se había metido desde que hizo ese gran descubrimiento desolador, que cuenta con estas sencillas palabras:

«Vi, siendo niño, que las almendras, aunque parezcan iguales, son dulces o son amargas, son un alimento rico y sano, o son un terrible veneno. Desde entonces busqué en todo ese dualismo; y hallé dividida la humanidad en agradables y en desagradables.

Son agradables los hombres que producen el bien ajeno, aunque les sea preciso sacrificar el bien propio.

Son desagradables quienes producen el mal del prójimo. Lo son los egoístas, y son disculpables si mejoran con el perjuicio ajeno. Lo son los colectivistas, y son disculpables, si salvan una sociedad a costa de un individuo. Y lo son los sectarios y los fanáticos que nunca tienen disculpa porque producen el dolor, y sólo pueden salvar el prestigio breve, convenido y ridículo de una costumbre necia, de un hombre necio, o de una necedad análoga. Los desagradables no existirían si las sociedades se constituyesen por y para mejorar a todos y a cada uno de los individuos.

Después de dividir la humanidad en agradables y desagradables, mi situación fué difícil porque la sociedad, que es colectivista para sacrificar cientos de agradables por defender una paparrucha, no sacrifica de ningún modo a un desagradable. Perece la Religión antes que amonestar públicamente a un eclesiástico; y (omitiendo otros casos) parece una situación política, vacila la Patria y se arriesga la monarquía por no declarar cesante a un inexperto.



Azorín en la redacción de «El Globo». 1903.

¡Ay del agradable que denuncia a un desagradable!

Además, el verdadero agradable no molesta al prójimo; y menos lo haría cuando le amparasen las leyes sociales.»

Casi no salía de Getafe. (¡Qué empapadores los días de lluvia!). Sólo alguna vez venía a Madrid, y si necesitaba hacer noche, buscaba uno de esos hoteles implantados en un gran caserón en que no hay más que inmensas camas, armarios de seis cuerpos y alacenas profundas. Venía a Madrid a comprar cosas, y se volvía a Getafe con sus paquetes.

¡Cuántas veces he cogido el tren-tranvía de Getafe para ir a verle! En la tercera acera del andén estaba el cartel: *Tren-Tranvía de Getafe*.

Generalmente iba casi solo en ese tren. Algunos mozos de pueblo y algunos soldados.

Primero pasábamos ese largo trecho junto a las casas de obreros de ferrocarriles y los depósitos de carbón y los grandes talleres de arreglo de máquinas, y después caminábamos frente a un paisaje de tierra rayada tan insoportable como el papel rayado y toda llena de cristales, indigestada de cristales, herida por los cristales que a través de los siglos se han ido haciendo añicos en la gran ciudad próxima cercana. El tren corto se iba parando en todas las estaciones, animadas por cuatro gallinas.

Por fin llegábamos a Getafe. En nuestra imaginación brotaba el nombre de la calle y su número: Olivares, 18.

Primero se pasaba la verja de un convento, ese convento pelado en que hay un Hermano droguero que lo cura todo, y del que contaba Silverio Lanza mu-

chas cosas, asombrado del número de gentes que venían a verle. (Silverio Lanza tenía esa curiosidad, la que tienen todos los que viven frente a un convento, y me recordaba a un tío mío, rebelde y atrabiliario—Silverio Lanza no era atrabiliario—que también vivía frente a un convento, y que, no pudiendo dormir hasta pasada la madrugada, se pasaba las noches en vela, sentado en un mirador y viendo cómo entraban por su portalillo sombras sospechas de muchos señores y señoras.)

Tenía esa cosa angustiosa de ser la primera casa del pueblo según se entra de la estación, la casa sobre la que son empujadas y se lanzan las almas viajeras, las almas que no saben torcer hacia la derecha o hacia la izquierda. Parecía que las almas perdidas se debían colar de rondón por los intersticios de aquella casa que afrontaba el pasillo que va de la estación al pueblo.

Eran las tres y media de la tarde. Se veía que dormía la siesta toda la casa, hermética, como soñando interiormente que estaba edificada en otra parte. Colocado frente a la puertecilla volvía a mirar la labor de hierro que la adornaba, y entre la que se destacaban las iniciales enlazadas de Juan Bautista Amorós. Llamaba. No se oía sonar el timbre, que era uno de esos timbres que suenan muy adentro o que no suenan en ninguna parte, porque sus pilas están secas. Parecía que el espíritu burlón de Silverio Lanza iba a gastarnos alguna broma y desde el tejado nos tiraría, con un alambre invisible, del sombrero. No era un sombrero *duendismo* el de Lanza, no; pero algo que se lo parecía, era un humorismo poderoso. Desde luego, lo que sí sospechábamos, es que nos miraban desde donde no podía sospecharse, y que no era de ningún modo desde una ventana ni por la mirilla.

Se abría al fin la puerta muy a la chita callando, como para no despertar lo dormido. No se veía nada en la sombra espesa del recibimiento; sólo el espejo del perchero tenía al final la luz de esos finales lejanos de las arboledas tupidas y entroncadas.

La doncella ya me conocía. Unas veces me pasaba al comedor y otras a la sala; había muy poca luz. Sin embargo, yo ya conocía como un ciego aquellos armarios llenos de porcelanas infantiles y aquellos muebles castellanos y vetustos que, en coro con los otros, daban a la casa un perfume de casa atestada de muebles de roble y palosanto y tapicerías, que habían llegado por progresión de su atuendo a la fina flor de su olor.

En la sala estaban colgados los retratos de los abuelos de Silverio Lanza, el gran marino perfecto, todos de gran uniforme, porque dos de ellos fueron ministros de Marina y otros almirantes de Marina. Eran copias de los que están en el Ministerio de Marina, con cuyo caserón tenía por eso no sé qué gran parentesco el de Silverio Lanza.

En la sala se destacaban otros dos cuadros curiosos, uno en que estaba encuadrado el único retrato que se hizo al lado de su esposa y otro un dibujo de Daniel Urrabieta Vierge.

Aquel único retrato se lo hizo en Barcelona. «Si nos componemos para retratarnos, no nos retrataremos nunca», dijo él un día a su esposa, y subió con ella hasta el último piso del fotógrafo, en que hay una apoteosis final, como esa apoteosis del último acto del *Don Juan* entre nubes y un gran resplandor de luz de fiesta o de albura celestial.

Al fotógrafo sólo le pidió que le hiciese una prueba y esa en un ancho papel que debía quedar en blanco para escribir la fina poesía a su esposa que leímos tantas veces esperando en aquella sala llena de veladores

revestidos con una colchita—no tapete— de punto blanco, y en cuyas sillas, de respaldo alto y asiento bajo, había que tirarse desde las alturas para sentarse, sillas reclinatorios más para caer arrodillado que para sentarse.

Después de estar un largo rato solo en el espacioso comedor o en la sala, se oía el abrirse y el cerrarse de seis puertas, y aparecía él por la del comedor—que tenía, como las de los cafés y las *contadurías* de los teatros, un ojo de cristal en el centro—, optimista y abriendo los brazos para darme su abrazo de oso gris. Había tardado porque se había mudado para salir a vernos, y se había mudado, no porque no estuviese limpio y bien, sino por pura cortesía. Pedía permiso para continuar cubierto con su gorra negra de visera que le daba el aspecto del hombre que va de viaje y se ha puesto cómodo para viajar—ese viajero muy cuco que se quita también las botas y se pone unas zapatillas de orillo—, nos sentábamos y comenzábamos a contarnos nuestros últimos hallazgos.

La doncella traía el café y él me daba un cigarro puro. ¡Qué puro y qué café! No los podré olvidar. El puro era un «águila» a la que él sometía a sus experiencias de destilería, y el café era un café maravilloso, el verdadero café, el café de una isla desconocida sin industrializar como Puerto Rico; el café de la isla virgen. Junto al café, y en dos frasquitos color miel y con la forma litúrgica de las vinageras para el culto, venían el coñac y el agua. ¡Qué agua! Era un agua como de oasis, un agua como un perfecto vino blanco de una bodega antediluviana, como un vino depurado y esclarecido por los tiempos, por las tierras y por Dios, un agua mejor que todas las aguas, que, después de todo, son como vinos milenarios, soleras estupendas y prístinas.

Hablábamos, hablábamos y fumábamos. Decía las ideas como si fuesen aventuras y las aventuras como si fuesen ideas. En aquellas charlas me parecía el historiador más fundamental y humano de la historia de España; yo le escuchaba y le miraba con cariño, porque yo, que no había encontrado ninguno de esos hombres a los que todos llaman *nuestros mayores*, encontraba en él a mi «mayor», el primero de nuestros mayores. Sentado en un ancho sillón, tenía la actitud del Moisés de Miguel Ángel, la verdadera actitud del hombre que tiene en las manos las tablas de la ley.

Algunos días—muy pocos—al final de la tarde, pasamos al despacho final, un despacho oscuro; de paredes, suelo y techo torcidos, alabeados; lleno de sillas de pecho abultado y nalga mórbida; con muchos relojes; con muchas librerías de esas como aparadores, con cristales en el cuerpo de arriba y puertas de madera en el de abajo. En aquel fondo de casa estaban los muebles reumáticos y se percibía un olor húmedo y alquitranado.

Allí era donde él escribía fumando los cigarrillos - puestos lejos de él, al borde de su pupitre, a través de una larga goma terminada por una boquilla. A veces, nos enseñaba el esqueleto que tenía guardado como en la caja erguida de un reloj de alta caja, y, a veces, nos enseñaba el cuarto dedicado a sus experiencias de antropocultura, y en el que había armados varios aparatos como guillotinas o instrumentos para dar garrote, aparatos como los que sirven para tallar a los quintos y una cama con colchón de flores, en la que acostaba al mensurado para apuntar las últimas mensuraciones. Aquel cuarto que parecía el de las ejecuciones o el de la magia negra, nos preocupaba mucho y mirábamos a sus ventanas como de hospital cuando salíamos de aquellos sombríos departamentos de la casa, que tenían

también algo de gimnasio, no sólo porque Silverio Lanza era el presidente de la Asociación de Profesores Oficiales de Gimnasia, sino porque tenía algo de esa tristeza de los gimnasios.

La gran curiosidad jovial de la casa de Lanza eran los timbres. Además de los hilos ideales que la cruzaban, y con los que parecía comunicarse con lo internacional, como si tuviese un asta sutil de telegrafía sin hilos sobre su tejado, había toda una red enmarañada de hilos de timbre que iban a parar a un cuadro central que estaba en su alcoba. Allí, en aquel registro de su alcoba, se anunciaba todo: cuando habían abierto tal puerta lejana, cuando en su ausencia alguien había pasado tal dintel, y hasta cuando se cernía la tormenta sobre su tejado; pero ninguno comunicaba con la Guardia Civil, como se había dicho. Con sus instalaciones de timbres se entretenía y se prevenía contra los que, durante una de sus ausencias, fueron sorprendidos haciendo un boquete en la pared para entrar, y contra los que le robaban el cinc de los canalones y podían intentar mayores cosas.

Hablábamos como dos deportados en un asilo lejano, sintiendo todo el calor conveniente y humano de la habitación, como si la estepa fría estuviese fuera, inaccesible por la nevada invisible, porque los cristales de la ventana quedaban esmerilados por el vaho de nuestra intimidad.

Si a veces había que leer algo, sacaba la larga tabaquera de las gafas, las extraía y se las ponía como un médico para diagnosticar.

Después, al hacerse la noche, si era invierno, pasábamos a una abrigada habitación interior con una camilla en el centro, y bajo aquella camilla mis artejos inferiores se frotaban con una felicidad extraordinaria.

Así se pasaban las horas, y el cenicero, como una pátera cineraria, rebosaba lleno de las cenizas de nuestra muerte en la tarde. No olvidaré aquel cenicero del hombre liberal. Era uno de esos ceniceros que imitan un pedazo de periódico, ¡y qué periódico! Nada menos que *La Lanterne*. Debajo del título del periódico sincero se leía la fecha: «19, Fructidor de 1894», y en ese cenicero, como lema impreso del periódico, estaba eso de *la verité tout entière, sans nous laisser intimider*, lema que era como la máxima escrita en las paredes de la habitación en que conversábamos, y la que inspiraba nuestra conversación.

Así llegaba la hora del tren. Sonaba como la sirena de un vapor la sirena de la locomotora. Salíamos al recibimiento, donde estaba la bastonera en que creo haber visto un bastón de gran mariscal.

—Si pierde usted el tren, vuelva. Ya sabe que aquí tiene un cuarto reservado para usted.

Era triste arrancar de la percha el gabán y el sombrero, que no se querían soltar de ella. A lo largo del camino todavía le veía en el umbral de su casa y nos despedíamos aún levantando las manos. Después me metía en la sombra, pasando junto a la verja del convento, la verja de un jardín lamentable, deplorable y detestable de presos o de locos, y entraba en el andén.

Después, ya en el tren, le decía ¡adiós! por boca de la máquina que pitaba.—«Ramón, que me dice adiós por último»—pensaría él, en el fondo de la casa.

El hubiera querido contestarme con otro saludo, con ese silbido con que se imita el del tren soplando en el hueco que hay en el árbol de las llaves o en el hueco de las manos, que es como los papás imitan el pitido del tren para diversión de sus hijos.

Todo era sordo al volver. Los hombres que iban

conmigo, las luces, los pueblos como llenos de fuegos fatuos, hasta Madrid entero. Todo era injusto e incomprensivo con aquel gran Maestro, al que acababa de dejar abandonado.

Todos los días escribía Silverio Lanza veinte cuartillas. Casi siempre las rompía después, pero con ellas había avanzado su espíritu en el espacio espiritual.

Escribió para poder vivir, como sólo pueden vivir los anfibios superiores, los que necesitan un medio ideal, el medio ideal en que entran al ponerse a escribir, dejando el medio real de légamos profundos.

El escribía sólo para eso, pues sus libros nunca fueron afortunados. «En ocho meses—escribió él al principio de su vida de escritor—he vendido ocho ejemplares. Los tres tomos que he publicado han tenido igual suerte».

A veces, cuando tenía acabado un original, buscaba un impresor absurdo, de esos que están en las travesías o en los *impasses* y lo daba allí a componer. Los papeles amarillos que elegía y esas imprentas, le hicieron parecer un publicista de la antigüedad. En una imprenta del Pasaje del Comercio están impresas varias de sus novelas. ¿A quién se le hubiera ocurrido sino a Silverio Lanza encontrar un impresor en ese remanso del único Pasaje que tenemos en Madrid?

Uno de sus ideales fué tener una imprenta y hacer intensa obra editorial en ella. A veces he leído cuartillas suyas escritas en el reverso de unos pomposos recibos de una «Imprenta Nueva», que fracasó en el proyecto, pero ya después de hechos esos grandes recibos.

(Escribía en el respaldo de los recibos, en el respaldo

de viejos impresos del ejército, en que ponía «Caja», «Reclutamiento», y en papeles amarillos, no satinados, papeles de tierra árida, que eran los que rimaban con su paisaje de Getafe, papeles agarbanzados de la tierra del garbanzo, mezclados con papeles trigueños de la tierra del trigo.)

Sin vivir de sus escritos, no vivía mal. Se veía que tenía una talega de monedas, de la que sacaba lo prudente todos los días. A veces, en las temporadas de invierno sobre todo, sacaba un poco más de dinero de su modesto talego y se iba con su esposa a Alicante, a Barcelona, a Valencia, y allí, llamado sólo «don Juan... don Juan» en las tertulias de las fondas, era el que mejor preparaba las fiestas que recrean a los novios jóvenes, y él, que odiaba a las beatas, vivía crónicamente entre ellas, porque Silverio Lanza tenía la mundanidad genial, por la que en un banquete cualquiera, banquete de boda, de bautizo o de consagración intelectual, era el que hacía el discurso más oportuno. Así, en el discurso que largó en el banquete a Baroja, dijo lo que después se ha repetido: «que el defecto de la obra de Baroja es que carece de mujeres, que no hay en ella una sola mujer verdadera».

Así pasaba su vida, escribiendo graciosas ironías, y en una eterna y distinguida visita con su esposa, dando una gran importancia al acto de la comida y la cena, pues se mudaba de arriba a abajo sólo para salir a comer o cenar en el sencillo comedor pueblerino.

Casi todas las tardes salían a paseo por las carreteras, y muchos días, para obligarse a andar más, me proponía:

—«Vamos a tomar café a Leganés».

Cuando me hablaba de aquellos paseos hacia Leganés, me parecía ver en él ese visitador de los locos, ese

amigo de los locos, de esos locos de España, que son los que hacen la revolución. El amigo de los locos es el que ha conseguido eso que es la más alta categoría de España, la categoría de «chiflado».

Desde su casa de Getafe vió, echándose las manos a la cabeza, toda la desastrosa historia de España durante aquellos días, y vió, sobre todo, con un ardor sordo, sintiéndose el capitán de barco preterido, que en la hora del desastre de nuestra fuerzas de mar, no podía correr con su barco de Getafe a ganar la victoria.

En esa casa de Getafe se puede decir que vivió su vida. El veía la luz y la amplitud de su casa como su única riqueza y por eso siempre se hablaba con indignación de cierto artículo de Baroja, en que se decía, refiriéndose a esa casa, una cosa así: «como esa casa bajita, sombría y misteriosa».

—¡Esto sombrío, angosto y misterioso!—exclamaba siempre él.

Yo no sabía cuándo felicitarle, si el día de San Juan o el de San Silverio, y por eso le felicitaba dos veces.

No se hacía nunca tarjetas, pues tenía la pintoresca costumbre de recortar la faz directiva de los sobres y dar así su dirección autenticada por el correo.

La conferencia que dió en el Ateneo, sobre el caciquismo, no se me olvidará. Azorín le había llevado a aquel acto, ipero en qué día! Una lluvia torrencial caía sobre la techumbre y resonaba en todo el salón. No fué casi nadie por eso. Azorín, cubriéndose con su paraguas rojo, que llegó desteñido, no faltó. Fué un diluvio, y aquellas salvas de aplausos, que imitaba la lluvia, no dejaron apreciar lo que Silverio dijo del caciquismo. El debió sentir aquella tarde que cuando más cerca de la exaltación había estado, naufragaba. Valientemente estuvo sobre cubierta hasta el último momento, y después, como a nado, se volvió a Getafe, renunciando ya para siempre al triunfo de Madrid.

Uno de los mayores odios de Silverio Lanza eran los polizontes. ¡Qué hubiera dicho de los honorarios! Los llamaba polizontes siempre.

¡Qué liberal era esa actitud! El problema de la libertad está más que nada en las comisarías, donde la arbitrariedad es mezquina, sorda, sin la grandeza que tiene la misma ejecución capital a la luz del día y en la plaza pública. Era su odio el que Quevedo tenía por los «corchetes», por las rondas de noche, por todo sicario. La *Rendición de Santiago* no es más que una novela contra el mal polizonte; «en esos tabucos—dice en una ocasión hablando de las *chirlatas*—, que no se cierran, la autoridad sacaba el sueldo por prender y el sobresueldo por dejar hacer». «La vil policía», titula otro capítulo. Los «infravertebrados», los llama en otra ocasión, y uno de sus cuentos preferidos era ese que se titula «La evolución de la materia», y en que se cuenta la génesis del «polizonte».

Alguna historia de esas que él no contaba a nadie,

daba fuerza a su odio—además de las historias de sus sustos de cárcel y procesos—, y quizás sea cierto lo que Castrovido cuenta, que llevaba siempre en el bolsillo un pliego, por si le mataba un antiguo jefe de la policía.

Silverio Lanza repetía mucho que había sido abrazado por un Presidente de república, y había comido con un Emperador y con dos Reyes.

Siendo guardia marina, el Rey Alfonso XII viajó en su barco, y como uno de los cadetes debía comer en la mesa con el Rey, y ninguno quería, él se prestó a representar a todos los demás. El Rey le trató con afabilidad y él estuvo a la altura de las circunstancias y por eso no se sintió humillado, pero cuando se encontró en su camarote ya solo y le ofrecieron un puro de parte del Rey, se sintió ofendido, y aunque era el que se lo ofrecía un superior suyo, le contestó que él «no admitía un puro del Rey, el Rey no podía enviarle a él un puro, sino una caja de puros», y lo rechazó, recibiendo por fin la caja de puros, de la que sólo cogió uno, dándoles los otros a sus compañeros.

Una manía de Silverio Lanza era la de morir, la de matarse en todas las novelas. Se vió morir muchas veces. Se asistió a sí mismo en la muerte, tranquilo e irónico, para volver a resucitar en la obra futura.

En una de sus obras presenta su lápida:

AQUI YACE SILVERIO LANZA

MURIÓ DE UN BESO

R. I. P.

En otro lado escribe:

«Silverio Lanza, autor de esta obrita, murió en Salamanca, en una miserable casucha de la calle de Tenenecio. Tocábamos juntos en un café, y así nos ganábamos la vida; pero Silverio, sin familia y encerrado en aquella ratonera, gastaba mucho, comía mal y la tisis se apoderó de él.

Ya no pudo tocar la bandurria y pensó en irse al hospital para morir allí...»

Otra vez habla de una nueva muerte de Silverio Lanza, y a propósito de ella dice:

«Al terminar el alquiler de la sepultura de Silverio, no pude renovarlo, y sólo obtuve la desgracia de presenciar la exhumación.

Al abrir el ataúd, cayó un papel que yo había colocado, y donde aun podía leerse:

*Este es Silverio Lanza
que vivió por la Envidia y por la Soberbia.
Hasta el último momento
pensaba en a los caciques
y a sus mujer*

Me extrañó que el papel estuviese roto, y me fijé en la actitud del esqueleto. Silverio se había movido.

El antebrazo derecho aparecía flexionado hacia su brazo, y entre ellos estaban los huesos de la mano izquierda.

Pero nunca supe si aquel era su último saludo a los caciques de los vivos o su primer saludo a los caciques de los muertos.

¿Quién, con mayor poder, se atreve a tanto como se atrevía, vivo o muerto, el infeliz Silverio Lanza?»

En otra obra, *Desde la quilla al tope*, acaba por

morir también diciendo: «Aquí dió fondo Silverio Lanza».

Parecía que tenía un gran interés en que muriese Lanza para que entrase en la inmortalidad y la comprensión de su obra fuese más profunda. Con la melancolía de *haber muerto* proseguía su trabajo y resucitaba cada día.

Como todo espíritu libre, siente Silverio Lanza la persecución como la única prueba de que los demás le entendían. En este país el Sanhedrín está reunido siempre en casa de Caifás con ánimo deliberado de condenarnos. Aquí, aunque ya estén abolidas las penas por ciertos delitos, no están abolidos los procesos por cualquier suposición. Aquí se puede perseguir, no por medio del castigo, porque ya no se pueden castigar ciertas cosas, sino por medio del proceso. El proceso hace gastar—porque es tan pobre el escritor que no puede apelar al beneficio de pobreza—y embarga su libertad mientras termina.

De esa asechanza de odios, envidias, abandonos, y de esa ira sorda que viene en los vientos de todos lados, brota esa intranquilidad que hay en Lanza. Tenía el terror de la cárcel, y por eso, después de un arranque valiente o apóstata, surgía en él una falsa credulidad como para hacerse perdonar de los más altos entes, a los que daba en definitiva una caba mayestática.

«Lo más admirable de *El Diablo Mundo*—escribió él—es que Adán, apenas nace, va a la cárcel. ¿Por qué? Respetemos el secreto del sumario.»

En otra ocasión, dice a quien dialoga con él sobre cubierta de un barco: «Yo puedo ir a presidio», y

como conteste el otro muy sorprendido «¿Por qué?», él da a entender que así como en aquel momento pueden naufragar si tropiezan con un bajo, en la vida se encuentran también bajos, que son, como los bajos del mar, precisamente los puntos más altos; «todas las grandezas—acaba Silverio Lanza—que la humanidad lleva consigo al navegar por el mar de la vida, pueden perecer súbitamente porque los bajos estén muy altos».

Dos procesos amargan su vida. No quise nunca preguntarle por ellos, porque pensé que el dolor que le habían ocasionado merecía una gran reserva. El pasaba por encima de todo lo referente a sus procesos como quien no quiere hablar de aquéllo. Sólo se encuentran dos referencias a ellos en su obra. En una dice: «*Ni en la vida ni en la muerte* causó tantas penas a mi esposa, que guardo la evidencia de que originó mi viudez».

«Perdí una santa, he logrado un ángel y no quiero enviudar de ningún modo, y menos publicando cualquier libro».

En otra parte escribe como advertencia preliminar: «Una mujer ignorante o mal dirigida se creyó retratada en uno de mis escritos, y un anónimo de ella me produjo un proceso y una prisión. Una mujer bendita iba pisando fango para llevarme a la cárcel los dulces consuelos de su cariño. Cuando terminó aquel proceso, me pidió la santa mujer que no ofendiese a la calumniadora porque ésta era madre. Y la mujer imbécil acaso esté pensando en ultrajar a mi esposa. Y es que no hay mayor dolor para el perverso que la contemplación de las virtudes ajenas. Por eso yo, que soy cruel, nunca ensalzo a los buenos, porque entiendo que esto es demasiado castigo para los malos. Y me limito a describir infamias para que los justos perseve-

ren en la virtud y los canallas se ejerciten en la escritura».

De la Ley de Enjuiciamiento suponía que, colocado el negro libraco en la vía férrea, era capaz de hacer descarrilar a un tren.

Las cosas extrañas que pasan en su obra son quizás las que le dan más fuerza.

De pronto se acuerda de Zaqueo y se le ocurre que en el paso que llaman «de la borriquita», en Sevilla, hay un remedo de mico en las ramas de un árbol, y ese es Zaqueo. ¿Quién se hubiese vuelto a acordar de Zaqueo, si no hubiese sido él?

Otra vez es un acordeón el ángel malo de un hombre, al que asusta que le tachen de malo por su acordeón.

Otra vez dice: «Es de advertir que el demonio no huele siempre a azufre. Aquella tarde iba fuertemente perfumado de Ilane-Ilane». ¿No se graba de un modo extraño e indeleble esa observación?

Otra vez se le ocurre un juramento absurdo.

«—Te lo juro por Cristo—dice él en una ocasión.

—Ese juramento no significa nada para nosotros... Ven aquí... Jura sobre esto —le contesta el interpelado.

Y yo puse mi diestra—acaba Silverio Lanza—sobre el desnudo descote de la baronesa de Troichamps, y juré». ¡Admirable manera de jurar! Ya siempre juraré así. Un descote de mujer es como un libro abierto, el libro de mayor veracidad, y está pidiendo algo así como un juramento, como un uso tan solemne en medio de la solemnidad, aunque merezca otro uso en medio de la confianza.

Todas estas cosas que yo he amontonado de cual-



Azorín y su médico.

quier modo, son las que hacen extraño a Silverio Lanza, que no tenía la intención de serlo. También esa confusión atropellada que hay en sus obras, ese modo de venirse abajo las vidas de sus novelas, eso que, si no nos andamos con templanzas, es lo que sucede en la vida, es lo que es la pura fuerza de la realidad: todo eso que él daba con inocencia es lo que le hacía extraño, calificación de la que él se sorprendía por su misma inocencia personal.

El sentimiento de las mujeres en Silverio Lanza es una cosa revuelta.

Era un caso muy español de hombre colocado frente a esas mujeres desconcertantes y contradictorias que pueblan España y que se asustan de la carne o son prostitutas. Esas mujeres que desconciertan monstruosamente el alma de los hombres.

Silverio Lanza es el hombre que llama de usted a una prostituta; era el hombre que al enredarse un botón en los flecos de un mantón, se deshace en amabilidades y disculpas todo turbado; era de esos hombres que llaman a las mujeres «cielo mío», «chacha mía».

Pasan por sus obras esas mujeres hermosas, blancas y altas, que son la pasión imperecedera de un hombre. Su madre, a la que veneraba, está sobre todas ellas, como en esos desgarrones del cielo que hay en los cuadros para que aparezca la virgen sobre el espectáculo de la tierra.

Ama a las mujeres, las venera; pero tiene con ellas a veces violencias atroces. «Una mujer—dice en una ocasión—injuría a un hombre; dos mujeres se disputan a un hombre; tres, reunidas, se burlan de todos

los hombres». «Habiendo observado—dice en otro lugar—que muchos perros se lanzan a los peligros detrás de sus amos, se suplica a los suicidas que lleven el perro atado a la mujer».

Unas veces le parece mal que las niñas enseñen el arranque de sus senos y sus piernas, y, sin embargo, en otra ocasión dice libertariamente: «y niegan y condenan y llaman brutalidad y vicio y desnaturalizan así la organización social y la perturban y acaban con el cuerpo y con la alegría de la especie humana, y deshacen el equilibrio armónico de la obra de Dios, que, sea el que fuese, no detuvo un instante la atracción de la materia».

Sintió el amor con una gran fuerza comprimida. Así es lo más fuerte que se oye en sus novelas lo que dice aquella mujer a su gran hombre: «Yo no quisiera que fueses Dios, porque tendría que hacerme monja». Quería a la mujer frenética de amor, y por eso se indignaba contra su premiosidad. Por eso su novela en dos tomos *Artuña* está llena de esa indignación contra la esposa pasiva. Así dice: «¡Qué buen servicio nos haría Marey y Mosso determinando la curva de estas alas! ¡Qué diferencia entre el punto correspondiente a la actividad de la madre y el correspondiente a la pasividad de la hembra!».

Silverio Lanza era sobre todo y ante todo un marino. Esto conviene repetirlo, verlo y volverlo a ver. Tenía esa nobleza que tiene el marino en todo país, ese empaque independiente y dignamente humano y, además, ese algo más digno, más dramático, más individualista que tiene el marino español, dueño de la verdadera perspectiva de la patria.

El impulso nativo que le hizo entrar en la «Fragata Blanca» le hizo entrar en la Escuela Naval con el número uno.

Nunca dejó de llevar botones dorados con un ancla en relieve. Yo le veía siempre con esos botones, con sus cordones de guardia marina, y los días solemnes con su frac galoneado y con las solapas cruzadas, su sombrero de tres picos y su sable curvo y dramático.

Constantemente aparecen en su obra frases de marino. Así aquel que navega «mira la brújula para enviar un beso a su esposa»; así habla de «un juanete que no se puede aferrar», y «de una vía en la obra viva», y cuando da detalles de un naufragio se ve su experiencia: el barco se perdió a los 93 grados de latitud norte y 4'5 de longitud oriental».

En un periódico de su primera época, en uno de aquellos periódicos de caricaturas dibujadas muy básicamente con lápiz rojo y azul y tinta de escribir, aparece él con un hacha en la que pone «crítica social», vestido de marinero y con una gorra de marinero con la inscripción: «El año triste». Su figura era por algo para todos, aun después de haberse separado de la marina oficial, figura de marino.

Iba a Andalucía muchos inviernos, sobre todo a Bujalance.

Allí había varios niños y niñas, a los que había sacado de pila. Para ellos tuvo frases que ahora recuerdan ellos:

—Todo eso es pintado—decía al pasar al ahijado que miraba un libro de estampas—; cuando seas mayor ¡ya verás ya...!

Siempre que volvía a Bujalance, llevaba unos ajos como recuerdo a una de sus queridas amigas, mártir abrasada al ir a echar unos ajos al aceite.

Era un gran comilón. A este propósito cuenta su

compadre e ilustrado escritor, D. Antonio Zurita, la siguiente anécdota:

«Una tarde fría del mes de Febrero, habíamos bajado mi familia y yo desde la finca de Olivar al cortijo. Próximamente a las cuatro vimos venir un jinete a todo correr. Pronto reconocí a mi pariente Juan Moreno (muerto hace poco y que también sentía gran admiración por Amorós), que sin duda era portador de una mala noticia. Efectivamente, llegó con un telegrama del procurador Alonso, de Getafe, en el que me decía lacónicamente: «Su compadre gravísimo, véngase primer tren». No sabía yo que estuviese enfermo, y ante aquella enormidad, quedé completamente aturdido. Repuesto un poco, consulté el reloj, eché una ojeada por mi embarrada indumentaria, y Juan Moreno, que comprendió mi intención, y que era un decidido para estas cosas, me dijo: «los dos en la jaca cogemos el correo». Ni una palabra más. Tomé de los hombros de mi señora el mantón con que se abrigaba y partimos al galope para Villa del Río. Mediado el camino, tuvo que quedarse mi pariente porque flaqueaba el caballo y nos exponíamos a perder el tren los dos.

A la mañana siguiente, cuando llegué a Getafe y vi que el Sr. Alonso no exageraba en su telegrama, tuve momentos de verdadera angustia. Silverio Lanza no me conoció, apenas abría los ojos. Su estado era de una gravedad extremada. A los cuidados del enfermo se hallaba un matrimonio también de Bujalance.

Volví a dar un repaso con la vista a mi traje, y desechando escrúpulos ridículos, me fuí a Madrid en el primer tren, pensando cuál sería el médico capaz de librar a Silverio Lanza de las garras de la muerte. Cruzó por mi imaginación el nombre de D. Fernando Castelo, aquel hombre que con tanto cariño solía nom-

brar el enfermo. Sí—me dije—, D. Fernando me orientará si no es él el llamado a ir a Getafe.

Mucha era la consulta que había empezado el señor Castelo, y hasta me supuse que no me dejarían verle. Escribí en un papel unas líneas diciéndole quién era y que iba en busca de un médico, porque Silverio Lanza se moría. Salió él mismo inmediatamente, me hizo pasar a aquel salón confortable donde chisporroteaban los enormes trozos de encina, y cuando terminó el doctor con el enfermo que tenía entre manos, me dijo: «Vámonos a Getafe; si necesito un compañero, desde allí lo pediré».

Cuando se acercó el doctor al lecho del paciente y reconoció el casi inanimado cuerpo de Amorós, me dijo que el agonizante se moría de necesidad, de falta de alimentación; en una palabra, de hambre. Me explicó el bonísimo de D. Fernando lo que suponía había sucedido. La enfermedad era de las que solían curarse sometiendo a los enfermos a dieta: «a éste se la han prescrito sin conocerle y nos lo han matado».

«Amorós—siguió el Sr. Castelo—era de un comer extraordinario y la dieta para él habría sido provechosa dándole sólo un par de filetes cada cuatro horas. Que se retiren todos los medicamentos y désele mucha carne líquida y mucho Jerez. Cuando haya pedido el enfermo un trozo de ternera, estará salvado».

Así cuenta D. Antonio Zurita la salvación de Silverio Lanza, añadiendo otras anécdotas, como que en su casa se llamaba caramelo al jamón desde que Lanza pedía que le dejase dos lonchas a la cabecera de la cama por si le daba tos, contando por fin: «que elogiaba más la fuerza digestiva de Castelar que su oratoria, y que solía decir: «que con gazpacho podía manejarse bien la azada y hasta hacerse versos, pero que para un trabajo fuerte de la inteligencia se necesitaban magras».

También fué un precursor del *sport*.

Parecía como si su afán y su ideal fuese escribir una *Osteogenia* o inventar un cañón admirable. ¿Qué quería? ¿No es desconcertante, por ejemplo, que tenga la manía de ser profesor de gimnasia, presidente de las sociedades gimnásticas? ¿Habrá algo más trompudo, más desprovisto de significado para un hombre de espíritu que eso? Pues en sus libros de recortes, esos libros pesados, preñados, abarrotados, pegajosos, llenos de *sindetikon*, está escrito de su puño y letra como comentario a uno de sus artículos sobre gimnástica, como confidencia íntima: «claro es, que después de haber publicado estos artículos me dejaron sin cátedra en ningún Instituto». ¿Cómo verle dando clase de gimnasia en los patios de los Institutos y siendo obedecido por unos chicuelos convertidos en ranas flexibles? Pero le preocupó de tal modo esa profesión fantástica y como humorística de su elección, que como representante de las sociedades gimnásticas de España estuvo en las fiestas federales de la gimnástica en Francia y allí publicó una larga carta en francés, una carta escrita completamente en serio y con un tono solemne, como si hubiese sido escrita por el Emperador de la gimnasia.

Hubo una época en que publicó unos artículos que no coleccionó en ningún libro. Los titulaba *Omnimoda* y en ellos hay cosas singulares. «No besen ustedes a las jóvenes que usen polvos de arroz, porque casi todos tienen sales de plomo que producen escoriaciones en los labios, por lo menos»—dice en uno—. «También va orientándose la *vermicefalia*—dice en otro—que ataca a la materia gris, convirtiéndola en serrín, dolencia generalizada en los canónigos penitenciarios, los médi-

cos de pueblo y los taquígrafos. Así se confirma este apotegma de Juvenal: «el oír tonterías produce la ruina de la inteligencia...». «Según la mecánica—dice en otro—, no producen movimiento las fuerras interiores. Esta teoría ha desaparecido, observando que los gatos (y muchas personas) caen siempre de pie; y, por consiguiente, el felino doméstico desplaza voluntariamente su centro de gravedad durante la caída. Ahora se trata de hacer aplicación a la estabilidad de los aeroplanos y es posible que éstos lleven, como nuevo toisón, un gato suspendido».

Su rebeldía, quizás, proviene más que de su ideología, un poco informe, rancia y crédula, de su humorismo. Fué un gran humorista; con humorismos tan radicales, que los centra lo que J. P. Richter llamó la *idea aniquiladora*.

Quevedo, Tolstoy, Bartrina son evocados por su figura, como personalidades que se le parecían. En Francia se hubiera desarrollado su genio, hubiera podido conseguir el límite de su fecundidad y hubiera sido un Balzac abotargado de realidad y de importancia. Hubiera muerto hinchado, pero glorioso; glorioso, no con esa gloria de por acá, esa gloria que le merece a él estas palabras: «La gloria es una cosa que dan los que no la tienen. ¡Y aún hay bobos que se preocupan con tales tonterías!».

¡Parece mentira que estén escritas las cuartillas de Silverio Lanza con luz de quinqué, sobre todo las más fuertes, las de los años mil ochocientos ochenta y

tantos! ¡Con la luz de quinqué «con el depósito de cristal, dentro del cual se retorció la mecha como una solitaria. (A. F.)»!.

El 1.º de Abril de 1912 le hice la última visita. Se habló de sus proyectos y no sé por qué aquella tarde recordó el invierno. «Este invierno nos vamos a dedicar a la música—dijo él a su esposa—. Ya tengo avisado al afinador para que venga a ver el piano». (El tocaba la música por ciencia infusa y tenía compuestas unas cuantas partituras.)

Nos despedimos como siempre. ¿Por qué decir que sentí el presentimiento de la muerte ante un hombre que creía yo inmortal?

Yo no creía que se fuese a morir, porque parecía fuerte como un bisonte, por más que él había escrito que tenía «los pies hinchados y dentro de la sepultura», y también había escrito: «he engruesado porque me va hinchando la hipertrofia del corazón». El día 30 de Abril del 1912 murió a las diez de la mañana, en la hora optimista, entregándose a esa luz argentina de las diez. Había muerto de la hipertrofia del corazón, de que moriremos por causas espirituales más que físicas, pues el corazón, cada vez más abnegado y más indignado, muere de grande.

Si, como Byron, yo hubiera podido resolver lo que se debía hacer, así como Byron quemó el cadáver del poeta Shelley y aventó sus cenizas, yo hubiera enterrado a Silverio Lanza en el mar.

Silverio Lanza estaba preparado. Eso hizo más dulce su muerte. Hasta su cama estaba dispuesta para bien morir, una amplia cama de matrimonio, amplísima, amontonada de colchones, una de las mas altas

camas, sobre el nivel del mar de los sueños, que he visto.

—Yo como no temo a la muerte...— solía decir muchas veces.

El la había mirado mucho cara a cara, y por eso no debía asustarse. Fuera de las páginas que van en este libro sobre la muerte, él había escrito preocupado por esa autofagia que suponía: «Y después nada nuevo, algún ruido de trepidación y a comerse hasta los tobillos discurriendo, aunque, sin embargo, vengo observando que al destapar el ataúd de un tonto aparece intacto el muerto; el pobrecito siguió sin discurrir».

Lo que más le preocupaba era lo que había que resolver sobre el entierro. No sabía qué hacer con el cuerpo del muerto. Yo le repetía constantemente que se nos encerrase en medio de una de esas masas de cristal en que, a veces, se aísla admirablemente dentro del vidrio una rana o una lagartija. Si en los cementerios hubiese una fábrica de cristal con masa de cristal en abundancia, ese encierro como en un gran pisapapeles de cristal del cadáver reciente, nos conservaría alejados lo bastante de todos por la materia compacta y abombada que nos cubriría, y, sin embargo, nos dejaría seguir siendo visibles. Así metidos en esas grandes masas de cristal, perfectamente incrustados, nos salvaríamos a la corrupción, al aire renovado que es el que más corre, a la tierra como llena de ácidos y al gusano que cría el medio fecundo y respirable. En el hondo cristal y un poco preparados, claro está, para estar allí, no olería nuestra carne muerta, nadie tendría aprensión frente al denso cristal y estaríamos como a salvo, perfectamente a salvo.

Un armón de artillería le condujo al cementerio, rindiéndosele honores militares.

Silverio Lanza asiste al espectáculo universal.

El avisador de los muertos le ha dicho que yo me ocupo de él, y él, que pasaba desapercibido entre los muertos, se ha sobresaltado, al ver que el avisador le dice: «¿conque es usted un grande hombre?»

«—Yo fuí algo más sencillo y más elemental que un gran hombre—parece que contesta Silverio Lanza—; yo fuí un hombre de mi tierra y de mi tiempo, que me asomé por encima de lo que sucedía a lo que debía de suceder; yo fuí el primero que, antes que se descubriese el aeroplano, volé por encima de toda mi patria, por encima de Europa y por encima de la ciudad futura.

Año de agonía.

Está la redacción de *El Progreso* en la Red de San Luis.

Allí figura Azorín cerca de un año publicando una sección que se titula, con atrevimiento que ensalzara sólo el recordarlo: «Avisos de éste».

Riguel, Rosón, Adolfo Luna y «no sé quién más» —como desde la borrosidad de los recuerdos me ha dicho el mismo Azorín—, escriben cuartillas para ver si algún día toman la ciudad.

Azorín vive los mejores momentos de la generación del 98, que después ha definido de este modo:

«La generación de 1898 ama los viejos pueblos y el paisaje; intenta resucitar los poetas primitivos (Berceo, Juan Ruiz, Santillana); da aire al fervor por el Greco ya iniciado en Cataluña, y publica, dedicado al pintor cretense, el número único de un periódico: *Mercurio*; rehabilita a Góngora—uno de cuyos versos sirve de epígrafe a Verlaine, que creía conocer al poeta cordobés—y se declara romántica en el banquete ofrecido a Pío Baroja».

El Progreso lo dirige D. Alejandro Lerroux, ese Lerroux que nunca acaba de estallar, que juega a la lotería política, escogiendo bonitos números, mezclándose en cifras de suerte más que en decisiones, y que parece

saber un secreto íntimo de España que los demás ignoramos.

Malato y todos los hombres terribles se relacionan con él, pero de paso, porque Lerroux es todo menos un suicida, y, por lo tanto, sólo agota probabilidades, sólo juega esperanzas y teme las vesanias y trascendentalidades españolas.

Es un ser importante, misterioso, al parecer relapso.

—¡Qué bien te sientan los hábitos!—le dijo un día en la calle al sacerdote que le prestó su concurso y que tuvo que volver al sacerdocio porque las campañas de Lerroux no tuvieron suerte.

—¡Tú me los has puesto!—le contestó el clérigo.

En 1899, ya alejado Azorín de la redacción de *El Progreso*, publica su *Alma Castellana*, libro en el que comienza a estar él mismo. Es el arco de entrada al pueblo definitivo, donde ha de levantar su casa solariega y esculpir sus escudos y escribir sobre asentamiento de hidalguía, lo que sea su voluntad escribir en el despacho alto de techo y resonante.

Menéndez Pelayo le escribe, a propósito de *Alma Castellana*, una tarjeta en que le da las gracias por «su interesante y bien escrito libro».

También dirigida a la casa de la calle de la Ballesta, 13, 2.º, en que ahora vive, viene una postal de *Clarín*, alentándole.

Cordializan el Diciembre de 1899 estas misivas.

Esa tragicomedia de Azorín tiene el tono de un Poe teatral.

Se la leyó a doña María Tubau y a D. Ceferino Palencia en el hotelito que tenían. Entre los que fueron a oír la lectura estuvo Picón. Les gustó a todos la tragicomedia, pero los directores de la ilustre actriz y su esposo sostuvieron que sería cosa difícil de representar y además muy cara. En el fondo era también una cosa

dura y esquinada contra aquel teatro dieciochesco, que era su flaco, y para el que estaban preparadas decoraciones y *atrezzos*.

Releamos en *Charivari* estas fechas:

«27 Marzo.—Se ha publicado *Epitalamio*, de Valle Inclán, un tomito por el estilo de los de Guillaume, de París, aunque muy mal aliñado... (Aquí en Madrid no saben hacer esas cosas). Es una novela corta, algo incoherente, escrita en cuidado y terso estilo; el asunto trivial... los personajes algo amanerados...

Valle ha llevado su obra a varios libreros, a ver los ejemplares que le tomaban, a mitad de precio... Fe le ha tomado dos, y en otras librerías, tres; total, ¡cinco!

—He recogido el ejemplar que llevaba de muestra—dice Valle—y lo he tirado en medio del arroyo... Regalo la edición.

La cuestión de los libros esta perdida. Palacio Valdés le decía a Valle que ha tenido que suspender la edición de sus obras completas. (El autor de *La Fe* es el mejor novelista español después de Galdós). De sus novelas sólo hace ediciones de 500 ejemplares. Galdós es el que más vende; despacha unos 1.000 ejemplares de cada obra. Lo que se habla de la venta extraordinaria de los infolios de Pereda, es pura filfa; casi toda la edición va a parar, *graciosamente*, a manos de sus amigos de la montaña...»

«28 Marzo.—He visto por la calle al ex ministro de Ultramar Sr. Núñez de Arce, acompañado, no hay que decirlo, del Sr. Rojo (evitemos el consonante).

El Sr. Núñez de Arce es uno de los más limitados literatos españoles; como poeta, no se encuentra en toda su obra una sola idea grande, algo de original, de

vigoroso, de *revolucionario*, si ustedes lo quieren. Sus poemas son tontos como sus discursos del Senado, y sus discursos son tan anodinos, de una *platitute* tan inmensa como sus *Gritos*.

Campoamor es un artista; tiene delicadeza, flexibilidad, ternura, arranques geniales de un pensador que se ríe de muchas cosas sacrosantas; es además un psicólogo, tan conocedor como el primero, como Stendhal o Bourget, por ejemplo, del alma femenina. Núñez de Arce, no; como Quintana—monumento de una sola pieza, como creo que le ha llamado *Clarín*—, no sabe más que cantar en un solo tono; se parece a esos periodistas republicanos que, fuera de los *fondos* ampulosos, no saben hacer nada. Se le ha llamado «el poeta de la duda», y sin razón. No puede ser poeta de la duda quien maldice de Darwin y de Voltaire. Porque Núñez de Arce es un conservador a macha martillo, mejor diré, un reaccionario. La medula de su poesía es ese espíritu de escepticismo que viene reinando entre nuestra burguesía ilustrada del 70 a la fecha.

Núñez de Arce no espera nada de los tiempos futuros, no cree en un *avenir* justo, no ve la marcha de la humanidad hacia ese *sueño*. No sabe nada, lego completamente, como es, en ciencias físicas y en sociología; sólo ve lo que vería un banquero o un industrial metidos a poetas y que tuvieran el *tic* leopardino: abismos, catástrofes, despenaderos. etc., etc. (Léase, si no, su prólogo a las poesías de *Larmig*). No se le ocurriría nunca a ese industrial o a ese banquero ahondar en el organismo social, inquirir las causas precisas y exactas del mal, hacer, en fin, en la poesía, lo que en la ciencia social ha hecho Sebastián Faure con su libro *La Douleur universelle*. Al Sr. Núñez de Arce tampoco se le ha ocurrido eso, ni ¿cómo se le había de ocurrir?».

Después de lanzar el *Charivari* Azorín se va a Córdoba, no huyendo, como se ha dicho, sino porque era verano y porque estaba allí de gobernador su amigo José Maestre.

Desde Córdoba se fué a Monóvar, donde se dedicó a leer, volviendo en Otoño a Madrid, un otoño en el que se celebra la despedida del siglo con una representación de *Hamlet* en el cementerio de San Nicolás.

Y muere el año 99, que es soplado por dos corrientes y se disuelve en un cerrar y abrir de ojos, entre estertores de agonía, entre rápidas apagaciones.

Como el estado agónico consume en seguida, ese año es vaga revolvedura de los ojos del siglo que muere y es último suspiro todo él.

Por eso sólo queda de él una breve suposición, pues es última hoja efímera del almanaque de un siglo, hoja que se quita con impaciencia antes de que haya pasado el día.

Ganivet, el excéntrico del grupo.

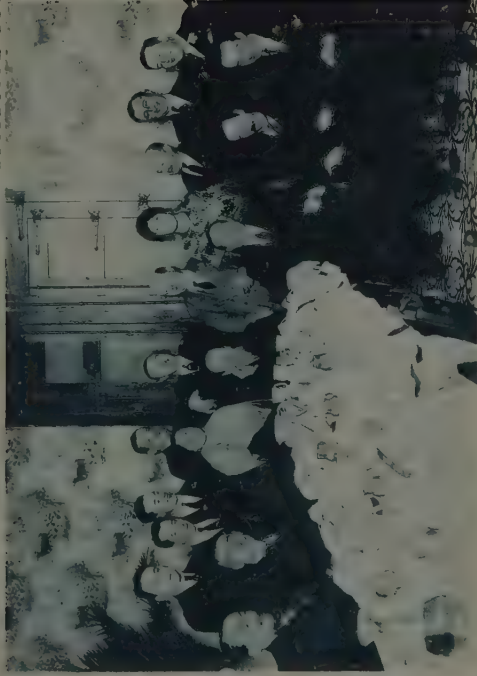
Porque sería excesiva y compleja, y porque fué el que más extraño al grupo resultó, no hago una silueta de Unamuno, aunque van todas sus interferencias y escaramuzas en los momentos importantes de la vida de Azorín y del 98.

Ganivet se mezcla a la trimurti o cuatrimurti—sí mezclamos en ella a Maeztu—de un modo lejano pero inquietante, como sombra de la que llegan cartas, incitaciones, visitas breves de viajero, aunque es el que teme la carrera literaria y se liga a la burocracia.

Arrojará luz sobre el sentido escabroso y perdido de la psicología de aquella juventud, una ligera silueta del suicida.

En la época de la invasión francesa, un general francés llamado Ganivet, se queda rezagado en España, y de enemigo nuestro se hace compatriota, pues se casa con una joven andaluza, cuyo óvalo le encanta, así como sus aladares negros y rizados. Ese es el abuelo del escritor Ganivet, que nace en 1865.

Ganivet es un niño mimado, cuidado, del que se espera algo grande. Es desde pequeño un «mozo de forzado», de esos que en Portugal luchan con los toros y los descuernan y los vencen. Ganivet a quien vence es al Destino, y si había de ser cojo no quiere serlo y no lo es. El Destino le prepara una caída, hace que la frac-



Azorín en Zaragoza. Banquete al novelista Matheu.

tura de la pierna sea tan grave, se astille tanto, que Ganivet guarda siempre en una cajita huesos de muerto, las esquirlas de sus propios huesos que saltaron en aquella ocasión. El Destino se empeña en encogerle, como se ve; pero Ganivet se arrastra, se cae muy a menudo; su madre le hace un almohadillado en las rodillas y en la espalda para evitar que se haga demasiado daño al desplomarse; pero él no quiere muletas, él no quiere que venga el carpintero a hacérselas. ¡Por que ese carpintero que hace las muletas es muy parecido al que hace los ataúdes!...

Un día anda como si nunca hubiese tenido la pierna rota, y se mezcla a los contemplativos, a los que pierden su alma en las noches granadinas y en los parajes de ensueño, buscándola después con anhelo, con pánico, con verdadera turbación, porque no la encuentran y necesitan volver a casa con ella. Así llegó a ser conocido como escritor en la tertulia de Afán de Rivera, en El Defensor, en el Huerto de las Tres Estrellas.

Su amor es el agua, esa agua granadina que filtra los riñones del alma como nada y que pone la inteligencia «gongorina», de como la destila y la aclara. Alguna vez, asomado a un alto torreón de la Alhambra, dice: «Todo esto lo ha hecho el agua», y encuentra uno de sus mayores placeres en seguir las subterráneas venas de las fuentes, el ver dónde van a parar las acequias, el ver hasta dónde llegan y qué vueltas dan los arcaduces, el seguir los cursos ignorados de los ríos.

A los veintiún años vino a Madrid y fué a parar a una casa de huéspedes de la calle de Jacometrezo, hoy convertida en Gran Vía. Calle tragada por la tierra, como sólo en los terremotos se traga las cosas la tierra.

En la casa de huéspedes fué donde aprendió el tono de la vida corriente, y de ahí sale su novela más curio-

sa y más verdadera, sobre todo en la primera parte, su *Pío Cid*.

De vez en cuando va a Levante, y suele hablar como un orador. Condiscípulo de Unamuno, va con él al café y allí hablan de sus cosas, y un día es Unamuno el que le habla a Ganivet de sus proyectos, y otro día es Ganivet el que le habla a Unamuno de los suyos, entre los que figuró publicar la traducción de *La Batracomiomaquia*, con ilustraciones de D. Miguel, porque había estado estudiando muy detenidamente la anatomía de los ratones y las ranas: «Sobre la mesa de mármol del café—escribe a Unamuno el mismo Ganivet—me pinta usted una rana, con tan consumada maestría, que no la he podido olvidar y aún la veo que me mira fijamente, como si quisiera comerme con sus ojos saltones».

De vez en cuando salía a darse largos paseos por Madrid con Navarro Ledesma.

Iban buscando los descampados y los descampaditos de Madrid. En uno de esos descampados que hay entre la plaza de toros y el Este, se encontraron con dos hermosas mujeres que, con ese gracioso mohín español de ofrecimiento espontáneo, les ofrecieron de lo que comían. Charlaron, y Ganivet la dijo a una de ellas: «Usted es de Granada». Y a la otra la dijo: «Usted es de Loja». «¿Y en qué nos ha conocido?», preguntaron ellas con asombro... «Que usted es de Loja—contestó él—, en el acento, y que es usted de Granada, en el modo de partir el pan».

Por este tiempo aspira a una cátedra de griego; pero la pierde y dice después del que se la ha llevado: «La verdad es que no sabe el favor que me ha hecho, porque, ¿cómo sería posible amar a Homero teniendo que analizarle y traducirle a diario en clase? Tanto valdría estar casado con la Venus de Milo».

Un día de carnaval de uno de esos años, Ganivet, al que no le gustan los bailes, es arrastrado por sus amigos de casa de huéspedes, y entre todos toman un palco en un teatro con máscaras. Desde el palco observa Ganivet seis máscaras vestidas con capuchones negros con vivos rojos. Había cuatro de ellas que bailaban con todo el mundo, mientras las otras dos sólo contemplaban lo que tenía que suceder. Ganivet salió del palco para dirigirse a una de ellas. Así, cuando a veces cree en el Destino, le deja proceder a su gusto.

La invita a bailar, y ella se niega.

«Tiene usted los ojos grandísimos y negros—la dice Ganivet—, y más le diré: el antifaz, que a otras mujeres les agracia porque deja ver los ojos casi por completo, a usted la desfavorece, porque oculta lo mejor que hay en usted.»

La máscara le dice cosas muy acertadas, como que tiene tipo de marino, aire muy justificable por sus barbas, su rudeza y la gran independencia de sus ideas.

Ganivet, ha pedido permiso a la madre—la otra máscara que no bailaba tampoco—para pasear con su hija y en el paseo la engatusa, la lleva a su palco y la persuade de que vea su casa, que la agradará haber visto, porque ya no se separarán nunca, y todo lo que sea antecedente de la vida de uno o de otro les será curioso y querrán imaginárselo con verdadera textualidad... En la casa de huéspedes se queda la novia, siendo un momento de desconcierto y de fatalidad cuando ella escucha dar las cuatro en un reloj de la vecindad, y como eso la sorprenda como un falso rumor, espera a acabar de contar los toques en otro reloj que salmodia su hora, y dándose cuenta de que su familia se habrá marchado ya del baile y la buscarán como locos, encuentra lo que de irreparable ha habido en su acto y se queda con Ganivet. Desde esa noche es esa mujer

su esposa; la esposa de la que tiene Ganivet dos hijos, de los que sólo vive hoy uno...

Esa mujer del capuchón negro con vivos rojos será la que le acompañe en la vida, aunque Ganivet, que daba gran importancia a las mujeres, se complicase de nuevo la existencia, pues no se sabe cómo explicar estas palabras de Navarro Ledesma: «No sé yo cómo entrar en esta parte, lo más interesante de su vida humana, pero tan recatada y misteriosa, que hubo en ella un secreto, el único secreto que me celó a mí y que fué la principal causa de esa tremenda crisis que le llevó a la tumba».

Ganivet gana, a todo esto, una plaza en la carrera consular, y consulta con su madre qué ciudad debe elegir entre las tres que, como número uno en las oposiciones, tiene derecho a elegir. Por consejo de su madre elige Amberes y rechaza Nápoles, iporque suponía que allí había cólera siempre!

Ganivet entra así en la segunda fase de su existencia, cuando obtiene las mejores perspectivas; pero se vuelve loco de pena, de aburrimiento, de abandono. Está perdido desde que el sentimiento francés de su padre le lleva por el mundo como extranjerizado para siempre. La dualidad de su espíritu, el europeo y el moro, se atraviesan mutuamente, como en esa estampa clásica—¿de Rembrandt?—en que los dos contendientes están atravesados por sus espadas.

Ganivet ha violentado un poco su vida, por los grandes tártagos de estudiar que se ha dado, por no curar sus enfermedades saliendo a la calle y examinándose de numerosas asignaturas aun en estado grave—recordemos lo que le pasó en aquella peluquería en que inclinó la cabeza como un muerto y el barbero le dió una copa de Jerez y le envió a que se acostara—, por la muerte de su hija y el desentierro de su cadáver

ante la sospecha de que la que la criaba en el pueblo la hubiese envenenado—después de eso, y por cómo vió a su hija, ya no volverá a comer carne—, todo ha violentado su ser y le ha hecho entrar un tanto desorbitado a ejercer su carrera de cónsul y ver el problema de España también con desorbitación.

Ganivet carece de la visión serena, sencilla, equidistante, feliz. Siempre se coloca en un punto de vista impar, sospechoso, receloso, vidrioso. No tiene eso que hemos tenido, y que es lo más bonito de la carrera de las letras, la emoción de vocación, la predisposición sentimental, el fervor que no huye del medio literario por mezquino que parezca. En esos «años bobos», que es como llamó Galdós a los de esa época en que le toca vivir a Ganivet, había algo inefable en que se pudo destacar para uno mismo, como nunca, la pasión literaria y darse a ese amor de los amores, que es el estilo en su maridaje con la idea y la escena.

Le falta a Ganivet el romanticismo elemental y también el ideal modesto, pero entrañable del literato. No tuvo la alegría de su obra, ni vió la bagatelística que es siempre la literatura. El pensaba en una literatura trascendental, hecha con un énfasis muy consular, de hombre que se va y ve otras cosas cuando los demás se quedan en algo así como una especie de pudridero. No comprende nunca que los que se quedan gozan de la certeza española, viven una vida sentimentál, lógica, y con los encantos de estar en su sitio, gozan del estilo y de la inspiración que hay en la escena diaria del día en el paisaje originario. Fué el aguafiestas acedo.

Ganivet escribe por llevar la contra o por ser otras cosas que no ha podido ser, o por crear una patria excesiva, con una manía de grandeza realmente consular, y digo consular, porque es muy usual que los cónsules, excediéndose sin justificación ninguna de sus fa-

cultades notariales y comerciales, quisieran insuflar su patria en la patria ajena, y en vez de sentirse la autoridad de otro país en un país extranjero, quisieran ser la autoridad en posesiones españolas, y en un sitio en que se acatase a España demasiado y se hablase de ella con pavor y admiración a todas horas. Adolece esta opinión de un contagioso sentimiento de virreinato en Flandes que se desprende de la Historia. En vez de ser nostálgicos la mayor parte de los cónsules españoles, desearían ser imponentes y dedicarse a una política de implantar España en los demás países, mientras, por el contrario, implantarían a los demás países en España. Tienen la doble pedantería del emigrado forzoso, que no sabe conformarse con su suerte, una monstruosa pedantería española para fuera y monstruosa pedantería extranjera para España. Han perdido la facultad más preciosa del español sencillo, que es ese aticismo en la ambición que imponen las ciudades españolas al que se decide a quedarse a vivir en ellas. Ese no tener la exorbitante pretensión clásica de dominio en el mundo, ese vivir la sencilla Pompeya nativa sin dejar de hacer por la instrucción pública, es de lo más digno y caballeroso que puede hacerse, y es lo que admira Europa con envidia precisamente, esa hidalguía entera que vive en la pobreza de su población castellana, como si viviese la caballerosidad eterna.

No fué nuestro compañero Ganivet. Fué el hombre que se va, que se aparta. Su cráneo era demasiado grande quizás para recoger esta gracia ligera de nuestra vida tan humana. Su cabeza de piedra, que hizo decir a alguien «que parecía la de un antropoide gigantesco», veía las cosas con dureza y con una falsedad remachada, aunque dotada de cierta grandeza.

Con sus grandes pretensiones, Ganivet todas las

veces que generalizó, y aunque él quisiera ser un genio europeo, generalizó como un genio de café, un genio de café antipático y hostil.

Su obra literaria es un poco ramplona y un poco chabacana, y ese Pío Cid, que es el tipo que figura en toda, hasta en *El escultor de su alma*, y que es el mismo que escribe su idearium, es el hombre atrabiliario de las casas de huéspedes, el gran proyectista, el hombre que sólo quiere ser un gran conquistador o tiene el ideal del escultor, que es el ideal más bruto de los ideales. No tiene idea del matiz y de la gentil ingenuidad de la vida. Entre las obras que proyecta, una se titulará: *Apechuguemos*, y otra *No hay tales carneros*. ¡Hombre lleno de voluntad y de sentido común cerril!

Ganivet intenta cierto nietzscheanismo trascendental en su obra, pero un nietzscheanismo lleno de tópicos y sin aquella grandeza para colocar su acción en los desiertos puros del concepto que tuvo Nietzsche. Frente a ese nietzscheanismo lleno de manía de grandeza, se puede desmentir a los que no ven en él más que cierto instinto de persecución, pero no manía de grandeza. La manía de grandeza estuvo en todas las segundas partes de *Pío Cid*, que fueron las que dieron más tono personal a su obra. El resto son cartas del que está en el extranjero, esas cartas tristes, empeñadas en dar una emulación a España que no tienen siquiera los países en que se vive, y cuya evolución ha estado menos obsesionada en evolucionar de lo que se quiere que sea para España. La gran tontería de esas cartas del hombre aburrido que tiene que estar en el extranjero—la visión del turista es otra—, es una especie de pretensión de un pensionado de todo un país en otro país, problema de pensionado monstruo que no se le ha ocurrido nunca a ningún país de un modo tan épico y absurdo. No he visto nada más sórdido,

más equivocado, más inaguantable y de una contradicción más fácil con contrastes más abusivos que las cartas largas que todos escriben desde el extranjero. El hombre sensato no se arrepentirá lo bastante de haberse dejado llevar en algún viaje de esos tópicos absurdos y engolados de las cartas desde el extranjero llenas de una moral comparativa verdaderamente idiota.

En vista de todo esto, ¿cuál es nuestra opinión de Ganivet? Que los puntos de vista de Ganivet son puntos de vista que si dejamos de admitir que son verdaderos, son completamente falsos, de una agravación tonta y completamente insociables, ellos, que lo que quieren es ser sociales; son insociables hasta en el sentido más precario de la palabra, en el sentido insociable. Su obra literaria, hecha además desde un apostolado literario y como con toga de magistrado, resulta rígida, de un gran paleta enfático, de una especie de notario terrible. Le falta a su obra literaria la sencilla, ligera y espontánea inspiración de esa gran bohemia espiritual que es la literatura.

Lo más interesante de Ganivet es lo que tiene él mismo de personaje novelesco de la novela de la vida. Contando con eso, hasta se vuelven interesantes sus cartas y su andar a trompicones con las ideas, y sus deducciones incongruentes, hijas de un enloquecido recelo intelectual.

Ese ser un personaje dramático, sombrío y un poco indescifrable en su patología—antes de ser *un caso* claro—, es lo que más fuerza da a la figura de Ganivet. El que haya sido un suicida, remata su vida y le da un gran interés. El que es un suicida parece que en vez de hacer un viaje de ida a la muerte, lo que ha hecho es un viaje de ida y vuelta, es decir, que antes de irse ya *había estado*, ya sabía algo, y se busca en su obra ese sentido aclaratorio del gran enigma.

Esa última escena del suicidio le hace a Ganivet un inquietante personaje de drama, de un drama en esta ocasión escrito por un autor del Norte, por el Ibsen, que escribió Juan Gabriel Borkman.

Ganivet siente, más que en ningún sitio, en el país frío, esa desazón y esa inadaptación de que es víctima por su naturaleza, a la que debilita más su vegetarianismo de San Francisco de Borja. Está desacertado frente a la vida, como siempre, cosa que quizá dependa de que en su cabeza se ha estado disociando de mala manera algo, y esas disociaciones de ideas, tan raras y tan incongruentes, eran así porque eran patológicas.

Ganivet vive en casa del barón von Bruck, en Riga. El barón hace algún tiempo ha notado algo en su amigo que le hace consultar con el doctor Ottomar von Halken, que certifica la parálisis progresiva.

Ganivet medita mucho estos días, y deja en casa de Brück un pliego dirigido a Navarro Ledesma, que es como su voluntad testamentaria. Pone en la portada: «Por si esta declaración fuese necesaria, hago aquí el resumen de mis ideas y mis deberes». (Este documento sigue inédito.)

Su querida mujer—aquel dominó negro con los vivos rojos—va a llegar y llega con un niño. El va a esperarla, y emprende el viaje en uno de esos vaporcitos que son como tranvías de las aguas. Casi se va a cruzar con el barco que llega y en que vienen su esposa y su hijo. ¿Qué pasa por él? Mi versión es esta: Le da vergüenza de que su mujer le vea hacer los gestos grotescos e incongruentes de la locura, los aspavientos súbitos que él solo sabe que hace de noche, los saltos mortales que da en la cama, como si sintiese en su espina dorsal escalofríos de pez, de esos que a los peces les hacen saltar tan alto y tan de golpe en el agua. Tiene miedo también a lo que pueda pensar y preguntar

el niño. No podrá contener sus muecas. Entonces, se tira al agua fría, al agua que él tanto admiraba; pero lo salvan.

—¿Para qué me han salvado si no me han podido salvar a mis suspicacias inevitables, a mi volver la cabeza pensando en el enemigo, a mis aspavientos nerviosos?— se pregunta Ganivet más sereno después de haberse duchado, pero más dispuesto que nunca a suicidarse, tanto que aprovechando un descuido de sus salvadores se tira de nuevo al agua. «¡Hubiera estado tan grotesco recibiendo a mi mujer con mi traje mojado!»— piensa él entre los buches de agua del que se ahoga.

«Falleció en Riga, ahogado, en estado irresponsable, a los treinta y tres años, el 1 de Diciembre de 1898»— dice su partida de defunción.

Su mujer, enferma, se vuelve a España, después de asistir a su entierro, que se verifica por las calles nevadas, estando sembrado el camino desde la casa mortuoria al cementerio con ramas de pino, como es costumbre en aquel país.

Nuevo siglo.

Al estrenar siglo se sienten Azorín y los suyos como en un nuevo local, y en esa noche en vela que va de un siglo a otro, se proponen el poner mano en una mayor dominación literaria de la vida.

Se estrena el siglo, no cuando suena su primer año, o sea el 1901, sino cuando cambian las cifras, cuando se van los ochos y viene el 1900.

Azorín me ha escrito en una cuartilla inédita esa impresión del 900 en su despertar.

«1900... Un gran resplandor; una claridad fría e indeterminada, como de grandes e invisibles focos eléctricos. Todo se ve blanco y claro, a un lado, y a la otra parte todo está en la penumbra. Nuestros pasos, sin querer, van hacia esa región luminosa, y sentimos que, al mismo tiempo, nos desprendemos de algo que queremos y que nos causa dolor—vago dolor—dejar.

1900... Un alto puerto entre dos montañas; desde arriba contemplamos una planicie clara, alumbrada de viva luz; pero sin contornos definidos, como un inmenso mar vacío, sin ondas. Detrás de nosotros, la vertiente por la que hemos ascendido y que ahora ya no podemos volver a recorrer; estamos de espaldas a ella y al mismo tiempo que nos atrae el camino que acabamos de andar, nos hechiza y ciega la inmensa extensión blanca e imprecisa sin contornos, que tenemos delante de los ojos.»

Al entrar en el siglo se permite el grupo una fiesta

en el Buffet Italiano, que tenía entonces una cosa de comedor de fonda de estación. Allí adquieren la ilusión latina envuelta en queso y macarrones.

Alguna vez se encontraban en los Italianos con Menéndez Pelayo y también se veía por allí al doctor Mariani.

El cerillero les dejaba los periódicos ilustrados, y la ilusión de variedad y de emprendimiento en un nuevo mundo era completa.

Es el momento en que prospera el Almacén del Aguila, como si toda España se hubiese vestido de ropas hechas, con prisa, sin poder tomarse las medidas.

En ese primer momento del siglo tiene Azorín una agarrada con Federico Balart.

Todo el luto de aquel poeta ennegrecido le cayó encima.

Algo así como unos guantes negros, muy negros, le perseguían siempre y todas las cartas de luto que recibía parecían de Balart.

Ya había vuelto a ver a Dicenta en el Café Inglés y todos habían vuelto a hacer las paces.

Entre los que figuran más claramente en el grupo, hay algunos tipos episódicos aunque importantes, como un Julio Amber al que Burell decía a grandes voces:

—¡Usted tiene un gran nombre de vencedor!

No van ya a Fornos, el Fornos de Salvador Rueda, que para ellos no es un café Puro. Sólo un político intermedista como Burell podía salir y entrar en todos los cafés, incluso en Fornos.

Para consolidar más sus aspiraciones encuentran a un hombre entusiasta, D. Francisco de A. Soler, que tenía comercio de cinturones eléctricos y que sentía una viva pasión por la literatura (¡como que sus cinturones eléctricos no eran más que literatura!).

Don Francisco de A. Soler, los reúne a todos en su

casa y saca dinero del cajón de la cómoda para sostener la Revista que fundan con el título de *Juventud*.

El Director artístico de *Juventud* es D. Pablo Ruiz Picasso, nada menos.

Iban al Café Madrid de la calle de Alcalá, y cenaban platos sueltos y medias tostadas donde podían.

Picasso, que quizás consiguió en aquel Madrid de entonces su decisión por todo, tan valerosa, les alentaba con su colaboración gráfica en que recopiló siluetas de luengas faldas y velo moteado de las mujeres de entonces, dibujando las sombras suspectas en aquellos portales de los que salían siseos, y hasta retrata grupos pintorescos, compuestos con seres descabalados.

Como jóvenes de añadidura que completaban el grupo, se mezclaba a ellos Leal da Cámara, que unía su irónica y bondadosa vena portuguesa a la vena española de un Palomero.

No se lograban ver unos a otros. Se unen esos grupos entre tal aturdimiento de públicos adversos, dificultades y asechanzas, que no se pueden estudiar ni predecir y sólo se apoyan unos a otros en el darse ánimo, en el meter ruido de cuadrilla, en el tener jovialidad de estudiantina.

El Madrid de entonces conducía por callejas de difícil andar hacia chamizos oscuros en que perder la vergüenza desahuciada que daba la calle, y yo veo a todos aquellos jóvenes dando vuelta a una esquina— a una esquina multiplicada—en su deseo de dar esquinazo a sus destinos míseros y a las miradas hostiles de la clase media asomada a la ineptia.

Siempre dando vuelta a una esquina en colegio que fuese a alguna parte, hablando unos con otros como sin prestar atención a nada, para que todo les perdona-se la atención.

El medio les abrumaba tanto que eran jóvenes y

parecían viejos, eran lo aún no victorioso pero ungidos de victorias y sin embargo parecían fracasados, discretamente envueltos en sus trapos corcusidos, y en sus capas apelmazadas de hollín y rotas en largas trizas.

¡Lo que han tenido que esforzarse para pasar aquella época que les vestía con ropas negras y llegar a otras épocas en que lograron el traje luciente, la posada segura y el no tener que dedicarse a estar volviendo esquinas y esquinas, para desorientar los perros alevosos y pertinaces—detras, detrás—del mal destino!

¡Las inyecciones de luz que han tenido que meterse en la España lóbrega de entonces!

Y si bien se mira, sus aliados han sido las guerras, la electricidad, las máquinas, la frecuencia telegráfica de la vida, pero no el coro multitudinense, que sigue tan cerril como antes.

Comparsa unida y arrastrante, tropa de Hernán Cortés en otro país inconquistado, se desflecaban apenas pero no se atrevían a separarse, a quedarse solos entre aquella multitud resonante a zapatos nuevos y que creía que era un ludibrio aquel grupo que sólo actuaba con planes futuros.

Entre ellos iba el creador de todo el arte moderno, el conmovedor de Europa, el inovador inacabable: ¡Picasso!

Juventud la dirige artísticamente el joven pelicularo de la pintura y dibuja sobre las piedras litográficas todos los dibujos del número y hasta la cabeza esbozada, con la inquietud de una mujer con uno de aquellos sombreros en forma de paleta empinada y que siendo la que no leía nada, aparecía leyendo la revista.

Picasso debió confeccionar aquellos números, como capitán de la platina, sintiendo la inmensa responsabi-

lidad que se sentía entonces cuando se ponía mano en cosas de imprenta.

Se ve su única mano y se le siente exigiendo que le dejen a él solo preparar la revista, prorrumpiendo en andaluces y toreros «¡Dejadme solo!»

Tienen que perder tiempo para la concepción porque no pueden dejar ni un minuto de darse ánimo y más ánimo, como quienes medio ahogados por turno se aplican en una esforzada operación de respiración artificial.

Como los que se encuentran en los gélidos caminos de Rusia, que se ven la nariz ya con matiz de gangrena y se tienen que dispensar el auxilio de un masaje urgente y salvador.

Para ver la actitud de Azorín en ese momento de entrada de siglo, veamos cómo enjuicia «la política en uno de sus artículos de *Juventud*:

«En los momentos en que escribo esta crónica—en el Ateneo—el saltimbanquis de Romero Robledo está pronunciando un elogio de Campoamor.

A tal poeta, tal político. Romero Robledo es el símbolo de nuestra frivolidad política; Campoamor es el emblema de nuestra vulgaridad literaria. La juventud española desprecia profundamente a este rimador trivial que no tenía ni dos adarmes de idealidad en la cabeza... Baroja sonríe irónicamente de las *Doloras*; Maeztu dice que Campoamor es un Gamazo. Y aquí, en el Ateneo, mientras esta conmemoración se realiza, a todo el mundo oigo en los pasillos abominar de este señor prosaico. *Sí, es un poeta plebeyo... Es un hombre terre a terre... Escribía versos como los aforismos de Hipócrates...*

Anoche, en casa de mi buena amiga D.^a Emilia Pardo Bazán, mientras tomábamos un té que me pareció excelente—mejor que un *pequeño poema*—una

señora extranjera decía con mucha amabilidad, con mucha suavidad:

—¿No les parece a ustedes que Campoamor es un poeta vulgar?

Sí, sí me lo parece. Y esta mañana me han pedido un autógrafo y he puesto lo siguiente: *Campoamor me da la idea de un señor asmático que lee una novela de Galdós y habla bien de la revolución de Septiembre.*

Porque Campoamor encarna toda una época, todo el ciclo de la *Gloriosa*, con la estupenda mentira de la Democracia, con sus políticos discursadores y venales, con sus periodistas vacíos y palabreros, con sus dramaturgos tremebundos, con sus poetas detonantes, con sus pintores teatralescos...

Campoamor es la síntesis de una época que desaparece. Y esta sesión apologética es la añoranza de los viejos por un tiempo de hipocresías y vulgarismos, de total ausencia de generosidad y de ideal.

Y esto no será, lector amigo, política, pero es tan vulgar, torpe, desmañado y odioso como la política, como un discurso de Romero Robledo, como un artículo de Canalejas.»

Ilustración 16.



Azorín, Grandmontagne y Urgoiti. Segovia. 1923.

Viaje a Toledo y nobles manifestos.

Azorín, con el grupo del 98, comienza la toma intelectual de la Península. Después repiten ese gesto numerosas guerrillas y ahora lo repite todo viajero de mediana cultura, pero eso plantea la distancia importantísima entre el descubridor y los colonizadores y continuadores.

Se podría decir que no es tomado Toledo hasta que no va Azorín y lo toma con estandarte y trompeta en 1901.

Es gobernador de Toledo D. Julio Burell y recibe a los excursionistas en el gobierno civil.

De la fonda principal llevan comida y vinos.

—¡Lo ha encargado el señor gobernador!

Se sospecha un condumio optimista y anegado en patatas fritas debajo de las corazas de las tapaderas y de las servilletas en que imprime su luz alegre el domingo.

Ya en el espacioso salón del gobierno civil, aquel periodista salido de los cafés bohemios, grita con entusiasmo de camaradería y después de un sabroso taco:

—¡Aquí todos somos anarquistas!

Uno de entre ellos se sentaba en el poder, encumbrado en la ciudad levítica, y les entregaba a todos la posesión de la autoridad con aquel grito sincero y entusiasta.

El gobernador les enseña Toledo, mandando que les

abran puertas que entonces no se abrían y los excursionistas creen volver a un Madrid conquistable.

En ese momento, y en *Arte Joven*, escribe Azorín un artículo vibrante, que dice:

«En las pasadas elecciones, más que en otras algunas elecciones, el pueblo soberano, el buen pueblo de electores, panurguista, vasallos sumisos de politicastros y cínicos mangoneadores, ha desertado de las redentoras urnas electorales. Las urnas han quedado desiertas, y el censo, íntegro y avasallador, abocado como siempre por rojos o negros interventores, ha dado el triunfo, igual que ayer, lo mismo que mañana, a monárquicos o republicanos. ¿Para qué votar? ¿Para qué consolidar con nuestra blanca papeleta cándidamente el Estado? El Estado es el mal, el Estado es la autoridad, y la autoridad es el tributo que esquilma al labrador, la fatiga que mata en la fábrica, la quinta que diezma los pueblos y deja exhaustos los campos, el salario insuficiente, la limosna humillante, la ley, en fin, que lo regula todo y lo tiraniza todo.

No votemos. Tratadistas de derecho político, ateneístas hueros, catedráticos tartufos, truenan en libros y discursos contra la indiferencia política. No, no; la indiferencia es la vida. ¡Que se gobiernen a sí propios los que quieran gobernarnos; que sean ellos obreros y soldados, y llenen con sus arcas las arcas del Tesoro, y se apliquen las leyes que ellos votan y promulgan! la indiferencia es la vida. No queremos imponer leyes ni que nos impongan leyes; no queremos ser gobernantes ni que nos gobiernen. Monárquicos o republicanos, reaccionarios o progresistas, todos son en el fondo autoritarios. Seamos inertes ante la invitación a la política. La democracia es una mentira inicua. Votar es fortalecer la secular injusticia del Estado. El Estado—decía Bastiat—es la eterna mentira, por medio

de la cual todos viven a costa de todos. A través de los siglos, la prepotencia del Estado y su minuciosa intervención en la vida del ciudadano, va aminorándose y acabará por desaparecer en absoluto. He ahí el fin del progreso: amenguar la autoridad, eliminar el empleo de la fuerza, matar la ley, en suma. Y así hoy la patria potestad, ni el poder marital, ni el derecho de propiedad son lo que en la autoritaria Roma eran; y así mañana, no serán todas estas instituciones tradicionales lo que son al presente, y así andando los siglos, en venideras y felices edades, serán los códigos que hoy respetamos y tememos, signos de incultura y de barbarie.

Aceleremos este término; trabajemos por esta aurora de paz y de derecho. El arte es libre y espontáneo. Hagamos que la vida sea artística. Propulsores y generadores de la vida, los artistas no queremos ni leyes ni fronteras. Nuestra bohemia libre, aspiramos a que sea la bohemia de la humanidad toda. Amemos, gocemos de la vida; trabajemos todos y seamos felices todos. Ni señores ni esclavos, ni electores ni elegidos, ni siervos ni legisladores. Rompamos las urnas electorales, y escribamos en las encarecidas candidaturas endechas a nuestras amadas y felicitaciones irónicas a cuantos crean ingenuamente en la redención del pueblo por el Parlamento y por la democracia.»

Enardecidos por ese ardor de primero de siglo publican unas hojas que se repartían en los cafés, dejándolas sobre el marmol como proclamas que se pegan a él como ventosas.

En esas hojas se pedían bolsas de viaje para los literatos.

Al Azorín de ese momento se debe también el monumento extraño que se eleva en la Moncloa, y que tiene un gran terráqueo en lo alto, como doble cúpula que

se escapó al cuchillo de los arquitectos, que sólo consienten medias naranjas.

Con algo de monumento huído de la congregación de los panteones, no acaba de saberse su por qué. Por más que brillan en él nombres estampados en oro que no deslucieron las lluvias y los soles, tiene una cosa de monumento erigido al anónimo y en cuyo sótano se esconden cenizas de soldados desconocidos.

Unas enormes cadenas lo retienen agarrado a tierra, evitando el vuelo del globo terráqueo, que quiere navegar por los piélagos tentadores. Ya el gran terráqueo tiene en sus espacios marinos, más que color de mar, color de cielo, y las tierras ocres, color de nubes pedrascosas.

Ese es el monumento al «soldado desconocido», muy anterior a esa misma invención en otros pueblos después de la guerra europea.

Como Azorín quiere influir en el panorama de España y darle un sentido propio, escribió una circular pidiendo un monumento que consolase a Juan Español, el soldado anónimo de las innúmeras guerras coloniales, del haber muerto sin gloria ni reconocimiento. Quería comenzar el providente escritor por la más estricta justicia que se debía al pueblo, llevado en triste peregrinación hacia campañas de hambre y de muerte, en las que se tornaban «desaparecidos» los que salieron con ánimo y coraje heroico.

A la circular de Azorín respondieron algunas cartas de generales, y la iniciativa de la modesta circular en papel garbanzo se convirtió en iniciativa de los Estados Mayores, y Azorín vió desde lejos cómo se acordaba el premio al monumento y cómo sin volver a contar con él se atribuía a este dosel con gran cabeza de esfera terrestre.

Esta curiosa historia del monumento primero al «soldado desconocido» estaba en el misterio de la sonrisa silenciosa de Azorín, y bueno es que se sepa quién sembró monumentos en las lomas lejanas de la ciudad, y sobre todo, ese monumento que levanta interrogaciones en todos, y que, próximo a los trenes que pasan por las importantes líneas del Norte, es como el mentor de las locomotoras en la geografía que les es imprescindible.

La proclama de aquellos jóvenes, induciendo a recordar los muertos de las guerras coloniales, halló eco en el general Polavieja que tomó con calor la idea y concitó a la Cruz Roja para que viniera en auxilio de la suscripción para el monumento.

Es en realidad ese monumento «de bola», el precursor de los monumentos al «soldado desconocido», y no porque Azorín fuese un patriota lírico-linfático, sino porque a él le preocupó aquel soldado verdaderamente infeliz sin pago y sin gloria.

Entre las varias circulares que lanzan Azorín, Baroja y Ramiro de Maeztu, hay una más extensa que las demás y en cuyo pliego de papel de barba, que he repasado atentamente, se ve la letra de cada uno de ellos, cuándo es Azorín el que la traza, cuándo Baroja, cuándo Maeztu.

Dice textualmente:

«Muy señor nuestro: Deseosos los que firman de cooperar, dentro de sus modestas fuerzas, a la generación de un nuevo estado social en España, dirígenle a usted, que tanto puede hacer por nuestra idea, y le invitan a prestar su adhesión, contribuyendo a concretar en hechos un ideal naciente.

Hay en estos momentos en España un gran número de hombres jóvenes, de ideas nuevas, trabajadores humildes... Es cierto que no tienen una orientación única;

tampoco la pueden tener. La desorientación actual es un resultado del medio ambiente. Uno de los caracteres típicos de nuestra época es la rápida digestión de los ideales. Hay en la atmósfera moral de este período en que vivimos un fermento tan enérgico de descomposición, que dogmas, utopías, fórmulas metafísicas, todo lo que no tiene una base positiva y exacta, aunque nazca lozano y fuerte, lo digiere el ambiente con una rapidez inverosímil.

El sentimentalismo ha producido en sociología, sobre todo en política, una porción de sistemas que en determinado tiempo han parecido dogmas indiscutibles y al poco tiempo han sufrido una crisis tal, que han llegado a ser olvidados y considerados como sueños de cerebros vacíos.

Los filósofos de nuestro tiempo, los más grandes, han tratado de demostrar la relatividad de las ideas absolutas. Desde los enciclopedistas, que roen el dogma religioso, hasta Schopenhauer, que trata de demostrar la inanidad de los prejuicios tradicionales, y Nietzsche, que pone sus cuestiones más allá del concepto del bien y del mal, hay todos los grados de la destrucción.

Estamos asistiendo a la bancarrota de los dogmas; muchos de éstos, que hace años aparecían como hermosas utopías, hoy están cuarteados, momificados; aunarán quizá intereses, servirán para defender lo creado, pero no tienen el carácter de estables.

Un viento de intranquilidad reina en el mundo.

En España, como decíamos antes, hay un gran número de hombres jóvenes que trabaja por un ideal vago. Esta gente joven no puede unir sus esfuerzos, porque no es posible que tengan un ideal común. Dada la pureza intelectual del país, dada la pérdida nacional del sentido de moralidad, lo más lógico es presumir

que de estos jóvenes—siguiendo el camino de la mayoría de los hombres de la generación anterior—los afortunados engrosarán los partidos políticos, vivirán en la atmósfera de inmoralidad de nuestra vida pública, y los fracasados irán a renegar constantemente del país y de los gobiernos en el rincón de una oficina o en la mesa de un café.

¿Se puede creer que esta fuerza de toda esa gente joven es inútil, sin aplicación, que no tiene nada de aprovechable? No. La cuestión es saberla aplicar, la cuestión es encontrar algo que canalice esa fuerza, algo que sirva de lazo de unión entre todas esas energías dispersas y sin rumbo.

No puede servir de base de unión de unos y de otros el dogma religioso, que unos sienten y otros no, ni el doctrinarismo republicano o socialista, ni siquiera el ideal democrático, porque si muchos creen en la virtualidad de la Democracia, otros la consideran como un absolutismo del número, que no ha producido ni producirá la liberación de la Humanidad, sino una especie de nuevos privilegios a favor de los más audaces y de los más indelicados.

Haeckel dice que la ontogenia—desarrollo del individuo—es una recapitulación de la filogenia—desarrollo de la especie—y esto parece existir en el mundo moral como en el orgánico. Así en nuestra época, en un individuo solo, se dan en germen ideas mezcladas, sentimientos contradictorios que agitaron en épocas lejanas al mundo.

Sin embargo de esta disparidad de ideas y sentimientos, hay entre todos los jóvenes, los que defienden el principio democrático y los que lo atacan, entre los que sustentan soluciones socialistas y los que no creen sino en aquellas rabiosamente individualistas, en todos los que consciente o inconsciente-

mente no están inmovilizados en el hielo de Zarathustra, un deseo altruísta, común, de mejorar la vida de los miserables.

Y este mejoramiento sólo lo puede dar la ciencia, única base inderruible de la humanidad. El romanticismo no ha hecho más que perjudicarnos; las soluciones sentimentales no pueden ser nunca sólidas ni prácticas.

La aplicación de la ciencia social a las miserias de la vida puede ser el lazo de unión entre los hombres de tendencias altruístas. Al unir las aspiraciones de unos y de otros dentro de lo práctico y de lo posible, sin confundirlas en su parte doctrinal, sabemos que no vamos a realizar inmediatamente nuestros proyectos, pero queremos que las ideas se agiten, se aireen y que conozcan las soluciones científicas de los problemas los más interesados en resolverlos.

Aplicar los conocimientos de la ciencia en general a todas las llagas sociales, unas comunes a todos los países, otras peculiares a España, es nuestro deseo. Poner al descubierto las miserias de la gente del campo, las dificultades y tristezas de la vida de millares de hambrientos, los horrores de la prostitución y del alcoholismo; señalar la necesidad de la enseñanza obligatoria, de la fundación de las cajas de crédito agrícola, de la implantación del divorcio, como consecuencia de la ley del matrimonio civil.

Y después de esto llevar a la vida las soluciones halladas, no por nosotros, sino por la ciencia experimental, deteniéndonos oportunamente allá donde ella se detenga, pero con las soluciones encontradas, no mostrarlas fríamente, sino propagarlas con entusiasmo, defenderlas con la palabra y con la pluma hasta producir un movimiento de opinión que pueda influir en los gobiernos y despierte las iniciativas particulares

para aquellas soluciones en que por fortuna se pueda prescindir del Estado.

Diciembre de 1901.»

La *Tragicomedia del Amor* viene a cuajar el programa de Azorín en 1901. Baroja hace el prólogo de esa tragicomedia, y en él dice, refiriéndose a la variabilidad de la musa de Azorín: «...entre la mayoría de la gente letrada nuestra, cambiar de orientación, cambiar de plan es un crimen. Es más: no se cree en la sinceridad de este crimen. Aquí no se convence a nadie de que un hombre puede sentirse íntimamente religioso y al poco tiempo íntimamente descreído; que de ser anarquista de alma pase a ser reaccionario de corazón; aquí no se comprende esto, porque hay muy pocos que busquen un ideal con ansia, con fiebre».

Primeros avances.

La empresa de más fuste político que hizo que funcionasen incesantemente Azorín, Baroja y Maeztu, es la campaña contra el juego en Málaga, dirigida contra Cristino Martos principalmente.

Escribieron una larga reseña del asunto en un folleto amarillento, con ansias de depuración, pero no tuvieron eco en el ambiente de entonces.

Sólo Maura les contesta:

«Muy plausible la iniciativa de ustedes, que sin duda dispondrán de las pruebas concretas y directas que exigirá el interesado escepticismo, me hacen honrosa justicia al esperar que vituperaré la atonía del sentido moral. Ya lo hice muchas veces, y hubo muchas colaboraciones para apagar mi voz y hacer olvidar los reproches. Proceso es este en el cual acusados y jurados se tutean. Porque creo que es menester variar la humoración general y que las manifestaciones cutáneas locales de la dolencia, una de ellas la explotación del juego, serán inevitables mientras no se aplique el remedio a la raíz, he solido abstenerme de concretar casos. No pecan por ignorarlos los que nombran y sostienen y encubren a las autoridades culpables. Tristes y vehementes indicios hay de que no merecen otros pueblos que soportan tanta ignominia, para cuyo remedio bastaría una colectiva demostración de disgusto.

Me complazco en asegurar a ustedes que soy su afec-

tísimo s. s. q. s. m. b., Antonio Maura.—Hoy 26 Enero 1922.»

Encuentran a Rodríguez Serra, un señor aficionado a la literatura, que emplea unos miles de pesetas en editar a los que amanecen.

Imprime y lanza *Camino de Perfección*, de Baroja; *Antonio Azorín*, de Azorín; *Las Flores de escarcha*, de Martínez Sierra, y en confuso tropel, libros de Gómez Carrillo, Leopardi, Nietzsche, Gracián y la primer obra de Wilde que se publica en España.

La obra de Baroja, por ser la que tiene más aire batallón y político, es la que les congrega en un banquete literario, que se celebra en el Parador de Barcelona.

El Parador de Barcelona se escondía en aquella confusión de calles que se intrincaban entre la de la Reina y por detrás del Palacio triste de la marquesa de la Vega del Pozo, valiéndose para mayor sombridez, de la visera de la casa de la calle de Alcalá, en que hoy está establecido El Fénix, y que por su forma ochavada y larga se llamaba entonces la casa del ataúd.

El prospecto de aquel figón decía:

PARADOR DE BARCELONA

DE

FÉLIX ABAD

CALLE DE SAN MIGUEL, 27

TIENDA DE VINOS Y COCINA, CON BUENOS COMEDORES

VINOS FINOS

DE VALDEPEÑAS, VILLARRUBIA Y NOBLEJAS

DESDE 7 PESETAS ARROBA

SE SIRVE DESDE CUATRO LITROS EN ADELANTE

El programa del banquete decía:

«Esta es la deleitosa y apacible comida que celebramos en loor de nuestro ingenioso amigo el Sr. D. Pío

Baroxa, en razón de haber dado á la estampa su peregrina novela que se dice Camino de Perfección.

El cual convite será tenido en Madrid el martes á 25 días del mes de Marzo del año de gracia de mil nueve cientos y dos, a las ocho y media de la noche, en el famoso Mesón y Parador, llamado de Barcelona, que se halla en la calle de San Miguel, número 27 (entrando por la del Caballero de Gracia á la derecha mano) con la asistencia de muchos y honrados hidalgos, tan ponderados por sus fazañas como por sus letras.

Y A N T A R

Cazuela de arroz con despoxos.—Alcaucies relleños.—Terneruela apedreada con limón ceutí.—Pescado cecial.—Cordero asado.—Frutas.—Queso.—Valdepeñas tresañexo.—Brebaxe de las Indias.»

La juventud dispersa de aquel momento se congregó en la posada de folletín y allí se dijeron las primeras palabras de rebeldía colectiva, animándose unos a otros para el porvenir.

El discurso de Silverio Lanza es el del capitán que ha andado siempre solo y que aconseja a todos valerse de sí mismos, sin entrar en conciliábulos de grupo. En aquel discurso es cuando dice lo de que en la obra de Baroja no hay mujeres.

Al final hay un alboroto, quizás la presencia de un periodista de crónicas impecables, quizás sólo el deseo del grito subversivo, y Cornuty quiere insultar a los consagrados que se han asomado al banquete y a los que lejos de ellos usurpan el puesto de los mejores.

Zeda, en su crónica de *Las Provincias*, relata con justo historicismo lo que aquello fué y significó:

«A fines del pasado Marzo dióse en esta Corte un banquete en honor de Pío Baroja, con el fin de celebrar la publicación de su última novela, titulada *Camino de Perfección*. La papeleta que se entregó a cada comensal, muy ingeniosamente redactada, decía, entre otras cosas, que el «convite sería tenido en el mesón y parador de Barcelona, que se halla en la calle de San Miguel, entrando por la del Caballero de Gracia, a la derecha mano». A las ocho y media de la noche el que esto escribe llegó, provisto de la correspondiente tarjeta, al mencionado parador. Una vez dentro del larguísimo portal, no hubo menester gran fuerza de imaginación para creermelo, por algunos instantes, en pleno siglo XVII y en uno de aquellos mesones descritos por Cervantes, Mateo Alemán, Quevedo o Guevara, en sus novelas picarescas.

El portal, como iba diciendo, es largo y espacioso, la entrada, de las llamadas carreteras, y de tierra apisonada el suelo. A uno y otro lado, puertas estrechas, sobre cuyos marcos, en letras azules, que resaltan en el no muy reciente enjalbegado, estos letreros. *Vino, cuarto del mozo, cuadra*. Lo que pudiera haber en el fondo del larguísimo portal no se veía, a causa de un carromato de combado toldo, que parecía descansar apoyado sobre sus largas varas de sus monótonas jornadas por las carreteras de Castilla.

En cuanto entré en la castiza, y estoy por decir clásica posada, se destacó de un grupo de trajinantes y carreteros que cerca del carro fumaban sendos cigarrillos, un mozo que, por cierto tufo que emanaba de su persona, debió de ejercer sus funciones en la cuadra, el cual mozo, encarándose conmigo me dijo:

—¿Usted viene a comer con esos señores que están ahí dentro?

—Sí—le contesté.

—Pues eche usted *palante*.

Y me condujo a un comedor donde sin gran dificultad hubieran podido colocarse, con cierto desahogo, hasta veinte personas, y donde se habían instalado, desmintiendo la ley física de la impenetrabilidad, más de ochenta, literatos en su mayor parte, jóvenes casi todos, y algunos de justa nombradía.

No eran los manteles de adamascado lino, sino de burda y grosera trama. En lugar de rica argentería, tenedores de palo; en vez de copas, jarras de barro de Talavera, blancas, con ramos azules, y de trecho en trecho, a fin de que los comensales no carecieran en ningún momento de tinto de Valdepeñas, panzudos jarrones, no tan grandes como tinajas, pero sí algo mayores que cántaros.

Ya habrán calculado mis lectores que los camareros estarían en armonía perfecta con la cámara. En efecto, uno de ellos, sobre todo, era el perfecto prototipo del mozo de mulas legendario: pantalón y chaqueta de desteñida pana, pañuelo de seda colorada al cuello, boína calada hasta las orejas, y humeante cigarrillo pendiente de una de las comisuras de la boca. El hombre no se contentaba con sacudir las salsas de las fuentes sobre nuestros trajes, sino que retiraba los platos *vacíos*, como él decía, haciendo saltar graciosamente sobre el mantel los grasientos tenedores.

Y, sin embargo, he de decir que aquella comida tenía para mí más atractivo, y me parecía más artística que otros banquetes celebrados en Fornos, Lhardy o en el Inglés. Por lo menos, aunque no tan superfin, era más española. Allí estaban, además de Pío Baroja, en cuyo honor se celebraba tan original fiesta, D. Benito Pérez Galdós, silencioso según costumbre, observando con sus penetrantes ojos, tan acostumbrados a descubrir lo significativo de las cosas, cuanto pasaba en el

comedor; Cavia, con su ingenio siempre agudo y oportuno, y Ortega Munilla en vísperas de la inmortalidad, o sea de su entrada en la Academia. Entre los jóvenes vi allí a Martínez Ruiz, uno de los escritores de más cultura y de más castizo estilo de la nueva generación; Maeztu, cuyo talento le ha creado en muy poco tiempo un nombre envidiable; Vives, el músico aplaudido, Bueno, Valle Inclán, Llanas Aguilaniedo... qué sé yo, la flor y nata de la juventud literaria y artística.

Por lo que en el banquete se habló y se leyó, y por lo que la gente joven escribe en periódicos, revistas y libros, fácilmente se echa de ver cuál es el estado de espíritu de la juventud intelectual de nuestro tiempo. Hija de una generación escéptica en el fondo, declamadora en la forma, la juventud moderna ha sufrido durante su infancia y su adolescencia el triste influjo que sobre las almas ejerce la falta de ideales. Ha venido a la vida del pensamiento cuando nuestra leyenda se desplomaba con estrépito, cuando la patria se achicaba casi sin lucha, y cuando el arte perdía toda su originalidad. Ante semejante espectáculo, las almas jóvenes protestan y se revuelven contra los que consideran disipadores de la herencia nacional, y confunden en un mismo anatema a los políticos, a los pensadores, a los soldados y a los poetas, en fin, a cuantos forman la generación que va desapareciendo.

Días pasados escribía en la revista *Juventud* uno de sus redactores, llevando la voz de sus compañeros: «En nuestra modesta obra de destrucción no tenemos prejuicios. Destruímos, sencillamente por instinto, por el placer de destruir. Otros vendrán que edifiquen. Después de todo, si no quieren edificar, a nosotros nos tiene sin cuidado». Estas palabras son sinceras. La juventud intelectual de España no se preocupa de lo que podrá venir; todo lo niega, nada afirma. No quiere

habitar el viejo caserón de sus mayores, y trata de derribarlo sin cuidarse de saber bajo qué techo ha de albergarse mañana. Lo usual, lo corriente, le causa tedio, y de aquí que se apasione por lo exótico. El arte de ayer le parece viejo y busca el arte de anteayer, tiene vergüenza de sus padres y echa de menos a sus remotos abuelos.

¿Pasarán estas vacilaciones y tanteos? ¿La nueva generación conocerá al cabo su destino? Yo creo sinceramente que sí. Los jóvenes intelectuales modernos estudian, investigan, critican, trabajan con ardor, y el trabajo da siempre sus frutos. Quieren destruir, y sin duda destruyen; pero siempre el porvenir se edifica con las ruinas de lo presente, y no es imposible que al mover los escombros de lo que fué su tropiezo con el oculto tesoro que ha de constituir la riqueza de mañana...»

Pío Baroja figura al frente de la juventud literaria. Espíritu observador, piadoso más bien que sarcástico, ve la vida a través de un denso velo de tristeza que entenebrece los objetos. Sus paisajes son grises, las figuras de sus cuadros tienen algo de la vaguedad del sueño; la naturaleza, interpretada por él, parece que se lamenta.

Así como *Las aventuras de Paradox* son una pintura de la tristeza de la vida en los «bajos fondos» madrileños, *Camino de Perfección* es una odisea melancólica por una gran parte de Castilla. Fernando Oso-rio, medio asfixiado por el ambiente de la corte, mezcla de escéptico y soñador, de artista y disipado, sale o más bien escapa de Madrid, sin objeto ni rumbo fijo.

Sobre su espíritu, como casi sobre todos los espíritus

Ilustración 17.



Banquete dado en Pombo en honor de Azorín. 1927.

modernos, llenos de contradicciones, de dudas y desencantos, «pesa la fatiga, el aniquilamiento» de la moderna sociedad... «La vida de Fernando Osorio—dice el autor—era una cosa tan inconcreta como una de aquellas nubes que se iban esfumando en el seno de la naturaleza». Los tristes terrazgos que rodean a Madrid, las asperezas del Guadarrama, las aldeas miserables, perdidas en los repliegues de la sierra, el desolado páramo en cuyo centro levanta Segovia su caserío y sus viejos monumentos, sugieren a Pío Baroja tristes y deprimentes reflexiones. «Las gentes con quien Osorio se tropieza en sus excursiones, le muestran la enorme decadencia de una raza que no guarda de su antigua energía más que gestos y ademanes, el cascarón de la gallardía y de la fuerza».

Toledo es otro de los lugares que Osorio visita, y que ve también al través del cristal pesimista que el autor ha puesto ante los ojos de su héroe. En rigor, en Fernando de Osorio se verifica un fenómeno parecido al que se desarrollaba en el alma de Don Quijote. Al ingenioso hidalgo, perturbado por la lectura de los libros de caballerías, antojábansele todo cuanto veía traslado de los personajes, lugares y aventuras de que estaban llenas aquellas disparatadas narraciones; a Fernando Osorio, perturbado por el influjo malsano de su idiosincrasia, excitada por el género de vida que ha hecho en Madrid, cuanto ve le parece sombrío, lúgubre, enfermizo y decadente.

Por fortuna, así como Don Quijote, curado de su locura por las misericordias de Dios, llegó a verse «con juicio libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él le pusieron su amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías», así a Fernando Osorio, al cabo de su odisea, curóle de su negro pesimismo y las místicas y caliginosas nie-

blas que le envolvían el espíritu, la influencia de su prima Dolores, de la cual se enamora burguesamente, y con la cual se casa. Como «coronamiento de su felicidad», Fernando tiene de ella un niño sonrosado y fuerte, que despierta en su alma la energía de trabajar y el ansia de poseer.

«El dejaría vivir a su hijo en el seno de la naturaleza... le alejaría del pedante pedagogo, aniquilador de los buenos instintos, le apartaría de ser un átomo de la masa triste, de la masa de eunucos de nuestros días; dejaría a su hijo libre con sus instintos: si era león no le arrancaría las uñas; si era águila no le cortaría las alas... No, no le torturaría con estudios inútiles, con ideas tristes; no le enseñaría símbolos misteriosos de religión alguna... Y mientras Fernando pensaba, la madre de Dolores cosía en la faja que habían de poner al niño, una hoja doblada del Evangelio».

Y véase cómo, con lo que queda dicho, refléjase por admirable manera la falta de rumbo del pensar de la nueva generación. El rasgo último de *Camino de Perfección* nos lo prueba cumplidamente. Osorio trata de hacer de su hijo un despreocupado, más que eso, un *sobre hombre*, y en oposición a este propósito, la abuela, como si dijéramos la tradición, impone ya en la cuna al nuevo ser la marca de la religión católica.

En este viaje por el *Camino de Perfección* encontramos páginas verdaderamente admirables. Baroja describe los objetos no sólo de manera que parece que los estamos viendo, sino haciéndonos experimentar, además de las tristezas (*lachrimae rerum*) que él, el autor, cree hallar en todo, la sensación física que de

las cosas descritas se desprende. En la descripción, por ejemplo, del viaje de Fernando Osorio a Yécora, el lector no solamente siente la angustiosa vaguedad de caminar entre sombras; parecele también que experimenta las molestias del frío de la noche y del polvo de la carretera.

El autor de *Camino de Perfección* encuentra siempre, entre todas las cualidades de los objetos, aquellas que los caracterizan, y sabe ver y poner a la vista de los lectores las relaciones que esos objetos o sus cualidades tienen con los diversos estados del alma del contemplador. Un adjetivo, una comparación, un detalle, al parecer insignificante, comunican a los cuadros de Baroja un vigor asombroso. Su libro es una serie de paisajes tristes, melancólicos, deprimentes, vistos por un espíritu enfermo; una angustiosa evocación de la España negra, una serie de instantáneas de los diferentes aspectos de nuestra decadencia.

Fernando Osorio llega al cabo de su peregrinación a la ventura y a la salud... ¿Podrá encontrarlas también España...? Tal es la última reflexión que sugiere el libro de Baroja.»

«El Globo» y descubrimiento de la Chelito.

El Globo ha sido fundado por Castelar, pero va pasando de mano en mano.

La cierta neurastenia literaria que ha hecho que Azorín escriba su «Diario de un enfermo», crisis de melancolía y de suicidio elegante, acaba cuando entra en *El Globo*, que ha sido comprado por Fernando Merino y Emilio Riu.

El Globo está en el palacio del Conde de Oñate. Hay que subir una escalerita y en seguida se entra en la redacción del periódico, anchurosa, capaz de muchas esperanzas, en el momento en que con un audaz golpe de mano se hubiera podido intentar el dominio de España.

En esta redacción de 1902 está Baroja, Pinillos, Delgado Barreto, Serrano Anguita y como elemento de batalla el comandante Burguete, que está en la época de escribir su «Así hablaba Zorrapastro».

Azorín escribe, a veces, el artículo de fondo y se encarga de muchos artículos literarios.

Ya ha pasado la época del Mongolfier que anuncia el título, y no es hora de lucir tanto ese tópico de adorno y la pluma que subraya el título del periódico. La misma letra redondilla y bordada en la sábana del periódico, ha pasado de época. En vano se quiere que

los jóvenes lo resuciten, pero los llaman con tal ansia que ellos, que no tienen periódico que les haga caso, acuden solícitos.

Azorín hace un artículo sobre el Derecho Político de Santamaría de Paredes y los estudiantes van a protestar en masa a la redacción.

Ya allí escribe de política agraria y política catalanista, procurando tener una posición imparcial y avanzada.

El día único de *El Globo* era el día de Viernes Santo, cuando con un liberalismo castizo arremetía con los sermones lanzados por el clero rusticano y despotricante desde la barrera de los púlpitos.

Los vendedores de periódicos corrían por las calles enarenadas para la procesión y se les arrebatava de las manos los números de *El Globo*, con su tipo necrológico e impío.

Era muy español aquello de comprar a la vista de todos y dándoles una verónica con el periódico, el periódico que se metía con los curas, la aleluya profana que echar al paso de la procesión, negación y afirmación, blanco y negro, religiosidad y ateísmo.

Los liberales detenían a los muchachos que corrían, marcando bien el acto de ver cómo se metían los cronistas con las cuadrillas. Esa paradoja de que cantasen el trágala los que estaban en minoría, es la que ya no se dará en la vida.

Las dos fuerzas se niegan ahora con más fuerza y, o están triunfantes unos, o están otros, pero el triunfante no pacta.

Entonces la confusión de la idea de Progreso intimidó a todos, y por eso resultó esterilizado todo lo que quizás se pudo hacer enarbolando esa idea.

El Globo era una banderilla de fuego sintomática y se conmovía con la Pasión para afear conductas, en-

contrando los sermones malos. Era un *Motín* vestido de día de fiesta, un *El Cencerro* de lujo.

Azorín se destacaba como clérigo honesto, con algo de discípulo predilecto de Cristo en su atuendo, en su aire juvenil. Es cuando le va mejor la media melena y el sombrero sobre la media melena, y el gabán.

Estaba distribuído en la carrera de la procesión y compraba su número de *El Globo*, y con su bastón bajo el brazo abría las cuatro páginas.

Por las noches, algunos de los hombres del 98, llevados por Rodríguez Serra, iban a la tertulia del militar retirado D. Isidoro Portela, padre de una bella muchacha que iba a debutar, acto heroico, con luces de posible éxito literario, con algo de pronunciamiento liberal y rebelde que merecía la espectación íntima y secreta de algunos jóvenes escritores con responsabilidad en toda alborada de siglo.

Una gran inquietud había en el gabinete modesto con cortinas de escenario casero, y la niña predilecta de la casa asomaba ya por las puertas, con risas de actriz que se asoma por las rendijas del camerino.

Los modestos y tímidos escritores veían en aquella mujer una compañera de luchas contra el obscuro presente. Todos iban a romper paredes de aburrimiento y espesura y alentaban a la familia con entusiasmo ditirámico de jóvenes para que la jovencita se atreviese a dar el salto al prosenio.

Azorín se ponía su monóculo para presenciar los ensayos de la española típica, breve, graciosa, con ojos de lince. Sus revueltos, sus atrevidos recogimientos de la falda, sus sonrisas de atrás a delante, su garbo al ponerse altiva, sus brazos desnudos y ágiles—todavía los de la niña de clase media sin veraneos ni sobrealimentaciones—, todo era el relámpago de la nueva bailarina y cupletista, la que haría compañía a

poetas y escritores durante una buena parte del siglo, la más pizpireta de la nueva generación, la que en su terreno iba a combatir a las incomprensiones y a las cejijundeces retrasadas.

La madre de la *Chelito* hacía las compras de telas, faralaes y otras chilindrinas que eran necesarias para el ritual del debut.

—Vean que ricos bajos—decía D.^a Antonia a los bohemios asombrados.

En aquella casa de la calle de San Bernardo, esquina a Grilo, en que vivía la *Chelito*, hubo un momento de consternación cuando ya todo preparado para el debut la policía prohibió la apertura del teatro de la calle de la Montera, en que iba a celebrarse, porque el local no tenía condiciones higiénicas.

La influencia de otro escritor logró que el Gobierno Civil permitiese la inauguración del teatro de varietés de la calle de la Montera, y con gran emoción algunos grandes hombres de la generación del 98, cepillaron muy bien sus ternos y asistieron a la presentación de la nueva *estrella*, a la que entre todos habían puesto nombre en la modesta tertulia.

La *Chelito* gustó desde el primer momento, como si interpretase la gracia de la Puerta del Sol en su más próximo aldeaño, y Azorín dejó colgar su monóculo de la cinta de seda, descompuesto en aplausos.

Los astrónomos filosóficos de la nueva *estrella* estaban radiantes de alegría, pues en aquella seducción de la gloria por la *Chelito* había ya un buen augurio de lo que les podría suceder a ellos después de debuts más constantes, largos y costosos.

Formando grupos de versados a la salida del teatrillo, miraban con insolencia a aquel público que había aplaudido la revelación; pero que no sabía hasta qué punto ellos habían previsto que la gracia de aquella

artista tenía el ritmo que correspondía a la sincera alborada de un siglo; un ritmo de mayor despertamiento y con más audaz quererlo decir todo.

Ázorín propuso a todos que debían ir a dar la enhorabuena al padre de la ovacionada, y allí se fueron, despertando a D. Isidoro, que ya estaba durmiendo, y que incorporado en la cama, como asustado ante la noticia del gran premio, emocionado ante la grata noticia del triunfo de su tierno retoño, gritaba a la criada:

—¡Jerez, jerez para todos!

Momento álgido.

Azorín ha encontrado su otero espiritual, y en cada página que sale de su pluma se resume todo él alrededor del planisferio español.

Ha acertado el tono del vivir castellano; la enjundia de los minutos.

El reloj del decir ha quedado nivelado en la pared de su interior.

Publicada *La Voluntad* aparece Antonio Azorín, la novela en que el espejo le reproduce entero y verdadero.

Antonio Azorín es una de las obras mejores de Azorín, porque tiene ese tipo autobiográfico en que tan bien se ve pasar la clepsidra de la sangre vital.

En *Antonio Azorín* el reloj de la vida de un escritor se mueve con precisión dichosa y dramática, puesto sobre la mesa de lectura.

Ese aire novelesco que toma la propia vida del escritor, es de una originalidad pasmosa en ese momento, y cierra paréntesis abiertos en la novela psicológica.

Antonio Azorín es un ser menudo que Azorín ve en perspectiva, como asomado al microscopio de su propia alma, acopiando detalles, adquiriendo persuasiones íntimas, reforzando el latido del corazón. En *Antonio Azorín* queda subrayado el protagonista de la novela con sencillez y modestia inefable. En el momento que leímos esta novela tuvimos la sensación de que

se podía vivir la vida sencillamente, metido el corazón siempre en una casilla de pueblo.

Troyano funda *España*, magnífico periódico de un tono especial, en que ya despuntaba la serenidad intelectual de *El Sol*.

En ese veraneo del 1903, escribe Azorín en *España* su «verano sentimental». Figuran en la Redacción del diario nuevo, Maeztu, Luis París, Pinillos y Luis Bello, que actúa de corresponsal en París.

A aquella Redacción, en que se admiraba la inteligencia española, iba a escribir Grandmontagne sus artículos para *La Prensa*.

Pero aquello duró poco y sin tardar mucho se fué Troyano para que entrase Canals, yéndose con el primer director Azorín y Maeztu.

Aparece *Alma Española*, galdosiana, triste como un barco de la escuadra española de entonces, con la bandera llena de la melancolía inapelable de las banderas en el mar.

Un tipo de letra alemán y goticense entenebrece más los artículos y junta más las letras de las palabras, como si formasen estrecho y último cuadro de ataque las ideas civiles y rebeldes.

Azorín encuentra en el semanario *Alma Española*, la revista ideal, y en sus páginas deja la huella de su saturación personal, siendo de reproducir unos párrafos elocuentes y rebeldes de un artículo suyo titulado «Somos iconoclastas».

«Es verdad; no hay entre nosotros quien admire esa obra maestra de Tamayo, que no recordamos ahora cómo se llama, ni quien sienta entusiasmos por las producciones de Ayala, de Ventura de la Vega y de tantos otros cuyos nombres se nos van marchando de la memoria. ¿Hay nada más anodino que *Consuelo*? ¿Se puede dar cosa más infantil que *El hombre de mundo*,

con su escondite en la chimenea, con sus arracadas y con su libertino corridísimo que es un pazguato?

No; no admiramos, ni aun siquiera recordamos nada de esto. Escandalícese el Sr. Novo y Colson. Y horrorícese mucho más si añadimos que nuestra indiferencia llega a más altas cumbres. Podemos asegurar que ninguno de los jóvenes del día ha leído a Calderón, a Lope y a Moreto (o al menos si los han leído no los volverán a leer; lo juramos), y que no son pocos los que sienten un íntimo desvío hacia Cervantes. Seamos sinceros: ¿por qué vamos a negar en público lo que confesamos en privado? Además, estas cosas de las execraciones y de las negaciones no pueden ser delitos espantables. Dentro de algunos siglos, los eruditos que estudien estas épocas se extrañarán del horror que ahora se siente hacia un hombre a quien no le gusta Cervantes o Lope de Vega. Y de que a una fe—la religiosa—va sucediendo otra fe, y que a unos santos van sucediendo otros santos.

... Parecería natural que hombres que alientan las mismas ideas, que persiguen los mismos ideales, que ejercen la misma profesión, viviesen en cordial trato y reciprocidad solidaria. Y nada más lejos de la realidad: viejos y jóvenes son habitantes de distintos planetas. Nosotros conocemos muy bien las obras de nuestros antecesores—porque en ellas hemos aprendido a amar nuestro arte—; pero, ¿cuántos son los viejos que han entrado en una librería a comprar un libro nuestro? No conocen ni nuestras obras ni aun nuestros nombres. La Academia Española, asamblea de viejos, que dispone de cuantiosos medios económicos, ¿cuántas ediciones ha hecho de obras de principiantes? ¿Qué alientos y confortaciones hemos recibido de ella? Digámoslo con franqueza: sólo a un maes-

tro, Ortega Munilla, le debe estar agradecida la juventud presente, porque él ha sido el que ha sacado de la obscuridad nuestros nombres. Los demás son para nosotros indiferentes u hostiles; no existen relaciones entre ellos y nosotros; apenas si les conocemos de vista; si les mandamos nuestros libros, no se dignan ni siquiera darnos las gracias; disponen de los grandes periódicos y de los teatros, y los encontramos siempre atentos a cerrarnos el paso; no comunican con nosotros jamás; no intentan conocernos personalmente; no muestran ni la más leve preocupación por nuestras cosas... ¿Cómo no encontrar natural que en tales condiciones, a este desvío se conteste con el ataque brutal y despiadado?

Lo realmente extraño y lamentable, es que los ataques contra los viejos no sean más frecuentes y más enormes, porque eso indicaría en la juventud una vida y una pujanza que España necesita, indefectiblemente, para su renacimiento futuro.»

Los malos periodistas de entonces, los que de toda novedad no ven más que lo que puede ser convertido en cuchufleta, la tomaron con Azorín, y era doloroso ver las parodias de que le hicieron objeto:

«Yo me levanto..., yo me acuesto..., yo tomo mi bastón..., yo toso..., yo...»

«Don Juan, Don Pedro, Don Eustaquio, Don Próculo, Don Pablo, Don Antonio», y daban largos santorales.

Y lo que más les indignaba, sin comprender el efecto de lentitud y contraste que Azorín buscaba en ese detalle, era que sonasen todas las campanadas de una hora en los relojes parsimoniosos de los abacos que aparecían en la obra de Azorín.

Detrás de aquel modo de señalar «la una, las dos, las tres, las cuatro, las cinco, las seis, las siete, las

ocho», ya no veían más, ya no leían ni comprendían el resto.

Todas las mañanas aquellos periódicos gris claro, traían su alusión mortificante a Azorín. ¡Cuántas disputas tuvimos entonces por su causa! Nadie le comprendía, todos se confabulaban contra él en risotadas beocias.

Nada le disminuía, sin embargo, y en época sin visible sacerdocio, era como sacerdote solitario de la nueva religión del tiempo y la vida.

Para los jóvenes bien nacidos de entonces tuvo casi un prestigio de mito ciudadano, sobrenadando solo sobre las multitudes espesas, señores jorobaditos y señoras jorobaditas que pasaban por su alrededor. (Quizás por estar frenéticos de esta fervorosa fé no comprendimos su contradicción política y fuimos bruscos con él al verle entrar después en el Ciervismo).

Azorín en aquel momento concentra *Los Pueblos* llenos de sus visitas a esas tiendas bajas en que trabajan los artesanos más tranquilos de España.

Llega a encontrar algún guadamacilero de los que pertrechan el gadamecí, cuero adobado con adornos de pintura en relieve y que repuja el escudo de España con cuarteles innúmeros, entre los que hay alguno que se les olvidó a los reyes y a los historiadores, y que sólo la tradición de los guadamacileros ha conservado imperdido.

Azorín vive preocupado por todos los problemas nacionales. ¡Qué pena que los espectadores no abarquen una vida en toda su extensión!

En 1905 va a Barcelona haciendo información política de Cataluña. Ve a Carner y a Prat de la Riva. El Conde de Güell le convida en su palacio.

Su impresión de Maragall es que es el periodista más moderno de España.

Maura, siempre curioso de los problemas de España, llama al joven Pijoán, para enterarse del estado de Cataluña, y convida a Azorín junto a Osorio y Gabriel Maura para que asistan a la comida de Lhardy.

En el Café Inglés, donde entonces se reúnen los espíritus libres, cuenta Azorín lo que ha visto en Barcelona, aquella otra vida férvida, de caudal intenso, de fraternidad por fomentar.

Joaquín Dicenta le escucha en un rincón de los divanes.

Es la época en que visita el Ateneo, por cuya biblioteca pasa como un ente cuyo significado fuese el de «heredero de los libros».

Ha descrito en *Los Pueblos*, la huerta espiritual de España. Ha aparecido el libro en una edición impar, con la carátula que le hizo Sancha, dándole en los escaparates un aire inquisitivo, en interrogación de mirada y monóculo de cinta.

No se me olvidará aquel espejeo de Azorín en las librerías adocenadas de entonces, como cabeza mágica de feria, como mostrando el lente de la nueva estética.

Muchas veces veía pasar a Azorín a las seis de la tarde por la calle del Príncipe, ofuscados sus ojos transparentes, con su aire adolescente, columbrando a lo largo de la calle, a través de las gentes invisibles, horizontes de reposo.

Ha cumplido en este momento uno de sus más fervidos sueños, el de entrar en *El Imparcial*, el sueño que atisbaba desde el balcón de su casa de huéspedes, junto al gran periódico, en la calle de Mesonero Romanos.

Ortega Munilla oye hablar de él en su casa a su hijo predilecto; a nuestro D. José Ortega y Gasset, que desde niño no ha perdido en su avizoración del Valle

de Madrid, la presencia y actuación de los jóvenes iconoclastas de acento personal.

Clarín lo ha recomendado, Cavia se interesa por él y un día todos esos ingredientes sirven para que entre en el periódico que dirige tan admirable periodista como Ortega Munilla, que sabe encerrarse solo y quietesco en su despacho de director, huyendo de los esterilizadores currinches y aparte también de todos esos albaceas que rodean misteriosamente al enlevitado periódico.

Azorín repercute en *El Imparcial* como en ningún sitio, pues se nota el contraste de lo que él supone de un modo detonante. Cada una de sus palabras resuena como un gran estampido de estilo absurdo.

Se publican sus mejores artículos en aquel papel que amarilleaba en seguida, y compone la «Ruta de Don Quijote», que era cada mañana un viaje y un emprendimiento ideal.

Ortega y Munilla le llevaba al fondo de un cuartito y allí le confesaba de sus nuevos pergeños y tomaba con cuidado aquellas cuartillas que en la conspiración declarada de la casa quizás se hubiesen perdido si no hubieran sido recogidas por el propio director. Ortega y Munilla, benevolente y comprensivo, le absolvía y Azorín se iba contento de no haber visto a nadie más.

Burell leía en voz alta sus artículos, como algo extraño junto a las prosas sonsonantes y envolutadas.

Como cronista de *El Imparcial* se fué a estudiar la crisis agraria a Andalucía. Allí reunió a los braceros del campo y les preguntó lo que comían, lo que ganaban, apuntó hacia los latifundios y comenzó a enviar artículos con sus observaciones directas; pero un día vió que no se publicaban, alarmada la burguesía política de Madrid de la miseria de los labriegos del campo.

Vuelve a España sobre sí misma, la refleja en espejismo de sí misma que la levanta sobre el horizonte.

La da como una contradicción su propia imagen.

Pero eso no se puede consentir.

Azorín muestra en su último artículo que le pierde la miseria de Andalucía.

«En 1901 las cifras son de 355, 38 y 82—escribe Azorín—. En 1902 el horror sube de punto, puesto que de 431 fallecimientos, 60 son tísicos y 219 de miseria fisiológica. Y en 1903 mueren 384, entre los que se cuentan 55 tuberculosos y 133 de las demás enfermedades dichas...

—Señor doctor—le digo yo a D. Luis—, esto es un verdadero espanto.»

Después habla de una de las primeras huelgas españolas, la de Lebrija en 1903.

Don José Ortega y Munilla, aunque poseía el alma grande del escritor que además es periodista, fué vencido por el fondo oscuro y tradicional de aquel caserón estancado en su esquina de la calle de Mesonero Romanos, y llamó por última vez a Azorín a su despacho de director, mirando con temor aquel cristal que comunicaba con el pasillo y en que ponía «dirección», por si asomaba por su ventanillo alguno de aquellos enemigos rutinarios de Azorín, empleados en la mentirijilla de las viejas redacciones, imitando lo más aparente del estilo de Azorín, en cuartillas que después pasaban de mano en mano como pergeñadas de anonimato, aunque su autor se contoneaba con la pluma mojada en la mala tinta de malos telegramas.

En el mismo pasillo de ese despacho en cuyo cristal ponía «dirección», otro cristal ovalado lucía la palabra «redacción», como podía haber puesto «billares», puesto que allí más que escribir se dedicaban casi todos a jugar hasta a los «prohibidos», llegando muy a tras-



Alejandro Lerroux
Jefe político de Azorín.

hora para poner su carta en la suerte algún cura que después llegó a obispo.

Azorín, que había entrado con pavor en aquella sala, más de armas que de letras, escuchó con rostro impasible al director confuso y sufriente al tenerle que comunicar la dura nueva de no poderle sostener, de tener que suprimirle la colaboración, porque todo el fondo del periódico le rechazaba.

Azorín, que ya conocía esas repulsas porque había salido de *El País* por otra conspiración de los sombríos, procuró aligerar de su profundo pesar al hombre intelectual y comprensivo que tenía que vivir aquella bohemia de la prensa, y que coaccionado por un absurdo régimen plebiscitario, tenía que sacrificar al mejor de sus colaboradores.

—He luchado por usted sin tregua—le dijo—. He recibido anónimos, que muchas veces no pasaban por el portal, he amonestado a algún redactor insolente.

Azorín se levantó como en un pésame y estrechó la mano de acompañarle en el dolor a aquel ilustre escritor en la madurez de sus comprensiones.

—Adiós, Sr. Ortega Munilla... Por otro lado me abriré camino.

—Tendrá usted más suerte que todos esos juntos... Adiós, Azorín.

La puerta con algo de puerta de gabinete del Ministro, se abrió hacia la liberación del cesante.

A lo lejos, a través de la mampara de la redacción, se oía el vocerío insulso, el reborondarse de los legos,

Las c a s a s cerradas y las despedidas.

Azorín, con ese maravilloso conocimiento que tiene de las más puras realidades dramáticas, ha fijado lucecitas lejanas y casas cerradas.

Esas casas cerradas a las que en repetidos pasajes de su obra alude con susto de recién llegado a ellas, son de una imponderable emoción.

Ese tiempo en que el escritor siente el asombro de las casas cerradas, es el último momento de estas casas estáticas, herméticas, finales de una vida que quiso encerrarse en el campo y a la que obligó a viajar la nueva característica del progreso.

Se ve ese tiempo primero en que ya la primera iniciación de la velocidad se llevó a las gentes hacia el mundo y dejó fuertemente cerrados los caserones establecidos en la maraña de los caminos.

Entre los dramas sobrios que Azorín describe, se destaca ese de la casa clausurada, a la que a veces vuelven los antiguos moradores.

Ya esa emoción no será tan pura en el tiempo actual, en el que se repite demasiado el ir y venir, el salir y entrar, el no estar nunca.

Azorín alcanzó las primeras soledades de las casas cerradas, un momento de transición entre el mundo quieto y el mundo viajero, que se inauguró en ese momento.

Otra de las cosas sencillas y profundas que más caracterizan al Azorín de sus tiempos centrales, son sus saluciones de llegada y despedida.

Las saluciones de bienvenida tienen una cosa de madrugada espiritual.

—¿Cómo está, D. Pedro?

—¿Cómo está, Sr. Azorín?

—Buenos días, D. Pablo.

—Buenos días, Azorín.

Los ojos de los que se saludan están un poco abotar-gados y su somero diálogo da idea de ese amanecer en el día de los que durante poco tiempo van a estar propincuos en la vida.

La cosa parece no tener importancia, no la tendrfa si fuesen Pedro y Pablo los que se saludasen, pero es el caso que los dos citan a Azorín, pronuncian ese nombre de un escritor de alma patente e inolvidable que ha sido el único marchamo durante un tiempo del paisaje consciente de España y eso sólo avala lo que de desolado tienen los alrededores de esa salutación.

Yo recuerdo que en aquellos días en que abundaban las saluciones de Azorín y los diálogos en que se repetía su nombre, sentimos la emoción de que quedaba constatada la contemporaneidad con alguien digno, escéptico de muchas cosas de que había que ser escéptico.

Las despedidas de Azorín, con ser tan importantes las saluciones de recién llegado, son más conmovedoras, habiendo veces que se completa la salutación de la buena mañana con la despedida, según comienza, por ejemplo, *La Ruta de Don Quijote*:

«—Buenos días, Azorín.

—Buenos días, doña Isabel.

Y nos quedamos un momento en silencio. Yo no pienso en nada; yo tengo una profunda melancolía. La

anciana mira inmóvil, desde la puerta, la maleta que aparece en el centro del cuarto.

—¿Se marcha usted, Azorín?

Yo le contesto:

—Me marchó, doña Isabel.

Ella replica:

—¿Dónde se va usted, Azorín?

Yo le contesto:

—No lo sé, doña Isabel.

Y transcurre otro breve momento de un silencio denso, profundo. Y la anciana, que ha permanecido con la cabeza un poco baja, la mueve con un ligero movimiento, como quien acaba de comprender, y dice:

—¿Se irá usted, Azorín?

—Sí, sí, doña Isabel—le digo yo—; no tengo más remedio que marcharme a *los pueblos*.»

Los momentos de despedida tienen en Azorín aires sombríos de andén, momentos últimos de adiós en las salas de espera de segunda.

«—Sarrío, ¿ya no nos volveremos a ver más?

—Sí, Azorín; ya no nos volveremos a ver más.»

Otra despedida de Azorín es esta que se celebra en un entronque de caminos de su obra:

«Terminemos—escribe Azorín—haciendo una indicación sobre un incidente, de breves proporciones, pero de una maravillosa *lejanía ideal*. Aludimos al encuentro y a la separación de Don Quijote y Don Alvaro Tarfe. En una venta se conocen uno y otro caballero. Pocas horas duran sus relaciones. Pregunta Tarfe a Don Quijote:

—¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentilhombre?

—A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural—respondió Don Quijote—. Y vuesa merced, ¿dónde camina?



Rodríguez Serra.
Primer editor de Azorín.

—Yo, señor—replicó Tarfe—, voy a Granada, que es mi patria.

Al otro día reanudaron el viaje. Juntos fueron hasta cosa de media legua de la venta. Quedaba establecida entre los dos corazones una viva corriente de simpatía, «A obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba a la aldea de Don Quijote, y el otro el que había de llevar D. Alvaro». Se abrazaron y cada cual siguió su diferente camino. Ya Don Quijote iba vencido; sus días estaban contados. Ni uno ni otro caballero habían de verse más. Nunca Alonso Quijano había de repasar este camino. El presente minuto—eterno en la historia—que él permanecía en esta bifurcación del camino, ya no volvería a vivirlo. El sol tenue y dorado de lo alto de las bardas acababa de desaparecer. Estos minutos, insignificantes al parecer, tienen una importancia capital en nuestra vida; dejan una estela de melancolía dulce que no dejan los clamorosos sucesos. Son unos días pasados junto al mar, o en una montaña; o es una visita rápida que hacemos a una vieja ciudad; o bien el conocimiento inesperado, momentáneo y grato de alguien a quien no hemos de volver a ver. Delante de nosotros se abre el camino de la vida; nos detenemos un instante y luego proseguimos—inexorablemente—la marcha».

De vez en cuando torna a su despacho de Monóvar, un despacho con cierto olor a *embarcadero* y en el que los papeles se amontonan sobre las consolas y las mesas.

En las paredes, un poco ladeados, hay unos cuadros que tienen en las esquinas de sus marcos una roseta dorada, y alguno tiene roto un ángulo del cristal, como si la destrucción hubiese dejado tarjeta o hubiera pasado su revisión inevitable.

Nuevos avatares.

Azorín pasa a *A B C*, donde ha de inventar todo un periodismo literario que, sin arrebatos de artículo de fondo, ha de emocionar las mañanas españolas con el ritmo de un nuevo sistema de expectación somera, escéptica, más llena de humana y taxativa certidumbre que las otras expectativas.

A todo lo daba una particular emoción literaria. Siempre nos aprestábamos a ver en él el que va delante, el que ve el espectáculo mejor, el que no se ofusca con él.

Cuando se anunció en *A B C* que Azorín acompañaría al Rey a Londres, como cronista de su viaje, preparamos las maletas de nuestra admiración para seguirle.

Por primera vez, el viajero de España se desplazaba sin sentimentalizar su viaje, sin retorizarle, sin exagerar sus chirridos, sus resoplidos, sin hacer descomunal o demasiado volado todo lo visto.

Azorín nos dió por primera vez una visión con aires de viaje sensato, comunicándonos sus extrañezas de transeunte, dándonos la emoción de una parada en el trayecto de las comitivas empenachadas, envolviéndonos en el espectáculo deslumbrante de un teatro en plena gran gala y sólo porque nos revelaba que escribía sus notas sobre el pupitre peludo de su sombrero de copa y señalaba sus «yos» como puntuaciones preciosas del espectáculo, lejos por primera vez de la pluma de un narrador cursí.

La crónica parlamentaria, de la que ya había puesto pronunciaciones en el diario *España*, adquiere en *A B C* valor inusitado, pues un solo escritor con su modesta pluma da vida nueva a la apagada vida parlamentaria y la logra hacer actual, palpitante y honda.

Creador de ese género que después continúan otros, es como el mago que anima lo que se había quedado mudo y desusado.

A veces, muy contadas veces, subía Azorín a las tribunas.

Era un momento en que aparecía como sin gota de sangre, edificado en cérica espiritualidad, apretando nerviosamente entre sus manos el canutito de su parca intervención.

Pero sólo él daba al acontecimiento literario la medida que había perdido en todos los demás y entregaba conmovedoramente humano lo que los otros habían diluído en oratoria, en conceptuosidad, en cosas inciertas que podían ser verdaderas o falsas, según se quisiera.

Me acuerdo de Azorín en la tribuna pública; no hablaba con nadie, no tomaba notas, sólo miraba con insistencia al pozal del emiciclo, haciendo como que veía menos de lo que veían los sagaces y despectivos compañeros de la prensa.

El no tomaba parte en las bromas con abuso de poder en que los más cínicos, los visitantes que generalmente no tenían nada que ver con los encargados del reportaje y que pedían del mejor chocolate *Suchard* al presidente y le hacían morder el veneno de sus cartas irrespetuosas, ante las que el presidente sentía una comezón de ira, que se tragaba levantando la cabeza hacia la tribuna como ofreciendo la rápida comisión de la simonía venal e insignificante, pero que ayudaba a la gran venalidad parlamentaria.

Azorín con la boca torcida, como si enfocase con ella ironías y amarguras, veía renovado lo que a través de innumerables tardes todos habían visto igual, sin otro interés que el de los contados días de polémica, todo gris, envuelto en humo y en soñarra de pueblos, en la síma alfombrada.

Azorín, con ánimo justiciero y ensalzador que se ha perdido, recordaba de vez en cuando a Costa y pintaba su habitación de solitario y el anillo de silencio e ineficacia que parecía mentira que le rodease.

En uno de aquellos artículos Azorín decía que Costa tenía los pies muy pequeños, y Costa, que el día en que apareció el artículo estaba sentado en uno de los divanes que había junto a la vitrina de los libros en el Ateneo, al ver a Cristóbal de Castro que subía por la escalera que daba frente al diván, le dijo violentamente, confundiéndole con Azorín:—Usted me está mirando los pies... Ha dicho que los tengo pequeños y ahora vacila en creerlo...

Azorín inventa la visita periodística a los húmedos balnearios.

No toma agua en ninguno de ellos y gracias a eso pudo acabar su excursión.

Esas enormes alcobas llenas de ventanas, que son los balnearios, y donde los vasos de vidrio tienen brillo doloroso, fueron dilucidados por Azorín, encontrando una nueva realidad, burguesa y curiosa, que solazó nuestra acucidad.

Azorín sorprende a esas almas beatas y solitarias que no se encontraría en otra parte, los feligreses de los balnearios, seres egoístas y con dinerillo que mantienen la tertulia de los andenes de aguas.

A Azorín no le duele nada, pero va saboreando esas aguas que congregan a la burguesía española, que va



Azvin.

(Puede ser!)

Autoretrato,
autógrafo y un irónico «¡Puede ser!»

estirando sus piernas por todos los rincones de la península.

La política veraneaba tranquila, esperando grandes acontecimientos, todos los políticos cargados de sibilismo.

Moret veraneaba en Guetaria, como buscando un pueblo digno de su lamartinismo político.

Maura veraneaba en Ontaneda, y como era el principio de los automóviles, prohibía que el suyo anduviese de prisa.

Azorín va a visitarle a Ontaneda y la policía le toma por un terrible anarquista, el otro Angiolillo que asoma el brazo sigiloso por una puerta y dispara como si lanzase unos «buenos días» de agüista.

El atentado de Cánovas en un balneario—tan admirablemente descrito por Eça de Queiroz, habitante del mismo balneario por casualidad—levanta el fantasma de otro atentado posible, ante ese huésped extraño que no bebe todo el agua que los otros huéspedes y permanece en alejado silencio.

Corre la voz: «Un anarquista se cierne sobre don Antonio Maura», y registran sus maletas y su habitación.

En efecto, Azorín tiene un tipo sombrío de hombre dramático, que al ver que las colectividades no proceden a ningún movimiento, se decide a actuar solo.

Entonces, a los que hoy se llama intelectuales, se les llamaba anarquistas.

La falta de imaginación burguesa llevaba a pensar que aquel ser original, destacado, francamente visible, podía ser un incógnitero anarquista, el ser que se disimula, que vagabundea en la noche, que precisamente suele tomar un tipo mediatizado para pasar desapercibido. ¡Pensar que aquel espíritu denunciado por su

gravedad, subrayado por su monóculo, podía ser un anarquista misterioso!

Comienza su *Oráculo Manual*, en que recoge notas del atardecer.

Las horas supinas de Madrid varían de década en década.

Entonces a las cinco de la tarde en ese islote del paseo de coches, en que hoy está la Rosaleda, estaba la hora álgida por excelencia.

El diálogo filosófico, el pensamiento de contraste, la predicción del vivir, se adunaron en aquel trecho, que siempre tuvo imponente catadura de plazoleta aislada y olímpica.

Candamo, Cristóbal de Castro y los que entonces se dedicaban a la glosa inquieta, allí esparcen sus temas.

Azorín se sentó en aquellas sillas de hierro, y, echándolas hacia atrás para mayor comodidad, apoyó la cabeza en los troncos rugosos como Budhas viejos, tomando nota de los desasosiegos nacionales, de aquellas especiales embocaduras de luz con que la vida española se comenzaba a asomar a nuevas Américas del pensamiento, a nuevos ambages de mayor tolerancia.

Me son inolvidables aquellas tardes del Retiro, sobre todo en aquel trecho que encintaban los coches, pudiéndose decir que entonces sólo al borde de aquella pista se gozaba la visión cinematográfica de la vida, el desenrollamiento sobre curva de gran carrete de la película social.

Azorín se sentía perplejo ante aquella vida española tan ufana y, sin embargo, tan incierta, tan poco profunda y tan metida en plazoletas de África.

Se sentaba a regustar el aire de visita que tenían todos, y en medio del contraste de aquellos lectores de *La Moda Elegante*, gustaba de suscitar problemas del es-

píritu, altividencias de los primeros globos sondas sobre el cielo sereno de aquel Madrid.

Leídos ahora aquellos artículos, no tienen ya el valor de contraste de aquellos tiempos, la primera aparición de una forma viva que se movía en la isla de los muertos.

Azorín era uno de los pocos testigos que veían el tirón que iba a dar el mundo hacia mayores credulidades, y en la desapercibida plazoleta, enervada de bobería burguesa, presintió la reformatión de la vida, la intención de *recordman* que la iba a poseer, sus anhelos antipacatos.

Azorín enseña a deletrear el nuevo sentido del tiempo; ¡que no encuentren leve su lección los que ya hoy leen de corrido! Entonces no había más que primeras letras, y esas, inalcanzables en los cielos más luminosos.

Esa postura de trasplantarse a mejores dominios de la vida, a ambientes de mejor conciencia, a suposiciones de mayor espíritu, dando temblores al presente, fué la que Azorín tomó en aquella silla de mundano contemplativo, en la plazoleta sobre la que se elevaba central, estupefaciente, con tristezas de cristal herido por luces de invierno, esa gran estufa que nunca ha servido para nada.

Después Azorín, con su monóculo puesto, bajaba hacia el Ateneo y se emocionaba ante las cúpulas de Madrid, pues aún como en tiempo de Larra, se sentía a la ciudad como cementerio callado.

En esta época es cuando Azorín iba por las mañanas al Museo del Prado, cuyas escaleras subía como quien sube a otro planeta más digno, más artístico, en que la poesía está pintada en los muros de sus galerías.

Azorín sube despacio, porque ha tomado el Museo



El matrimonio Artigas en «Old Spain»

a beneficio de inventario, con flema suficiente para entrar en las habitaciones, las pérgolas y los pórticos de todos los cuadros.

Músico de las baldosas, Azorín va dando con su bastón en las piedras de la escalera y arrancando a cada una su son seco de piedras de monumento.

Ya le conocen los de la puerta y ese caballero chiquitín y con barbas, que es como gnomo de los cuadros, y observa hasta a los que despintan los cuadros con sus miradas torvas, caballero de interesante traza que lleva las llaves de lo que de vitrinas de libros tienen los cuadros.

Azorín está haciendo su temporada de balneario de museo y se sienta en los bancos como no he visto sentarse a nadie igual que él, como si se sentase en bancos de jardín.

Cruzando las piernas ya esbozaba un gesto parlamentario y daba con el bastón en los zapatos, con leve ritmo, de caballista de emoción, de contemplador moderno.

Vió entonces Azorín cosas que dijo y no dijo en sus artículos de *Blanco y Negro* sobre el Museo, el más bello de todos, aquel en que ve madrugar a los faroleros y fiscales de la inquisición, y pone ruidos de madrugada en las calles de los secuaces y les ve asistir al acto, despertando así ese viejo cuadro que hasta entonces no pudimos apreciar en todo su valor dramático.

Los cuadros del Museo por aquellos días cobran una vida teatral y declaman los artículos de Azorín, y ese caballero que se presenta junto a un bufete y esa dama que pone una mano en el respaldo de un sillón, dicen su confidencia en monólogo azoriniano.

Como viva emoción de mi aprendizaje y atisbeo literario, considero esta descripción lenta y sobria de

Azorín, verdadero y vital catálogo del Museo, en lugar de ese otro en que se quedan demasiado secos y tiesos los herizones empolvados.

Yo seguía las descripciones desapercibidas y sobrias de Azorín y me dirigía a aquellos cuadros en que el espíritu avizor - Azorín debe significar en último término avizor—descubría todo lo que de hogareño, familiar y secreto había en cada cuadro.

¡Qué emoción la mañana de aquel domingo en que fui a revisar el cuadro que Azorín acababa de dar vida mágica, a esa tabla vieja sobre el Natalicio del Señor.

Azorín había dado vida de cabaña pastoril a aquel convencional chamizo de cañas y ramas, sobre cuyo tejado había denunciado la presencia de un ingenuo y arrostrador creyente que quiere asomarse por un boquete del tejado a la escena arrobadora del nacimiento redentorista.

Como una misa explicada, de la que se obvian todos los misterios y que se dijese sobre el más clarividente altar de campaña, me resultó aquella propalación de Azorín frente a la tabla mística, discreta y con un aire cualquiera antes de que Azorín la rebarnizase.

Yo he de confesarle al Maestro, que como niño de su colegio inconcitado, le buscaba a través de las salas y no me iba del Museo sin haberle encontrado en las alturas coruscantes o en los sótanos que para la infancia tenían aire de sótanos de tesoros y algo de antesala misteriosa de infiernos y juicios finales y paraísos arrumbados.

Azorín estaba siempre solo, rizando sus labios en gesto de apretado silencio, sin quitar ojo a la evocación de cada cuadro, vigilando el pasado como detective de crímenes y violaciones aún no relatados.

Se le sentía disfrutar por milagro del Arte una España cuajada, literaria, consciente de sí misma, con

respiración de exaltaciones. Se resarcía en medio de aquel mundo supremizado y salía a las dos de la tarde, conquistador de seguridades, vermuteante de poderes antiguos, satisfecho de conventualidad libre en el mejor de los claustros, en la más honda de las sacristías, en la sala de espera para que la evolución literaria llegase a mejores tiempos.

Luchas y rebeldías.

Azorín tiene despertares de insurgente y así lucha, por ejemplo, contra el homenaje nacional a Eche-
garay.

El es el principal propulsor de esa reacción contra un arte hipertrofiado a la manera española.

Le buscan los amigos en que prende la rebeldía y es curiosa la carta que le deja Grandmontagne para que publique una protesta, que ha escrito a pluma y lápiz en el café D. Ramón del Valle Inclán.

Dice la carta:

«Querido Azorín: Anoche estuvimos a buscarle Valle y yo, aquí, en la redacción, para entregarle la lista de los firmantes. Discurríamos sobre la manera de publicar esa pequeña protesta. Queríamos consultar con usted acerca de la manera de hacerlo. Por último nos pareció lo más oportuno que usted la incluya en una crónica. Nos parece que le debemos esta satisfacción, puesto que usted es el único que ha dado la cara con la pluma.

Así, pues, haga un par de cuartillas en la forma que usted quiera y publique las firmas de los protestantes con el texto convenido por todos.

Grandmontagne.

R. del Valle Inclán.



«Comedia del Arte» por la Compañía Fuentes. Acto 2.^o

Sería conveniente que hiciera usted la crónica mañana, es decir, que aparezca el sábado.»

Dice la protesta:

«Parte de la prensa inicia la idea de un homenaje a D. José Echegaray, y se abroga la representación de toda la intelectualidad española. Nosotros, con derecho a ser comprendidos en ella—sin discutir ahora la personalidad literaria de D. José Echegaray—, hacemos constar que nuestros ideales artísticos son otros y nuestras admiraciones muy distintas.

Azorín.—Miguel de Unamuno.—Rubén Darío.—Ramiro de Maeztu.—Antonio Palomero (crítico de teatros en *La Lectura*).—Luis París (crítico de teatros en *España*).—Manuel Bueno (crítico de teatros en *El Herald*).—Ricardo Catarineu (crítico de teatros en *La Correspondencia*).—Ángel Guerra (crítico de teatros en *El Globo*).—José Nogales (crítico de teatros en *Vida Española*, de Buenos Aires).—Luis Bello.—Manuel Machado. Antonio de Zayas.—Emilio H. del Villar.—Nilo Fabra.—J. López del Castillo.—Félix Méndez.—Enrique Rivas.—Miguel Avellac.—J. Flórez de Lemus.—Rafael Urbano.—A. Alvarez Insúa.—Antonio Machado.—Manuel Ciges Aparicio.—Luis de Tapia. Jacinto Grau.—Francisco Camba.—Ireneo Coca.—Manuel Carretero.—Joaquín López Barbadiello.—Francisco Villaespesa.—Miguel A. Ródenas.—Enrique Díez Canedo.—J. Sánchez Díaz.—Pedro de Répide.—José Prieto.—Isaac Muñoz Llorente.—J. M.^a Salaverría.—Juan Torrendell.—Antonio Zozaya.—Enrique de Mesa.—Bernardo G. de Candamo.—Melchor Almagro.—Pedro González Blanco.—Constantino Román Salamero.—Francisco Grandmontagne.—Antonio Viérgol.—Pedro Mata. Ramón del Valle Inclán.—Pío Baroja.—Enrique Gómez Carrillo.»

Ázorín, un año después, en 1906, acabada la discusión de la Ley de Jurisdicciones en el Congreso, sigue su obra de rebeldía y recoge una moción pidiendo a Unamuno que venga a Madrid.

Se preparó aquella venida como la salida de la escuadra a alta mar, cuando la guerra norteamericana.

La verdadera fuerza del país se ignora en todo momento, y así, dándole optimismos impreparados, se le deja caer en relajaciones profundas.

Una ley demasiado dura y rígida, de esas que en un momento dado pueden comprender en su rigor hasta a ciudadanos que sólo hagan uso de la más somera libertad de pensamiento, hace que se prepare uno de los llamados actos cívicos de entonces, actos nerviosos, con crespones, con algo de fiesta de toros, en que los polizontes eran las fieras.

En el ambiente había una novata curiosidad de ensayar lo radical, y es pintoresco enviar la plana mayor del abono a los palcos y a la presidencia.

Yo asistí aquella mañana al acto de la Zarzuela, estridenciado el teatro con el ruido de subir las escaleras más fuerte que en una función cualquiera, como si aquellos espectadores subiesen desesperados y frenéticos.

La marquesina del teatro tenía visera sucia de tormenta y en la sala había ese ruido de un mar que no sabe dónde puede ir, una especie de jolgorio de voces con una acrimonia especial que practicaban el freno del silencio—como queriendo dar un ejemplo de disciplina cívica—en cuanto el orador se ponía en pie.

En la presidencia, detrás de una mesa cubierta por un tapete de peluche rojo con galón dorado—vestida de macero—, estaba Junoy, presidiendo el acto, a su diestra Candamo, uno de los organizadores del mitin, a su izquierda Ázorín, vestido de negro, pálido, con

esas ojeras de rebelde que le salen en los actos graves.

En el coro, como de pésame que se formaba en aquellos escenarios de mitin—figuraban Zulueta, Castrovido, Mayner, Catalina, Mariano de Cavia, Francos Rodríguez, González Blanco, Leyda, Mata, Camba, Albacete, Jordán, Cantín, Marquina, Sawa (Alejandro), Morote y Lerroux.

En un palco—ese palco regio que tenían los mitins—se destacaba doña Emilia Pardo Bazán, firmante de la invitación a Unamuno, y a su lado estaba Gloria Laguna, que prodigó a Unamuno aplausos tan fervidos, como los que por las noches, desde el mismo palco, dedicaba a las artistas de la Zarzuela.

Todavía era el Madrid de Fornos el que murmulleaba allí, pero Unamuno, después de ciertas cortesías y malévolas alusiones a la autoridad, estuvo balbuciente, lleno de incisos, demasiado prudente a juicio de algunos, que esperaban que aquel solo hombre acabase con todas las fuerzas vivas y armadas de la nación. (La coacción colectiva que después ha influido sobre Unamuno numerosas veces ha acabado por lanzarle al desproporcionado reto de uno contra todos azuzados por los jaleadores de la contrabarrera).

Para apreciar la desorientación de aquel momento, y los tanteos de vuelo en las sombras, veamos algunos párrafos de aquel discurso de Unamuno:

«¿Y qué es Verdad?—me diréis—. Era la pregunta que hacía Pilatos y en seguida se volvía a lavarse las manos.

Verdad es lo que cada uno cree ser tal en el sentido moral. ¿Que hay una verdad objetiva? Yo no sé si esto es un poco abstruso; ya lo desarrollaré oportunamente; ahora me limito a indicarlo. El error en la mayor parte de los casos es una consecuencia de la mentira; habituado el instinto a mentir, suponemos a la natu-

raleza una segunda intención como tienen los hombres y creemos que nos quiere decir otra cosa que la que nos dice.

Esta es la triste consecuencia del espíritu de mentira. Es que los hombres llevamos las entrañas dentro y con frecuencia negras, y las cosas del mundo que nos rodean llevan por fuera sus entrañas; sus entrañas son las que se nos abren a la luz de los tiempos. Y aquí hay sobre todo hambre y sed de verdad y si se trata de ahogarla en uno u otro respecto, vendrá la época de las reticencias, de las medias palabras, de las insidias, de los apólogos, mil veces funestos porque tienen el grave inconveniente de hacer creer lo que no se dice. (Formidables aplausos.)

¿Remedio?—me diréis—: hay gente que habla de revolución.

Yo no creo en la revolución: ni en la revolución desde arriba, ni en la revolución desde abajo, ni en la revolución desde en medio. No creo más que en la revolución interior, en la personal, en el culto a la verdad. No creo que las cosas se pueden hacer a golpes, y eso sólo puede sucederle a un pueblo epiléptico que procede por ataques, o a un pueblo en que todo se hace intermitente como por tercianas.

Muchos de vosotros sabréis lo que en los campos de Castilla se llama «quitameriendas»; es una flor deleznable, crece la planta bajo tierra, va subiendo su corola poco a poco, rompiendo los terrenos más apelmazados y se abre a flor de tierra. ¿Cómo terrenos duros, rompe tan delicado tejido? Empujando siempre, no sesenta veces al minuto ni al segundo, sino empujando siempre; es el efecto de la acción continua.

Yo no procedo de alguna de las regiones en que, a unos días serenos y tranquilos suceden violentos chaparrones. Yo soy, señores, de un país cuyo cielo enca-

potado y nubloso, pero de ambiente educador, está lloviendo noventa días seguidos; y yo, hijo de aquella tierra, a la que amo con toda la fuerza de mi alma, si mi vida durara noventa años, si Dios quisiera que mi vida durara noventa años, estaría lloviendo los noventa años gota a gota. (Grandes aplausos.)

No; no es el remedio una revolución; y ahora os voy a decir lo que antes he indicado. Acaso si llegara a España eso que por ahí fuera se llama militarismo, provocaría la formación de un ejército frente a otro ejército, y a medida que el uno tuviera disciplina, se vería precisado a tenerla el otro, y sucedería lo que en Alemania sucede: Que los socialistas, representando millón y medio de electores, que tienen una organización tan fuerte y tan robusta como pueda tener el ejército del Kaiser... (Grandes aplausos. Una voz: Eso, no.)»

Más párrafos de Unamuno con latiguillo de rayos fueron aplaudidos como excitando al cabecilla para que se lanzase por más peligrosos precipicios, pero en esos envites Unamuno llegó al final de su discurso entre la sorpresa de todos.

«Y voy a concluir—dijo—, porque de otro modo sería el cuento de nunca acabar.

Yo, que no soy un hombre de partido, no he venido a traeros un programa, no he venido a traeros un específico; no me gusta eso que llaman una solución concreta.

No he querido más que animar los espíritus y verter donde quiera que me llamen y hasta donde no me llamen, oportuna, y sobre todo inoportunamente, el sacramento de la palabra.

Yo no sé qué haría si volviera al mundo nuestro señor Don Quijote; es fácil que dejando el lanzón y la adarga, tomara la pluma para combatir. Yo no sé si

puede conseguirse una unión social de todas las gentes de espíritu sereno para defender ante todo y sobre todo el amor a la verdad, que es como repito el más amenazado, para defender el amor a la verdad, porque, y con esto concluyo, y no con palabras mías, sino con palabras del Apóstol San Pablo: La verdad nos hará libres.

He concluído.»

Entonces la multitud se apagó un poco, y como era un mitin sin más programa que un orador, salieron un tanto mohínos, aunque ya en la calle, y viéndose todos juntos, quisieron promover la consabida manifestación,

Yo esperé la salida de Azorín emocionado, viendo cómo apretaba con más fuerza sus labios en un rictus de cerradura, con más cara de haber estado toda la noche de velatorio y haberse tenido que preparar para el entierro temprano.

Creía atisbar cimas de posibilidades rebeldes, hacía todo lo posible por intentar una gobernación intelectual de España, pero pocos años después había de convencerse de que eso era imposible, de que en la política radical reina la peor bohemia.

Después de la dispersión, la Comisión se encontró en el salón del vermut del seguir viviendo igual, y todo acabó en un opíparo almuerzo en Lardhy, convidados los caudillos por Echevarría, el suegro de Pí-cavea.

Vida formal y política.

Azorín, que se ha casado en 1908 con D.^a Julia Guinda Urzanqui—de la que ha trazado la etopeya en *El Licenciado Vidriera*—, ha entrado en una era de formalidad y ocultación como por vereda subterránea de la vida literaria.

Todo lo más serio le sucede desde ese momento.

Así, por gracia y obra de su asiduidad con el Parlamento, se le ha fraguado una levita inconsútil que le predestina diputado en una legislatura próxima.

Maura, el viejo y siempre juvenil capitán de la nave española, el tipo de rostro yodado y barba de un blanco inencontrable, que era el Comendador español que aparecía en todos los festines de la disipación, fué el que se lo propuso una tarde.

El retratista se veía condecorado por aquel cuidado que siempre había puesto en la pintura del patricio de voces dramáticas, pintando su nítida pechera blanca y el modo de recortarse la media luna de su perfil sobre los fondos oscuros del Parlamento.

Aquella comprensión maravillosa del Parlamento, le tenía que instituir autoridad que pudiese traspasar el biombo de las puertas y sentarse en los escaños y poner los gritos de la voz más desnuda de España en cualquier revuelo apasionado de la comedia.

Retraído de toda disciplina política desde que murió Pi y Margall, fué viendo lo que valía Maura, la gran figura patricia, que era como una especie de suegro espiritual y bondadoso de todo hombre de espíritu, con el que sería muy agradable tener las charlas del apasionado parentesco de sillón a sillón en el opulento despacho en que libros y pleitos se mezclaban sobre los atriles de lo entremanos.

¡El que había figurado junto al Lerroux del dije chulesco de «¡Maura no!», caer al lado de Maura!

Como aquí todo acto se achaca siempre a la ambición y por eso fueron adulterados los pocos actos nobles de los hombres de España, fué achacado a la ambición su cambio.

No se pensó en una mayor experiencia de la vida, puesto que era el hombre que se había asomado a la intimidad de Lerroux y había observado admirablemente a Maura antes de acercarse a él.

Las Cortes que acaban el año 9 son las que atraen más a Azorín, que culmina en la descripción de la reunión preliminar de las mayorías.

Le ofrecen el negociado de Prensa en Gobernación y comienza su vida política representando el distrito de Purchena, después el de Fuenteáreas, después el de Purchena—desde cuyos balcones dirigió la palabra al pueblo—, después el de Sorbas y cuando por quinta vez ostenta la investidura parlamentaria, representa de nuevo a Sorbas.

El año 17 es subsecretario de Instrucción Pública y el año 19 vuelve a serlo.

Azorín en su subsecretariado aprovecha la ocasión para decorar el severo despacho con fotografías de los monumentos de España, poniendo cinemática de vagón en el cubículo silencioso, inmóvil y triste.

Recibe muchas visitas a las que apenas oye porque

desde que se acercan a él columbra la cosa chiquita y mezquindosa que quieren, y su acto capital es como un acto clandestino, misterioso, que apenas me atreveré a relatar.

Azorín una mañana se encuentra sobre la mesa con el texto de una Real orden en que se ordenaba que saliese a oposición la cátedra del jefe socialista Julián Besteiro, una de las pocas mentes lúcidas de España.

Azorín lee consternado aquella sentencia de la independencia económica de un hombre que sólo momentáneamente ha caído en desgracia, y Azorín, fiel a sí mismo, como lo es y lo será siempre, toma esa Real orden y sin pensar en más se la guarda en el bolsillo y se la lleva a su casa.

Nadie pregunta más por la Real orden, se ha perdido para todos en un largo trámite y la cátedra del grande hombre queda en provisoria expectativa.

He ahí un rasgo secreto y abnegado de Azorín.

De vez en cuando quiere hacer algo. Intenta fundar la Casa de Hispano-América y los burócratas machacan la prosa del preámbulo del Real decreto.

Quiere dar un aire más intelectual y menos anquilosado al Consejo de Instrucción Pública y propone que se dé representación en él a la Casa del Pueblo, al Ateneo, a la Asociación de Periodistas y al Fomento de las Artes; pero no le hacen caso.

Como diputado pocas veces interviene en las discusiones ni se exalta. Sólo una tarde en que un político conservador maltrata a Unamuno violentamente, Azorín se levanta, y con austera autoridad le reconviene, diciéndole que no se puede hablar así de tan gran figura. Al día siguiente recibía unos centenares de tarjetas felicitándole por su noble rasgo.

Don Juan Francisco Pacheco, Presidente del Consejo en tiempos olvidados, dió en el Ateneo una serie

de conferencias sobre la elocuencia, y en una de ellas dividía a los oradores en los que hablan sentado y los que hablan de pie, siendo Azorín de una tercera clase que toma ejemplo de las otras dos, pues él habla paseándose mucho.

La probidad de Azorín orador me admira como todas sus otras cualidades, pues no siento al oírle el escalofrío de la palabra superflua, del arrebató falso, del tendencioso y vacuo no decir nada de los oradores.

Azorín tiene una elocuencia que contrasta con la Elocuencia con E mayúscula.

Cada vez domina más la página hablada y trata en ella de lo que tiene que tratar, poniendo en lo hablado personales palabras de libro.

No se corta su discurso y es gratísimo ver concluir cada momento expresivo de su oración, evocadas las personas, sus gestos y su sentido.

Desde lejos, sin entrar, ni por casualidad, en ese doble ministerio, ¡doble!, pesado, atorado de empleados, absurdo de disciplina, con retratos inaguantables en los pasillos, destartalado, frío, un poco colosal, me enteraba de vez en cuando de cosas de Azorín.

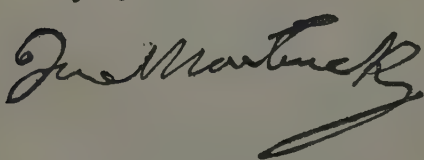
Azorín cumple con su deber como nadie, porque además es el único que, al mismo tiempo que lo cumple siente el sarcasmo del deber. Azorín piensa antes de dictaminar. Encuentra el sentido de cada cosa, y se lo enseña como un poliedro, a los viejos profesionales, que en su vida habían visto una extracción así. Y el resto del tiempo lee, lee libros color limón, esos libros franceses que ponen tan extraña luz intelectual sobre las mesas en que se posan.

Azorín, con su tipo de espiga de trigo; sonriendo en las comisuras de los ojos y con la boca torcida; hablando como si sacase las palabras de un saquito, igual que se sacan las bolas de los exámenes de las bolsas de

hule, hace esfuerzos por mantenerse quieto y fiero en su sitio.

A su hora, Azorín firma expedientes, órdenes y mil cosas más, siendo lo más extraordinario que en todo lo que firma, estampa el nombre de *José Martínez Ruiz*. ¿No se equivoca nunca? ¿No hay en los archivos documentos en que se le ha escapado el auténtico «Azorín»?

Como curiosidad, he podido adquirir una de esas firmas inauditas del gran Maestro, una firma que trazó en ausencia del ministro de su ramo, durante la etapa anterior, y cuyo remoquete P. A., en vez de querer decir «Por autorización», parece querer decir, sincera y rotundamente, reconociendo un principio de autoridad superior: *Por Azorín* ¡Extraño y maravilloso caso de suplantación el que comete la firma Martínez Ruiz con la de Azorín. ¡Falsificación oficial, hecha legalmente por el propio suplantado, todos los días, numerosas veces! ¡Enorme ironía!

P. A.


*Autógrafo
 del verdadero nombre de Azorín:
 José Martínez Ruiz. — El P. A. que
 lo encabeza quiere decir: «Por Azorín».*

Y después de sus horas de trabajo en el despacho mastodóntico, toma su automóvil, largo como una galería de cristales y con cochero y lacayo de gorras galoneadas, y con la mirada perdida a lo largo de las calles, con el gesto de aristócrata que se ha hecho a sí mismo y se ha garantizado como rey de armas de sí mismo también, se va a la calle de Los Madrazo, donde se pone la casaca vieja y noble de Azorín, y toma la pluma con que, en revancha, firma AZORIN para la inmortalidad.

Un poco «barresiano» de maneras y de intención, así como Barrés inventó una comedia parlamentaria, Azorín anunció año tras año una comedia titulada «Vida parlamentaria».

Entre las obras anunciadas en los últimos claros de los programas aparecía esa obra de Azorín que parecía prometer una política nueva, un grupo de diputados juveniles y alborotados. Pero los actores que hubieran tenido *acta* en la obra se quedaron por puertas.

Como encontrando un amigo más directo para el apoyo, después de haber sido traído al Parlamento por Maura, se hace íntimo de La Cierva.

Ya está en el juego de la intriga y necesita buscar sargento político, valedor directo, segundo de a bordo en quien confiar en caso de desaparición o de distracción del que muchas veces se enfrasca en las generalidades del mando supremo.

El nos ha dicho en breves palabras: «He hecho en los periódicos muchas campañas de carácter político. Pero siempre en mis artículos políticos he procurado poner un poco de literatura. Durante varios años he reseñado—a mi manera—las sesiones de la Cámara popular. Reunidas están algunas de las crónicas que escribí en mi libro *Parlamentarismo español*. Una de las obras mías que más quiero es la titulada *Un discurso de La*

Cierva. ¡Con qué entusiasmo la escribí! Todo el mundo sabe en España el cariño que profeso al ilustre político de quien hablo en ese libro. Mis ideas políticas se resumen en *sinceridad* y *estuerzo*. No; no creo entrever en el poder omnímodo de la voluntad, transformaciones súbitas. Pero algo sí, sí que depende de nosotros: de nuestra buena voluntad, de nuestro patriotismo, de nuestra buena fe en el progreso humano».

Azorín procura dar lógica a su vida política.

No es ese español de enorme falta de lealtad que está en el periódico de orden y despotica contra el conservadurismo o que es amigo de los oligarcas y está a su servicio y, sin embargo es un radical y, quiere acabar con las naciones extranjeras y con todo lo creado.

Da a su vida tono y parsimonia en rebeldía con la opinión pública, ineducada, ramplona, airada siempre contra el escritor.

Nadie comprende su cambio político. El periodismo irrespetuoso y blasfemo le pinta con carlancas de perro en que pone «La Cervero».

Mal dividida la vida en rojos, liberales y negros, el verle pasar hacia los negros descompone todos los juicios e involucra todas las razones.

No vemos que el hombre cansado de inseguridad y acoso llegue a un puerto seguro de contrastador de la realidad, de conservador de la base paisajal de España, lo único que alienta con sentido en nuestro patio de la península.

Azorín ha ido viendo lo falaz que es la política y lo asesina de la descripción ibérica que puede ser y se apega al jefe político que encarna la testarudez española y la aseveración de las realidades tonantes y sonantes más que de las clericalías.

Azorín, sabe no oír y seguir andando no haciendo caso al griterío del público de aldea en que se con-

vierte el público de la ciudad cuando se queda detrás del que avanza en el camino.

En la compulsación de la realidad española comprende que el político murciano, en medio de la ceguera de todos los políticos, es el que mejor tactea los lóbulos de España y por lo menos se da cuenta táctil y cierta de lo que todos los silogismos políticos negaban, encontrándose con que para mal o para bien—quizás para mayor mal que bien—las fuerzas de España no son las inventadas por los elocuentes y los retóricos.

Azorín, que tiene el primer mapa cierto de las características españolas, comprende que este político cuadrado asevera del modo tosco con que el político acierta las dimensiones de la vida, las mismas realidades primeras que él ha visto y descrito.

En aquel primer momento parece interesado, traidor y acomodaticio el acto de Azorín, pero hoy ya se le puede ver provisto de gran lógica.

Azorín ha estado con Romero Robledo, el político de la Malicia, ha visto en Castelar al político del descomedimiento elocuente, ha estado al lado del intercadente y adventicio Lerroux, ha contemplado al Moret poético y malicioso, ha comprendido al Silvela sutil y señoritil, ha estado muy junto al Maura deuteronómico y altitonante, y dudoso o inarmónico con todos ellos, ha considerado a La Cierva como el político que hace una política levantina, cercioradora y sin repugnancia para contar con las fuerzas vivas.

Azorín viaja con La Cierva, asiste a sus saludos, a esos gestos del político que al mirar al grupo de cabezas que le atiende parece que contempla no se sabe qué inverosímiles horizontes de felicidad.

Ha bajado junto a él en esas estaciones a las que se llega muy temprano y en las que todo el personal que se emplea en las obras públicas tiene en los ojos rocío

de la mañana, lágrimas de los campos, optimismo valiente de un nuevo día y los personajes que acaban de bajar del tren también recogen rápidamente en el ambiente mañanero algo de ese aguardiente brillante del amanecer.

En un célebre pleito que se debate en la Academia de Jurisprudencia, y en el que La Cierva repercute tonante, dando con maza en su pupitre, Azorín entre el público grita en favor de su jefe, conmina los escándalos impopulares que produce, hace él solo lo que un escuadrón de partidarios podría hacer y siembra el desconcierto entre los que habían leído el folletín de la herencia.

Siempre ha habido una fe grande en Azorín de que el impopular vence a los públicos, y que no hay triunfo agradable si no se asienta sobre impopularidades previas o sobre impopularidades latentes y vencidas.

En 1910, en las horas peores para su jefe político, Azorín publica un opúsculo en que le vindica y en que achaca la hostilidad que le tiene el pueblo español a que, según unas palabras de Kant en su *Antropología*, «es rebelde a las reformas».

¿Cómo se comprende sino toda aquella algarabía social contra el descanso dominical, que, después de usado algún tiempo, iba a ser como derecho inalienable de ese pueblo que reacciona contra tal reforma cuando el político conservador la ordena?

El libro *Un discurso de La Cierva* se publica en 1921, pero se refiere todo él a un discurso que pronunció La Cierva el 10 de Junio de 1914.

Azorín ha sabido envolver la intimidad, cautela, tino y discreción de ese discurso enterizo, de confesiones políticas, en que el gobernante perseguido se levanta erguido sobre sus cenizas y aprovecha toda la historia de sus persecuciones para concretar su estatura.

El Banquete de Aranjuez.

Entre dos momentos políticos de Azorín, cuando él vuelve a ser única figura en medio de la desolación, se les ocurre a sus amigos darle un banquete en la espesura de Aranjuez, bajo un triste cielo de la España otoñal, el día 23 de Noviembre de 1913.

Fué un banquete modelo, en el que lucieron dos presencias importantes, la de don José Ortega y Gasset—capitán del futuro español—y Juan Ramón Jiménez, poeta mágico de los jardines de España.

La comida transcurrió entonada, en el comedor de palacio de pueblo del hotel y al final de ella salimos del receptáculo agobiador del Real Patrimonio.

Los brindis no fueron en el comedor.

Después del ruidoso arrastre de sillas y malhumorado deje de servilletas, después de ese último momento en que se recuerda el último sorbo de café, salimos a los jardines de Aranjuez.

Ibamos en el día otoñal como a presenciar el ajusticiamiento de los oradores, algo así como a dar tormento a Azorín.

Queríamos empalmar los dos momentos, el de la comida y el de los discursos sin que resultase que habíamos puesto paseo en medio.

Los árboles tomaron un aspecto intelectual de algo así como árboles de vidriera y se cernió en el aire una



«Comedia del Arte» por la Compañía Fuentes. Acto 3.^o

humedad luminosa de haber estado llorando el paisaje y de dejar de llorar de repente.

Buscamos un banco de jardín sobre el que Azorín pudiera encaramarse, pero al no encontrar ninguno nos agrupamos alrededor del Maestro emocionado, y con esa nota poderosa de *Par* extraño que tiene Azorín en los solemnes momentos. Entonces hizo Azorín uno de los más bellos y rebeldes discursos de su vida.

La significación de aquel acto pareció que iban a darnosla en aquel paraje de conspiradores caballerescos, que escogen el bosque por sitio de su Tenida, verdaderos Templarios desposeídos.

El secreto de la España de entonces se nos debía por labios del adivinador, y Azorín, como tantas veces, sin tener en cuenta sus concomitancias con poderes y representaciones, dijo la verdad de España.

El tono personal de aquel discurso, el aire de clarividencia triste del paisaje, el algo de comuneros pobres y sin esperanza que teníamos todos, sería difícil de pintar.

Aquella excursión no fué estéril. De la remoción que produjo en los espíritus surge la nueva «España». Ortega y Gasset da vida en su revista a una sucesión más vital de sus divagaciones políticas y llama a Azorín, porque el cartel de la Revista que representaba al espectador es Azorín mismo fundido con Larra, ya triunfantes los dos en las esquinas, teniéndoles a la vista como estimuladores de otros vuelos, los que se quieren encargar más que de las nubes negras y pintorescas que cruzan el cielo de España, de sus problemas, de sus victorias posibles, de un acoso más directo y próximo a sus vicios de retardataria.

Azorín, inconfundible, no duda en su parsimonia, pues aunque parece haber variado muchas veces de destino es sin embargo el mismo.

Entrevista con Azorín en 1916.

Estamos en los años de la guerra europea, y una tarde me voy a ver a Azorín para renovarle todas las preguntas.

Del relato que hice en mi diario íntimo de aquella entrevista no quiero quitar apenas nada, respetando las horas de aquel año contenidas en la conversación.

«Azorín siempre está en sí mismo. Esta es una decente condición inapreciable que se repite en muy pocos hombres. A través del tiempo, Azorín continúa en su puesto, en su centro perfectamente hallado, vigilante, observador, emocionado y lleno de una aristocracia autóctona.

Azorín me ha sonreído al entrar. Él es correcto, enternecido y afable ante todo. El sonríe con discreción y estrecha la mano midiendo con efusivo pánico el abismo insubsanable que hay de un hombre a otro hombre. La amable resignación que merece ese problema entra en su afabilidad, un poco perpleja siempre. Nada de efusiones engañosas, de esas en que se pierde la prudencia inolvidable y grave.

Rubio, leonado, de ojos que no se ven, que se pierden en su claridad y en su eclecticismo, oyéndosele apenas contestar, viendo cómo se resiste a improvisar por.

que frente a frente todo se manifiesta demasiado arre-
drador, se sentirá un gran embarazo a su lado si no
se tiene la idea cabal de que al hombre firme sólo se le
debe pedir una presencia enterada de lo que es el tiem-
po y la vida, una presencia exaltada frente a la fosa
común, una presencia de esfinge mundana y escéptica.
Azorín de pie es alto, es más alto y más fornido de lo
que es y sugiere, sobre todo esta sensación, su modo de
mirar desde la escarpadura terrena de su pensamiento,
desde la luz del horizonte visible, todo él lejano, flo-
tante y tranquilo, todo él atalaya sobre el descampado.

Este despacho en que recibe carece de carácter. Él
ha evitado esta crítica, diciéndonos desde el primer
momento en que entramos en él que no es allí donde
trabaja. Indudablemente, este fué el despacho que se le
apareció hecho e irremovible el día de su boda, y
Azorín, que posee una admirable y superior displicen-
cia, lo dejó tal cual está, con ese fosco busto de un
moro con gran turbante colocado sobre una alta rin-
conera. Quizás, para escaparse a la habitación, ha
colgado en ella con disimulo el cuadro de *Las Meninas*,
de Velázquez, en cuyo transitable interior, él se am-
para. Pero ni eso le debe ser necesario, ya que él
está lo bastante recogido en sí, en la habitación de
techo artesonado y de paredes encaladas y vacías, siem-
pre como en el zaguán de una casa de pueblo, entor-
nada y consolatriz en medio de esa claridad irresistible
de la llanura española, esa claridad de las tierras ibé-
ricas que permanecen grabadas, visibles y macizas en
los mismos interiores.

Saca de un armario en que parece que guarda gaba-
nes, un libro escogido, probablemente un libro de via-
jes, pues Azorín no sólo ha viajado por su cuenta, sino
que ha acompañado o esos viajeros en caballo paralelo
a sus caballos.

«—Cuando Saint-Simon estuvo en España...»

«Cuando Beaumarchais estuvo en La Granja...»

«Cuando Dumas y Gautier dieron en Madrid con el viejo Lardhy, que estaba entonces en la calle de la Victoria...»

«Cuando el pedagogo americano Sarmiento estuvo en España en 1846...»

Azorín, en el zaguán de esa casa, está a la intemperie, en la gran intemperie del campo raso de España; su mundo interior tiene la gran exterioridad de la realidad y parecen sus ojos como rendijas que dan al camino, a las afueras deslumbrantes.

—Se ha vuelto a hablar de usted para la Academia—le digo—. Aquella casa y su frigorífica sombra interior me recuerdan aquel ámbito en que se realiza el último acto de *Don Juan*, lleno de sombras innominadas vestidas con sudarios blancos, presididas por el Comendador de barbas de algodón, que coge la mano del recién elegido, y en ese último momento que marca con su último grano el reloj de arena, le sume en el fondo frío, lóbrego, lleno de olvido, en el abismo de que jamás se vuelve y que vacía el fondo de la casa roja... ¿Desea usted pasar ese umbral de la muerte?

—No—me contesta Azorín—. No he presentado mi candidatura.. No tengo ningún interés en entrar allí... Definitivamente he olvidado eso.

—Mi fe en usted contaba con esa actitud suya.... ¡Valiente perpetuidad! Ni la perpetuidad del puesto, ni la perpetuidad en la memoria de la vida, ni la perpetuidad en el amor de la humanidad que pasa... Vale más ser sepultado en el camino, fuera de ese cementerio; vale más que la muerte sorprenda en medio del paisaje y de la imprevisión.

Azorín sonríe y calla; calla casi siempre a todo. No

se decide a responder a muchas cosas. Él ha dicho en muchas ocasiones que no es orador ni hablador siquiera. Él mira con afecto; sabe que la realidad responde por quien tiene tan firme idea de ella; sabe que se puede callar cuando se posee tan relevante sabiduría; sabe que la creación sostiene la figura y el silencio del creador, y se es creador por como se ha concretado en el estilo la realidad, sabiendo también que los oradores son precisamente los que no han creado nada, los que sólo hacen que crean. La realidad cuajada en su espíritu es su gran categoría, la más imparcial, la menos arbitraria, la que ofrece el gran reposo desinteresado.

—¿Cómo resume usted la vida, su vida íntima?

—En una melancolía y un pesimismo suave—me responde—; un pesimismo no en relación a la política, ni al arte, ni a ningún problema solitario, sino a todos los problemas hondos de la vida.

—Y de aquella primera época de su vida, la más dramática y la más reveladora, ¿qué evocación queda en su espíritu?

—¡Un vivo recuerdo inolvidable!... Sobre todo, el recuerdo de algunos amigos, entre los que hay varios que le serán desconocidos a usted... Hubo un Pablo Smit que ahora vive en Basilea y que fué el primero que trajo al influyente Nietzsche a España, y del que leyó a Baroja en El Paular las primera nociones... Cornutti también exaltó aquellos años con sus cosas; era encantador; decía cosas extraordinarias. Por ejemplo, recuerdo que preguntándole un día si conocía a un ingeniero que acababa de hacer unos puentes y otras obras férreas, contestó: «No. Yo no conozco a esos hombres que hacen unas cosas que no sirven para nada»... También iban con nosotros los hermanos Fluixa, dos hombres correctos y decorativos que lleva-

ban sobre su melena rubia unos relucientes sombreros de copa de ala plana...

—Hace mucho tiempo—le interrumpo yo—que deseaba preguntarle si la ida de aquel grupo de enlutados con sombreros de copa y ramitos de violeta al cementerio de San Nicolás para realizar un acto trascendental frente a la tumba de Larra, fué una fantasía de usted en *La Voluntad*, o fué un acto real...

—Pues fué un acto completamente real... Fuimos a San Nicolás todos compungidos y solemnes... El cementerio de San Nicolás siempre nos atrajo... Recuerdo que una vez ese grupo que formábamos quiso representar allí una escena de *Hamlet*, cuyo papel iba a hacer Ricardo Baroja... Saltábamos las tapias del cementerio en la noche, y encontrábamos en aquello, cuando nos veíamos allí dentro, algo como un triunfo clandestino. Yo que iba al cementerio de San Nicolás sólo por ver a Fígaro, le acompañé al panteón de hombres ilustres. Allí abrieron su sarcófago, y yo tuve en mis manos su cráneo, en el que busqué el orificio de la bala con que se mató; pero estaba ya tan deshecho que no se podía encontrar.

—Yacería, sin embargo, con su sombrero de copa y su forrado levitón, asegurado contra la polilla de la muerte.

—No. Estaba todo convertido en cenizas... Yo cogí y conservo un botón pegado a un pedazo de paño de su levita, hecha polvo... Larra siempre ha estado conmigo... Ahora mismo estoy escribiendo un libro sobre él.

—Y de los amigos muertos, de los amigos que convivieron con usted y que se fueron al otro mundo, ¿cual recuerda usted más?

Azorín hace un gesto incondicional y dice:

—¡Lanza!...

Lanza. El apellido Lanza, que es tan decisivo que

cuando se nombra se pone en pie enhiesto y categórico, ha resultado más terminante pronunciado tan francamente por Azorín.

—Yó creo que Silverio Lanza—intervengo yo—fué el que de un modo ingrato, nada vistoso ni apañado, pero de un modo esencial, lo inició todo.

Un momento Silverio Lanza se nos aparece en aquel comedor, lleno de una sombra cordial y equitativa, en aquella casa abrigada y bondadosa, con su figura ononda y franca.

—¿No le enseñó a usted aquel cuartito misterioso—le pregunto yo a Azorín—en que ponía en práctica una extraña geometría y una extraña matemática sobre los hombres del pueblo, a los que tendía sobre un camastro que parecía como un largo sillón de operaciones, ni aquel despacho disimulado detrás de su despacho usual, donde tenía unos libros cabalísticos olorosos a humedad, y donde guardaba un esqueleto?

—No—contesta Azorín—; ¡gran Silverio Lanza!... ¿Se acuerda usted de aquella conferencia que dió en el Ateneo y en la que dijo que todo el mal de España—artístico, musical, todo—provenía del caciquismo?

Un momento guardamos silencio como en señal de pésame. Después le pregunto:

—Entre aquella época y ésta, ¿no hay en usted una gran disconformidad?

—No—me responde—. Hay más reposo, más tranquilidad, más suavidad en lo que hago; pero el espíritu de rebeldía lo conservo como siempre.

Veo en el modo con que me ha respondido, que Azorín no encuentra diferencias en su vida. Una luz natural que él sabe lo idéntica que es, de mañana en mañana, de día en día, le llena como le ha llenado siempre. Sin embargo, yo insisto.

—A mí me parece, no obstante, como si se hubiese

usted dado miedo a usted mismo, como si su temperamento hubiese tenido pánico de su alma y la hubiese reportado... Iba usted hacia disolvencias sutiles y remotas en el porvenir... Hasta de los clásicos tenía usted un criterio distinto... Yo tengo que volver a publicar un artículo admirable y demasiado sincero, que usted publicó no hace mucho.

Azorín sonríe y mueve la cabeza. Su faz se pierde más. El, en medio de todo, no da importancia a las cosas. Sin embargo, al cabo del tiempo me responde:

—Aunque es verdad que he aprendido a dominarme mucho, eso que usted ve no es más que cuestión de experiencia.

—Además—insisto yo—, en esa segunda clase de obra literaria que usted está realizando ha abandonado un poco los temas más simples, los temas vivos, plásticos, reales, candorosos, los temas que viven pasados en el presente que vivimos, para tratar temas demasiado eruditos, rancios, desolados, aunque usted les dé una vida que no tuvieron y les devuelva algo del presente que perdieron.

—Sí, quizás he abandonado esos temas; pero es que el mundo sensible, el mundo de las formas va desapareciendo en el hombre según avanza la vida.

Después de esas palabras dichas con gravedad, no me atrevo a replicar; hay demasiada fatalidad en estas palabras de Azorín.

Cambio la conversación y le pregunto cualquier cosa.

—¿Le gusta a usted su calle?... En esta calle de los Madrazo hay algo que está bien: su nombre... Las figuras de aquellos pintores anecdóticos estaban muy bien...

—Yo tengo unos retratos de unos cuantos pintores

de aquella época, que están admirables... Pero en esta calle hay mucho ruido.

—¿En cuál le ha gustado vivir más?

—Quizás en la calle de Relatores... Allí fué donde escribí los últimos capítulos de la *Voluntad*.

—Y de esos pueblos por los que usted ha pasado, ¿cuál ha sido en el que ha sentido el momento más eterno, más natural y más claro?

—En Alcor de la Frontera... Es un pueblo que está en el pico de una montaña... Al pie pasa el Guadalete... Un pueblo que se destaca sobre uno de esos fondos admirables y españoles de Velázquez.

Un momento se ve en Azorín la imagen rotunda de ese pueblo todo él reluciente y como optimista por mirar desde lo alto. Azorín se yergue oteando el panorama y sus ojos toman más el fondo de luz terrena de un horizonte a través de una ventana, una ventana de esas de las casas en ruinas, entre dos claridades meridianas. Pero los ojos de Azorín se salen a la realidad angustiosa y contundente.

—De las mujeres de sus libros, de las Lolitas, de las Rosarios, de esas Consolaciones y Esperanzas que tan delicada y magra figura tienen en sus libros, ¿cuál es la que más vive en usted?

—La hija de los dueños de la casa donde vivió Cervantes, allá en Esquivias... La asocié mucho a la novia de Cervantes y por eso me enterneció más.

La muchacha menuda, proverbial, tersa y ceñida, de ojos de azabache, se muestra ante nosotros mirando a Azorín un poco atónita, en la salita de aldeano olor.

Después le pregunto por lo más trascendental.

—Ahora, Azorín, hablemos de lo más delicado... Su acto de amor por Francia ha sido, apreciando su posición en la vida, uno de los actos más valientes, más

sinceros y más nobles que yo he presenciado... ¡Usted cree que vencerá, claro está!

Azorín no ha dudado. Sus ojos mates han lucido con brillantez. Su timidez se ha quedado detrás de él, y Azorín ha dicho:

—¡Francia es inmortal!... ¡No puede sino vencer en definitiva!... Yo amo a Francia por lo fundamental que es... Por los amigos que en ella tengo, por sus aldeanos, por sus interiores, por sus caminos, por su paisaje, por su tradición... Estoy en cordiales relaciones con Barrés y con Maurras, y con Madame Julieta Lambert, esa gran señora que ha mantenido el espíritu de la revancha, y que siempre estaba mezclada a todos los movimientos patrióticos... Aquí, sin embargo, soy muy combatido por cartas violentas y anónimos rencorosos... Para compensarme recibo también cartas conmovedoras, algunas desde las trincheras.

—¿Y qué cree usted que sucederá en Francia el día del triunfo?

—Yo creo que se han de rehacer y han de emprender una vida más reflexiva con un espíritu más directo, más serio, desapareciendo eso que se ha llamado el espíritu *boulevardier*. El espíritu de renovación continuará en Francia, pero con base más sólida.

Después de estas palabras Azorín calla y nos quedamos en ese silencio que en estos días, hablando de la guerra, se llena de toda su amplia, congestionada y asombrosa tragedia. Después me levanto, y cambiando con él un apretón de manos castellano y callado, nos despedimos.

Azorín con su rostro tranquilo y atezado; con sus ojos claros que revelan siempre un paisaje destacado en luz detrás de él, y que es algo más verdadero que cuanto se habla, me dice adiós en el rellano de la escalera.

Su amistad por Francia.

Al declararse la guerra y dividirse el público de España en las más opuestas banderías, Azorín opta por Francia en un periódico germanófilo.

Es otra decisión inolvidable de su espíritu señero y puro, siempre obediente a una predisposición interior favorable a las grandes bondades y a las grandes libertades del espíritu.

Durante la guerra va varias veces a París, soliendo hospedarse en el Hotel Majestic.

Azorín ama en París las horas mañaneras, esos cielos de la mañana que son de suave plata y que tienen opalescencias de masa cerebral.

Azorín penetra en la *Acción Francesa*, en ese rincón en que se retrepa el alma cruel e intrépida de Francia, tenaz en sus rebeldías, tenaz en sus realzas, tenaz en su casta.

El silencioso Azorín pasa allí su tarjeta y durante un largo rato nadie responde a su llamada, pues su tarjeta se está tramitando, ya que toda la disciplina de la casa es marcial y se teme que toda visita vaya a matar al jefe.

De la *Acción Francesa* brota un banquete a Azorín en que toman parte los militantes de la redacción.

Azorín escribe un pequeño libro sobre ese «París

bombardeado», pero en él no colecciona algunos artículos que sólo publicó en *La Prensa*, de Buenos Aires, y en que relata su visita al frente norteamericano con una clara conciencia de las cosas que pasan. Terminada la guerra, Azorín vuelve a Francia como subsecretario de Bellas Artes y recoge en Burdeos esa simpatía afable que mereció durante la contienda europea, llevando a un periódico erizado de cascos la respiradora ilusión de la victoria francesa.

Burdeos le da un banquete de honor.

En *La France* del 30 de Junio de 1919 se da cuenta de ese banquete, al que asiste el alcalde de Burdeos y en el que se reciben telegramas de Quiñones de León y del prefecto de la Gironda.

Azorín a los postres de aquel banquete, hizo un discurso de entronización del espíritu sobre cualquier otro motivo ocasional.

El Municipio le regala una preciosa edición de Montaigne, con las variantes introducidas por el mismo autor.

Después de ese viaje a Burdeos hay otro momento en que Azorín patentiza esa férvida amistad por Francia. Sarah Bernhardt viene a Madrid en Mayo de 1921. Fué una visita triste tratada con alevosía, pues hasta fué víctima la insigne actriz del fusileo fotográfico a la puerta de Palacio, bajo el implacable sol de Madrid. ¡Lo que más temía Sarah! Así la única mueca horrible que quedó de aquella trágica que hizo las más terribles muecas, fué la de aquella fotografía en su silla de manos junto a una garita de pétreo sol, revueltas sus momificaciones entre las flores de corona de su sombrero y de su boha.

En el homenaje del Ateneo, que procuró entonar sus huesos atemorizados, Azorín dijo las más bellas galanterías a la dramática francesa.

Los membres y la Academia.

Por los años 1922 al 26, Azorín vive apartado de la política y dedicado a una vida espiritual, escondida—tapias altas y cipreses.

De vez en cuando recibía yo alguna carta del maestro en que venían estampados o el membrete de «Los amigos de Lope de Vega», o el de el «Góngora Club», con algo de evocación poético-aurina.

Nunca me he atrevido a preguntar al querido y admirado maestro, qué es lo que querían decir esos dos mombres de sus cartas. Así como es deshonesto indagar sobre el secreto masónico, me parecía deshonesto hacer pesquisas para saber qué se escondía en ese misterioso título de «Los amigos de Lope de Vega» o en ese «Góngora Club». Mejor; de cualquier modo, resultará fantasear algo alrededor de esos dos mombres.

El «Góngora Club» era el más vistoso de los dos mombres, y quizá es el que recibí incrustado en las cartas más antiguas de Azorín. Parece algo así como el flamenco «Club Guerrita» cordobés, y como Góngora paseó también la andaluza ciudad eso le da una mayor progenie cordobesa y una actitud más torera. Esa casita de un solo piso que hemos visto en la calle del Sacramento, y que era cerería en su planta baja, es la que en su piso de balcón achaparrado y lleno de macetas, re-

cibe las visitas de los amigos de Gongora, que todas las tardes van a regar esa maceta de rosas que aparece dibujada en la viñeta del membrete y que está asomada a los hierros del balcón como una niña que se va a caer.

«Ayer naciste y no morirás nunca», se podría decir a cada una de las rosas de esa maceta, parodiando los versos a la rosa, de aquél a quien conmemoran:

«Ayer naciste, y morirás mañana».

Góngora debe ser amable, aunque conceptuoso, con esos poetas que se reúnen en su Club, donde se cambian conversaciones en exquisito estilo, con transposiciones maestras. Todos los días, en ese Club, como en el del Guerra, hay la frase poética del día, y todos los tertulios la celebran y ponderan.

«Los amigos de Lope de Vega» son más misteriosos. Por fin, la amistad de esos amigos «paralelos» ha borrado, al unir a los dos grandes hombres en lo culto, aquella enemistad que separó en vida a Lopillo, como le llamaba Góngora, y al poeta cordobés.

La casa de «Los amigos de Lope de Vega» es cada tarde, como acostumbran a hacer los estudiantes, la casa de uno de los que componen la comunidad, y allí charlan del amigo ausente y querido. ¡Tan ausente, que es el ausente para siempre jamás!

A veces «Los amigos de Lope de Vega» se dan un paseo juntos y se acercan a esa plazoleta del Paseo del Cisne, en que Lope está leyendo sin cesar uno de sus dramas, porque el escultor lo modeló en esa actitud, con un libretto del tamaño que tienen esos en que hoy se imprimen las comedias modernas.

Además de estos mimbres de fácil interpretación, aparecía en las cartas de Azorín, durante esta época,

otro que parecía el distintivo de un viejo farmacéutico que viviese detrás de la pecera del escaparate en un pueblo con ruinas romanas, y en cuya tierra se encontrasen constantemente monedas de cobre, monedas de mendigo.

¿Por qué usaba Azorín este sello de botica, que haría bien en ese gran jarrón con que elevan a mostrador significado el mostrador comercial, los doctores en Farmacia?

Estudiado el sello, llevada a los peritos esa carta y después de varias visitas a los arqueólogos, con los que es muy difícil entenderse, porque están completamente sordos, ya ese sello va tomando cierto sentido profundo y de intención trascendental.

La traduccion en caracteres latinos de su leyenda es «paronta kai mellonta», que significa: «cosas presentes y futuras», y por eso ese rostro barbilampiño y juvenil de la izquierda junto a ese rostro envejecido y con sombras que representa el futuro; las dos serpientes enlazadas cierran el círculo del presente y del futuro, siendo admirable el enlace de las cabezas y de las colas.

Conociendo a Azorín, habiendo seguido la preocupación que preside su obra, se verá que este sello casi logra la síntesis, que es su tozuda obsesión. Él desea que su obra tenga la diáfana sencillez que la haga del presente y del futuro, que ensimisme en un solo tiempo—en el tiempo literario—los dos tiempos distintos. Sólo era deplorable que faltase en ese sello la faz del pasado, pues evoluta la idea del tiempo, necesita el otro viejo barbudo, de expresión bastante parecida a la del futuro, llegando así el sincronismo a la trinidad perfecta.

En este nuevo sello que yo preconizo para Azorín estaría representado el sentido íntimo de su obra construída bajo la advocación de esa trinidad, y cuando

se reúnen en el espacio y el tiempo literario, los tres tiempos que inmortalizan a aquel en cuya obra se va formando esa unidad infrangible, en que se realiza la más disimulada y difícil unión hipostática, el que lo consigue es inmortal.

Aquel sello de Azorín daba a las cartas del maestro un aire noble, antiguo, como si me escribiese desde su despacho de Atenas, lleno de una luz añilada para mayor blancura de su explosión, un compañero de los áticos que pudo atravesar vivo todos los puentes del tiempo.

Azorín está por estos años en una vía solitaria.

De su experiencia política, luengamente sedimentada, deduce Azorín un nuevo libro: *El Chirrión de los políticos*.

Ve que la historia hace balance y abre cuenta nueva y, entre profético y apologista, coincidiendo con lo que acaba de suceder en 1923, al advenimiento de la dictadura, publica al final de ese año ese libro de declaración de la verdad ante el Tribunal del Tiempo.

Era la política eso que él cuenta en ese *Chirrión* candente, mentideresco y lleno de risas y de indiferencias, descubierta la combina de los comilitones, visto por dentro el reloj de Gobernación.

El porvenir consagrará lo que vale ese libro resumidor, síntesis sin latosidad de la política gubernamental, pero debemos apoyarlo con nuestra fe nosotros, hijos de políticos que anduvieron asqueados por entre esa política, cada vez más impasible ante el ludibrio, cada vez más combinadas sus suertes y más tramposa su lotería, todos los naipes y las bolas señalados.

No se le puede achacar al *Chirrión* adulación de lo



Actores aficionados, intérpretes de «Angelita» en Monovar.

acaecido en 1923, pues en *Un discurso de La Cierva* se explaya por primera vez, cuando eso no estaba ni sugerido, toda una serie de cargos terribles y sinceros contra el parlamentarismo.

En ese momento de divertimientos privados y de membretes solitarios, es propuesto Azorín para la Academia, en lugar de Miguel Echegaray, cuya candidatura propugnan elementos más reaccionarios y rancios.

El Ateneo de Madrid eleva una propuesta en grandes pliegos llenos de firmas, y la Academia hace caso al revuelo de la opinión, entrando Azorín a formar parte de la Corporación, de la cofradía de los hermanos de la despedida.

Es elegido por unanimidad, el 28 de Mayo de 1924, para la silla P., que dejó vacante por defunción don Juan Navarro Reverter.

Por fin, el 26 de Octubre de 1924, Azorín lee su discurso de recepción, siendo contestado por el Conde Duque de Maura.

Ante la Academia asombrada lee no un discurso, sino un libro, que se salvara de ser discurso académico, en gracia a que eso no ha convencionado sus párrafos.

Es en la triste tarde de domingo un relojero ideal que pone en movimiento una hora del tiempo, entre 1560 y 1590, una hora española que vivirá sonando siempre, poniendo su sombra de reloj en las reposadas bibliotecas.

Para probar a los que no son inmortales que el arte verdadero puede serlo, dió una prueba de presencia inmortal haciendo sonar una hora del pasado, con el aporte de unas sutiles campanadas de otro tiempo.

Su labor de académico ha sido breve y protestativa,

pues dejó de asistir a las sesiones desde que le negaron la entrada a Gabriel Miró.

Dos o tres palabras llevó al consenso común.

La primera *gavillar*—montón de gavillas.

Se admitió por el cónclave.

Era una palabra muy azoriniana, nacida de una emoción de cuadro, de un cuadro como el que tituló «Verano» Goya.

A Maura le gustó mucho la palabra, quizás queriendo animar al nuevo académico.

El caso es que es una palabra brillante con luz amarilla, con diurnidad optimista.

Detrás propone la palabra *Robadizo*, cuyo decir apoya leyendo un párrafo del Reglamento y Ordenanzas de la Real Acequia de Jarama. Madrid, 1871, que dice:

Robadizo.—«Sien̄o tan conveniente a la causa común el que los caminos reales estén corrientes, sin atolladeros, *robadizos*, malos pasos u otros inconvenientes».

Por fin la palabra batallona, que levantó una polvareda de discusiones y comentarios, es *Morredero*, usada en el libro *Vida pastoril*, por D. Manuel del Río, vecino de Carrascosa, provincia de Soria, ganadero trashumante, y Hermano del Honrado Concejo de la Mesta, publicado en Madrid el 1828.

Azorín abre consulta pública sobre esta palabra y Amós Salvador, con su gran espíritu, interviene en la búsqueda de Azorín y envía a un amigo de la montaña de León (Valle de Babia) los recortes de *El Sol* relativos al vocablo *morredero*, y al recibir contestación expresiva del consultado, escribe a Azorín enviándole el informe con estas palabras: «Aunque pastor y ganadero en sus tiempos mozos, es, como verá usted, persona de excelente criterio».

«Había leído en *El Sol* los recortes que me manda, y como los califica de curiosidad, por si usted la siente, allá va mi parecer, aunque la palabra *morredero* no es de esta región de Babia ni de los pueblos que componen el partido judicial de Murias. Aquí tenemos otra análoga, acaso equivalente, *morrrinoso*.

Puerto, como dice Azorín, ya sabemos lo que es. Portillín, ¿es el diminutivo de puerto o de portillo? Los dos únicos que conozco, de hecho, lo mismo pueden tener una significación que otra. Son, sí, puertos pequeños, angostos y muy cortos, que dan paso más bajo y menos escabroso a un cambio de vertientes; pero también pueden considerarse como pequeños portillos abiertos por la Naturaleza en la montaña.

Morredero, no creo que tenga nada que ver con puertos y portillines. No puede ser ni calificativo de uno de ellos, porque de aplicarlo como tal no sería puerto o portillín del *morredero*, sino de la *morte*, ya que la palabra no tiene duda que es de origen gallego.

En Galicia, entre la gente vulgar (ya sabe que yo sólo me he relacionado con pastores, gañanes y jornaleros; el trato con usted y algún otro personaje es excepcional) llaman *morredero* a las regiones inhospitalarias que, por su insalubridad o por la exposición de los trabajos que llevan a cabo, acarrean al hombre una muerte prematura, ya por enfermedad inmediata, hija del clima, o por accidentes de las obras, aunque la región sea sana; por ejemplo, Panamá, ciertos Estados del Brasil, insalubres para el emigrante gallego, los califican de *morredero* de hombres, como también llaman *morredero* a la construcción de una obra que, por su naturaleza, da origen a frecuentísimos accidentes del trabajo. Oí por primera vez esta palabra a unos gallegos que trabajaban en el túnel de la Perruca.

Otra acepción tiene la palabra entre el vulgo de Ga-

licia, que es seguramente la que busca Azorín y la que dió nombre propio al collado de la montaña de Teleño. Hay terrenos que sus pastos dan origen a enfermedades mortíferas para el ganado que los pacen, y a esto también se le llama *morredero* de animales. ¿No le parece a usted natural que esto sea el fundamento del nombre?

Ahí va otra interpretación exclusivamente mía:

Las ganaderías, lo mismo estantes que trashumanes, éstas con más frecuencia que aquéllas, padecen epidemias de distintas enfermedades, propagadas, en muchos casos, por contagio. El ganadero o pastor celoso (en siglos anteriores lo eran casi todos) en cuanto se dan los primeros casos, repasa todos los días el ganado y aparta cuidadosamente los atacados, al apreciar el primer síntoma. Puestas las enfermas al cuidado de un pastor y encomendadas a San Antonio, se les señala un sitio, el más apartado, para evitar el contagio, que bien pudiera ser el más alto y menos accesible de los terrenos que ocupen. Hospitalizadas así, sin más atenciones que las del pastor enfermero, encargado de que no se junten con las otras, ni salgan de la jurisdicción señalada, la inmensa mayoría de las atacadas mueren (*morren*, en gallego), y derivado de *morren*, el nombre de *morredero* al sitio en donde finan.

Aquí, en Babia, llamamos *morriñoso* al campo que produce enfermedades en los ganados, seguidas de muerte; y *morrina* (no *morriña*) a la enfermedad.

La verdad es que, si usted no sentía curiosidad por la palabra, y sólo como tal curiosidad me la indicaba a mí, le di la *lata*. Perdónela.»

Por fin, como resumen a la discusión que se armó sobre la palabrita, dice *El Sol* del 5 de Octubre de 1924:

«En la revista *Peñalara*, correspondiente al pasado

mes de Septiembre, encontramos acerca de este punto una nota firmada por D. M. Medina Bravo.

Dicho señor habla del origen de la palabra *morredero*, aplicada, no como denominación común regional de puertos y portillines de los Montes Aquilianos, sino como nombre propio de un punto situado en el nudo orográfico de los Montes Aquilianos, las montañas de León y la cadena de El Teleno. Y acerca de su significado dice lo siguiente que reproducimos por creerlo de interés:

«Como D. Manuel del Río, en *Vida Pastoril*, cita la palabra *morredero* al hablar de las montañas de León y de El Teleno, es indudable que se refiere al «Morredero», cuyo nombre explica la gente del país diciendo que por ser muy peligroso de trasponer durante la invernada se corre gran riesgo de «morir» (morir), como según parece ya ha ocurrido a más de uno. Esta acepción es citada por Madoz, quien afirma que es de origen gallego, lo cual no supone ningún dislate en el caso presente, puesto que El Bierzo es zona de transición entre León y Galicia.

En consecuencia, *morredero* significará paso malo, paso peligroso, en el que es fácil morir. Así parece comprobarlo el tratarse de uno de los puertos más elevados y menos frecuentados, aunque no infranqueable en el invierno, de los Montes Aquilianos.»

Después de lanzar esas tres palabritas, Azorín propugna la candidatura de Gabriel Miró, y como se la rechacen por segunda vez, da en no volver por la Academia ni a sesiones ni a votaciones.

El rejuvenecimiento de Azorín y el Teatro.

El escritor castellano por excelencia parece que ha sido reglandulado misteriosamente, pues si no, es difícil explicarse esa andantería suya y ese azacaneo a través de los escenarios, saltando de teatro en teatro, aceptando entrevistas periodísticas, comiendo en los opulentos banquetes de homenaje, en los que el camarero, teniendo en cuenta cuál es el homenajeado, le sirve el doble que a los demás comensales, como si esa fuese su contribución admirativa y silenciosa al sentido de la fiesta.

Azorín es discutido en este momento por su actuación teatral, pero yo remontaré sobre todas las discusiones su figura de primate de las letras, que desde su apartamiento ha enseñado a escribir, a volver a escribir, a toda la España moderna.

La influencia de este solo hombre es mucho mayor de lo que puede suponerse, pues es de esas influencias de insuflé silencioso que llegan sin sentir por entre las frondas del espíritu.

Hombre de despacho, su rostro se ha transparentado como esos alabastros que transparenta el tiempo. Sólo sale a su antesalita cuando le llaman y allí sus manos nerviosas buscan el papel que estaban escribiendo, tanteando, como ciegas tenaces, por entre las revistas que

para el que espera hay sobre el velador. «¡No es esto! ¡No es esto!» se dicen ellas.

Se podría decir que el ritmo pausado, íntimo y penetrante de las prosas castellanas es implantación de Azorín. Antes se escribía con otro arrebató lleno de adornos y con mazacote de escayola, dejando a la prosa en libertad material, lo que la encorpachaba de mala arquitectura.

Ni un solo día de su vida ha dejado de ser literato Azorín. Los cargos públicos que ha ostentado le han caído por fuerza de su investidura íntima. En el Parlamento era el que no perdía ripio del espectáculo y si se había hecho diputado era por estar más dentro del acuarium nacional. De la vitalidad histórica y sería de la política sacaba fuerza y contraste para su trabajo literario.

—Yo sólo quiero ver pasar las nubes —decía en un momento de mayor sinceridad, cuando llegaba a concretar su programa.

Escéptico por naturaleza, no quería ser más que el espectador, y ahora yo creo que hace su teatro para ser el espectador de él, su propio público.

Vigía de España, señor asomado a los torreones de todos los castillos de Castilla, peregrino de los caminos, conocedor de todas las viejas puertas de ciudad, Azorín ha definido el centro de España aun no siendo oriundo de la alta meseta central, sino levantino, con esa cochura de cráneo y carne de los levantinos, de un barro más alfarero que humano.

Azorín por ser la excepción que debe ser en alma y cuerpo un grande hombre, parece el señero morador de la ermita del cerro de los Angeles, que es, según el planisferral Azorín, el verdadero centro cerebral de la península.

Desde esta cocorota del panorama madrileño es desde

la que Azorín contempla este aire, con estilo pero sin trascendencia, de la vida española, que en realidad se basta a sí misma, como casi no hay pueblo que pueda comparársele.

Pero el fenómeno de renovación de Azorín es lo actual en su gran figura literaria.

De tanto mirar a los cielos y a los altonazos, los ojos de Azorín habían tomado la oblicuidad de los místicos españoles, diferente a la de los chinos, clavados los ojos en la comisura de las sienes. Iba tomando el aspecto de viejo doctor y al mismo tiempo de castizo enfermo.

Pero un día se despertó renovador, prohibiendo todo lo nuevo. Su gloria estaba hecha, tramada, academizada. Ya tenía el pijama del uniforme de la Real Academia para andar por casa, y, sin embargo, Azorín comprometió esa gloria para no desdecir de un futuro más remoto y para alcanzar unos lejanos tramos en su inmortalidad. No quiso ser modorro ni aprovechar la senaduría vitalicia.

En ese punto de su vida está Azorín, ejemplo de escritores, que ha sido capaz de escribir estos párrafos: «Todo es perecedero acá en la tierra y la belleza es tan contingente y deleznable como todo... Cuando las generaciones nuevas tratan de destruir los hombres antiguos, «consagrados... se estremecen de horror los viejos».

«Y no hay nada definitivo; los viejos hicieron sus consagraciones: ¿qué razón hay para que las acepten los jóvenes? Su criterio vale, por lo menos, tanto como el de sus antecesores. Yo me siento viejo, enfermo y olvidado, pero mi espíritu ansía la juventud perenne.»

«Los hombres que admiten sin regateos las innovaciones de la estética son más humanos que los viejos. La innovación es al fin admitida por todos; pero los jóvenes la acojen desde el primer momento con entusiasmo, y los viejos cuando la fuerza del uso general les

pone en el trance de admitirla, es decir, cuando ya está sancionada por dos o tres generaciones.»

Azorín, gracias a esas palabras, merece, además de la admiración, la piedad de los jóvenes.

En su obra hay una buena tarde española que se ilumina de nuevos soles. Cualquier página se trasfunde al paisaje actual de Castilla. No es la obra llena de exabruptos, que es más circunstancial de lo que parece, sino la obra duradera, con ventanas a las tardes buenas.

Ante el compromiso de tener que elegir un escritor que no defraude, escogeré siempre a Azorín, que, por el contrario de otros, no intenta un largo y complicado divertimiento—que tantas veces acaba en aburrición,—consiguiendo la paz de la contemplación en una atmósfera explicadísima de palabras y matices.

Buscando un espíritu de medida ante lo que sucede, reintegrado a su puesto siempre, nada propalador de mentiras sobre España, encontraremos siempre en Azorín al maestro, al que señala la ductilidad de estilo y comprensión que hay que tener con cada tiempo y con cada acontecimiento.

Esta ida de Azorín al teatro no es sólo una ida sino una *vuelta*.

Recordemos:

En sus mejores tiempos transcurrió la vida de Azorín en derredor del barrio de las Musas y el Teatro Español es el que más le preocupa, el teatro elevado sobre el solar resonante de antiguos versos y concetos—lo cual sin la *p* quiere decir que eran más sutiles que los conceptos.

Eleva el acto de ir a un sitio, lo arranca a la mezcla con la gente, lo hace todo lo solitario que era en medio de otras especies de seres.

«Yo me siento en mi butaca».

Es interesantísimo cómo contra los tópicos generales

de la crítica, con tanto aire de lección siempre, Azorín se prepara a ver el espectáculo y la sala como si los renovase.

Esa expectación del teatro con el telón echado en que se presiente que la obra se fragua mejor y se arrepiente de lo malo y mejora sobrepasándose, Azorín la condensa en sus primeras críticas teatrales poniendo por encima de lo accidental lo que en el Teatro hay de templo expectante.

Siempre que se trata un género literario con originalidad, parece que aparece en el mundo por primera vez.

Aquella profunda rojez del Teatro Español, como en densidad de inspiraciones, iba bien a aquel sigilo de Azorín al hacer sus críticas, pintando todas las maneras de la llegada, del sentarse, del levantarse el telón, con el encendido luciférico de las candilejas.

Las obras que contempla Azorín son de Echegaray, de Benavente, de Galdós, y Azorín se preocupa de mezclarlas a la vida nacional, de darlas estribación en la calle.

Un poco es esta la manera de Larra, que piensa en el conflicto desgarrador de la vida frente al conflicto de la escena, sino que añade a esa exégesis palpitante del conflicto, el desdén infinito para todos los conflictos de una ecuanimidad superior, y en medio de la descompuesta violencia del drama, hay un hombre, él, Azorín, que no se perturba, que vuelve a recoger su bastón para irse, que muestra la indiferencia ideal frente a la comprensión de lo sucedido.

Vale exhumar una crítica de teatros del Azorín de aquellos tiempos:

«Estábamos los dos sentados en las últimas filas de butacas: él era un pequeño actor, viejo y asmático; yo soy un pequeño filósofo, que tiene un paraguas enorme, de seda roja, y una cajita de plata repleta de fino y olo-

roso tabaco. Estábamos los dos acurrucados en nuestros sillones enfundados de lienzo blanco: la débil luz de la batería ilumina, al ras de las tablas, las figuras pálidas de los actores que declaman, se detienen, tornan a comenzar, vuelven a detenerse, mientras un señor terrible y furioso exclama a grandes voces: «¡No, no; eso no es así!». «¡No, no; tornemos a comenzar!»... Yo pienso en las andanzas y transmutaciones de la vida y la muerte, tal vez tomando pie de este simbolismo del teatro—lector, yo soy un poco místico—; mi acompañante tose, tose pertinazmente, encorvándose, poniéndose la mano ante la boca. Lector, otra advertencia: yo amo apasionadamente a estos viejos actores que han llegado a la fría y desoladora senilidad del actor entre telones, vistiéndose y desnudándose precipitadamente en los cuartos angostos, sin afecciones sólidas, sin hogar seguro, peregrinando por el mundo, ligeros, inconstantes, fugitivos, deleznales... Y este actor que está ahora junto a mí, aquí, en la sala semi-oscuro, viejo, achacoso, tosiendo a cada instante, hace nacer en mí—créelo—una viva, una perdurable ternura hacia esa gente. Tal vez ellos son, entre todos los hombres, los que viven más fuertemente de la ilusión; ellos se creen con un talento enorme, y acaso tengan un talento pequeño; ellas—si son mujeres—, quizás se juzguen gentiles y bonitas, y no sean tan gentiles ni tan bonitas.

Pero la vida pasa; la imagen produce en nosotros el mismo efecto que la realidad innegable. ¿Quién ha sido tan feroz que ha identificado tan bárbaramente la Verdad y el Bien? ¿Por qué todo lo bueno ha de ser verdadero, y todo lo verdadero ha de ser bueno? No, no; yo tengo en el fondo de mi alma un secreto y tremebundo odio contra ese Platón que ha lanzado, entre los plátanos de Academos, su aforismo de que «la Ver-

dad y el Bien son idénticos»; contra ese Sócrates que va por las casas de Atenas desengañando a todos los ilusos de sus quimeras...

Y ya ves, lector, cómo yo voy pensando y filosofando en estas cosas trascendentales, en tanto que allá, a lo lejos, en la rampa, los actores declaman, se detienen, recomienzan, y un señor apocalíptico grita levando los brazos al cielo: «¡No, no; no es así!». «¡No, no; tornemos a comenzar!». Pero yo, que tengo mi paraguas de seda roja entre las piernas y me apoyo pensativo sobre él, yo no oigo casi estas voces desaforadas, y continuaría devaneando por mis ensueños, pensando en Sócrates, pensando en Platón, si de pronto una voz de mi vecino, más seca y más pertinaz que todas, no me volviera a la realidad miserable. Entonces abro del todo los ojos, entornados gratamente, y considero que no estoy, como yo imaginaba, en un lugar de viva y honda intelectualidad, donde se siente, donde se piensa, tal como el Pórtico de Atenas o el huerto de Epicuro, sino sencillamente en un teatro, durante el ensayo de una obra española, con las luces a media llave y un señor que da gritos, indignado. Y luego, cuando una señora, en el lejano escenario, ha terminado un parlamento, y mi vecino, el viejo actor, me susurra al oído: «¡Qué gran actriz que es esta mujer!»; luego, al oír estas palabras, mi tristeza y mi angustia suben de punto. Y poco después, cuando un señor de barba blanca, que está en el escenario, les ha hecho una observación a los actores, y mi vecino ha tornado a exclamar: «¡Qué talento tiene este hombre!», el conflicto que se ha hecho en mi espíritu ha llegado a su grado máximo. ¡Ya estoy preso en la realidad despreciable! Ya he caído desde las altas cimas de la especulación filosófica a los parajes prósaicos de la menuda crítica. ¿Es tan grande esta actriz como dice el pequeño actor? ¿Es tan

sabio este hombre? ¿Diré la verdad? ¿Contribuiré a mantener incólume el error? «Di la verdad, di la verdad—grita en mí el crítico implacable de los hombres y de las cosas—; di la verdad; desengaña de su quimera a este viejo y petrificado actor que está tosiendo a tu lado toda la noche; lleva la luz a su cerebro hueco; ¡ilumínale, ilumínale!». Y otra voz más suave, más afable, más mundana, la voz del pequeño filósofo, con su paraguas y su cajita de plata, contesta: «No, no; no seas feroz, no seas implacable, no seas cruel. ¿Para qué vas a quitarle sus ilusiones a este pobre viejo? Acabas de abominar de Platón y de Sócrates, y vas tú ahora a parodiarlos vilmente: no te conoces a ti mismo; eres un pobre hombre que quiere ser filósofo y no consigue serlo, a pesar de tu paraguas y de tu tabaquera. Acuérdate que lo primero que ha de hacer un filósofo, es pasar por la vida «como un espectador»; acuérdate que Montaigne, el pensador a quien tú tanto admiras, decía: «Mi oficio y mi arte es vivir», y que La Fontaine, que es tu otro autor de cabecera, recomendaba que gritáramos: «Viva el Rey» o «Viva la Liga», según sea el Rey o la Liga quien mande... Pequeño filósofo, eres un majadero.

¿De qué te servirá decir que estos actores que aquí están ensayando, y a quienes todos reputan por insígnies, son unos actores medianos y discretos? ¿Cuánto provecho ganarás con afirmar a los cuatro vientos que este señor que dirige la parte artística de la campaña es un señor vulgar, autor de unos artículos ramplones, sin hondos conocimientos de estética, de arqueología y de historia?

¿Qué voz amiga te consolará en tus tribulaciones, si todos los ingenios de hogaño se concitan contra ti porque has dicho que casi todos los dramas, comedias y sainetes que se ponen en los tinglados pú-

blicos de España son monumentos de estulticia e inopia? Pequeño filósofo, eres un majadero».

Y yo he visto que esta voz que susurra en mí mismo, tenía razón. Y yo me he puesto triste. Y yo he sacado mi caja de plata, y me he imaginado que el perrito de oro que tiene grabado en su tapa, ladraba hacia mí rabiosamente por mi agresividad e intolerancia. Y entonces he cogido mi paraguas de seda roja y me he alejado en silencio, mohíno, cabizbajo, pensando en la loca vanidad de las cosas humanas».

En aquella actuación de Azorín estaba ya el germen de esta dedicación al teatro pasados los años.

Los que no comprenden, los que no quieren dar su brazo a torcer encuentran mal todas las salidas que hace al mundo Azorín, cuando encuentra abiertas las puertas nobles de la Aventura.

Azorín no quiere perder su vida en una larga espera y tiene idea del sentido de variación contradictoria que inspira a la vida cotidiana tan de otra engañosa apariencia en la falaz vida histórica, de tal modo, que se podría decir que no fué verdad la historia, que no fué nada en la desintegración de las escenas vitales de los días sueltos en que se vive y se duerme.

En un país de inmutables que no quieren colaborar con la ductilidad de la vida, en el sentido en que la ductilidad no es indigna, Azorín tenía que ser algo como un renovador del mundo.

Así como esos abstenedores se quedan momias en un abrir de ojos y resulta que nunca han actuado verdaderamente en la vida, Azorín, al que la tolerancia, en vez de servirle de cosmético o leontina, le sirvió para ser tolerante, entra y sale en la realidad como conmutador de realidades.

Azorín lanzado al teatro, estrena en 1926 *Old Spain*, en 1927 *Brandy mucho Brandy*, en 1928 *El*

Clamor y el mismo año *La Comedia del Arte*, estrenándose en coyunturas menos públicas diferentes pedazos de un tríptico sobre la muerte, a excepción del *Doctor Death*, de 3 a 5—que estrena Rosario Pino en Santander—, en que se deja llevar del aire húmedo y frío de los viejos misterios catedralicios.

¿Por qué esa afición de titular en inglés sus comedias?

No he sabido contestar a los que me han hecho esa pregunta, pero pensando, pensando he llegado a una solución posible: «Porque es así como Shakespeare titulaba todas sus obras teatrales».

Toda una grata perspectiva brota de su entrada en el mundo del teatro.

Los ingresos son como no habían sido en toda su vida y todo marcha solo, como no sucede en la novela ni en el artículo, complicándose en nuevas representaciones y traducciones.

El Rey le llama en su primer estreno al llegar al segundo acto:

—¡Qué grandes tipos de pueblo! ¡Qué bien están!

Después el Rey llamó a la Reina para que pudiera felicitarle y la Reina le preguntó cómo se le había ocurrido la obra.

Hay cosas bellas y originales en esas comedias de Azorín y sus tesis son magníficas como la de *Old Spain*, que se resume en este breve diálogo:

Don Joaquín.—La vida es triste.

Mister Brown.—Donde no hay extravagancia no hay alegría.

Don Joaquín.—La vida sin extravagancia es despreciable.

Ese clown que necesita España como contraste a sus engolamientos, rigideces y vanidades, es de los mayores aciertos de una mente.

Fuera de eso, toda la obra está espolvereada de cosas.

«—¿Dice usted que es triste ese señor?

—¡Figúrate, un hombre que ha recogido un último suspirol».

En otra ocasión lo que está bien es que la aparición, en vez de ser primero joven, es primero vieja y después joven, moviendo esa sola trasposición a ideas no sospechadas.

Se combate a Azorín duramente porque entra en el Teatro, y un día Azorín contesta con un artículo acre que despierta una fuerte marejada de la crítica, sobre la que vence el escritor imperturbable en su faro.

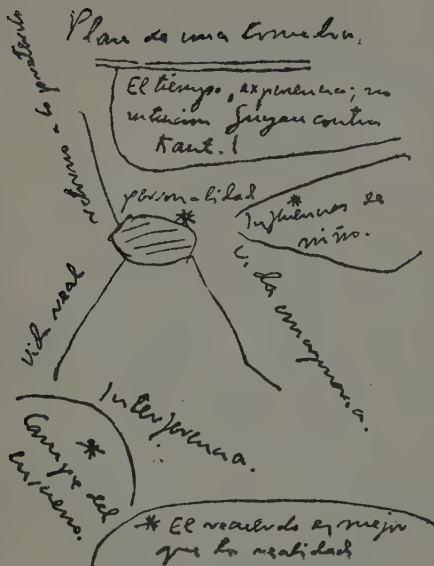
Contra esa crítica bárbara y ensañada de los críticos de teatros, escribe Azorín: «Se comprende ese ejercicio en Weimar con un Goethe a la cabeza del teatro, en que ser crítico sería «sencillamente expresar un sentimiento que desborda del corazón». Mas en estos días, en una nación como la española, en donde lo viejo está gastado y lo nuevo se ignora en qué consiste, llevado y traído el crítico por solicitudes varias... ¡Juzgar desde un sillón!».

Azorín sigue escribiendo sus obras y contestando a todos los requerimientos. Como aclaración a su teatro escribe al director de *La Voz* «Fabian Vidal»:

«No es cosa fácil para un autor, sea dramaturgo o novelista, decir cómo escribe sus obras. Limitémonos ahora al teatro. Se puede poner de manifiesto el procedimiento externo que sigue el autor para ir desenvolviendo su obra; se tiene en la imaginación un esquema de lo que se va a hacer, que se escriba de un modo o que se escriba de otro; que se comience por el principio o que se inicie la redacción por el final o por en medio, la cosa en sí no podrá ofrecer gran novedad. En el campo de la creación artística se emplean todos los pro-



«Angelita» Acto 1.º Cuadro 1.º por Adela Tolosa y el actor Vidal.



*Itinerario espiritual
de la creación de una obra
dramática, trazado por la pluma de Azorín.*

cedimientos; cada autor escribe como le es más hacedero. La costumbre lo hace todo en el arte escribir. No se podrá citar un solo ejemplo en cuanto a prácticas, modos, estilos y maneras de escribir, de planear, de llevar adelante una obra que no haya sido empleado infinitas veces.

Y lo interesante, a mi parecer, no es cómo se escribe la obra, sino de qué manera aflora su idea en el cerebro del artista. ¿En qué momento nace la idea y en qué forma nace? Este es el verdadero problema; la nebulosa de la obra será siempre tan interesante como la obra acabada. Y para el psicólogo y el crítico literario, muchas veces la nebulosa más que la obra. La obra que preparaba Pascal—y para la cual iba tomando apuntes—¿hubiera sido más interesante que esos apuntes que hoy admiramos profundamente?

Muchas veces no pensamos en escribir tal o cual obra; la imaginación está divertida en otros temas; no preparamos nada; no nos proponemos escribir determinada obra sino algunos meses más tarde. Pensamos en otras cosas; leemos libros que no se relacionan con el vago, incierto, levísimo propósito que hemos dejado para realizar más tarde. Y un día, cuando menos lo esperamos, vemos claramente en nuestro cerebro una situación, un personaje, una escena... Nos quedamos sorprendidos de que tales ideas hayan surgido en aquel momento; sentimos un cierto halago íntimo; nos felicitamos de tan inesperado hallazgo. Las ideas surgidas en nuestra mente de modo tan inopinado ya no nos abandonan; se apoderan de nosotros; ejercen sobre nosotros una tiranía de todas las horas, de todos los minutos. Todavía no tenemos más que una nebulosa de la obra; pero poco a poco vamos concretando el primitivo tenue boceto.

¿Qué es lo que ha determinado el nacimiento de las

primigenias ideas? Sencillamente, la atmósfera espiritual de que estamos rodeados. La preocupación, por ejemplo, del tiempo—uno de los temas capitales en el teatro actual—hará surgir en nuestro cerebro una idea que sea el punto de partida para escribir tal obra, en que se plantee el problema del tiempo y de la eternidad. Y en una simple cuartilla, en torno a un esquema incomprendible para todos, iremos concretando nuestro pensamiento. ¿Qué dicen esos dibujos, y esas líneas, y esas frases y palabras sueltas de la blanca hoja de papel? Sólo nosotros lo sabemos; pero ese logogrifo es el núcleo de una obra que lentamente se ha de ir clarificando.

Nada más, querido «Fabián Vidal». Y, por si pudiera ser útil, como esclarecimiento del texto, ahí le mando uno de esos enigmáticos esquemas, seguro de que no lo ha de entender nadie, por más que sobre él cavile y vuelva a cavilar.»

¿Qué fórmula surrealista es esa de que habla Azorín? El mismo la aclara recordando la fórmula que hay para hacer un cañón: «se coje un agujero y se recubre... Pues bien, para hacer una obra surrealista se toma un argumento realista y se le quita toda realidad.»

Así llega a *El Clamor*, la obra en colaboración con Muñoz Seca y que levanta todas las huestes del currinchismo contra él, llegando hasta a hablarse de echarle de la Asociación de la Prensa.

Ya Azorín había recogido la ironía de La Bruyere cuando dice: «El deber del periodista consiste en decir: Ha salido un libro que va impreso de tal manera y en tales tipos; está bien o mal encuadernado; se vende en tal o cual precio; el periodista hasta tiene la obligación de saber en qué librería se vende, pero su locura es querer hacer la crítica».

Para comprender *El Clamor* habría que recordar

aquellas viejas humillaciones de Azorín por el periodista capaz de todo, sobre todo aquella salida de *El Imparcial* después de sus mejores y más independientes artículos, cuando se traslucía a través de su estilo encalado, la gran tristeza aplastada del pueblo andaluz.

El ataque del escritor—con la bala en el pulmón del alma—se refiere a aquel viejo periodismo; es ataque un poco tardío, pero él aprovecha la ocasión que le llega también un poco tardía.

El periodismo ha variado, pero aún vive en las suspicacias el recuerdo del viejo periodismo. ¡Que con todas estas repulsas no levante cabeza! ¡Que el lector se apresure a no seguir el periódico en que sean admitidas todas las asechanzas tendenciosas!

En las redacciones ya domina la idea de responsabilidad y respeto, y cuando en esa llegada de cualquiera sin examen de ingreso, hay un soplo de ruindad crítica, de simonía disimulada o de rebeldía contra las categorías intelectuales, el resto de la redacción, que sabe que lo que hace solidarios a unos hombres con otros es el espíritu y la equidad de juicio, reacciona contra aquel en quien retoña el viejo descaro periodístico, atacando con el tacón el brote de la cebolla borriquera de que no está libre ningún subsuelo.

Como es imposible conseguir que impere la biografía de cada autor en todos los momentos de su obra, algunos críticos no tuvieron en cuenta este sentimiento retrospectivo, este resarcimiento para mayor ejemplaridad, esta venganza hacia atrás al imperar sobre el presente.

Azorín no se contamina con nada y aprovecha las fuerzas vivas de la época para mover mejor su alto molino.

Muñoz Seca queda adscrito a Azorín y no Azorín a Muñoz Seca.

Azorín no tiene miedo a aproximarse a la ironía del

que rezonga burla plebeya, y un día es Muñoz Seca el que queda prendido a Azorín.

Muñoz Seca es como el rejoneador del Teatro, el señorito que montado sobre la jaca maneja la banderilla del retruécano entrando y saliendo, dejándola prendida unas veces y otras desprendida.

En juegos peores que el de su colaboración había entrado Azorín y de todos ellos había salido indemne.

Después de todo era su colaboración consulta con doctor de teatro y de moda frente a un tema preestablecido. No había por qué rehuir el compromiso de consultor y colaborador.

De un lado de la mesa de la colaboración creaba el escritor perennal lo que poder leer a través de siglos, y del otro el hombre circunstancial, amanuense de comedias de circunstancias, las tristes circunstancias por las que pasa la España de este siglo.

Azorín y Pombo.

Desde que se fundó la tertulia pombiana en el antiguo café y botillería de Pombo, conté con Azorín, y varias veces se sentó en la presidencia de los ágapes.

De aquellas primeras fechas es una carta en que dice:

«Queridos amigos: Al igual que en la amada Francia ha habido pequeños cenáculos pintorescos y capillas extrañas—como la de los hidrópatas—, ustedes mantienen vivo el culto a Pombo. Pombo es 1850, Bretón de los Herreros, los pronunciamientos, Merimée, Estébanez Calderón, Pepa la Banderillera (la amiga de Merimée), Zorrilla, los primeros ferrocarriles, las primeras luces de gas... El recuerdo del trágico fin de Larra estaba todavía vivo. Había una indecisión entre el pasado romántico y el porvenir naturalista. Hoy sean ustedes adoradores de la tradición, pero lamen con toda su alma el porvenir de libertad y de progreso!

En 1850, Bretón decía en su poema *La Desvergüenza*, que «hasta Pombo había comprado vajilla y ensanchado el biombo». Todo se renueva; Pombo ha sufrido, desde ese que indica Bretón, tres remozamientos. Mas ustedes, fieles devotos de la institución fundamental, mantienen su culto por encima de todos los accidentes. De todo corazón me asocio a sus gratas ceremonias y ritos halagüeños.—Azorín.—Madrid, 21 Abril 1917.—P. D.—No quisiera que mi carta hiciera surgir una di-

sidencia en la ortodoxia pombiana. Pombo se presta a la exégesis, y la exégesis es madre de la herejía. Para mí, Pombo, desentendiéndome de sus orígenes, representa la transición en la vida española. Otros considerarán que Pombo es Larra puro. El campo está abierto a la discusión. Yo me limito a exponer una idea.»

Por sus atenciones a Pombo, y en prueba de invariable admiración, cuando más rugía contra él la incompreensión literaria unida a la injusticia de no tener en cuenta los antecedentes de la devoción, cité a mesa redonda en la capilla mayor de mi Cripta.

Al lanzar mi circular oí las mayores contradicciones al acto que deseaba realizar y en la mesilla de cualquier café se pergeñó un manifiesto contra mí.

Sin hacer caso de nadie, ni a muchos pombianos disidentes desde entonces, lancé mi llamada:

«Sr.

Distinguido amigo:

La cena inaugural de la nueva temporada pombiana 1927-1928 va a ser un homenaje de reiteración al gran escritor Azorín.

En Azorín se reúnen todas las cualidades esenciales y espirituales del literato, puras e independientes, a través de todos los avatares por los que la precaria vida española hace que pase el escritor, no dejándole trabajar en esa soledad máxima que el escritor necesita.

Su espíritu tiene la adolescencia terrible, que es gran prueba de espíritu excepcional, y entonces tiene que ser despedido de *El País*, que dirige a la sazón Lerroux, porque los viejos progresistas protestan. Todas las rebeldías le animan y reacciona contra el juego, y, por fin, asqueado de la vida literaria, se mete en su pueblo,

dejando sembrada la Corte de un librito llamado *Charivari*, en que pinta su desilusión de aquel medio de cínicos y capirrotos, sin vocación literaria y sin horas confidenciales de agonía artística.

Azorín descubrió y situó la vida española. Rota la adiposa retórica de épocas anteriores, no se había dado con el estilo de la modestia y de la nueva clarividencia de su vivir. Azorín alumbró las calles y los caminos de España.

No podemos olvidar tampoco que creó modelos de periodismo, arquetipos geniales que pudieron vivir mucho después de que él los hubiese creado, como sus *Impresiones parlamentarias* y sus *Oráculos*, en que de la mina de lo secreto, de lo que tiene apariencia de no vivir, supo sacar con precisión y sencillez, nuevas fuerzas y electricidades de emoción.

A los clásicos les dió Azorín tal vida de presente, que nos hizo ir al teatro de sus refundiciones, lo que no hubieran logrado mayores eruditos remotos de toda genialidad.

Ahora, Azorín, con ánimo bendecible, logra llevar la inquietud a los teatros, sugiriéndoles otros caminos y predicándoles un credo más amplio.

Azorín ha tenido confortadoras palabras para la juventud, cuando, en general, los escritores añosos la obstaculizan, la excomulgan y la calumnian, o hacen política de «aborrecimiento» alabando a todos los retoños, personalistamente, sin la selección obligada al encararse con ellos uno a uno.

Azorín merece nuestra admiración por la obra que le caracterizó, y que no fué obra de chiripa, de imitación o de casualidad, sino género personal, con clave original, verdadero sector de un mundo nuevo.

Azorín, sin aglomerar efectismos ni flagelaciones en su obra, está libre de ese especial matonismo retó-

rico, al que se debe el lauro muchas veces en este pueblo absurdo. En su vida de escritor, empleado en su gabinete íntimo y debiéndose sólo a la disposición acordada del espíritu, Azorín ha sido incapaz de incurrir en la brutalidad literaria del exabrupto a la española.

En la España de las involuciones inesperadas y de los desarraigos súbitos, el escritor se repliega en los burladeros de la autoridad, aunque en su espíritu sea el sumo hombre libre. Sólo seres que estamos abocados al mayor martirio permanecemos y permaneceremos irreconciliables con los dos fanatismos que agarrotan la vida española.

Robémonos a la envidia que provoca el teatro, lleno de ladridos currinchescos, y para que sea más tranquilo nuestro juicio, alejémonos de la indeseable atmósfera de los estrenos, considerando su obra primera y central, la que dejó trazada la categoría de un espíritu, con renovación que no estaba sólo en su preámbulo, sino en su creación, porque hay que recordar un poco aquellos tiempos de Madrid, en limbo de sombras, para ver lo heroico que fué el propalador de las primeras ironías, víctima de los cantazos que le lanzaron los que sólo comprendían el sarcasmo y el zambombazo.

Implantó en el periódico la nota personal, dándola aire de libro cotidiano, cuando estaba sólo lleno de la alharaca retórica y de la hipocresía de lo importante. No olvidaré nunca, para regar de equidad mi corazón, aquella frescura de improvisación liberadora con que aparecían en el Madrid aún no muy lejano las prosas de Azorín. Es el primer periodista individualista, en el que el uso del yo rompe la tradición social y congregante del viejo periodismo.

Subiendo a los oteros de cada capítulo de su obra

reconocemos la vida española con una iluminación que no había tenido hacía muchos años.

Fué hombre serio y aparte y lo seguirá siendo, porque su obra es de soledad y creación, y por eso, en el deseo de bañarse en el buen arte, puro y desinteresado, le hemos elegido a él, sin contar para nada con el contraste, con las circunstancias, y lejos de esperar a agasajarle cuando tenga esa vejez embobada de algunos escritores, bobería senil que es la que conmueve a los sensibleros.

Debemos apologizar esta unidad literaria de una vida, y demostrar que eso es más importante para nosotros que los halagos y latiguillos de los cabecillas de otras ambiciones. ¡Abominemos los arrivismos primeros y los últimos!

No reaccionamos contra nada al dar este banquete al maestro, digno de enorgullecer a la época en que aparece, sino que queremos depurar nuestro respeto y admiración ante el que los ganó de sobra y ha aceptado el salir en la noche desabrida de Noviembre para compartir nuestra modesta colación.

Sintamos la alegría limpia del radiante agasajo, en estos días negros de aire basilisco y rabioso, festejando al escritor sin venenos y que practicó y defendió la idea de tolerancia, destacándose fuera de toda disciplina cuando lo creyó necesario, pleno siempre de tolerancia, jugo de que están faltos los fanatismos españoles, lejanos a aquel supremo gesto con que Sócrates, risueño, asistía a las representaciones en que le zahería el Muñoz Seca de aquellos tiempos, halagador de las pasiones revueltas de entonces, llevando a la escena remolinos de comadres y compadres.

Momento de feroz y repugnante injusticia personal es el actual momento literario, lleno de malditas diatribas que subdividen la unidad espiritual literaria,

hasta contra los que tienen una dignidad espiritual presentable y un decir que no puede herir los oídos. Momento de injustas apologías, por el exceso con que se las inefabiliza, momento de mordiscos de hidrofobia a diestro y siniestro en que se ensañan con todo los mastuerzos de la traición y en que, hasta los que no pueden por medio de la obra directa, enconan la vida literaria aprovechando las biografías que hacen de los peores o las entrevistas a que se dedican.

Es insoportable ese olvido presente de los méritos acaecidos, como si el cine, cual una blanca goma de borrar, borrarse, con su nerviosa titileación, el recuerdo de lo hecho o como si la desvariación rápida y desmemoriadora de la circulación urbana de la vida actual, fuese especialmente contra lo conseguido en pacífica y cierta invención.

Busquemos, juramentemos, ejicemos un mínimo de lealtad para poder volver la cabeza descuidados en la distracción inspiradora. Es insostenible esta avalancha de Caínes, que saltan sobre nosotros al menor descuido.

Dejemos a los otros valores con sus otros públicos, y no suceda en España lo que no sucede en ninguna parte del mundo: que un grupo se empeñe en que sean los seres los que ese grupo quiera que sean, no lo que son o fueron, y se empeñe también en que las cosas que suceden por sufragio universal sean enderezadas bruscamente hacia imposibles idealidades, sin comprender la natural mediocridad de las turbas.

No hay necesidad de pastelear ni andar en conciliaciones con «los otros», sino estar aparte y actuar sobre los afines y los curiosos. Tengamos equidad, que quiere decir pesar bien el valor de los que se destacan en una humanidad que abunda en tipos inferiores. No asustemos con vesania a los que intentan hacer arte y les tratemos como a criminales, cuando a los indiferentes,

a los protervos y a los estultos les dejamos en paz. Un poco de consideración y formas en el salón de los que aspiran y ensayan.

Restaurar una admiración frente a salpicaciones y palabreos de *foyer*—las aventuras de teatro no pueden herir lo egregio de una figura literaria—, elevar la efigie de un literato que no ha perdido la serenidad de su estro a través de todas las vicisitudes de su vida, y que nos dió el reposo místico, unido a lo cotidiano, es algo digno de nosotros, entre la insania de los basiliscos y las capciosidades de los enrabiados, lejanos nosotros de esa iracundia que sería curioso estudiar, encontrando en ella conflictos de ambición fallida, excitaciones del lujo de la vida moderna, desesperación de trabajar, mala educación monstruosa, embarrancamiento...

Como penitencia depuradora de las injusticias, como oración para crear la España increada de la tolerancia, escojamos a este gran escritor, que en días de más sereno atalayaje, descubrió mejores perspectivas del ver sin trucos de aberración y destemplanza, pudiéndonos acercar a su obra sin ese masoquismo que lleva a otras obras, sintiéndonos en Azorín viandantes solitarios de los caminos del espíritu. Recordemos que Azorín fué un telegrafista de señales luminosas cuando el páramo español estaba más oscuro, y solazándonos con ser sus contemporáneos, esa cordial condición que tanto nos envidiará el futuro, honrándonos al sentarnos a su lado la noche del banquete.»

Así acaba mi circular.

El banquete sumurmujado con los peores augurios y sin defender por los jóvenes cobardes que hacen a pelo y a lana, resultó un acto digno y triunfal, que hizo ver a Azorín de un modo ostensible que la estimación literaria le continuaba adicta, por más de que

le hubiesen faltado al respeto en la baja atmósfera de los teatros.

A ese aprovechen de que se prevalece la voracidad de los antiguos odios intelectuales, en cuanto el escritor tiene un descuido, contestamos con aquel acto de veneración espiritual.

Como resumen de lo que sucedió allí aquella noche, vaya la reseña de A B C.

HOMENAJE DE REITERACIÓN A AZORÍN CELEBRADO EL MIÉRCOLES, 23 DE NOVIEMBRE DE 1927

Los concurrentes y los adheridos.—Anoche en el café de Pombo, se celebró el banquete en honor de Azorín, organizado por el joven y eminente literato Ramón Gómez de la Serna. En la «Sagrada Cripta» pombiana se reunió un grupo nutrido de amigos y admiradores del ilustre autor de *Los Pueblos*. Recordamos de momento, entre los comensales, a los Sres. D'Ors, Pittaluga, Juan Ignacio Luca de Tena, Díaz Caneja, Sassone, Edgar Neville, Antonio Espina, José Lorenzo, Fernando Vela, Juan G. Olmedilla, Enrique Mariné, José Ignacio Alberti, Caro Raggio, Díez Revenga, Moreno Caracciolo, Vázquez Díaz, los hermanos Gutiérrez Solana, Antonio Porras, Carlos Raggio, Solís, Semprún, José María Chacón, Ángel Giménez Caballero, Fontanals, Santiago Vinardell, José María Matheu, Aguilar Catena, Pérez Rubio, Pablo Inestal, Roberto Molina, etc.

Al lado de Azorín tomaron asiento en la mesa presidencial Ramón Gómez de la Serna y Eugenio D'Ors. El joven escritor D. José Lorenzo leyó las adhesiones, entre las cuales destacaban las de D. Francisco Grandmontagne, muy afectuosa y justa en el examen de la labor literaria de Azorín; Pío Baroja, Zubiaurre, Pérez de Ayala, hermanos Álvarez Quintero, «Andrenio»,

Margarita Xirgu, Barradas, D. Félix Lorenzo, director de *El Sol*; Ernesto Giménez Caballero, Margarita Nelken, Francos Rodríguez, Victoriano García Martí y amigos y admiradores de Azorín de Monóvar, Yecla y Alicante.

Palabras de Gómez de la Serna.— Ofreció el banquete su ilustre organizador, el creador de las «Greguerías», quien dijo, entre otras cosas:

«Es obligado ofrecer el banquete. Por lo tanto, me levanto a cumplir este acto de ritual. Es difícil, después de haber escrito una larga proclama, hacer un discurso que, de todas maneras, tendría que contenerla. Por eso me remito a esa proclama.

Los ambiguos no están aquí. ¡Todo menos ser invertidos, porque eso es la suprema deslealtad y el supremo contrasentido!

Festejamos al mayor hombre de pro de la literatura actual, al que supo englobar por primera vez la sensibilidad y el estilo, y al que supo encontrar la conciencia de lo español, pues si se estaba metido en lo que sucedía en España no se tenía la conciencia de ello.

Azorín cuenta con las realidades españolas y cuaja la tarde de España cuando la nube cárdena hecha de piedras del pasado aplasta los pueblos.

Deseamos con él que el legado clásico destaque en el tiempo, en el único tiempo verdadero, en el presente y no abstractamente—obra de eruditos y profesores vanos—ligado a las circunstancias en que se ha producido, en fusión armónica con la raza y con el paisaje.

Quizás sea este momento de recordar que los homenajes tienen la disyuntiva de los entierros, por la cual los que faltan a ellos, han faltado, sin que lo puedan enmendar ya nunca, a un acto importantísimo que no sucede en la vida más de dos, tres o cinco veces cuando se es escritor. Por eso esta noche, en la alegoría—que

no es de entierro, porque aunque haya hecho este símil, tengo que rectificar la idea, para que no se refleje el carruaje oscuro en el homenaje—, ha habido una asistencia extraordinaria.

Comenzó este acto como una ilusión, desautorizada y mal vaticinada, pero en este momento es una realidad que se ha superado a sí misma. Tenía que suceder. No ha habido presiones ni promesas interesadas. Azorín es uno de los pocos hombres que no han echado de comer a las fieras, sentido que dió a su casa editorial Blasco Ibáñez cuando inventó ese medio para prepararse el camino del porvenir. Por eso al levantarme, no solamente tengo que ofrecer el lauro al homenajeado, sino también a los homenajeadores que han asistido desinteresadamente. Porque Azorín ha tenido siempre una actitud señera, lejana y despreocupada hacia los pequeños asuntos. Ha estado solo en su casa de literato puro.

El acto de esta noche quisiera que le recordase a Azorín aquel otro que él preparó a Pío Baroja, en el Parador de Barcelona, sitio en que también quisieron contrastar aquellos jóvenes el éxito de lo nuevo en local viejo, como si el bocoy rancio diese mejor tono al vino nuevo, en burbujeo de fermento aún. Han pasado muchos años, pero este hombre se conserva tan adolescente, con tal independencia espiritual, que vuelve a ser éste el acto juvenil de entonces. En el Parador se gritó contra los consagrados. Hoy Azorín vuelve a dar el grito contra ellos».

Con frases chispeantes de gracia y originalidad, evoca Ramón los años en que Azorín descubría España y procedía a la reconquista espiritual de Toledo, cuando Azorín provocaba a la burguesía con un paraguas rojo —que nunca existió— y con su monóculo, heroico y sublime, «porque mirar la Gran Vía con monóculo

es cosa que hoy no sorprende a nadie, pero mirar la calle de Jacometrezo con monóculo, era de una heroicidad que merecía una gran cruz».

Una salva de aplausos premió la amenísima charla de Ramón, dicha en estilo llano y amistoso y con una irreprimible emoción.

Discurso de Eugenio d'Ors.—Don Eugenio d'Ors hizo luego uso de la palabra: «Yo no tomaría—dijo—la palabra para pronunciar un brindis, porque la necesidad ya es cumplida, sino para formular una reclamación: la reclamación de un grupo de amigos de Azorín, que seguimos con una gran atención y con un gran interés sus aventuras teatrales de los últimos tiempos, que ponemos en el éxito de ellas pasión, pero que lamentamos que esta tarea le haya alejado de otras actividades, siquiera sea momentaneamente, pero que ya nos va pareciendo demasiado larga. Hay una porción de terrenos de literatura, sobre los cuales Azorín ejercía una acción constante; y estos terrenos están descansando hace demasiado tiempo, porque él no los trabaja. Nosotros nos hemos acostumbrado, por ejemplo, a que el pasado literario español llegase, en parte, a nosotros, a través de la recreación, que representa la sensibilidad de Azorín.

Una porción de sombras ilustres, que estaban medio dormidas en los libros, han aparecido ante nosotros y nos han dicho su palabra, gracias a la evocación maga de Azorín. Hay más figuras. Queda una gran cantidad de pasado y hay un deber de no dejar que este pasado sufra en los limbos de la pura erudición.

Existe todavía mucho que hacer. Usted ha trabajado sobre el siglo XVII. Este siglo XVIII, tan interesante, tan importante, espera todavía la obra maga de esta evocación. Continúe usted su aventura teatral, de la que tanto esperamos sus admiradores; espero no aban-



«Angelita» Acto 2.^o por Adela Tolosa y los actores Ros, Pérez y Rico.

done a aquellas almas que han existido, y que, por falta de sensibilidad, están sufriendo antes de entrar en el empíreo de la contemporaneidad. Caridad, Azorín, para las benditas almas del purgatorio».

El Dr. Pittaluga.—Cuando callaron los aplausos en homenaje al ilustre Eugenio d'Ors, se levantó a hablar el doctor Pittaluga, en nombre de la biología y, con donaire y elocuencia, aludió a la perenne juventud de Azorín.

«La esencia de la juventud es la comprensión cordial de la hora actual: la hora de los jóvenes. No hay otra. Por eso es joven Azorín, y es joven también, porque la juventud, sin saberlo, cumple la gran sentencia del poeta: «Es el riesgo el ala del espíritu sublime». Y sublime es la vida, en dos formas extremas: recatada y heroica. Cuando, como en Azorín, una vida reúne lo más recatado y lo más heroico, toda la vida suya es sublime».

El doctor Pittaluga fué también calurosamente aplaudido.

Discurso de Azorín.—En medio de grandes aplausos se levantó Azorín, que no podía reprimir la emoción.

«Quiero comenzar—dijo—evocando dos figuras dilectas, dilectísimas, al grupo literario a que yo pertenezco. Una de ellas nació en Castilla; otra, vino de Cataluña. Una de ellas era un hombre, más bien bajo que alto, de complexión recia, de maneras señoriles. Iba vestido siempre de negro, y, sobre el traje negro, sobre la ancha corbata negra, destacaba un cuello de porcelana—de porcelana se decía entonces, hace treinta años. Yo no sé si nuestro querido presidente, el gran Ramón, entre sus «greguerías», en esas páginas sutiles y elegantes, en que la fantasía y la realidad ondulan, yo no sé si alguna vez habrá hablado el gran Ramón de esos cuellos de porcelana. Hace tiempo que desaparecieron de

las tiendas de gomas de esta misma calle. Este cuello, que, por singularidad, llevaba este personaje, caracterizaba su persona. Sus ojos refulgían con destellos de misterio, de malicia, de profundidad. Yo no he conocido a Stendhal, pero he pensado muchas veces que estos ojos eran idénticos a los del gran psicólogo.

El otro hombre venía de Cataluña. Era también un gran amigo de todos los que formábamos el grupo del 98. También más bajo que alto, y también sus ojos tenían cambiantes relumbres de inteligencia y de candor. Este hombre era Maragall; el otro, Silverio Lanza. Los dos influyeron profundamente en la generación del 98. Silverio Lanza era la disconformidad, el espíritu de rebeldía. Maragall era la serenidad, la contemplación majestuosa de la naturaleza y del espectáculo, de los afectos y de las pasiones humanas. Y estas dos figuras plantean un problema de gran importancia para la generación presente: el problema de la inteligencia y de la sensibilidad».

Luego Azorín dice que, examinando el panorama intelectual de Francia, nos encontramos con una vorágine, con un torbellino de opiniones. En esa vorágine, dominan dos hechos: uno, representado por un poeta: es la inteligencia pura y pristina; el otro es un terreno basto y accidentado, quebrado, con bosques, con ríos, con montañas, y todo este paisaje puede resumirse en el nombre de un novelista muerto hace años.

Dice Azorín que releiendo a Santa Teresa, ha encontrado esta frase: «El conocimiento no es habitación: es tránsito. La habitación es el amor». En esta frase se resume, a su entender, todo el problema contemporáneo.

Azorín prevé la desaparición de la cultura europea. «Un solo nombre—dice—será la salvación de Europa; un nombre eufónico; musical, que resplandece como

una estrillita en la noche. Ese nombre es Oriente».

Terminó su docta y deliciosa charla, que es imposible resumir en un extracto periodístico, dando gracias a todos por el homenaje de que era objeto. De nuevo, una ovación estruendosa expresó la admiración de todos hacia el ilustre escritor.

Don Eugenio d'Ors se levantó de nuevo para protestar de que un hombre como Azorín se dejara engañar por las voces que hablan de la desaparición de la cultura europea.

También habló el gran pintor Solana, y, por último Felipe Sassone, a requerimiento de algunos amigos, pronunció breves e ingeniosas palabras de admiración al escritor y de esperanza en la labor del dramaturgo.»

Hasta aquí la reseña de *A B C*, y ahora yo destacaré entre las adhesiones recibidas una carta de Francisco Grandmontagne, porque fué testigo de la vida de Azorín desde los primeros momentos.

«Mi querido amigo: Ruégole que en el homenaje a Azorín me haga reservar un asiento donde se me considere presente. No lo estoy corporalmente porque mi hija se halla en Inglaterra y no está mi chico en edad de dejarle solo. De no mediar esta circunstancia, hubiera ido a Madrid y estaría en Pombo, el último en representación, el primero en entusiasmo. Pero usted, con sus notorias aptitudes de taumaturgo, sabrá sugerir la impresión oreográfica de hallarse la pequeña montaña sobre la silla vacía.

Es corriente la creencia de que Azorín es el tipo representativo del literato puro. Yo atribuyo a su obra un alcance mucho mayor. Fué el primero en decirnos, hace ya años, que «una determinada literatura implica una determinada política». Evidente, ya que el pensamiento escrito es el reflejo de la modalidad espiritual

de las costumbres, de las preocupaciones, del carácter, de la acción misma, en suma, de un pueblo. Según Azorín—y ello no puede ser más cierto—, lo que haya de incoherencia, de desorden, de falta de precisión, de medida y de método en la literatura de un país, es una consecuencia (quizás sea también origen) de esas mismas fallas, quiebras y cojeras en la totalidad de las actividades nacionales.

Ningún escritor ha tenido en España más imitadores. Hubo un tiempo en que casi todos los que empezaban a escribir lo hacían—pretendían hacerlo—a la manera «azorinesca». Aquella brevedad, aquella sencillez y tersura, aquella precisión lexicográfica, sugestionaba a todo el mundo. Pero nada más difícil que lo fácil de un estilo. Y el de Azorín es sencillamente inimitable, fruto de su espíritu original, de su visión segura, rápida; de la percepción matemática de su retina, de su profundo conocimiento del idioma y de su rara habilidad para emplearlo. Claro, conciso, ceñido, metódico, revela su estilo el sentido organizador de todos los movimientos especulativos de su espíritu. Su mismo pseudónimo—Azorín—diminutivo de azor, evoca lo alado, lo raudó, veloz y cortante, cualidades esenciales de su prosa magnífica. «El arte es la mano derecha de la Naturaleza», según el profundo concepto de Schiller. Y los imitadores de Azorín hubieron de convencerse de que en literatura el ser diestro es don concedido a muy pocos.

Se habla mucho de innovación. Lo difícil es ser innovador. Azorín lo ha sido. Su método de expresión y el ritmo de su prosa constituyen una nota nueva y perdurable en la literatura nacional.

Brindo por nuestro amigo y gran artista. Y brindo también porque en nuestra República haya más cordialidad, que buena falta hace.

Reciba mi efusivo abrazo.—*Grandmontagne*».

Últimos alcances.

Al finalizar el año mil novecientos veintinueve me he encontrado con Azorín en el saloncito japonés de Lhardy.

El pequeño filósofo está mejor que nunca y encara las cosas con su rostro de genial papanatas—perdóneme el admirado maestro la frase, en honor al contraste necesario para pintar bien su rostro, adornado de un gesto más serio que el de costumbre—, al que desnivela, como siempre, ese rictus que le da una cicatriz antigua debida a una caída que tuvo de niño.

(Papanatas o papamoscas es ser el contemplador supremo. Si hay papamoscas de Burgos, Azorín es el papamoscas de Alicante.)

El salón japonés de Lhardy es el último de una dinastía de salocintos japoneses en que se preconizaron los hechos de la política española y se discutieron ideas y orientaciones de arte.

Fué entre final y principio de siglo cuando, como una alusión al Sol Naciente y como un vestigio de lo que llegaba aún de Filipinas en saldo postrero, entró el furor de los salones japoneses, y hasta en la casa que hoy ocupa el teatro Alkázar se inauguró un salón japonés, todo iluminado con lámparas japonesas, telón japonés y una máscara enorme de viejo bonzo colgando sobre la embocadura. Sonaba un «gong» cuando comenzaban sus «varietés», y todas las artistas salían en puros quimonos, que en seguida se quitaban, quedándose en traje

de antiguas bañistas, la mayor malicia que consentían las costumbres, y eso si se presentaban con un almodillado de castidad bajo la cintura.

En los saloncitos japoneses del Ingles, de la calle de Sevilla, con paredes de biombos que se quitaban para convertirles en un hermoso salón corrido algunas veces, fué donde se fraguaron las iras opositoras contra la falsa Restauración y gritaron los programistas del futuro político, entre ellos Burell, preparándose allí aquellas célebres cenas con perdices y champaña a las que asistieron ciertas marquesas de aquel tiempo.

En las casas de la aristocracia—así en el palacio de la duquesa de Santoña—había salones japoneses, alguno debido al valenciano Benlliure, quizá por eso de que el valenciano tiene como el japonés arroz, fabrica abanicos y es muy aficionado a la porcelana.

Pero el más puro de todos los saloncillos japoneses es el de este viejo «restaurador» de Lhardy, con su motivo de «pay-pays» en la pared, su farolillo con borlas y sus espejos con cañas de oro, todo embetuminado por una pátina especial que han dejado en él las conversaciones, las confidencias y los suspiros del buen vivir.

Azorín lo ha visitado muchas veces. En este saloncito conoció a Maura y al borde de esta mesa oyó de proyectos políticos y editoriales.

En cada «pay-pay» han escrito un «ai-Kay» sus miradas y sabe lo que de consagrador tiene el estar allí, la mayor señal de estar bien en la vida.

Con Azorín en el salón japonés había en el ambiente vieja sabiduría de mandarines y el momento era de los más gustosos para mi afición.

Estábamos junto a la chimenea en que está el reloj que representa la hipocresía sentimental del comilón, pues su figura en bronce es una dama romantizadora que mira una avecilla muerta; la avecica sabrosa que el

hombre que se apoya en el ábaco se va a comer dentro de poco condimentada con la propiedad, que hace más exquisito el crimen contra lo alado.

Por el balcón veíamos esa callecita trasera de Lhardy en que está la panadería de La Fama, que es de donde deben de llevarle los panecillos a Azorín.

—¿Y qué prepara usted de teatro?—pregunté al querido maestro.

—Una comedia que he escrito para que se estrene en un corral de pueblo.

—¡Admirable idea! ¿Y cómo se titula?

—No se lo he dicho aún a nadie; pero a usted se lo voy a decir... se llama «Ángelita» y es una comedia del tiempo...

—¿Cuántos actos?

—Varios... Tres, o cuatro, o quizá cinco... A mitad de la comedia, el primer actor avanzará hacia el público y le preguntará si desea más actos, verificándose uno o dos actos más si el público los pide...

—¡Estupenda previsión! ¿Y cuál es el motivo central de su nueva obra?

—Opiniones sobre el tiempo, conversaciones sobre el tiempo, sospechas sobre el tiempo...

—Pues hay que celebrarla en seguida... Yo creo que debía ser en Esquivias, pueblo de corrales anchurosos y con claro aire clásico... Además siempre hay allí alcal-des comprensivos que organizarían bien el ruedo...

—Bien, bien por Esquivias...

—Decoración de mantas, como en los antiguos corrales.

—Sí, y carteles que digan: «Esto es un salón». «Esto es un jardín». «Esto es una posada»...

La idea de Azorín corre hacia horizontes de solemnidad, y ya podemos ir alquilando algunos de esos ómnibus de boda y de entierro que aún quedan y que nos

lleven en caravana de público a ver la emocionante comedia de corral.

Después de esa conversación, *Angelita* se estrenó en Monóvar por una excelente compañía de aficionados, entre los que se destacó la señorita Adela Tortosa.

Ya no fué la obra de ensayo que me contó Azorín. En su libreto impreso no figura esa pregunta al público de si quiere o no más actos.

Tuvo un magnífico éxito y hubo muchos festejos y homenajes en honor de Azorín.

En el mes de Mayo de mil novecientos treinta, fuí a sorprender a Azorín en su refugio de las cuatro de la tarde.

Azorín tiene una hora sestera en que se refugia en la trastienda de una librería. Le he conocido varias casamatas de esas a través del tiempo.

Ahora se mete en la librería Meléndez, que tiene un tono intelectual, apartado, en que se pueden ver los libros en la casta media sombra que necesitan. Librería con grabados, ellos ponen paisaje, diligencias, gentes de otro tiempo, en el horizonte del mazorrall libresco.

Para que la librería del «buen consejo» tenga esa cosa de puerto de todas las salidas y todas las llegadas que es una librería, hay unos barcos de vela que son como el facsímil de los que trajeron las especies imaginativas durante la época de gran comercio novelesco entre las Indias de la Imaginación y Europa.

A las cuatro y media llega Azorín. Meléndez padre y Meléndez hijo lo reciben con simpatía y le dan el sillón principal, el frailerito de la almoneda.

Azorín viene de la calle de la Esgrima, donde ha visto salir hacia la plaza a un torero, cuadro español de gran relumbre, en que parece que el rayo de sol que había en la estrecha calle se ha ido en comisión al Congreso de la Valentía.

Está feliz, íntegro, todo él dispuesto a la invención, sin prevenciones ni cortapisas. Así fueron los clásicos antes de que los estadizasen los malos eruditos.

Sentado en el zaguán digno de la librería, habla primero del tiempo, que es primicia española de las invocaciones.

Hablamos de «Ángelita», ese admirable auto sacramental que ha repuesto el pan sagrado en las librerías, abarrotadas de sensacionalismo barato. «Ángelita» es como un compendio de la feminidad que vive con gracia y abnegación la mañana española.

Azorín, que además de maestro de tono literario es maestro en realizaciones, ha llevado la superfloración del mito a las playas de su tierra, y allí ha prendido. El tipo de mujer, que estaba tan cuajado en su obra, y en que repercutían todas las claridades de pueblo que tiene la urbe española y de urbe que tiene el pueblo, se ha quedado viviendo y cintileando en Monóvar.

No se ha dado cuenta el público de lo que ha significado el hecho de ese estreno de perfección en el otero lejano, en victoria sobre el bajo espíritu de los teatros centrales y el comportamiento antipoético de la mayoría del público.

—Usted me tiene que dar una obra para estrenarla allí...

Yo le prometo con entusiasmo una comedia para esa semana de pasión en el valle levantino, donde vuelve a renacer el espíritu religioso del teatro, lo que no puede morir.

—Toda la renovación del teatro ruso—insiste Azo-

rín—se debe a los aficionados... Evreinoff confiesa que durante ciento setenta años los aficionados han ayudado al arte como no lo han hecho nunca los profesionales, que son sus verdaderos enemigos.

«Angelita» reluce como una estrella sobre una colina, diamantina de virtudes que ya no se ven, sin demacraciones de mujer de teatro.

—Como usted habrá visto—vuelve a hablar Azorín—, todo es rápido y conciso en la obra. El público no aguanta los largos parlamentos, y si los resistió a veces en el teatro clásico fué porque el actor echaba todo el cuerpo en la acción de su papel y lo movilizaba hasta convertirlo al funambulismo... Nuestro público es un público especial, que asistía a la representación en los corrales y aguantaba la obra de pie... Todo ha de ser breve y variado; si no, en seguida sisea, tose y arrastra los pies.

Azorín, para dar más fuerza a su recuerdo del público, imita la mostacilla de ese murmullo mezclado de tos, y traza sobre la tarima las aspas de suela lijosa que tachan los discursos largos de la escena.

—¿Cuándo es el banquete que le prepara la juventud?

—Uno de estos días... Por cierto que «Angelita» podría presidir la fiesta... Seguramente vendría de Monóvar.

—Yo diré a Antonio Obregón que la invite. ¿Se llama Adela Tortosa Jiménez?

—Sí. Adelita... Su sonrisa es una luz.

Otra vez «Angelita» queda asomada en la casa blanca de la evocación, y se ve cómo basta una novicia fervorosa para renovar todas las ediciones de todas las obras de un escritor con una magia que sólo producen el arte y la mujer al mezclarse en justa y pura medida.

—¿Qué prepara?

—Espero los meses de verano en el Norte para enca-

rarme con la obra futura... En este momento no tengo ni un título en ciernes.

—Pero su «Judit», ¿se va a estrenar en Barcelona?

—Sí; se va a estrenar... Pasó ya el tiempo en que la autoridad prohibía que mi «Judit» cortase la cabeza a la tiranía.

Azorín se mete en su silencio empersianado, mientras juega con ese junquillo que es como el talismán del «Hágase» de sus milagros en tierra de Levante. Yo callo a su lado, porque sé convivir gloriosamente en esos silencios de Azorín que tan pocos comprenden.

Al cabo de su silencio, Azorín envisera más el ala de su sombrero y sale hacia la calle.

Yo me quedo en el sopor de la librería, haciendo el nuevo resumen del escritor máximo de la España actual, que continúa apoyándose en la invención como en el oasis de la historia. Pasa por la vida en vía paralela a D. José Ortega, el pensador máximo de España, viéndose los dos a través de rosaledas y arriates en el jardín intelectual, que también se llama Retiro, porque en España ese es el nombre del Parnaso.

Azorín, en medio de todas las griterías de la vida actual, en que cada quien hace aspavientos momentáneos y se mezcla a la carnestolenda pasajera, cuenta con el sentido profundo del tiempo y sus troqueles. El no ha recurrido nunca a ningún efectismo, el único pecado sin absolución en la vida del literato.

Inventa muchos días nuevos géneros del periodismo, como los antiguos poetas inventaban metros distintos, y vitaliza el plano de Madrid, su esparcido barrio de las Musas.

Vive en soledad consigo mismo, sin prevaricar y sin reunirse con los coros de malditos, que no jalean sino a los escritores que los acogen.

Huésped supremo del Madrid intelectual, en que la

inteligencia desinteresada y cenobítica es su más puro alarde, como centella que hace a Madrid capital del alma española, lleva Azorín su misión como esa sortija de zafiro que trastrueca el tiempo y que ha prestado a «Ángelita» durante la representación de su auto sacramental para los nuevos Corpus.

Después de esa charla en la librería se celebró el último banquete a Azorín antes de cerrar la edición de este libro, el día 26 de Junio de 1930.

La más selecta concurrencia llenó los salones del Hotel Nacional. En la presidencia del banquete estuvo «Ángelita» (Adela Tortosa) y su hermana. Las heroínas de Azorín se han sentado por fin a su mesa.

Como resumen de la silueta de Azorín, que vi como iluminado aquella noche, lancé el siguiente discurso:

«Señoras y señores: una vez más me levanto a hablar de Azorín en un banquete al maestro.

Al ceder nuestro homenajeado la presidencia a «Ángelita», cambia el tema de mi discurso en su prólogo, pero me es fácil sin nota ninguna para la improvisación, dedicar una loa a esta bella dama que ocupa el puesto de honor, pues encarna la esencia azucénica de la obra de Azorín y tiene sobre sí el mérito de haber dado a su juventud los suplicios teatrales que la exigió la farsa escénica, teniendo que pasar por varias épocas de una vida en el breve espacio de las dos horas que dura la representación del auto sacramental.

Heroína del haber vivido más de lo que vivió, que es lo que supone representar una obra dramática del tipo de «Ángelita», merece todo el jardín de las mesas

del banquete y todas las palabras bellas de nuestro léxico.

Ahora, después de este exordio de galanterías sinceras, ya puedo encararme con el maestro.

No sé qué sucede que de vez en cuando, al sentir las juventudes ansias de celebrar fiestas de homenaje, y al voltear la mirada a su alrededor buscando presidente, tropiezan, una y otra vez, con la figura señera y altiva de este puro hidalgo de las letras.

Es que es el literato en nítida vida de conservación literaria, es que tiene vocación y afición cuando todos los otros proclaman lo contrario, es que no desanda el camino, y duerme todos los días en pueblo distinto enfilando nuevos horizontes.

Como recuerdo síntesis del valor de Azorín, figura en mi mente la sorpresa que nos produjo a los adolescentes aproximándonos la realidad. Ese solo acto fué como un descubrimiento de mundos que no se veían, aspirando con loca ambición colonizar lo remoto e intocable.

Es fecunda la plantación de Azorín. Va de un tiempo a otro tiempo. Recoge lo inconcluso de cada época, lo que no está en las instituciones nuevas ni en los reglamentos, lo que sólo está en los intersticios del tiempo y del espacio.

No se ha dedicado Azorín a facturar novelas fáciles, sino que en toda su obra pone inquietud, complejidad, preocupación del espíritu sobre la moral anodina del momento.

Lucha contra el fanatismo, lo condena, lo pone de relieve con lúgubres tonos y, sin embargo, pinta lo que tiene de pasmoso, de concitador de voluntades, de fenómeno intenso de la naturaleza.

Es un libertario pero sin sectarismo, parándose a contemplar las cosas con luces de artista, metiendo en

el estilo la realidad española, diciendo en el lenguaje más puro de la ciudad lo que pasa en los campos y es menester no olvidar.

Para ser completo, Azorín se mueve entre la realidad y la idealidad. Convive en ese contraste de España. Por un lado su imaginación es vivísima y radical, adelantándose a las cosas, y por otra parte anda por la vida paso a paso, entra por veredas de caciquismo, va a ras de tierra por regatos pedregosos pero su cabeza alta hacia el ideal le permite esas andanzas. Hay una lucecita que titilea sobre Azorín, que le guía y que es la luz del verbo clásico de que él es depositario; candela que pusieron en sus manos los grandes hombres del pasado y que tanto valor le dan como a depositario, pues por modesto que sea el guardador del misterio del Tabernáculo, es el más supremo de los sacerdotes.

¿Qué número hace este banquete entre sus banquetes? Le he acompañado en todos y por cierto que el de Aranjuez resulta el más inolvidable porque tuvo algo de fértil fiesta del árbol, y quisiera volver a aquel terreno del bosque en que sonaron los discursos para ver el rumbo del laurel que se plantó aquella tarde.

Me hace el efecto esta hilera de banquetes a través del tiempo, de si fuéramos en un mismo tren y parásemos en las estaciones con restorán presididos por el maestro. Espero que nos queden muchas estaciones de «parada y fonda» antes de llegar a esa última estación en que sólo se bebe inmortalidad.

Para hacer más conmovedora esta hora de éxito yo pintaría a Azorín entrando en Madrid en el simón cuyas yantas de hierro sonaban sobre el emborrillado como sobre colmillos de piedra, y pernoctando en aquel oscuro final de siglo que fué tan sombrío que se pusieron de moda los relojes empavonados.

Le pintaría en el falso paraíso del friso esculpido por

Querol para la Biblioteca Nacional, falso y triangular decorado en que se cobijaron los artistas y literatos de entonces, antes de estas llameantes palomas de Recoletos, que hoy lo asedian como escoplos que el escultor dejó clavados en ese frontis.

Le pintaría en ese viaje por la Mancha que emprendió por consejo de Ortega Munilla, que le regaló además un revólver por si le hacía falta «por donde anduvieron los yangüeses»; viaje del que brota la magnífica «Ruta de Don Quijote».

Siempre hay cosas nuevas que decir sobre la vida de este escritor que es un verdadero literato. Siempre libre desde que entró en aquel café solitario de su juventud y, pidiendo una copa de aguardiente, exclamó: «¡Viva la bagatelal!»

Pero la noche no se puede llenar de las palabras de uno solo. Yo sólo debía ofrecer el banquete como designado por los jóvenes de la comisión para cumplir con ese protocolo».

Esa fué mi última contribución a los homenajes azorinianos.

Por fin en estos últimos días de Octubre de 1930, cuando voy a escribir el índice de esta biografía me encuentro a Azorín en la Puerta del Sol. No le veía desde nuestra entrevista en la librería de Meléndez, y eso que en estos días se ha pasado a la redacción de *El Sol* y hemos podido coincidir en aquellos despachos.

Un vendedor de folletos antiguos, en saldo de cinco céntimos, vocea:

«¡La buscona de Madrid!» Compramos dos ejemplares del librito, encuadernado en papel rosa. «La buscona de Madrid», tiene además un subtítulo: «De modis-

tilla a marquesa»; y Azorín y yo sonreimos de ese final de la novelilla en que el novio oculto sale de la leñera.

¡Qué de otro tiempo es este relato! Ya no hay leñeras.

Azorín mira las cosas que cubren el ruedo de la Puerta del Sol, como si fuese torero de cartel de la gran plaza. Yo le acompaño como mozo de estoques y estoy dispuesto a entregarle mi bastoncito si a él se le desgracia el suyo con la suerte de pasar.

Yo, como cronista impenitente de la Puerta del Sol, le hago mirar detalles. Le muestro un abanico en que está pintada la Puerta del Sol, y en el que se refleja como en un espejo de alegría, le hago fijarse en cómo una academia de oposiciones ha tomado toda la estrategia de la gran plaza, revelando la ansiedad de acomodo seguro y oficial que es el último ideal de la mayor parte de la España joven, comentamos el título orgulloso de este fotógrafo que titula su tienda: «Goya y yo», y le pregunto qué significará en la astronomía de España el que la bola de Gobernación esté un poco desprendida del techo de su templete.

Hay un momento en que Azorín desea descender al «metro».

—Es mi sitio de recreo y contemplación—me asegura Azorín—; allí me estoy largas horas contemplando la gente que entra y la gente que sale... Es como un espectáculo de juego en que las puertas actúan como las raquetas del banquero y pagan o cobran en viajeros... Todos los destinos se entrecruzan y se ve la más variada humanidad.

Realmente si alguna visión suprarrealista hay en la vida corriente actual es la del «metro», artificio independiente a la vida, inhumano de puro secreto, viaje monstruoso como una pesadilla.

El maestro se inspira en esa momentaneidad de las llegadas y salidas del «metro» para su nuevo arte de



Unamuno en Hendaya. Fotografía Azorin.

capítulos cortos, que lleva cada uno su emoción solitaria, sus viajes distintos.

Fijándose bien en sus nuevas creaciones se ve en las entrañas de sus paisajes unos trenecitos ahondados y llenos de inquietud ciudadana, con viajeros que piensan en cosas recónditas, que van preocupados por el secreto de la ciudad.

Azorín ocupa su sofá de estación, duro y negro. Está disimulado en su sitio y nadie le ve porque todos están preocupados por el tren que han de tomar o por la puerta que comunica con la bocacalle que buscan. Sólo la pareja que se cita en el «Metro», y que no se va en ningún tren ni toma ninguna salidad, le descubre estático, jugando con el bastón sobre arenas de playa y rizando más de vez en cuando el ala del sombrero para ocultarse más y ver desde mayor intimidad el espectáculo vomitante y trepidante.

No pierde Azorín, ni en esta afición, su naturaleza mágica de gran paleta español, lo que le ha hecho encontrar desmesurada y rotunda la realidad castiza y lo que ha hecho también contraria la retórica de lo moderno. El tenía que sorprenderse ante el «metro» y gozar lo que tiene de juguete nuevo, como ruleta pintoresca de la feria renovada.

—No hay nada como el «metro» — me dice Azorín —. Yo que he sido aficionado al andén de las estaciones comprendo que aquello era lento, con grupos escasos y que se eternizaban en el tiempo... Esto tiene aceleración y carece de la parsimonia de las despedidas.

Lejano a los pitidos de tren y a los relojes de estación cuyo minuterio es como la aguja del guardaagujas que cambia de vía difícilmente a las horas, Azorín comprende que todos son viajes lejanos, que apartan del destino y lo modifican por breves que sean y sin embargo no se ve la ñoñería pusilánime de las despedidas.

El escritor, cansado de escribir y pensar entre los ruidos y cambios de luz y pantallas de la superficie de la tierra, es buzo silencioso en esa atmósfera submarina del «metro».

En el ambiente asordecido su espíritu descansa.

—¿Pero no nota usted el excesivo olor a humedad que hay aquí?

—Es el mismo olor—me dice Azorín—que hay en las iglesias del Norte.

—Yo tengo la sensación de estar embalado como un objeto que viene del Japón... Lo que sí confieso es que es estimulante y despierta porosidades dormidas.

Azorín está establecido como para siempre en su banco de espectador, que espera el «metro» de una línea que aún no ha sido inaugurado.

Yo me despido de él y le dejo viendo las ambulancias blancas en que van llegando los seres animosos que aún están enteros.

Me parece como si a través de la hora la nieve del billeteaje del que se descartan los viajeros al llegar le rodease y le cubriese, envolviéndole en papelitos blancos.

El escritor tiene en sus manos todos los azares de un amplio juego de vidas y baraja rostros y liga fatalidades y estudia innumerables casos para dar con un hallazgo.

La arañita que es Azorín, por admiración a ese animalito, sagaz y solitario, ha establecido su red de escritor en el sitio de más trasiego humano, de mayor caza.

Colofón.

Toda una generación y un tiempo van taraceados en este libro.

Podrá notarse lo obsedante del número 1898. No sucederá eso muchas veces más. El novecentismo no ha podido ser creado, por más empeño que han puesto en ello algunos espíritus dilectos.

Ya las generaciones no tienen fecha. Se suceden unas inmediatamente a las otras, como cupos anuales y no fijan el número de ningún año. Ya no hay aquellas soledades de jóvenes en medio de los quinquenios desiertos.

Azorín y el grupito del 98 al que su aislación en la ancha playa de veinte años de tan excepcional generación, tiene cada vez más maestría en hacer compendios de tiempo y almas.

La última trasmutación del suceder que ha conseguido Azorín le hace acreedor a mayores perennidades. El ha visto a Lope y a Moratín conviviendo con lo actual, pintando con gravedad su otrora para entrar con la misma gravedad en cosas y pormenores de hoy.

Ha puesto el pasado en un presente de comprensión, no empeñándose en alabar al pasado en el pasado, es decir en ningún tiempo.

Los héroes deben llegar al porvenir, ir avanzando a primer término, reencarnar de nuevo. Si no no estarán en ningún tiempo ni en ninguna parte.

Más hay que hacer quizás. Todo debe vivir en el fu-

turo, porque en realidad no estamos en ningún tiempo como no sea en el futuro.

La comprensión sin prejuicios del tiempo será el gran consuelo humano.

En una de sus últimas novelas, «Félix Vargas» esta trinidad de tiempos, pasado, presente y casi futuro se conforman en cubismo penetrante, hallando un fondo que ambientiza la novela como un paisaje de rosa de los vientos.

Por eso es grato cerrar una biografía no en muerte ni en decadencia, sino en espera, con redoblada avidez, encontrando la culminante dignidad del biografiado sobre las triquiñuelas y rastrerías del presente.

FIN

Los
Contemporáneos
d e A z o r í n.

El original de esta cronología llegó desordenado á la imprenta y salió de sus prensas mutilado. Para salvar parcialmente este pequeño desastre, va con todo apremio a remediar el mal esta banderilla al impresor.

Se ha limitado la relación de contemporáneos de Azorín, á los que aún existían en 1893, en los días de sus veinte años y á los que nacieron en 1900 y cuentan actualmente treinta.

No se incluye a los jóvenes, para eludir espejismos y pasiones del momento.

Se persiguen con estas cronologías de contemporáneos, objetivos tan interesantes como asociar los espíritus nacionales mas representativos de la época, dar más plenamente la atmosfera en que se desenvuelve y evoluciona el biografiado, destacar sus contemporáneos predilectos y apuntar los más altos acontecimientos humanos que se hayan ofrecido durante su actuación en el panorama; universal, de manera que invite á ligar actividades, escuelas, tendencias, nacionalidades y sugiera, en suma, su mas inefable realidad. No se trata de establecer la cronología histórica de cada actividad; se desea, sencillamente, suscitar y proyectar con las cifras de los hombres más destacados y representativos, aunque su actividad haya sido aparentemente negativa y nefasta, el ritmo más exacto y la expresión más justa de cada periodo histórico.

Se confía á la cultura del lector el remediar omisiones y lapsus inevitables.

En el caso presente, se hubiera deseado dar una relación íntegra de nombres bien sintéticos y expresivos de las características de los últimos 40 años; periodo tan fecundo como diverso, tan llano y poco acusado como confuso de la época moderna, en el que se destaca Azorín.

D. H. u. m. a. n. e. s.

Relación de contemporáneos omitidos

Viajeros y Geógrafos: Dr. Eckener, Elisée Reclus, Nansen
Capitán Scott, Shackleton, Byrd.

Figuras Históricas: Bismarck, Hindenburg, Ludendorff.

Músicos: Richard Wagner, Cesar Frank, Ruperto Chapi
Giacomo Puccini.

(Continúa frente a la página 330)

LOS CONTEMPORANEOS DE AZORÍN

Para no hacer interminable esta relación, se ha limitado la lista siguiente a los que aún existían en 1893 al cumplir Azorín los veinte años, y a los más representativos en el complejo ambiente de la época moderna.

<u>Nacimiento.</u>	<u>Nombre, actividad y nacionalidad.</u>	<u>Muerte.</u>
1813.	Giuseppe Verdi, <i>músico italiano</i>	1901.
1817.	José Zorrilla, <i>poeta español</i>	1893.
1819.	John Ruskin, <i>escritor y crítico inglés</i>	1900.
1820.	Herbert Spencer, <i>filósofo inglés</i>	1903.
1821.	Pi Margall, <i>político y pensador español</i>	1901.
1823.	Juan Henri Fabre, <i>naturalista francés</i>	1915.
1826.	Emperatriz Eugenia de Francia.....	1920.
1826.	Martínez Campos, <i>general y político español</i> .	1900.
1826.	Cánovas del Castillo, <i>estadista español</i>	1897.
1828.	Enrique Ibsen, <i>poeta dramático noruego</i>	1906.
1828.	George Meredith, <i>novelista inglés</i>	1909.
1828.	León Tolstoi, <i>novelista ruso</i>	1910.
1830.	Francisco José, <i>emperador de Austria</i>	1916.
1831.	Constantin Meunier, <i>escultor belga</i>	1905.
1832.	Björnson Björnstjerne, <i>poeta noruego</i>	1910.
1832.	José Echegaray, <i>escritor español</i>	1916.
1832.	Castelar, <i>pres. de la república de España</i>	1899.
1833.	Johannes Brahms, <i>músico alemán</i>	1897.
1834.	Ernst Haeckel, <i>biólogo alemán</i>	1919.
1834.	Núñez de Arce, <i>poeta español</i>	1904.
1834.	Edgard Degas, <i>pintor francés</i>	1917.
1835.	Camille Saus Silens, <i>compositor francés</i>	1921.

1835.	Twain Mark , <i>novelista norteamericano</i>	1910.
1835.	Giosué Carducci , <i>poeta italiano</i>	1907.
1836.	Antón Giulio Barrili , <i>escritor italiano</i>	1908.
1837.	Charles A. Swinburne , <i>poeta inglés</i>	1909.
1838.	Nicolás Salmerón , <i>estadista español</i>	1908.
1840.	August Rodin , <i>escultor francés</i>	1917.
1840.	Thomas Hardy , <i>novelista inglés</i>	
1840.	Emilio Zola , <i>novelista francés</i>	1902.
1840.	Giner de los Ríos , <i>pensador español</i>	1915.
1841.	Georges Clemenceau , <i>estadista francés</i>	1929.
1841.	Anton Dvorack , <i>compositor bohemio</i>	1904.
1842.	G. Brandes , <i>escritor y pensador escandinavo</i> ..	
1842.	Prince Peter Kropotkin , <i>pensador ruso</i>	1921.
1843.	Eça de Queiroz , <i>escritor portugués</i>	1900.
1843.	Adelina Patti , <i>cantante italiana</i>	1919.
1843.	Edward H. Grieg , <i>compositor noruego</i>	1907.
1844.	Friederich Nietzsche , <i>filósofo alemán</i>	1900.
1844.	Paul Verlaine , <i>poeta francés</i>	1896.
1844.	Anatole France , <i>escritor francés</i>	1924.
1844.	Costa , <i>pensador español</i>	1911.
1844.	Nicolás Rimsky Korsakoff , <i>compositor ruso</i> ..	1908.
1845.	Pérez Galdós , <i>novelista y dramaturgo español</i> .	1920.
1847.	Thomas A. Edison , <i>inventor norteamericano</i> .	
1849.	Ivan P. Pavlov , <i>fisiólogo ruso</i>	
1849.	August Strindberg , <i>dramaturgo sueco</i>	1912.
1850.	Joaquín Sorolla , <i>pintor español</i>	1923.
1850.	Robert L. Stevenson , <i>novelista inglés</i>	1894.
1850.	Masaryk , <i>primer pres. de la rep. checoeslovaca</i> .	
1850.	Tomás Bretón , <i>compositor español</i>	1923.
1851.	Mariscal Foch , <i>jefe de los ejércitos aliados</i> ...	1929.
1851.	Desiré Mercier , <i>cardenal belga</i>	1926.
1852.	Leopoldo Alas (Clarín) , <i>escritor español</i>	1901.
1852.	Santiago Ramón y Cajal , <i>histólogo español</i> ...	

1853.	Armando Palacio Valdés, <i>novelista español</i> ..	
1853.	Antonio Maura, <i>jefe político español</i>	
1855.	Giovanni Pascoli, <i>poeta italiano</i>	1912.
1856.	Sigmund Freud, <i>médico y pensador austriaco</i> ..	
1856.	W. Wilson, <i>pres. de los EE. UU. de América</i> ..	1924.
1856.	M. Menéndez Pelayo, <i>polígrafo español</i>	1912.
1856.	Frank B. Kellogg, <i>político norteamericano</i> ...	
1859.	Henry Bergson, <i>filósofo francés</i>	
1859.	Knut Hamsun, <i>novelista sueco</i>	
1859.	Guillermo II, <i>kaiser de Alemania</i>	
1860.	B. Polycaré, <i>pres. de la república francesa</i> ...	
1860.	Isaac Albéniz, <i>compositor español</i>	
1860.	J. Barrie, <i>novelista y dramaturgo inglés</i>	
1860.	Anton Tchecov, <i>escritor ruso</i>	1904.
1860.	Ramón Menéndez Pidal, <i>filólogo español</i>	
1861.	Rabindronatt Tagore, <i>poeta indio</i>	
1862.	Aristides Briand, <i>político francés</i>	
1862.	Miguel de Unamuno, <i>pensador español</i>	
1862.	Maurice Barrés, <i>escritor francés</i>	1923.
1862.	Claude Debussy, <i>músico francés</i>	1918.
1862.	Gerhart Hauptmann, <i>dramaturgo alemán</i> ...	
1863.	Lloyd George, <i>político inglés</i>	
1863.	Austin Chamberlain, <i>político inglés</i>	
1863.	Gabriel D'Annunzio, <i>poeta italiano</i>	
1863.	Pietro Mascagni, <i>director de orquesta italiano</i> ..	
1864.	Richard Strauss, <i>compositor alemán</i>	
1865.	Pío Baroja, <i>novelista español</i>	
1865.	George V, <i>rey de Inglaterra</i>	
1865.	Angel Ganiwet, <i>pensador español</i>	
1865.	Paul Dukas, <i>músico francés</i>	
1866.	A. Macdonald, <i>jefe del laborismo inglés</i>	
1866.	Benedetto Croce, <i>filósofo italiano</i>	
1866.	H. G. Wells, <i>escritor y socialista inglés</i>	

1866.	Jacinto Benavente, <i>dramaturgo español</i>	
1866.	Gómez de Baquero, <i>escritor y crítico español</i> .	1930.
1867.	Joseph Pilsudski, <i>dictador polaco</i>	
1867.	Mme. Curie, <i>químico francés</i>	
1867.	Vicente Blasco Ibáñez, <i>novelista español</i>	
1867.	María Guerrero, <i>actriz española</i>	
1867.	Luigi Pirandello, <i>dramaturgo italiano</i>	
1868.	Nicolás II, <i>zar de Rusia</i>	1918.
1868.	Máximo Gorky, <i>novelista ruso</i>	
1869.	Mahatma Gandhi, <i>jefe nacionalista indio</i>	
1869.	André Gide, <i>escritor francés</i>	
1869.	Ramón del Valle Inclán, <i>escritor español</i>	
1869.	Vittorio Emanuele III, <i>rey de Italia</i>	
1869.	Edmond Rostand, <i>escritor francés</i>	1920.
1870.	Lenín, <i>jefe revolucionario ruso</i>	1924.
1870.	Ignacio Zuluaga, <i>pintor español</i>	
1870.	M. Primo de Rivera, <i>dictador español</i>	1930.
1871.	Trotsky, <i>jefe comunista ruso</i>	
1871.	Rafael Proust, <i>novelista francés</i>	1922.
1872.	Roald Amundsen, <i>explorador polar noruego</i> ..	1928.
1874.	Guglielmo Marconi, <i>inventor italiano</i>	
1875.	Paul Carton, <i>médico naturista francés</i>	
1875.	Alberto I, <i>rey de Bélgica</i>	
1875.	Maurice Ravel, <i>músico francés</i>	
1876.	Manuel de Falla, <i>músico español</i>	
1877.	Rasputín, <i>aventurero y mixtificador ruso</i>	1916.
1878.	León XIII, <i>papa (años de papado)</i>	1903.
1879.	Albert Einstein, <i>investigador físico alemán</i> ..	
1880.	Guillermína, <i>reina de Holanda</i>	
1880.	Oswald Spengler, <i>filósofo e historiador alemán</i> .	
1882.	Igor Strawinsky, <i>músico ruso</i>	
1883.	Benito Mussolini, <i>duce del fascismo italiano</i> ..	
1883.	Ivan Mestrovich, <i>escultor yugoeslavo</i>	

Escultores: Bourdelle, Epstein.

Pintores y Decoradores: Claude Manet, Cézanne, Anglada,
León Bakst, Gauguin, Picasso, Renoir.

Interpretes: Ermete Zacconi, Sarah Bernard, Pablo Casals,
Eleonora Duse, Pablo Sarasate, Emil Sauer.

Poetas: Baudelaire, Mallarmé, Becquer, Rubén Darío,
J. R. Jiménez, Rainer-Marie Rilke, Walt Whitman.

Novelistas: Jacobsen, Rudyard Kipling, Samuel Butler.

Estilistas: R. Gómez de la Serna, Gabriel Miró, F. T. Ma-
rinetti, Pérez de Ayala, Oscar Wilde.

Teatro: Grandes Creadores: Synge, Lenormand, Jacinto
Grau.

Grandes Investigadores: Henri Poincaré, Wasserman,
Pasteur, Rontgen.

Filósofos y Pensadores: G. B. Shaw, Ortega y Gasset, Wil-
liam James.

Ensayistas y Críticos: Karl Marx, Georges Sorel, Jean
Jaurés, G. K. Chesterton, Hippolyte Taine.

Varios: Henry Ford, Rockefeller.



P r e d i l e c c i o n e s d e A Z O R I N

Del Panorama Universal: El autor de «Imitación
de Cristo», Pascal, Rousseau, Renan.

De la Literatura Española: Berceo, El Romancero,
Fray Luis de Granada, Santa Teresa, Cervantes.

De sus Contemporáneos: Rainer-Marie Rilke, Mi-
guel de Unamuno, André Gide.



<u>Nacimiento.</u>	<u>Nombre, actividad y nacionalidad.</u>	<u>Muerte.</u>
1886.	Alfonso XIII , <i>rey de España</i>	
1889.	Ch. Chaplin , <i>actor cómico cinematco. inglés</i> ...	
1890.	Julio Antonio , <i>escultor español</i>	1919.
1903.	Pius X , <i>papa (años de papado)</i>	1914.
1914.	Benedicto XV , <i>papa (años de papado)</i>	1922.
1922.	Pius XI , <i>papa (años de papado)</i>	

OBRAS

DE RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Entrando en fuego (agotada).—*Morbideces* (agotada).—*El concepto de la nueva literatura*.—*Cuento de Calleja* (drama).—*Mis siete palabras*.—*El laberinto*.—*La bailarina*.—*El libro mudo*.—*Las muertas*.—*Sur del Renacimiento escultórico español*.—*Ex-votos*.—*El teatro en soledad*.—*Ruskin el apasionado*, estudio crítico publicado con la traducción de "Las piedras de Venecia". Editorial "Prometeo", Valencia.—*Tapices* (agotada).—*El Rastro*. Editorial "Prometeo", Valencia. 1,50 pesetas.—*Pombo* (tomo 1.º). Numerosos grabados (agotada).—*Senos* (ilustraciones de Apa). Librería Beltrán, Príncipe, 16.—*Greguerías*. Editorial "Prometeo", 2 pesetas.—*El Alba*. Editorial "Saturnino Calleja", 5 pesetas.—*Greguerías selectas*. Prólogo de Rafael Calleja, 2,50 pesetas. Editorial "Saturnino Calleja".—*El libro nuevo*, 4 pesetas. Beltrán, Príncipe, 16.—*Virguerías*, 4 pesetas. (Los pedidos al autor, Velázquez, 4, torreón).—*Variaciones*. Ilustrado por el autor, Atenea, Campomanes, 8, Madrid.—*El Prado*, numerosos grabados, 2,50 pesetas. Beltrán, Príncipe, 16.—*Toda la historia de la Puerta del Sol y otras muchas cosas*. Con numerosas ilustraciones, 1 peseta. Beltrán, Príncipe, 16.—*El drama del Palacio deshabitado* (2.ª edición, seguido de otras obras de teatro, como *La Utopía*, *Beatriz*, *La Corona de hierro*, *El lunático*). Un tomo, a 5 pesetas. Editorial América. Sociedad General de Librería, Ferraz, 21.—*El Doctor inverosmil*. Novela grande. Atenea, Campomanes, 8, Madrid.—*Disparates*. Calpe. Colección de humoristas.—*Pombo*, segundo tomo, con numerosos grabados. Beltrán, Príncipe, 16. 10 pesetas.—*Los muertos y las muertas* (Atenea).—*El Gran Hotel*. Novela grande. Editorial América, Ferraz, 21.—*Ramonismo*. Ilustrado por el autor. Calpe. Colección humoristas.—*El incongruente*. Novela grande. Calpe.—*La Saturada*. "La Novela Corta".—*Vida, pasión y muerte de un humorista* (novela grande). Calpe.—*El hijo del relojero* (novela grande).—*El Circo* (en la serie "Los Guasones"), 2.ª edición, muy aumentada y corregida con portada de Bon e ilustraciones de Apa y del propio autor, 4 pesetas. (Sempere, Valencia).—*La malicia de las acacias*, novela, 4 pesetas.—*Golleries*, con numerosas ilustraciones del autor (también en la serie "Los Guasones"), 4 pesetas. (Sempere c. Martí C. C., Valencia).—*El Novelista*, novela grande. (Sempere, Valencia).—*El Chalet de las Rosas*, novela grande. (Sempere, Valencia).—*Cenclandía*, novela grande. (Sempere, Valencia).—*Las 336 mejores Greguerías*. Mundial de Librería, 14 Rue des Saints Pères (París).—*El Torero Caracho* (novela grande). Mundial de Librería.—*Seis falsas novelas*. (Mundial de Librería).—*El Caballero del hongo gris*, novela grande. (Mundial de Librería).—*Viernes Santo*, novela grande. (Mundial de Librería).

El dueño del átomo, "Historia Nueva", Fernanflor, 6.—*El Matarife* (novela grande), "Historia Nueva", Fernanflor, 6.

Muestrario, 4 pesetas, Biblioteca Nueva, Lista, 66.—*In Memoriam*, de Silverio Lanza, 4 pesetas, Biblioteca Nueva, Lista, 66.—*El cubismo y todos los ismos* (con numerosas ilustraciones).—*Efigies* (dos tomos, con curiosos grabados, 4 pesetas tomo).—Tomo I, Aloisius Bertrán, Baudelaire, conde Villier de L'Isle Adam, Gerardo de Nerval.—Tomo II, Oscar Wilde, El conde de Lautreamont, D'Annunzio, Remy y Jean de Gourmont, Golette Willy, Edgard Poe. Biblioteca Nueva, Lista, 66.—*La viuda blanca y negra* (novela grande), 4 pesetas. Biblioteca Nueva.—*El Secreto del Acueducto* (novela grande), 4 pesetas. Biblioteca Nueva.—*La Quinta de Palmyra* (novela grande), 4 pesetas. Biblioteca Nueva.—*La Mujer de Ambar* (novela grande), 5 pesetas. Biblioteca Nueva.

TOMOS PUBLICADOS EN «LA NAVE».

GOYA.

AZORÍN.

TRADUCCIONES

Echantillons. (Trad. Valery Larbaud y Matilde Pomes en "Les Cahiers verts").—*Seins* (con ilustraciones en "Les Cahiers d'aujourd'hui").—*La veuve blanche et noire*. (Prólogo de Valery Larbaud, trad. de Jean Cassou, en la Editorial Simón Kra).—*Le Docteur Invraisemblable*. (Prólogo de Jean Cassou y trad. de Marcel le Auclair, en la Editorial Simón Kra).—*Gustave l'Incongru* (traducción de Jean Cassou, Editorial Kra).—*El Circo* (traducción de Adolphe Falgairolle y prólogo de Fratellini, en la Editorial Kra).—*El incongruente*, *La viuda blanca y negra*, *Cinelandia*, *Ramonismo*, *El doctor Inverosímil* y *El Gran Hotel* han sido traducidos al alemán y al italiano.

*Este
Libro
terminó
de imprimirse
en las prensas
de Góngora
el 31 de Octubre de 1930
y fué encuadernado por*



MADRID, 12
CAMPOMANES, 8
ENCUADERNACIÓN CALLEJA
Teléfono 10753

863.59 M385Z G6 1930



a39001



008160544b

G6
1930

